

LOS ARCOS DEL AGUA

Un *thriller* ambientado en la construcción
del acueducto de Segovia.

MONTSE BARDERI

Lectulandia

Lucio, retirado de su vida en Roma, recibe en su residencia en Tarquinia el encargo de viajar a Segovia para continuar con la construcción del acueducto, tras el asesinato de su maestro Arístides, quien se encargaba de ello. A partir de ese momento, su vida corre peligro, pues existen intereses ocultos en acabar con ella, pero su pasión por la arquitectura y su interés por descubrir al asesino del maestro, para lo que contará con la ayuda de Amal, su protegida y amada, son aun más fuertes.

Lectulandia

Montse Barderi

Los arcos del agua

ePub r1.0

Escipión 15.01.14

Título original: *Los arcos del agua*

Montse Barderi, 2013

Editor digital: Escipión

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Bet, por tanto y por cada día.
A Montse, por haber confiado en mí antes de que yo misma lo hiciera.
A Imma, por todo lo que hemos compartido
y lo mucho que nos queda por vivir.
A Drisa del Tossalet, el teckel recuperado
de mi infancia, que ha dormido a mis pies mientras
yo jugaba con Lucio y Amal, veinte siglos atrás
en un punto de Hispania.
A mi abuelo Arturo, a quien nunca llegué a conocer,
por haberse comprado, antes de que yo naciera,
las obras completas de Lorca y dejarlas en un rincón
de un armario para que yo pudiese encontrarlas.
Especialmente a mi madre y a mi hermana
Núria, porque siempre han estado a mi lado.
A Maru de Montserrat, la mejor agente
—y la mejor gente— del mundo,
y a Lucía Luengo, por su apuesta.
A Sònia, por supuesto.

Agradecimientos

Nunca agradeceré suficientemente la lectura crítica que de esta obra han realizado Coloma Jofre Bonet y Mercè Otero-Vidal, ambas profesoras de lenguas clásicas y grandes amigas.

Mi más sincero agradecimiento a Isaac Moreno Gallo, ingeniero especialista en acueductos, porque ha sido la única persona de una institución que, sin saber nada de mí, ha accedido a ayudarme, lo que indica una forma de ser cada vez más escasa.

A Marina Esteban, historiadora, por su lectura, consejos y sugerencias.

A Sònia Moll, por mejorar la novela como lectora y como lingüista.

Con su erudición, generosidad, paciencia y comentarios, son responsables de los aciertos de este libro (los defectos, en cambio, son de mi responsabilidad exclusiva).

1

Arístides se levantó poco antes de las primeras luces. Sabía que el frío cerril se disiparía al primer asomo de luz: así era aquel lugar de extremos y de paisajes llenos de prodigios.

Como cada mañana desde hacía unos meses se dirigió a la que había de ser su obra más recordada, la de mayor proyección y la más admirada de todas las que había realizado. La colosal mole se divisaría desde la lejanía y sería tan imponente y orgullosa como el busto de un emperador pero mucho más liviana: iba a ser un muro inmenso lleno de ventanas que lo harían imbatible al viento.

Arístides estaba junto a la acequia, con la mirada fija en las aguas que reflejaban el azul del cielo. Con su agitado jolgorio el río parecía que en su seno contuviera centenares de aves sumergidas. Sabía que no muy lejos de allí se ampliaban e inauguraban nuevas canteras para suministrar el material de construcción del futuro acueducto: granito procedente de los montes vecinos y areniscas, calizas y pizarras que serían transportadas desde otros puntos de la península. Satisfecho, imaginó cómo el agua llenaría los conductos de una obra espléndida que le sobreviviría, y cómo, a partir de aquí, todo cambiaría: la ciudad se llenaría de fuentes, de baños termales e incluso habría agua corriente en algunas casas.

Pero sus pensamientos fueron bruscamente suspendidos, un golpe sordo le fue asestado en la nuca y perdió el conocimiento.

Se despertó. No sabía cuánto tiempo había pasado, estaba solo y se sentía tan débil que temió, a través de un pensamiento lejano y mal formulado, no lograr abrir los ojos, ni ver con suficiente claridad su situación. Al cabo de unos minutos, quizá fueran horas —el tiempo había dejado de ser lineal—, se dio cuenta de que el paisaje había cambiado. Estaba en una inmensa planicie de tierra rojiza, se hallaba dentro de una especie de nido de hormiga gigante de arcilla con el que habían cubierto todo su cuerpo dejando emerger únicamente su cabeza. Fuera quien fuese el que lo había dejado en aquella situación, se había ido. Intentó chillar, pero de su garganta tan reseca apenas asomó un hilo de voz.

Sus piernas y brazos no le respondían. Ahora recordaba lo que había visto durante el breve instante en que recuperó la conciencia. ¿Por qué no estaba aún muerto? Habían restañado cada uno de los cortes de sus extremidades con barro seco para impedir la hemorragia, se sentía tan extremadamente débil: ya había perdido mucha sangre. Inútil gritar, no tenía fuerzas ni quería sobrevivir en aquel estado. Con la lengua trató de saber con qué habían untado su cara. Era algo viscoso, pegadizo y dulzón, seguramente miel. La tierra y la sed no le permitían saber mucho más. Largas filas de hormigas y enjambres de moscas iban cubriendo paulatina e imparablemente todo su rostro. De pronto fue consciente de los zumbidos y de la canícula. Había

llegado el momento en el que tantas veces se había preguntado cómo actuaría ante la muerte inevitable. La posibilidad de ser asesinado lo acompañaba desde hacía tiempo, pero también hacía tiempo que había decidido que la vida solo puede vivirse con la misma entrega con la que nos vemos impulsados por el paso de las estaciones. Lo que tuviera que pasar, pasaría, y ahora estaba sucediendo. Antes de ese instante irreversible había creído algo ya del todo imposible: que tal vez tendría suerte y la muerte le llegaría algunos años más tarde, después de haber realizado algunas obras más, sobre todo tras haber visto el gran acueducto construido... Pero ¿cuántas obras más serían suficientes? Siempre queda una obra más grande y mejor por hacer. La obra definitiva siempre nos espera. Así pues, bien estaba que fuera ahora, pero no de aquella manera, de forma tan agónica y cruel. Así no, así no merecía morir, de eso estaba seguro. Solo le quedaba la esperanza de que su pupilo encontrara las señales, las huellas que le llevarían hasta los que eran capaces de matarlo, los únicos que tenían una razón para hacerlo.

Sonrió por última vez. Siempre se había preguntado cómo actuaría ante la muerte certera y ahora lo sabía: dejándose llevar como el agua que había estado observando del río. Unas horas más de un sufrimiento cada vez más lejano, y ya todo sería oscuridad y silencio. Comparado con la tortura que estaba viviendo, nada resultaba tan confortable y dulce como el negro infinito, sin estrépito, que le estaba esperando.

2

Roma, Roma, Roma. Una gran ciudad con todos los contrastes, diferencias y extremos de un punto del planeta donde se concentra el mundo entero. La suciedad y la pulcritud, la pobreza y los excesos, la razón y los prejuicios, lo más elevado y lo más bajo, lo noble con lo miserable: todo cabe en el lugar más libre y poblado de la tierra.

Por sus calles camina apresuradamente un hombre cargado de pergaminos. Su túnica, nívea, contrasta con el fango y suciedad de las calles. Deja a su derecha unos niños que hollan la ropa con sus pies grises y arrugados, la mezclan con agua, orines y tierra de batán. Esta es la lavandería donde sus túnicas, después de los pisoteos infantiles, son colgadas y golpeadas repetidamente con palas y van de una tina a otra hasta quedar limpias.

Pasa demasiado cerca de las letrinas, su olor ácido y dulzón le resulta tan nauseabundo como siempre. Al contrario que la mayoría, no soporta utilizar aquellas salas colectivas con bancos situados sobre canales del agua que facilitan la evacuación de los residuos. A pesar de su repugnancia natural hacia los excesos de la muchedumbre, Lucio ama la forma en que Roma se relaciona con el agua. El agua está presente en cada rincón de la ciudad gracias a los acueductos: a través de un entramado de cañerías de plomo se distribuye hacia las fuentes públicas, las termas y las casas de la gente rica. Sabe que el suelo que pisa cobija en su interior alcantarillas que arrastran las aguas de la lluvia y las residuales. Así es la vida en Roma, la suciedad convive con la limpieza y la exasperación de Lucio es tan grande como la admiración que profesa por sus obras hidráulicas.

Sabe que lo pertinente es dirigirse al foro, el verdadero escenario de la vida pública. Allí es donde se adjudican favores, se distribuyen cargos y se enfocan las carreras políticas, judiciales y comerciales. El mejor lugar para lograr dirigir y diseñar la construcción de una gran obra. No en vano la ciudad que un día emergió hecha de madera y fango, hoy renace tallada en mármol... Pero la idea de mezclarse con grandes procesiones, la visión de la sangre de los sacrificios de animales, los augures con sus vocingleros vaticinios, los discursos electorales proferidos en un tono elevado, los constantes acuerdos de compra y venta, todos los que se pavonean exhibiéndose como aves reales con plumas de colores... Todo esto le había hasta lo indecible.

Lucio sabe que de poco le serviría hacerse una carrera peldaño a peldaño: empezar por las obras civiles más ingratas, más humildes y adquirir maestría como un picapedrero aprende con el tiempo a ser escultor. No se trata de iniciar su trayectoria con el diseño de calzadas, seguir con la construcción de cloacas, llegar a edificar pequeños puentes, tal vez alguna terma...

No, no es así como uno se labra su futuro en Roma. Existen demasiados jefes de obras trabajadores y oscuros, no puede limitarse a ser uno más. Sabe que solo con un golpe de suerte y, sobre todo, con los contactos adecuados puede catapultarse al éxito.

Bordea los treinta años, una edad en la que la mayoría de los hombres ya hace lustros que se han casado. La fortuna heredada de su padre lo salvaguarda de cualquier trabajo ingrato y la arquitectura es una labor propia de las clases sociales más bajas. Su interés por la construcción es vivida en Roma como la última veleidad de un estudioso lleno de privilegios que juega a llevar a cabo actividades a las que, seguramente, no se dedicará mucho tiempo. Unos años atrás quiso componer poemas, en el antiguo verso yámbico de Arquiloco, aplicado a temas romanos. Esta afición, a pesar de ser tan estrambótica, tenía un cierto sentido: demostraba un alejamiento de la realidad propia de la clase acomodada, pero ya no se justificaba en el caso de la arquitectura, un trabajo propio de libertos.

Por ello, en vez de encauzar su carrera arquitectónica, dedicó más y más tiempo al viejo Arístides, su verdadero maestro, su mentor de juventud. Él es la única persona en quien confía y del que aprendió tanto quién era como quién quería ser. Con él compartía interminables conversaciones que derivaban hacia nuevos y apasionantes temas. En sus últimos encuentros debatieron la aplicación de cada virtud en la arquitectura. Por ejemplo, la *andreía*, la fuerza de la virilidad. ¿Cómo hacer edificios viriles que encarnen las cualidades de los guerreros? Este es un atributo relacionado con los buenos y nobles en contraposición a los plebeyos. Representa el linaje de aquellos que luchan y que pueden perder la vida o arrancar la ajena. O bien discutían cómo hacer una obra arquitectónica que contenga la virtud de la *autarquía*, es decir, que sea autosuficiente, que no dependa de los edificios circundantes. Que se erija sin guardar relación alguna con todo aquello que la envuelve, que sea imponente y única, un monumento singular al que rinda homenaje el entorno o, simplemente, que este sea tan invisible como el aire. ¿Qué clase de atributos debería tener una obra para hacer de Roma un imperio como el que jamás se había visto antes en el mundo? Era una cultura que se sabía heredera de la griega, pero que aspiraba a ser aún más grande. Con disquisiciones de este tipo el sol iba descendiendo hasta que ya nada paraba la noche ni el deseo de saber, que simplemente se posponía para la mañana siguiente.

Y debatiendo con su maestro, Lucio se apartó de los centros de toma de decisión de la ciudad como el foro y de toda adulación hacia los poderosos.

Pero Arístides no estaba. Hacía unos meses que había partido hacia Hispania. El maestro en quien se refugiaba del mundo estaba demasiado lejos, y su soledad en medio de la multitud le recordó hasta qué punto le parecía vacía su vida en Roma.

Pero aquella mañana tenía que decidir hacia dónde dirigirse, debía intentar encauzar su vida y empezar una verdadera proyección pública. Tendría que haber ido

hacia las tiendas situadas en el entorno de la Vía Sacra, la calle que conducía hasta el foro romano, la más comercial de la ciudad... Pero se había desviado hacia una calle paralela, el *Argiletum*, el lugar de la ciudad más lleno de libros. Ya los tenía... ¿Se dirigiría ahora al foro? No, optó por ir a los baños, necesitaba desprenderse de tanta suciedad, de tanto ruido, de tanta gente.

Primero se ejercitó en la palestra, estuvo un buen rato levantando pesas y observó con detenimiento una lucha con espadas. Cuando se sintió listo para ir a las piscinas, empezó por sumergirse en la de agua tibia. Se imaginó la enorme cantidad de líquido que esas termas necesitaban para funcionar, procedentes de los acueductos. El agua de cada espacio de las instalaciones termales debía estar a la temperatura adecuada, esto se lograba a través de un sistema de calefacción subterránea. Era consciente de que debajo del pavimento numerosos esclavos trabajaban para que los usuarios de las termas disfrutaran de un ambiente caldeado. Eran los encargados de mantener encendido el horno subterráneo trabajando a una temperatura, sin duda, insostenible. Lucio pensó cómo unos, en un mismo lugar y a tan poca distancia, viven lujos propios de los dioses y, otros, al límite de lo humanamente soportable.

Luego, inmerso en el agua caliente y con los ojos cerrados, el mundo, Roma, parecía desvanecerse. No pensar, dejarse engullir por el silencio. Sabía que debía abrir los párpados, procurar no aislarse, intentar establecer contactos. Los baños eran una excelente oportunidad para los negocios... Pero este pensamiento se esfumó como sumergido en un vaho denso. Coexistían en su cabeza varios planos de ideas, recuerdos y argumentos constantes, diminutas imágenes fragmentadas, anécdotas, aseveraciones sobre el mundo y la vida, frases desordenadas e invasivas que poco o nada tenían que ver con el tema principal que ahora debería ocuparle (abrir los ojos, establecer contactos...). Frecuentemente estos subargumentos minúsculos y sin importancia alguna se amontonaban como esperando su turno en apretada cola en su cabeza. En otras ocasiones, eran como semillas livianas, coníferas en forma de hélice, que se desprendían suavemente para clavar con su indoloro punzón un pensamiento más, ya fuera parásito o simiente.

—¡Lucio!

Abrió los ojos y vio a un antiguo compañero de estudios. No recordaba su nombre, así que tendría que entablar un diálogo sin hacer mención ni de cómo se llamaba ni de nada concreto de su vida.

—¡Qué suerte haberte encontrado! ¿Cuánto hace que no te veía?

No esperó contestación y siguió su charla gesticulando casi sin mirarlo.

—Ah, qué lejos quedan aquellas épocas en que, siendo jóvenes, habíamos practicado con la pelota, lanzado los aros, montado a caballo y aquellos larguísimos entrenamientos de lucha libre, ¿recuerdas?

Miró alrededor para comprobar si alguien había oído el relato de su pasado que a

él le parecía tan viril e intenso, un gesto que no pasó desapercibido a Lucio y que causó, casi de inmediato, su indiferencia.

—Bueno —le interrumpió Lucio viendo que era inútil esperar que terminara de hablar—, sigo frecuentando el gimnasio. Tengo un mentor, Arístides, que siempre ha considerado que, aparte del ejercicio, es necesario cuidar la alimentación y, sobre todo, procurar no coger infecciones.

«Sí —pensó—, este es un buen tema, las infecciones.» Decidió que intentaría recordar lo que sabía de todo ello. Buen truco para aparentar un diálogo y seguir en voz alta con los propios conocimientos y recuerdos.

—¿Infecciones? ¡Qué temas más lúgubres en los que pensar!

—Pues pocas cosas hay más importantes para prevenir las enfermedades. El famoso médico Areteo afirmaba que en la mayoría de las enfermedades resulta lícito pedir a los dioses que se lleven al paciente. Una simple infección puede producirte la muerte por septicemia. Si enfermas, las posibilidades de curarte son mínimas y los remedios pocas veces funcionan: el añil, con el que se pintan de azul el cuerpo los guerreros de Britania, es un útil antiséptico. Arístides también me enseñó que es mucho mejor el vinagre que el vino para desinfectar una herida.

—¿Y para las quemaduras? Los fogones incendiaron la casa de unos parientes, ya sabes que los fuegos son incesantes en Roma... —dijo su interlocutor con evidentes ganas de desviar el tema.

—Si te quemas, usa tanino de uva. Hay resinas de algunos árboles que bajo los vendajes frenan las hemorragias graves. Aunque nada se puede hacer si la quemadura es grande.

—Ya veo... —respondió el otro, mirando a su alrededor por si encontraba a un conocido.

—Con relación a las picaduras infectadas y ulceraciones —insistió Lucio— utiliza siempre calamina. Las semillas de amapola son un poderoso anestésico que puede ayudarte en caso de un fuerte dolor de muelas. También es importante recordar que una mordedura puede infectarte con la rabia, límpiala con vinagre sin perder un segundo y sin miedo amputa la zona mordida, es mucho mejor vivir sin un brazo o una pierna que sentir los espasmos que preceden a la muerte.

—Qué asco... Espero que no me muerda en mi extremidad favorita —alegó su antiguo compañero dirigiendo la mirada a sus genitales y riéndose.

Lucio, con semblante serio, continuó:

—No se ha podido demostrar, pero Lucrecio habla de los gérmenes, pequeñas criaturas imposibles de ver, que se desplazan por el aire y entran en el cuerpo por la boca y la nariz produciendo numerosas enfermedades. Por todo ello, mi maestro siempre me aconsejaba prevenir los males con una vida que aleje las enfermedades, practicando un ejercicio regular y tomando comidas sanas. Las normas son: levántate

de la mesa antes de sentirte saciado: no te emborraches nunca. Un hombre ebrio es un espectáculo ridículo y lamentable, y su cabeza, después del alcohol, no piensa con claridad ni aun cuando ya está sobrio. Cuanto más alcohol se toma, más se reblandece el cerebro. No dejes nunca de hacer ejercicio ni de dormir las horas necesarias. Por lo demás, solo puedes pedir ayuda a los dioses. Alcanzar los cuarenta años es una suerte reservada a muy pocos, pero los que lo consiguen han vencido tantas enfermedades y tienen una naturaleza tan fuerte, que serán de los pocos afortunados que llegarán a viejos. Yo ya tengo veintinueve, una edad muy avanzada y sigo vivo, como tú.

—Ya veo, ya veo. Pues yo he venido a las termas porque después de haber disfrutado de una buena puta me apetece limpiarme y relajarme. ¿Recuerdas que después del ejercicio íbamos todos a solicitar sus servicios? —insistió su conocido con una risa amplia y potente que dejó entrever unos dientes mal cuidados. Estaba decidido, esta vez, a cambiar de tema.

—Bueno, la verdad es que yo me retiraba a mis estudios.

—¿No frecuentas a las prostitutas? ¿Qué clase de hombre eres?

—Un hombre corriente, supongo, o eso me gustaría.

—Veamos si de verdad eres tan corriente. Hay demasiadas putas en Roma para privarte de sus placeres. ¡Por todos los dioses! Hay centenares bajo los arcos de los edificios públicos y montones de ellas alrededor de los templos... Veamos. ¿Has probado las *bustuariae*, que trabajan en los cementerios y dentro de las tumbas?

—Jamás he entendido una mente capaz de excitarse con la muerte.

El silencio dejó la conversación suspendida, Lucio recordaba la larga retahíla de prostitutas en Roma. Las *lupae*, que fornicaban en cubiles de lobo; las *scorta erratica*, ofreciendo sus servicios en plena calle, y las *diabolariae*, las más baratas y desgraciadas.

—Veo que eres un gran experto en infecciones y, en cambio, un perfecto ignorante en mujeres —dijo de repente su antiguo compañero.

Podría haberle contestado, pero no lo hizo. Esta vez fue Lucio el que miró alrededor buscando a alguien conocido para alejarse de aquel tipo, pero la pena se apoderó de él. Las *diabolariae* eran verdaderas esclavas sexuales. Verlas al pasar, enfermas, hambrientas, sucias, llenas de herpes, clamidia e infecciones le producía una extraña sensación de dureza en el estómago, como si necesitara hacerse de piedra para no sufrir cada vez que las veía. Alguna vez se había preguntado si, en vez de dedicarse a la arquitectura, tendría que haber sido médico, aunque la idea de atenuar una situación endémica sin poder cambiar nada verdaderamente le producía una inmensa sensación de impotencia.

Dio la conversación por terminada: su único deseo era levantarse e irse. No quería soportar más a un tipo cuyo concepto de virilidad no podía ser más diferente de su concepto de hombre. Afortunadamente apareció otro bañista en escena y empezó a

hablar con su antiguo compañero. Comentaron vivamente las últimas carreras, cómo uno de los aurigas no logró cortar a tiempo las riendas, al volcar su carruaje, y murió bajo las ruedas de otro competidor, algo habitual y esperado en toda carrera. Aquello les causaba una especie de júbilo acelerado lleno de expresiones superlativas y excitadas. Así era esta ciudad: fama para unos pocos y la muerte, tan fácil y tan cerca, para muchos.

Conversaban animadamente y lo habían dejado de lado. Ahora hablaban de los espectáculos del anfiteatro. «Ojalá se callaran», pensó. El anfiteatro también era un lugar imprescindible para cultivar la «amistad», aunque se trataba de un tipo de amistad que no tenía nada que ver con los ideales aristotélicos de sólidos lazos entre personas nobles. La amistad en Roma consistía en una ponderada mezcla entre la tibia simpatía y los fuertes intereses compartidos. Intereses contruidos por favoritismos que implicaban deudas y que eran pagados por nuevos favores que, rápidamente, creaban lazos de mutuo interés y escaso afecto.

Lucio solo fue una vez al anfiteatro, impulsado por su tutor, y el horrible recuerdo de lo que presencié aún le persigue. Desde el primer instante se sintió molesto e indignado por todo: por el sol, por el gentío, por la rigidez de una división social que encontraba arbitraria e injusta: una zona de asientos reservada a los senadores, otra a la clase ecuestre a la que pertenecía su padre, las últimas filas para mujeres y esclavos. Le asqueaba saber que en toda la superficie de su arena hubieran muerto centenares de seres vivos, entre humanos y animales.

De aquel espectáculo recuerda cuando el emperador, para aumentar su popularidad entre el populacho, llevó a la arena las bestias más exóticas y fabulosas que se habían encontrado en la faz de la tierra: avestruces, cocodrilos, leopardos e hipopótamos. De repente, la plebe profirió un grito de admiración cuando los árboles y los animales emergieron del suelo como por arte de magia. Sin duda la arena, aparentemente tan sólida, escondía un tramado de jaulas, rampas y túneles con palancas y contrapesos capaces de hacer surgir aquellas magníficas bestias a las que esperaba un único e idéntico final. El espectáculo representaba una cacería desigual entre decenas de hombres con todo tipo de armas que daban alcance, reducían y mataban los animales. Ninguna de esas bestias tenía la más mínima oportunidad e iban pereciendo bajo los gritos de admiración y asombro de un público sediento de sangre. Lucio, mirando a los pobres animales, les deseaba una muerte rápida, sin una larga y dolorosa agonía, pero ni esto fue posible. Demasiados golpes, lanzas clavadas en espacios no vitales... El espectáculo consistía precisamente en alargar el número, en sacar provecho de la representación de cada muerte cuyo coste solo pagaban las bestias con su infinita agonía.

Ver aquellos animales, antes tan magníficos, muriendo uno tras otro era algo que creía que nunca más habría de presenciar; pero se equivocaba: en el segundo número

llegó un nuevo cargamento. En esta ocasión tendrían que luchar unos contra otros: osos contra leones y leones contra elefantes. Lucio acabó por cerrar los ojos y trató de verlos aún libres, pero inmediatamente los imaginó siendo capturados, viviendo las penosas condiciones del viaje hasta llegar a su destino. Abrió los ojos y miró la arena, cubierta de sangre por todas partes, un espectáculo tan voraz que ya había aniquilado especies enteras en ciertas regiones del imperio. Algunos romanos aún podían recordar cuando Nerón había hecho sacrificar en un solo día ochocientos osos y trescientos leones, una desmesura que había despertado el júbilo y la admiración de toda la ciudad.

Pero el horror del anfiteatro aún podía ser más angustioso: llegó el número de los reos, que azuzados con látigos y hierros al rojo vivo, tenían que luchar entre sí hasta la muerte. Un final sin esperanza ya que, aunque uno de ellos ganara, no obtendría la libertad y tendría que enfrentarse a nuevos adversarios hasta que llegara su hora, esa misma tarde.

Se acabó. Ya no podía continuar presenciando todo aquello, no aguantaba ni un minuto más en aquel lugar. Salió del anfiteatro tambaleándose. A la salida, Arístides le preguntó qué le había parecido. Él se limitó a decir:

—No sabía si llorar o vomitar, y esto me ocurría tanto si miraba a la arena como si miraba al público de las gradas.

Arístides le cogió por el hombro amablemente y le dijo:

—No serías ni el primero ni el último joven que se extasía con la visión de la muerte y ya no puede vivir sin ella. La sangre puede ser más adictiva que el vino. Celebro que no seas uno de ellos. Hoy podría haberte perdido por culpa de los juegos.

Se acabó. Los dos amigotes no callaban ni en remojado y seguían hablando del anfiteatro mientras él no se podía concentrar ni en sus pensamientos ni en sus recuerdos. Lo mejor era despedirse e irse. Mientras salía de los baños, observó hasta qué punto estaban adornados. A un lado había numerosas esculturas de dioses, fácilmente identificó a Prometeo, Ganimedes y Orfeo. Las columnas y los mármoles coloreados y los frescos ornamentaban toda la estancia. Había acudido allí para limpiarse, y el aire parecía más cargado aún que en la calle.

Hay quien ha afirmado que no haber visto Roma es comparable a la tragedia de estar ciego, ya que nadie puede decir que ha vivido sin haberlo hecho. En cambio, Lucio estaba seguro de que la verdadera vida era imposible en Roma y solo un ciego no se daría cuenta.

Pero ¿podría vivir sin ver las esmeraldas de minas lejanas, la seda de China, los vidrios de colores y los finos tejidos de Alejandría? ¿Sin las hierbas medicinales de Sicilia, las especias de Arabia...? ¿Podría vivir sin los pergaminos y papiros de las bibliotecas de Roma? Allí también se concentraban los pensadores, los que escribían... Pero ¿y qué? Tenía tanto que leer de los griegos que no le bastarían dos

vidas. Pero lejos de Roma no vería aquella explosión de vida, aquella sensación de anonimato, de razas, colores, de tanta gente llegada de todos los rincones de la tierra: árabes, sabeos, sármatas, etíopes... Más de un millón de habitantes. ¿Y qué? Tarquinia estaba suficientemente cerca. Roma sería para él como un amigo que harta si se pasa demasiado tiempo con él y, en cambio, cuando uno se aleja, vuelven las ganas de verle.

Pero ¿acaso no echaría de menos la belleza y profusión de sus fuentes y canales? Aquellas aguas que venían de parajes lejanos, de manantiales recónditos que llegaban hasta Roma por ingeniosos canales subterráneos o arrogantes acueductos de cientos de millas. ¿No era precisamente aquello lo que le hacía sentir una entrañable fascinación? No, tan solo Tarquinia era el lugar de los verdaderos hechizos.

Además, Roma era una ciudad cada vez más cara. Si alquilaba su vivienda, podía obtener unos 4.000 sestercios al año, una verdadera fortuna. Era más barato, confortable y rentable vivir en Tarquinia. Lucio tampoco soportaba los vaivenes de la suerte, algo que lo convertía en un romano atípico: en esta ciudad el rico de repente es pobre, el derroche de un día puede convertirse repentinamente en miseria, la gente se muda de un barrio a otro en función de sus rentas, tan variables como el tiempo. Nada ni nadie es lo que parece, el que ostenta fortuna puede ser un miserable.

Necesitaba recuperar un mundo donde lo que parece sea lo que es. Un lugar más estable, genuino y sereno: su casa.

Lo único que tal vez echaría en falta sería el sonido que le despertaba todas las mañanas: los gritos de «paaaaan» al amanecer y la llegada de pastores que traían leche desde los pequeños pueblos de los alrededores. Algunas veces, Lucio impedía a sus esclavos que fueran a comprar pan y leche porque deseaba hacerlo él mismo. Este era el momento en que la ciudad amanecía, y aún se podía disfrutar de su movimiento lento, como el de un gigante desperezándose. Pronto el ritmo se aceleraría y empezaría un compás rítmico, cada vez más apresurado, de gritos, martillos, sierras y carros chirriantes cargados de mármol y troncos de árboles. Siempre demasiado pronto, Roma se desplegaría con todo su ajetreo, hasta llegar al punto en que se encontraba ahora caminando por la ciudad, empujado y sintiendo que nadie puede escapar de un tumulto que se mueve urgentemente hacia ninguna parte.

Así que aquel día, al salir de las termas y caminando apretadamente entre la gente, decidió que Roma no estaba hecha para él. La ciudad de la luz, de las oportunidades y de los sueños se alejaba de su destino. En su lugar aparecía y se acrecentaba su deseo de saber, aprender y conocerse. Cuando su maestro Arístides decidió viajar a Hispania para construir el acueducto de Segovia, a Lucio ya nada le ataba a Roma.

Alguien más importante que Roma le esperaba: él mismo.

3

Así pues, Lucio se desplazó a Tarquinia, la finca familiar en el campo.

Allí podría vivir tranquilo. Los esclavos trabajaban en los cultivos y cuidaban el ganado. En el interior de sus muros, el mundo quedaba lejos y él podía centrarse en el estudio. Imitaba a Séneca y a Hesíodo, seguía sus pasos en un destierro que, en su caso, era voluntario. Se reencontró con placeres básicos en estado puro: la piel sudada de su caballo, impregnada de un olor agrio y telúrico; el sabor, espeso y dorado, del aceite que se producía en su propia casa, generado por los golpes rítmicos y contundentes de la prensa; caminar por encima de ricos mosaicos. Incluso se creía capaz de sentir cada estación y los movimientos de los astros. Por fin podría estar más cerca y más atento que nunca a la verdad, a la verdadera vida. Haría de sí mismo un erudito y en la soledad más explícita encontraría certezas imposibles de hallar en el barullo altisonante y sucio de la capital del imperio.

Paseaba entre los árboles frutales con sus perros. Le gustaba echarse al lado de su preferido, un perro de pelo largo y cuerpo menos robusto y esbelto que los demás al que llamaba *Argos*, como el perro de Ulises. Le gustaba mirarlo con su mechón de pelo negro como el cuerno de un unicornio sombrío. Se pasaba horas jugando con él, hasta que acababan rendidos y, echados sobre la hierba, se dejaban calentar por el sol. A diferencia de la mayoría de las casas y villas, en la suya estaba prohibido atar los perros con cuerdas cortas para hacerles aumentar su fiereza. Pensó en su padre. No podía recordarle, pero ahora, dueño y señor de su casa, pensaba en él más que nunca.

—Mi nombre es Lucio Antíoco Póstumo, soy hijo de Adramitio, el bien amado y conocido Adramitio y, a diferencia de él, lo único que he logrado es vivir de la hacienda familiar y de sus riquezas —se dijo en voz alta. Cerró de nuevo los ojos y se acercó más a su perro, que ya estaba profundamente dormido.

Sí, todavía no tenía una actividad definida, a no ser sus largos años de estudio al lado de Arístides, y solo había llevado a cabo obras menores. Póstumo, su tercer nombre, indicaba que había nacido después de la muerte de su padre, Adramitio Antíoco Cecilio Segundo, quien llevó a cabo su carrera militar en Germania durante trece años. Ya era comandante de caballería antes de regresar a Roma, donde desempeñó varios cargos oficiales al servicio del emperador. Un hombre amante de las letras, la ciencia y la filosofía, que dejó escrito, por expresa voluntad, que Lucio tuviera acceso a una educación amplia y diversa mientras así lo deseara.

Su padre era del orden de los caballeros que desempeñaba un papel tan fundamental en el estado como el del colegio senatorial, pero con una ventaja a la que supo sacarle provecho: a diferencia de los senadores, los caballeros podían dedicarse al comercio y se hizo banquero. Recaudaba impuestos para el estado, que ingresaba anticipadamente y cobraba el importe a los particulares, con beneficios. No hay

fortuna sin expolio, y su padre combinaba con naturalidad su amor a la cultura con su amor a la riqueza. Lucio sabía, perfectamente, que podía dedicarse a escribir, pensar o imaginar grandes obras civiles gracias a su padre. Podía no mancharse las manos de sangre, ni pisar el fango ni la suciedad del mundo, porque su padre ya lo había hecho en su lugar. Podía ser limpio, puro y jugar con su perro porque su padre había pisoteado a todos por los que él, ahora, sentía pena.

Su villa le pertenecía porque la acomodada élite urbana de Roma siempre había sabido aprovechar las crisis agrícolas para expulsar a los pequeños y tradicionales propietarios de sus tierras. Este fue el momento en que hombres como su padre construyeron segundas residencias en el campo para escapar del agitado estilo de vida de la ciudad. En esto se parecían.

Ahora esta era su casa, con grandes extensiones de terreno dedicadas al cultivo: una casa de paredes pintadas de colores, cubiertas de frescos representando escenas de jardines con pájaros y de dibujos decorativos con columnas y figuras geométricas.

Su casa, como las termas de Roma, tenía su propio sistema de calefacción. La podía caldear a su gusto y bañarse con agua caliente puesto que, gracias a una argucia constructiva, el mismo fuego calentaba el aire y el agua para el baño. El suelo de la casa por donde pisaba estaba sostenido sobre los cimientos por pilares cortos que dejaban un espacio bajo el pavimento. En el extremo de la villa, un esclavo mantenía el fuego encendido. Pero a diferencia de los esclavos de las termas, su trabajo era rotativo y rigurosamente establecido para que no resultara extenuante.

Lucio no había querido tener ningún administrador, analizó los trabajos de la casa y los distribuyó de manera equitativa, rotativa y justa. Todo el mundo tenía una función que, si cumplía responsablemente, le otorgaba una vida digna, cómoda y sin sobresaltos. Recibió muchas críticas por este sistema organizativo, pues la mayoría de los de su clase atribuía a los esclavos un carácter de por sí holgazán y poco noble que les obliga, casi por mandamiento de sangre, a esquivar los trabajos más ingratos y a trabajar menos de lo necesario. Fue ampliamente advertido de que los esclavos, si no viven continuamente amenazados por azotes e incluso por la muerte, se vuelven insoportablemente perezosos. Esto se lo aseguró precisamente un esclavo, encargado de la vigilancia, que afirmaba que esta era la conclusión a la que había llegado después de muchos años observándolos de cerca. Pero ocurrió justo lo contrario: los esclavos, viviendo en mejores condiciones, eran especialmente diligentes y responsables, estaban enormemente motivados y comentaban entre ellos que su situación era incluso mucho mejor que la de la mayoría de los libertos.

La entrada de la villa consistía en un gran antepatio rodeado de columnas y árboles que funcionaba a modo de atrio. Contaba también con un espléndido jardín interior, dormitorios, cocinas y un comedor al aire libre. La suya era de las pocas villas con una terma privada y un templo. Como era lógico, también tenía un horno

para cocer el pan, suministro de agua y un sistema de drenaje que daba servicio a la casa.

Era su pequeño reino autosuficiente, se abastecía de la propia producción y permitía a Lucio, si lo deseaba, no tener contacto con el mundo. Con la fortuna que había heredado de su padre y el alquiler de su casa en Roma, podía vivir lujosamente el resto de su vida.

Su villa, refinada y antigua, era capaz de suministrar abundantes frutas y verduras, e incluso producía buen vino. En los primeros años, cuando su padre aún estaba vivo, cuentan los esclavos más antiguos que los resultados de las viñas fueron mediocres y que de la fermentación de la uva solo se pudo obtener vinagre y antiséptico, nada comparable al magnífico vino que ahora degustaba en reposados sorbos contemplando cómo lentamente avanzaba el crepúsculo.

Caminaba por los delicados jardines, amplios y frondosos, con vistas al mar. En sus largos paseos, se sentía orgulloso de los estanques de agua quieta que reflejaban, como el esbozo de un hábil pintor, algunas nubes del cielo. Estos estanques tenían un fin más allá del simplemente decorativo: proporcionaban pescado fresco a su mesa. No miraba los peces con detenimiento porque, al hacerlo, no podía evitar verlos en una cárcel de agua de la que solo se liberarían asfixiándose en el aire. Así pues, escogió el estanque donde solía reposar contemplando los peces y dio instrucciones precisas para que no se sacara de él pez alguno. De este modo, podría sentarse y contemplar el sinuoso movimiento de los peces y alimentarlos con migajas de pan, con la tranquilidad de que ninguno de ellos sería capturado y sacado de su medio. Sin embargo, no se sentía del todo bien: por poco que pensara en el asunto, era preso de una flagrante contradicción: ¿Realmente era tan estúpido que podía ignorar que, a pocos pasos, había otro estanque en el que sí morirían los peces? Era consciente de que la única posibilidad sensata y verdaderamente ética era no tomar alimentos de origen animal, como su maestro, pero aplazaba la decisión para más adelante... La visión del agua trajo a su mente una vieja historia, la de un amo irascible, un tal Vedio Polión, que criaba morenas en estanques como los suyos. Cuando un esclavo cometía la más leve falta, era arrojado al estanque para ser devorado. La imagen de una morena con su piel marrón moteada, sus dientes afilados, sus ojos saltones, su expresión entre primitiva y letal, hizo que un serpenteante escalofrío recorriera su espinazo.

No era esa, en absoluto, la forma en que Lucio trataba a sus esclavos, había remodelado la villa de modo que tuviera habitaciones donde retirarse sin molestarlos cuando quería descansar y, a su vez, sus esclavos no le molestaban mientras trabajaba.

Su villa era su refugio, construido al lado del mar, a unas 28 millas de Roma. Y ahí estaba él, contemplando el césped, los árboles con los troncos cubiertos de hiedra,

la tapia de cipreses con abundantes sombras.

Todo en su villa le aportaba una grata sensación de elegancia y cultura. La suya era una verdadera biblioteca llena de obras de arte, algunas importadas desde los rincones más remotos del imperio y otras robadas por su padre.

Amaba Roma, amaba todo lo que significaba su cultura, su civilización, pero le sería más útil estudiando, escribiendo y pensando que como un buen artesano de las piedras. Había mucho por descubrir, muchas áreas del saber en las que avanzar y ahora tendría el tiempo, la soledad y el espacio para hacerlo. Entonces ¿por qué se sentía tan abatido? ¿No era esa la vida que realmente deseaba? Tenía una misión y todo el tiempo por delante. ¿Qué más quería?

Pronto tendría algún esclavo instruido que le enseñaría música, tan ligada a la arquitectura. Escribiría tratados y dibujaría nuevas obras, proyectos que serían mucho más que un puente, algo más que la unión entre la función y la obra: representarían una cosmovisión, serían la imagen terrenal más perfecta de conceptos puros como la verdad, el triunfo, el valor...

Después de algunos días, el silencio, los sonidos armoniosos de los trabajadores y los pájaros ya habían obrado en su alma una purificación perdurable. O empezaba un férreo programa de trabajo o el tiempo sería cada vez más grávido.

Empezó las clases de música con un joven esclavo comprado en Roma.

—La lira se coge suavemente con las dos manos. ¿Deseas acompañar tu música con composiciones propias o con cantos? Si es así, trabajaremos, si te parece bien, tanto el instrumento como el canto.

—No lo sé, no lo he decidido todavía.

—La base, lo más importante a tener en cuenta, es el uso de las dos manos. Con una mano debes apagar el sonido de algunas cuerdas mientras la otra, aparentemente, roza todas las cuerdas del plectro, aunque algunas de ellas estén apagadas...

Seguidamente el joven maestro hizo una exhibición de sonidos armoniosos con gran pericia.

—¿Deseas probar?

Lucio lo intentó, pero no parecía que apagara ninguna cuerda: no ejercía la presión justa, los sonidos se superponían en una serie de cacofonías que solo lejanamente recordaban los acordes de su maestro. Rápidamente se cansó y propuso una charla sobre música a su nuevo esclavo.

—Me gustaría hablar de la música en la mitología griega: los primeros músicos fueron Apolo, Hermes, Anfión y Orfeo.

—Es posible, señor, conozco poco de los antiguos dioses. Solo sé que música viene de las musas. Creo, aunque no estoy muy seguro de ello.

Lucio sonrió.

—¿Y qué sabes de Platón? Define la melodía como una mezcla de texto, ritmo y

armonía.

—Solo puedo decirte que hay tonos que suenan mejor juntos, no sé si te refieres a esto exactamente.

Inmediatamente volvió a coger la lira.

—¿Ves? Estas cuerdas apagadas y estas sonando producen un sonido digno de las musas.

—A donde quería llegar —insistió Lucio sin coger la lira— es que lo que dijo Platón sobre la melodía musical es muy parecido a lo que afirmó Aristóteles sobre la poesía, que la definió como melodía, ritmo y lenguaje.

—Seguro que así es, si así lo afirmas.

—La música y la poesía tienen mucho en común, hice algunos poemas en el pasado, pero actualmente me dedico a la arquitectura. Según Pitágoras, el universo se puede leer en clave de números y la música son números. Los ritmos también están ordenados por números, ya que cada tono es un múltiplo de una duración primordial.

—No lo sé, señor, yo puedo enseñarte a colocar correctamente las manos en la lira y lograr que, con la suficiente práctica, extraigas de ella sonidos, bonitas melodías que, no lo dudes, no solo te conmoverán a ti, sino también a tus invitados. Porque alguien vendrá a visitarte, ¿verdad? Si no pronto, algún día...

El joven se sintió incómodo por haberse precipitado al preguntar algo que ahora le resultaba embarazoso. Lucio rio.

—¿Conmoveras como las composiciones de Nerón? Por cierto, no sé si lo sabes: en una de las exhibiciones musicales de este, Vespasiano, nuestro actual emperador, se durmió y esto le supuso el destierro.

—¿Ah, sí? Desconocía esta anécdota. Que los dioses guarden mucho tiempo a nuestro emperador.

—Hablando de sonidos conmovedores... ¿Sabías que los griegos creían que la música puede afectar el carácter y, como tú muy bien dices, incluso conmover? Esta idea proviene precisamente de Pitágoras: la música es un sistema de tonos y ritmos gobernado por las mismas leyes matemáticas que operan en el mundo visible e invisible. La armonía de la música puede influir en la armonía del alma...

—Solo puedo decirte que la música puede hacer llorar, enternecerse, incluso exaltarse y lograr estados de suma excitación como los que se alcanzan en algunos ritos religiosos. Poco o nada más puedo decirte, aunque te escucharé encantado hablar de música.

El joven empezó a temer por su futuro en la finca, tal vez su amo no quería tocar la lira sino hablar de música y para ello mejor le hubiera ido comprarse un esclavo filósofo.

Las clases se limitaron a ser una mera repetición de técnicas en las que Lucio no avanzaba, las cuerdas seguían sin apagarse y su impaciencia crecía a medida que

pasaban los días. Vencido por su falta de habilidad, pidió al joven que ofreciera clases de música a todos los esclavos de la finca que lo desearan. Comprobó con cierto orgullo herido, aunque con una buena dosis de humor, que la mayoría de sus esclavos eran mejores que él, especialmente los más jóvenes.

Regresó a sus paseos. Un día se fijó en una mata de hiedra colgante. Observó detenidamente cómo cubría frondosa toda la columnata y reptaba sigilosamente por el techo, cubriéndolo de hojas moteadas de blanco y de verde, claro y oscuro. Como manos extendidas en el aire, algunos brotes intentaban asirse a un soporte para trazar nuevos caminos. Por ello iniciaban una ruta aérea, sin saber que en aquella dirección no había nada donde sujetarse, y como racimos colgantes se columpiaban hacia la nada. Emprendían así un camino estéril y sin retorno. ¿Cómo había llegado hasta allí, suspendida y sin futuro? ¿Acaso era él una hiedra estúpidamente suspendida en el aire?

Las clases de música no le habían reportado las conversaciones que tanto anhelaba desde la partida de Arístides. Echaba en falta aquella sensación de hablar, de vaciarse por dentro, de mostrarse por completo, de sentirse verdaderamente comprendido y a la vez de comprender profundamente a otro ser humano. Su soledad, como un muro alto y grueso, solo se había visto agrietada después de largas horas de charla con su maestro. Recordaba las conversaciones llenas de risas, anécdotas, exclamaciones de sorpresa, la alegría de haber aprendido algo nuevo o la evidencia de acercarse a algo que antes aparecía enmarañado y negro. Sabía que había vencido su soledad por la sensación posterior de plenitud y de serena alegría que le quedaba, que le hacía soltar un enorme suspiro sin dejar de sonreír. Pero en la villa solo podía hablar consigo mismo en compañía de su perro.

Empezaba a sospechar que aún no le había llegado el momento de la gratitud perenne, de sentirse agradecido por la lluvia cuando llueve, contento por el sol porque calienta. Sentirse complacido en los días de viento por el cobijo que da la casa y encantado en los días de frío y hielo por tener la ocasión de contemplar el fuego. Sentirse satisfecho de noche por la posibilidad del descanso, alegre de día por las numerosas actividades pendientes. No, todavía no había llegado al extremo de agradecerlo todo.

Se sentía demasiado viejo para el ajetreo de Roma, pero demasiado joven para la soledad de Tarquinia.

Tal vez sería una buena idea escribir a Arístides, preguntarle cuándo tenía previsto regresar a Roma. Tal vez podrían vivir juntos en Tarquinia, emprender de vez en cuando algún proyecto arquitectónico y después regresar a casa. No haría falta completarlo, sería suficiente realizar el diseño y dejar la obra encaminada. Sí, vivirían juntos y optarían por hacer solo lo que les apeteciera y tuviera sentido para ellos. ¡Qué estúpidos habían sido! Ambos se habían equivocado al ser tan convencionales.

Ahora lo veía más claro que nunca.

Lucio había alcanzado una edad muy superior a la adecuada para tener un mentor, parecía que lo propio para ambos era que cada uno hiciera su vida, pero ahora que los separaban miles de millas, entendía que se habían equivocado. Debía escribir a Arístides, explicarle lo que ahora veía con toda claridad y que necesitaba cumplir con tanta premura. Él ya era mayor, pronto sería demasiado viejo para vivir viajando. Lucio iba a tener el privilegio de asistirle y cuidarle sin que nada le faltara. Al cabo de unos años le acompañaría para que su camino hacia la muerte fuera plácido, en casa, con todas las comodidades. No quería perder ni un segundo, ahora sabía exactamente lo que quería.

De pronto, le anunciaron la llegada de una carta. Desenrolló el pergamino con impaciencia, leyó el contenido tan deprisa que apenas podía interpretar el significado de cada una de las palabras que mentalmente pronunciaba: «El emperador Tito Flavio Vespasiano, César Augusto Germánico, Pontífice Máximo, Padre de la Patria, ordena a través de Publio Mummio Mummiano, gobernador de Hispania y Tito Fabio Tauro, duunviro del municipio Flavio de los segovianos, que Lucio Antíoco Póstumo lleve a cabo la conducción del agua del acueducto de Segovia en sustitución de Arístides Triario, recientemente fallecido en extrañas circunstancias.»

Inmediatamente le comunicaron que dos guardas le esperaban a la entrada de la villa para acompañarle al barco que había de llevarlo hasta Hispania cuando estuviera dispuesto a partir.

Lucio dejó la casa como si estuviera muerto, como si todo lo que le pasaba fuera tan solo un sueño vivido con premura y desconcierto. Se sentía completamente abatido por la trágica e inesperada muerte de su amigo y mentor «en extrañas circunstancias». Una forma evidente de anunciarle que no había fallecido de muerte natural sino que, sin duda, había sido asesinado.

Descubrir quién había matado a su maestro y llevar a cabo su última obra eran objetivos tan intensos que borraron por completo el antiguo y ya olvidado deseo de soledad que lo había llevado hasta Tarquinia. Borraron también el sueño de la felicidad compartida.

Ahora Segovia le esperaba. No tardó ni un día en salir en dirección a Hispania.

Arístides había muerto. Parecía imposible, pero la carta oficial no dejaba espacio para la duda. Sentía que sin él era menos él mismo, el mundo dejaba de ser aquel lugar donde era posible seguir encontrándose con su viejo maestro. Ahora todos los paisajes se presentaban vacíos, más huérfanos de posibilidades y la imagen de un desierto cubierto por la canícula era la que mejor reflejaba su estado de ánimo. La luz puede ser tan cegadora como la oscuridad y su repentina muerte precisaba de algún tipo de explicación que las órdenes de las autoridades no detallaban. «Extrañas circunstancias» era un perfecto eufemismo de asesinato. Las preguntas se agolpaban en su cabeza y desataban su rabia: ¿Cómo había muerto? ¿Quién lo había matado?

A pesar de que la relación entre maestro y alumno pasó por algunos desacuerdos y por temporadas de distancia física debidas a los numerosos viajes de Arístides, sus desavenencias y alejamientos, en vez de separarlos, habían estrechado aún más sus lazos. Y con los años, la relación había llegado a ser tan inquebrantable como el granito. El viejo sabio había viajado por todo el mundo y en cada país había estudiado la forma de gobierno, las costumbres y conocimientos en los ámbitos científico, literario, religioso, la fauna y la botánica, la geografía y todo aquello que despertaba su curiosidad y tenía ocasión de aprender. Desde su perspectiva, los romanos dejaron de ser la máxima expresión de la historia y le parecía discutible que sus cotas de civilización y avance fueran las más perfectas que había llevado a cabo el hombre. Arístides sentía el mismo respeto por todas las culturas, y no solo por la cultura griega como haría cualquier romano, sino también por la etrusca y la egipcia. Fue uno de los primeros en viajar a la India, un viaje que le transformó profundamente.

Conoció la civilización védica en el norte de la India y la llanura del Ganges. Con la recitación de los vedas aprendió el arte de la meditación. También aprendió el precepto, casi sagrado, de no dañar a los animales. Pero rechazó la división de castas rígidamente definidas. Tampoco se sintió ligado al ascetismo que proponían a base de ayunos y continuos sacrificios y penitencias. Creía en el fortalecimiento del carácter practicando una suave sobriedad, es decir, a través de una renuncia tranquila a todo lo que es sobrante o innecesario, pero no creía en las duras pruebas físicas que pueden comprometer la salud y la vida. En este aspecto su lema era «cosas raras, no». Una frase simple que probaba hasta qué punto el sentido común era su brújula vital.

En primer lugar, Arístides consideraba la reflexión sobre la conducta humana como la parte más importante de todas las teorías filosóficas. De cada sistema adoptaba algunos aspectos, nunca todos. No creía en las adhesiones incondicionales a ninguna doctrina. «La unión sin discusión es propia de una secta», solía decir. La filantropía era su atributo más destacable, el amor a los seres humanos. Creía en la

equiparación del hombre y la mujer, sin olvidar sus diferencias. Propugnaba el no tomar alimentos de origen animal (seguramente por influencia del neopitagorismo, renovado por entonces en Roma). Creía también en una vida sencilla y capaz de albergar un carácter fuerte sin por ello perder la sensibilidad. Se sentía heredero y portavoz de la antigua idea estoica de ciudadano del mundo defraudado, demasiado frecuentemente, por las políticas imperiales. Durante toda su vida también mantuvo una profunda convicción contra la violencia.

Con esta actitud, no había país ni filosofía en los que no encontrara valores. Lo mismo le sucedía con las personas: siempre escogía la mejor explicación de sus actos, destacaba siempre sus cualidades y posibilidades en vez de sus defectos. Su curiosidad era tan inagotable como su energía y generosidad.

¿Cómo y por qué había muerto? ¿Por qué no había tomado en serio sus advertencias? Lucio le había insistido una y otra vez en que la vejez no soporta tantos viajes, y un ritmo de vida que empieza cada día a las cinco de la mañana y termina casi de madrugada no es bueno ni para los jóvenes. Si le hubiera hecho caso, aunque solo fuera para evitar los achaques de la vejez, todavía estaría vivo.

Ahora recordaba una discusión sobre la moderación, en su intento de conseguir, a través de argumentos incontestables, que cambiara de vida. No solo no consiguió nada, sino que se sintió dolido durante unos días al comprobar que su maestro no tenía ninguna intención de modificar su actitud.

—Maestro, encontrar la moderación significa saber establecer el punto exacto en que ya es suficiente.

—Nunca es suficiente cuando queda tanto por hacer y tantas cosas por terminar...

—No son las cosas las que deben marcar tu ritmo. Eres tú quien debe establecer cuándo ya has trabajado lo suficiente, cuándo has descansado lo que necesitas, cuándo te has divertido lo necesario. Que no te arrastren las circunstancias, sino que tú mandes sobre ellas.

—¿Y quién puede establecer en mi vida los «suficientes» y los «demasiados» sino yo mismo? ¿Quién tiene una autoridad superior a la mía?

—Tu salud, maestro. Sin la moderación podemos caer tanto en el exceso de comer demasiado como en el defecto de no comer lo suficiente. Sin la moderación podemos dormir excesivamente o no dormir lo necesario. La moderación es simplemente tener el control de lo que nos conviene y saber establecer la medida de lo que necesitamos.

—La moderación parte de un conocimiento previo: saber dónde se hallan los propios límites. Y yo todavía no he descubierto los míos. Puedo dormir menos que la mayoría de las personas y mi capacidad de resistencia es mayor que la suya. Hay una cualidad por encima de la moderación: la justicia. No es justo que trabaje menos pudiendo hacerlo mucho más.

—No estoy de acuerdo. Sin la moderación trabajas cada vez más y no conoces tus límites, sino que los descubres a través de la enfermedad. La moderación está relacionada con la prudencia.

—No te preocupes por tu maestro, es más fuerte de lo que te imaginas. Con alegría no hay trabajo que te enferme.

—No piensas correctamente si crees que la moderación equivale a la tristeza, a la debilidad constitutiva, al no poder disfrutar de la vida o a la resignación. La moderación no es la impotencia de no poder hacer lo que uno verdaderamente quiere. La moderación es disminuir la cantidad en aras de aumentar la calidad. Es aprender a disfrutar más, de una manera más plena, lúcida y cultivada.

—Tenemos que poner límites al deseo de la misma forma que tenemos que poner límites al miedo —dijo Lucrecio. Pero no dijo nada de poner límites al trabajo—. Trabaja deprisa, Lucio, tu tiempo en la vida es limitado. Mientras sopesas cada trabajo y calculas, yo puedo acabar una nueva obra. No existe un solo modo de vida buena, ni normas válidas para todos. La moderación también forma parte de la flexibilidad de ánimo. Falta moderación a tu rigidez mental, hay muchos valores y cualidades que no te cuestionas y que quieres aplicar de manera rígida. Quieres que la ética tenga la fuerza de la geología cuando se parece más al baile. Tu deseo de perfección puede hacerte sufrir. Vive, Lucio, como si pudieras vivir un día más o cien años más. Que la muerte te alcance haciendo exactamente lo que quieres hacer y estando donde quieres estar. No es fácil, a veces el miedo o una voluntad débil o las luchas entre la razón y la pasión no permiten que sean tan evidentes ni una cosa ni la otra.

Ahora que recordaba esta conversación, le agradecía, como nunca lo había hecho antes, que pese a su juventud se prestara a discutir con él cualquier tema, a conversar sobre todo lo que le inquietaba, a escucharle durante horas, a contener su impaciencia y también la vanidad juvenil de creerse, en según qué ocasiones, tan cerca de la verdad. «Quizá —pensaba ahora— aprender a contentarse es una buena fórmula del arte de vivir. Él se contentaba con trabajar y con que le dejaran tranquilo. Él sabía vivir y, en su momento, seguro que supo morir.»

Durante el viaje hasta Segovia podría recordar a su maestro, entregarse a la tristeza de haberlo perdido y tomar fuerzas suficientes para emprender la construcción del acueducto. El viaje duraría unos cuatro días por mar, desde el puerto romano de Ostia hasta el puerto hispánico de Tarraco, y unos seis por tierra, si viajaba a la velocidad típica habitual de unas cincuenta millas diarias. Tenía por delante unos diez días de trayecto en los que podría permitirse recordar y vivir el duelo de la pérdida, pero, en cambio, debía desembarcar en Hispania con el ánimo fuerte y con la misma resolución y capacidad de trabajo que siempre habían caracterizado a Arístides. El mejor homenaje que podía hacerle era encarnar las cualidades que le

había enseñado con sus palabras, pero, sobre todo, con su ejemplo. ¡Qué extraña sensación de rabia y abatimiento! La rabia lo mantenía vivo, la pena le hundía el ánimo.

El mar siempre le había producido una extraña mezcla de fascinación y de respeto. Le medía, con una precisión abrumadora, la nimia dimensión de cualquier obra humana. Se sentía arrobado por una maravilla siempre igual e imparablemente diferente: resplandeciente al alba por el sol del este, cuando cubría su superficie con miles de espejos a punto de encenderse, y plomizo y espeso como el mercurio al anochecer. Pero el mar era, para él, aquel lugar infinito para ser contemplado desde la arena, para pensar, caminar por su orilla, decidir, prometerse, imaginar... No era para cruzarlo hasta llegar a Hispania. ¿Podría ese, su paisaje más perfecto, engullirlo y escupir su cadáver? *Alea jacta est*. Un ciudadano romano en misión hacia Hispania no podía demostrar intranquilidades ni dudas.

El viaje haría una escala en las Baleares. Allí se aprovisionarían de alimentos y, en caso necesario, llevarían a cabo pequeñas reparaciones. Por suerte, era la época del año en la que ya había empezado la primavera y por tanto había *mare apertum*.

Lucio dejó su villa, aquel lugar donde había aprendido una lección que, esta vez, no provenía de su maestro: había descubierto que la soledad difícilmente es el camino hacia una felicidad plena. Los libros le marcaban un compás del tiempo que no lograba hacer vibrar los cimientos más profundos de su ser. Los conocimientos, recibidos como un ermitaño aislado, habían resultado inútiles si lo alejaban de la vida y lo introducían en un mundo cada vez más oscuro y silencioso, al que él, de manera pretenciosa, había sonreído y abierto los brazos, ajeno al hecho de que se adentraba en una fiesta de la noche que, tal vez, no hubiera abandonado nunca: una soledad un tanto antagónica a la vida. Presentía, después de los meses en Tarquinia, que el conocimiento solo es verdaderamente profundo cuando es vivido también en compañía y afecto. El repentino viaje a Segovia le daba otra oportunidad de salir al mundo y también de sumergirse de nuevo en el mercado y en todo aquello que tanto le repugnaba: el gentío, el sufrimiento, las bajas pasiones, las injusticias... Pero únicamente saliendo de nuevo al mundo podía encontrar aquello que necesitaba y que no podía obtener él solo. «Demasiado pronto —se dijo—. Tarquinia me espera para cuando esté preparado para encontrarme conmigo mismo. Pero, aunque estos paisajes y mi casa me esperen, ya no me verán jamás con Arístides. Las largas conversaciones que debíamos tener aquí ya no se producirán jamás.» Este pensamiento le hizo llorar con la misma sensación de desamparo y soledad de cuando era un niño perdido, sin su maestro, sin su verdadero padre, sin el único amigo de verdad, un alma afín y próxima, la única que había conocido en toda su vida.

Se dirigió al puerto de Ostia, a pocas millas de Tarquinia, punto de partida de una ruta comercial estable con Tarraco. El puerto, tal y como recordaba, seguía siendo un

trajín constante de vagabundos y ladrones que aguardan a los recién llegados, así como de estibadores que buscan trabajo llevando las cargas desde las barcas hasta los almacenes situados entre el foro y el Aventino.

Los guardias le señalaron la nave en la que debía embarcar. Un frío calambre de miedo sacudió su estómago, iba a partir y ya era inevitable. Un pensamiento alivió su temor: «Buena parte del trayecto será con la tierra a la vista y la estrella fenicia nos guiará con seguridad y protección hasta nuestro destino en Hispania.»

El capitán de la nave saludó amablemente a Lucio. Era un barco mercante dedicado al cada vez más floreciente comercio con Hispania. Las aguas del mar, en aquel punto del puerto, eran plácidas y azules, aunque se volverían de un verde opaco impenetrable a medida que se alejaran de la orilla. El barco se llamaba *Europa*, medía unos cuarenta pies de largo y, como era habitual, tenía la popa y la proa muy elevadas. Iba equipado con gruesas cuerdas de esparto hispano y con ánforas también hispanas que viajaban para ser cargadas de aceite y *garum* cuando llegaran a Tarraco. Era movido por una gran vela cuadrada y el impulso de algunos remeros y dirigido por un gran timón trasero. Otras partes del barco transportaban cerámica y tejidos. Afortunadamente, el *Europa* tenía dos cámaras, una para el capitán y otra para Lucio, algo más pequeña. El resto de la tripulación dormiría en cubierta, al igual que los esclavos que componían la dotación.

Estaba demasiado abatido por la muerte de su maestro para pensar con claridad. Tenía que mantener la compostura, debía pensar algo alegre, estimulante, algo que le cambiara la cara, no podía pasearse por el puerto ni embarcar con los ojos enrojecidos. ¡Por todos los dioses, como mínimo debía ser un digno hijo de su padre!

Ir a Hispania para hacerse cargo de una obra de envergadura sería una buena forma de evidenciar sus ganas de resituarse. Lograría ser como el sirio Apolodoro de Damasco, cuya arquitectura era cada vez más famosa. Este era el principio de su camino ascendente. Desde ahora y desde aquí reconduciría su carrera. Todas las conversaciones y años de estudio con el viejo Arístides habían sido parte de su aprendizaje, pero empezaba otra etapa de hombre hecho a sí mismo y capaz de cumplir con sus obligaciones. Sería condescendiente con el poder e incluso lo aplaudiría, si con ello lograba la fama, haría todo lo posible para gustar e integrarse: sus oídos serían sordos y sus ojos ciegos a todo aquello que encontrara injusto, si esto le iba a enemistar con los que estaban en la cima. Mientras él estuviese bien situado, fuera reconocido, aceptado y querido por los poderosos, todo iría bien. En el mundo habían existido siempre las injusticias y las vanidades y continuarían existiendo muchos siglos después de que él muriera. Había llegado el momento de aprender a vivir bien, y vivir bien para él solo podía significar una cosa: ser bien valorado en la arquitectura. Iba a triunfar, por tanto iba a dejar de ser el joven cándido que se escandalizaba con los espectáculos de muerte y que quería que le dejaran solo y

tranquilo para realizar sus lecturas de autores muertos como Platón, Parménides y Safo. Quería triunfar y se iba a concentrar en lograrlo. No quería ser un idealista expulsado de la vida pública y del reconocimiento. La vida le había dado una oportunidad única: había sido llamado por las autoridades para llevar a cabo una gran obra, esta vez no desaprovecharía la ocasión.

Lo había probado, pero sirvió de poco, porque había algo mucho más grande que su ambición: la pena que sentía por la pérdida de Arístides, algo que no estaba preparado para aceptar. Parecía irreal, nada había cambiado a su alrededor y, con un mínimo esfuerzo, podía imaginar que Arístides seguía de viaje y que partía hacia Segovia para encontrarse con él.

Una vez en el barco, decidió relacionarse con el mando de la tripulación, salir de su ostracismo. Debía abandonar los pensamientos que se devanaban en su cabeza formando una madeja y que quizás eran obstáculos en su camino ascendente. Últimamente había dedicado muchas horas a pensar en si la materia imita a la vida o la supera. Por un lado, se daba cuenta de que ningún escultor podía ni siquiera acercarse a la forma y al mecanismo del elemento vivo más simple. La más humilde hoja de un árbol, con su verdor y livianos conductos de savia, era imposible de ser reconstruida por ningún tipo de arte, pero, en cambio, la hoja se marchitaba y finalmente caía del árbol. Por otra parte, la escultura de una hoja se mantenía intacta sin sufrir jamás proceso alguno de decrepitud. ¿Superaba la escultura a la vida porque era perfecta y duradera o era una burda imitación de la vida? Este era, precisamente, el tipo de pensamientos que le había hecho aparecer, hasta entonces, como un auténtico púber con veleidades filosóficas. El tipo de pensamientos de los que debía alejarse. O quizá no, porque precisamente gracias a la lejanía de la abstracción y de la teoría podría volver a alejarse del dolor de la vida.

—Bienvenido a bordo. Esperamos que tenga un buen viaje. Es un honor tener a Lucio Antíoco Póstumo, hijo de Adramitio, en este trayecto.

De nuevo era saludado como el vástago a quien hay que honrar en memoria de su padre.

—Muchas gracias por tu bienvenida. Hace unos meses que me hospedo en Tarquinia. Voy a Tarraco para dirigirme posteriormente a Segovia, en sustitución de Arístides, el viejo maestro de obras.

—Sí, tenemos noticias de su muerte, el tráfico no solo es de barcos y mercancías, también las noticias corren de un lado a otro de la costa. Una terrible muerte la suya.

—¿Sabes algo de su muerte? Agradecería cualquier información ya que solo sé que ha sido asesinado, el informe de las autoridades habla de extrañas circunstancias, lo que significa, claramente, una muerte violenta.

—Efectivamente, fue cruelmente torturado antes de morir.

Una ola impetuosa de desesperación y rabia invadió todo su ser. Por primera vez,

entendía de dónde venía una fuerza que podría hacer de él un hombre capaz de matar. Respiró profundamente y dijo:

—Mi principal misión no es acabar el acueducto sino encontrar y llevar a juicio a los asesinos de mi maestro. Quiero vivir para ver cómo la justicia los condena a muerte.

El capitán asintió simplemente con una mirada llena de comprensión.

Pero el tema era demasiado doloroso para insistir en él, así que ambos recorrieron a una mutua amabilidad y una aparente normalidad. Durante el primer día tuvieron varias ocasiones de comentar el tiempo, cómo se preveía, qué tipo de nubes y vientos indicaban tormenta y qué otros indicios, como el color del cielo por la noche, significaban, normalmente, días calmados y soleados o alertaban lluvias. Lucio, junto con toda la tripulación, también rindió honores a las estrellas que les guiarían durante el viaje y solicitó a los dioses buen tiempo y que ningún peligro amenazara la travesía, algo que convenía hacer especialmente ahora por el miedo a las tormentas que tantos barcos habían hundido durante la primavera. Era una época en que se podía navegar, a diferencia del otoño y del invierno, pero no era tan segura como el verano.

Después de unas horas, volvieron a hablar. Esta vez era el capitán el que quería preguntarle algo.

—¿Cómo es posible que las autoridades te hayan ido a buscar a Tarquinia? ¿No había suficientes ingenieros y arquitectos en Segovia?

—Según me han contado los mismos que me han entregado la orden imperial y me han acompañado al puerto, fue una condición expresa de Arístides. Aceptó el encargo dejando por escrito que, si alguna cosa le ocurría, continuara las obras su discípulo Lucio.

—¿Y tienes ganas de acabarlo? Piensa que un acueducto son muchos años.

—Una obra de estas características puede durar de quince a treinta años. Yo prefiero establecer el trazado, las normas de construcción, las características que tendrá la obra y una vez que esté bien orientada, emprender otras nuevas. Mi idea no es pasarme veinticinco años en Segovia.

—Ya veo... —dijo el capitán mientras pensaba en otra cosa.

—¿Qué me ocultas? Puedes hablar con tranquilidad.

—Cuentan de ti que eres algo excéntrico, un poco como Tales de Mileto, que miras más al cielo que a la tierra y que has perdido la posibilidad de hacerte un lugar en Roma. Roma puede catapultar al éxito o hundir en las sombras. Pero déjalos hablar. ¿Qué saben de ti y de tu futuro...?

—Es difícil vencer la fama que te precede, pero quién sabe si podré lograrlo después de terminar el acueducto. Intentaré que sea la obra de ingeniería más monumental, funcional y perfecta que se haya hecho nunca. Y ya que hablas de Tales

de Mileto, ahora me parece que oigo la risa de la muchacha de Tracia.

—¿La risa de la muchacha de Tracia? Soy marino mercante, conozco muchas noticias, pero pocas historias, y esta de Tales de Mileto y la risa de la muchacha de Tracia no sé de qué trata y me encantaría que me la contaras.

—Lo haré, pero en otro momento, ahora necesito tiempo para estar solo. Espero verte por la mañana.

Lucio pensó: «Quizás este dolor no sea digno de un ciudadano romano, hijo de la clase ecuestre, pero ahora soy simplemente un hombre que ha perdido a su maestro y a su mejor amigo.»

Durmió poco y mal y ya antes del amanecer notó que la nave no avanzaba. Mientras dormía o luchaba por lograrlo, a cada atisbo de consciencia que se asomaba a través del sueño, no dejaba de repetirse: «Arístides ha muerto, Arístides ha muerto», como si repitiendo estas frases una y otra vez pudiera percatarse al fin de una realidad que debía asumir como inevitable. Finalmente había encontrado vivencias tan duraderas, tan inamovibles, tan poco susceptibles de cambiar como la escultura. Irónicamente pensó: «He encontrado ejemplos de cuando la propia vida imita las artes y las supera en cuanto a irrevocabilidad: la muerte.» Le quedaban todavía dos grandes motivos para vivir y para dar lo mejor de sí mismo: triunfar en la arquitectura y averiguar qué le había ocurrido a Arístides.

Cuando salió a cubierta, ya bien entrado el día, constató que la falta de vientos alisios había impuesto una parada en el trayecto. Cansado, agotado por la noche de pesadillas que el nuevo día no había hecho otra cosa que confirmar, Lucio se echó sobre la cubierta y cerró los ojos. A través de sus párpados el sol dibujaba manchas rojizas y formas indeterminadas. Las empezó a observar, con el simple deseo de dejar de pensar. Iba siguiéndolas por si le sugerían alguna forma, por si las manchas se tornaban objetos geométricos y, quién sabe, por si dibujaban edificios blandos y encendidos bajo un cielo negro. Lo importante era sumergirse de lleno en una experiencia sensual provocada por la madera, el olor a salitre, el sol, las imágenes rojas y negras. De pronto, las manchas que vislumbraba sobre la pantalla interna de sus párpados desaparecieron, sin duda una nube tapaba el sol dejando sus visiones a oscuras. Para confirmarlo, abrió los ojos. Medio deslumbrado, vio a contraluz una silueta que se abalanzaba sobre él empuñando un cuchillo. Con un rápido movimiento, Lucio se volteó hacia un lado y esquivó una muerte segura. El cuchillo se quedó clavado y cimbreado en el suelo. Rápidamente rodeó con el brazo el cuello de su agresor y le practicó una inmovilización mil veces repetida en sus ejercicios de lucha libre.

El capitán, alarmado por el ruido, vio cómo uno de sus remeros estaba con la mejilla contra el suelo y el brazo en alto con una fuerte dislocación bajo la presión de Lucio. Ordenó su detención inmediata, pero cuando lo levantaban del suelo logró

escapar y se dirigió al borde de la cubierta de la nave. Toda la tripulación permaneció expectante por si se atrevía a saltar. El remero se metió precipitadamente la mano en el cinto y liberó una pequeña redoma sujeta por la presión del cinturón. Se la bebió de un solo trago, sonrió como si los hubiera vencido a todos y saltó al agua. Al cabo de pocos segundos su cadáver se hundía en un mar tan quieto como la misma muerte.

Una gran inquietud recorrió la nave. Toda la tripulación fue interrogada: nadie sabía de dónde había surgido aquel oscuro personaje. No se sabía nada de su pasado, ni de su procedencia, de dónde provenía ni hacia dónde se dirigía. Su aspecto anodino, sin nada destacable por exceso o por defecto, lo convertía prácticamente en un hombre invisible. Por no recordar, ni siquiera sabían cómo se llamaba, pues siempre estaba solo mientras cumplía con sus cometidos en el barco sin llamar la atención. Tampoco nadie lo recordaba de otros viajes. Durante los días que llevaban de ruta, nadie tuvo la más mínima curiosidad ni interés por su persona. Lucio, como el cíclope Polifemo de la *Odisea*, había sido atacado por «nadie», como si hubiera sido golpeado por el mar o por el viento.

El barco paró aquella misma tarde en Pollentia, el puerto al norte de las Baleares, donde pasaron un día. El capitán se acercó de nuevo a él, su actitud cada vez más cerrada le preocupaba.

—¿Cómo estás? ¿Puedo hacer algo por ti?

—Necesito un poco de tiempo para digerir todo lo que me está pasando. Durante unos meses, mi principal preocupación ha sido cómo colocar los dedos en una lira o tener que decidir entre pasear o leer. Durante años, lo peor que podía ocurrirme en Roma es que un incendio quemara mi casa. En los últimos días, han matado a mi maestro y han intentado asesinarme. Creo que necesito un poco de tiempo para asimilar tantas vivencias y recapacitar sobre este intento de asesinato. ¿Por qué han querido matarme? Nadie sabe nada, nadie entiende nada. Creo que necesito unas horas para estar solo. Llega un momento en que viajar continuamente acompañado te hace desear unas horas de soledad. Mañana por la mañana daré un paseo por la isla, a ver si puedo poner en orden mis pensamientos.

—Te gustará la isla, cerca de aquí hay un cementerio impresionante, estoy seguro de que no has visto jamás algo así. Haces bien en cambiar de escenario, pasear y estar tranquilamente unas horas visitando este lugar.

Por la mañana, mientras todos trabajaban, Lucio siguió un camino que le llevó hasta el antiguo cementerio fenicio.

Aparecían ante sus ojos varias hectáreas de la necrópolis más bella y triste que jamás había visto. Estaba llena de tumbas de una antigua cultura. Allí había cámaras mortuorias de formas que no había visto nunca: naviformes, cuadradas y circulares. Centenares de personas estaban enterradas en aquel lugar sereno.

Pasó todo el día allí, mirando el mar, escudriñando el horizonte como si tuviera

las respuestas que estaba buscando. El tiempo se paró y vio que la tarde se le había echado encima, el sol poniente lo cubría todo de una luz pálida y de color miel. Pronto, lo sabía, la luz se volvería más y más tenue hasta que el firmamento sería de un malva cada vez más azulado y oscuro, casi negro.

Caminó por aquel paraje de una belleza desoladora y, en su paseo a la hora más baja de la tarde, intentó enterrar mentalmente a su maestro. En aquel cementerio se sintió más solo que nunca. Tal vez si se hubiera casado, si hubiera tenido una familia, si hubiera sido un ciudadano más típico, hoy no tendría estos problemas.

Ahora, ya lo sabía, deseaba triunfar, pero la última etapa de soledad, tan honda, le había hecho darse cuenta de que necesitaba a alguien a su lado, y no solo una esposa, sino también una compañera y una amiga, una mujer menos joven que las chiquillas casamenteras de catorce y quince años educadas para no tener ninguna inquietud intelectual. Ahora sabía que quería una mujer con quien compartir su vida. En este aspecto, Lucio era deudor directo de Arístides, que le había convencido de la igualdad entre los sexos y de que hay un tipo de sabiduría que solo se alcanza con el tiempo. Y Lucio quería a alguien sabio a su lado, no solo joven o atractivo. Era difícil, quizás imposible; la mayoría de las mujeres romanas eran poco cultivadas, pero había excepciones como algunas sacerdotisas o cortesanas escogidas. Estas podían participar en las conversaciones más cultas. Si no encontraba a una mujer así educada, siempre podría desposar alguna muchacha que tuviera deseos de aprender, de estudiar y formarse a su lado.

Una vez tomada esta decisión, Lucio intentó enterrar a Arístides. Imaginó que introducía, respetuosamente, una moneda en su boca para pagar a Caronte, el barquero que lo había de llevar a través de la laguna Estigia hasta el inframundo. Imaginó que le colocaba delicadamente las botas y una lámpara para iluminar el camino. Pero la visión era lacerante, no conseguía enterrarlo mentalmente. ¿Qué había pasado con su maestro?

Volvió al barco con dos decisiones tomadas: estaba dispuesto a compartir su vida con quien le gustara conversar y no podría descansar hasta descubrir qué le había sucedido a Arístides.

Partieron de las Baleares, empezaba el último tramo del viaje. Cuando llegó la noche, compartió la cena con el capitán, quizá porque ambos sabían que difícilmente hablarían de nuevo. Esta vez lo hicieron largamente.

—Es tu última noche a bordo y mañana llegas a Tarraco. La verdad es que en pocos días te he dado malas noticias sobre la extraña muerte de tu maestro y he presenciado cómo casi te matan. No creo que guardes un buen recuerdo de este viaje —dijo el capitán medio sonriendo.

—Sigue siendo un gran viaje. Siempre será el viaje en el que salvé la vida. Todos los viajes son importantes si marcan un nuevo inicio. Sospecho que las razones de

intentar matarme no se hallan en este barco, sino en el lugar hacia donde me dirijo. Creo que alguien no quiere que construya el acueducto, aunque no atino a saber el porqué.

—Ay, Lucio, la oscura y terrible naturaleza humana está al acecho por todas partes. ¿Ves la costa? ¿Qué te sugiere?

—Me imagino casas de pescadores, la lumbre de las velas que ahora deben de estar encendidas... imágenes de familias después de un duro día de trabajo.

—No puedes imaginarte lo que pasa cuando naufraga un barco como este en el que estamos y los pobres tripulantes a duras penas pueden llegar a la costa, heridos, medio ahogados. Cuando, llenos de esperanza, ven a los pescadores acercarse, y, con su última energía, intentan hacer un gesto con la mano o pedir ayuda con la poca voz que les queda, llegan hasta ellos los habitantes de las orillas. Y estos, en vez de auxiliarlos, calmarlos, decirles que ya están a salvo, bañarlos con agua caliente puesto que tiemblan de frío, curar sus numerosas heridas, darles una cama y algún alimento, les roban todo lo que tienen y muchos son vendidos como esclavos. Por ponerte solo un ejemplo, el dispensador Calvisio Sabino, cuyo barco naufragó, fue vendido como esclavo y marcado con fuego candente. Todos esos pescadores de la orilla, cuando el barco ya ha naufragado y es de día, se convierten en hábiles buzos para rebuscar afanosamente en el fondo del mar, intentando encontrar objetos preciosos y de valor entre los restos de las naves. Desconfía, Lucio, de los hombres, especialmente en Hispania. A pesar de ser romanos, no dejan de ser indígenas salvajes que odian secretamente al pueblo que los ha sometido. Si la naturaleza humana es oscura, la suya lo es más.

Lucio quedó pensativo mientras parecía recordar algo, y al cabo de unos segundos de silencio dijo:

—Una vez descubrí un cadáver en el mar, estaba flotando sobre un ligero remolino que iba en dirección a la playa. Me detuve entristecido y contemplé el cadáver en el agua con los ojos llenos de lágrimas. Quién sabe, pensé, si en algún rincón del mundo están esperando a este hombre una esposa confiada o un hijo que nada sabe de naufragios y que sin duda, antes de partir, besó a su padre para despedirse. Y en su cuerpo a la deriva me pareció ver todos sus proyectos hundidos, todas sus ambiciones. «Ahí tenéis al hombre, ved cómo se lo lleva el agua», escribió Petronio. Ver al hombre que ha intentado matarme hundiéndose en el agua me ha recordado esa otra mañana en la orilla y su triste visión. En ambos casos, nada sabemos de su pasado, ni de sus motivos, ni si cumplía órdenes ni de quién...

—Era una acción suicida. O te mataba y se mataba, o fracasaba y se mataba igualmente. De todas maneras, si te hubiera matado, nosotros le habríamos castigado con la muerte. Sabía que iba a morir pasara lo que pasase.

—Hoy he estado recordando en el cementerio todos y cada uno de los detalles de

su ataque y su muerte. Hay algo importante: vi una señal en su mano. Una especie de circunferencia. ¿Te resulta familiar?

—¿Un tatuaje en la mano? ¿Dónde?

—En la base del dedo pulgar, una especie de sol o de rueda... no lo sé. Un dibujo que no había visto en mi vida.

—Lo siento, Lucio, no me di cuenta de ningún dibujo.

—No importa. Ahora debemos celebrar que estoy vivo. Bebamos vino porque hoy casi no lo cuento. Esta noche, en la que se podría decir que he vuelto a nacer, es la noche especial que nos llevará a Tarraco, así lo indica el rumbo que has trazado a través de las estrellas. Celebremos que estoy vivo y no dejemos que decaiga nuestro ánimo por culpa de eso que tú llamas la oscura naturaleza humana. Esta noche sí que te contaré la historia de Tales de Mileto y la chica de Tracia.

—Adelante, te escucho.

—Tales era un sabio griego que observando distraídamente los astros, se cayó precipitadamente en el pozo de su jardín. La chica de Tracia se rio de él y le dijo que era muy hábil observando todo lo que había encima de su cabeza, pero no se percataba de lo más próximo: lo que había justo bajo sus pies. Entonces Tales, desafiado por su risa, se propuso demostrarle que en el ámbito práctico podía ser el mejor, el que más éxito tuviera, el hombre más rico de la ciudad. Gracias a sus cálculos, obtuvo una cosecha jamás conseguida hasta aquel momento. Así demostró que el sabio, cuando lo es de verdad, sobresale también en el ámbito práctico y puede alcanzar todo tipo de riquezas...

—¿Qué hizo entonces? —preguntó impaciente el capitán.

—Entonces pidió que le dejaran seguir filosofando en paz. Creo que la risa de la muchacha de Tracia esconde una pregunta, y la pregunta es: ¿Para qué sirve la filosofía?

—¿Y para qué sirve?

—Para vivir, amigo mío, para estar más vivo. ¿Para qué sirven el vino, la música, la belleza de las estrellas, de los paisajes o del mar? Para seguir siendo hombres civilizados.

El puerto de Tarraco rebosaba de mercancías que circulaban en todas direcciones y, en el cielo, las gaviotas revoloteaban con escandalosos graznidos. No había el mismo trajín ni nada tenía las dimensiones colosales de Roma, pero «la luz —pensó— es la misma en todo el *Mare Nostrum*. Sigo estando en casa».

Por su rango, podía viajar en una suntuosa caravana con víveres y esclavos, medio acostado, beber vino en lujosas copas de plata °marcadas con los itinerarios del viaje, un hábito romano cada vez más extendido entre las clases más pudientes. En las copas grabadas con las distancias también aparecían las posadas que se hallaban en el camino que conducía de Gades hasta Roma. Pero no se había llevado ningún esclavo consigo, tenía un plan secreto cuando empezó el viaje, una decisión que tomó al emprender su camino hacia Hispania: viajaría solo, sin ostentación. Era la mejor forma que tenía de vivir el duelo por la muerte de su maestro.

Quería hacer el viaje pobremente, en coches de alquiler, pernoctando en posadas, teniendo una relación más directa con las distancias, los paisajes y las personas que se iba a encontrar en su camino.

Si el viaje en barco fue para tomar conciencia de la muerte del maestro, quería que el camino hasta Segovia fuera diferente: tenía que servirle para alejarse de su espeso mundo interior, para abrirse hacia todo lo que viera. Un viaje para dejar de hundirse en el pensamiento y pasar a la acción.

Se despidió del capitán y, en tierra firme, contempló cómo el puerto era el punto de dispersión de diferentes destinos. Los viajeros humildes emprendían sus rutas a pie, otros cogían una mula o un caballo, protegidos con una capa por si llegaban las lluvias: la primavera podía traer aguaceros en cualquier momento del día o de la noche.

Lucio escogió para desplazarse una birota, un vehículo de dos ruedas bastante ligero, con la idea de pernoctar en posadas por el camino. La amenaza de lluvia primaverales no tardó en llegar, a primera hora de la tarde del primer día de su llegada a Hispania, después de algunas horas de camino por las vías empedradas, que mostraban la huella romana en unas tierras antes inhóspitas y salvajes. Empezó a llover torrencialmente, el cielo se oscureció tanto que parecía que estuviera en mitad de la noche. Era arriesgado continuar, pararía en la próxima posada, estaba ya muy cerca de ella. Volvió la vista atrás y se dio cuenta de que un jinete iba tras él. Un escalofrío le recorrió la nuca. No, no tenía por qué pensar que le seguían. Lo más seguro era que fuese un viajero como él; no podía vivir sospechando de cada hombre que se cruzara en su camino. En aquel momento se preguntó si era sabio y prudente o simplemente un poco cobarde. ¿Su constante capacidad para anticiparse a los peligros era un signo de inteligencia o más bien de confusión y temor constante? Primero se

vio a sí mismo en el mar, padeciendo una terrible tormenta mientras el barco se hundía. «El barco no naufragó pero intentaron matarme —recordó—, pero ahora no puedo sentirme perseguido por un asesino, cuando seguramente detrás de mí no hay más que un pobre viajero sufriendo, como yo, bajo la lluvia.» Pero, a pesar de lo que se decía a sí mismo y de haber llegado a la conclusión de que la mente no puede decidir correctamente si está atribulada por el miedo, sus manos y su voz arrearon los caballos y se dirigió con la máxima premura hacia la posada. HOSTAL DEL PEQUEÑO GALLO, anunciaba un rótulo prometiendo al viajero buen trato, baños y comodidades.

La posada estaba llena de mozos de cuadra y arrieros, el humo de la cocina llenaba todo el espacio. Sobre una capa de tomillo se veían los embutidos rojos y los pucheros humeantes.

—Buen huésped —dijo la posadera—, habéis hecho bien en no quedaros empapado hasta los tuétanos y con el rabo entre las piernas helado. —La oronda mujer rio ostentosamente—. Venid y cobijaos en los cálidos brazos de cualquiera de nuestras muchachas y todas vuestras partes entrarán en calor. —Volvió a reír y su dentadura, con unos pocos dientes, oscuros y sucios, provocó en Lucio un gesto de desagrado.

—Solo estoy interesado en la comida y en un buen lecho. Espero que el colchón y la almohada no sean de hojas y paja.

—No encontrará mejor lugar para hospedarse. Se lo juro por los dioses y por la paz de mis muertos. ¡Con muchachas como las mías se despertarían de sus frías tumbas bien empalmados!

De nuevo, Lucio no se rio con la burda broma. Pero la mujer no se percató, iba a repetir el mismo tipo de facecias una y otra vez, aunque en ninguna ocasión lograría arrancar ni el más leve signo de complicidad en su nuevo huésped. Por su parte, Lucio adoptó una pose grave, como de no dejarse engañar, de cierta exigencia, que era más una advertencia inútil que una verdadera amenaza. Si finalmente el colchón y la almohada estaban hechos de paja y hojas, tan solo procuraría acomodarse y descansar tan bien como le fuera posible, y pagaría su cuenta sin causar ningún escándalo. Sabía que con esa lluvia era imposible continuar viajando y, aunque no era el momento de pensarlo, era muy consciente de que un fuerte resfriado podía llevarlo, como a cualquiera, a la tumba.

Varios hombres medio borrachos cantaban, el ambiente estaba saturado de un denso y cargante hedor, los numerosos cuerpos sucios estaban demasiado cerca. Le cortaba la respiración una mezcolanza de sudor y comida que formaba una amalgama apestosa contra la que tenía que luchar para no sentir arcadas. Le podían sobrevenir en cualquier momento, ya fuera por culpa de un fuerte olor a orín, por la visión de un animal putrefacto, por la suciedad extrema de algunas personas o por pasear por una calle maloliente. Un olor de este tipo podía golpearle el estómago hasta el punto de

quedar doblegado al instante, esforzándose en reprimir las náuseas. Le ocurría en Roma y le estaba ocurriendo en su primera parada en Hispania.

Entrar en aquella sucia posada y empezar a sentir náuseas le parecía del todo inconveniente, así que se tapó la nariz. Un detalle que no pasó inadvertido a muchos de sus huéspedes: en un cubil de lobos acababa de entrar alguien de buena cuna, que parecía ser demasiado fino para sus pulgas. Desde el primer instante se dio cuenta de que aquel lugar estaba lleno de mozos de cuadra, arrieros, mercaderes, ladrones, asesinos, bandidos y prostitutas. Con toscos andares, uno de ellos se le acercó. Después de mirarlo y sonreírle, le comentó directamente que los días de lluvia las tabernas están más llenas que nunca.

—¿De dónde eres, viajero? —le preguntó intentando ser amable.

—De Córcega.

—Ah, suerte tienes de no ser arquitecto, ni venir de Roma. ¿Ves a esos de allí? Sus antepasados eran indígenas, hombres de esta tierra antes que los romanos llegáramos a ella. Yo sí soy romano, aunque apenas puedo vivir en Roma, porque es imposible pagar los precios y...

Lucio le interrumpió.

—¿Qué les pasa a esos de allí? Me estabas diciendo que esperan a alguien...

—Hace tres noches que esperan a un arquitecto de Roma, quizá para enseñarle el camino hacia Segovia. —Acompañó estas palabras con una elocuente risa.

Le estaban aguardando y no podía esperar nada bueno de ese encuentro. Decidió retirarse a su habitación, pasar desapercibido y por la mañana continuar su viaje. Pero los hombres que lo estaban esperando se levantaron y se dirigieron hacia él.

—¿Quién eres?

—Me llamo Lanuvio y soy de Córcega.

—¿Qué haces aquí?

—Exploro una ruta comercial entre Córcega e Hispania de pieles, cerámica y otros objetos artesanales.

«Córcega —se dijo inmediatamente— no es un muy buen ejemplo. Quizás en Córcega solo hay cabras y en esta zona de Hispania haya poco que ver y que vender... Tal vez sea una excusa absurda.» Pero dejó de pensar. Estas ideas solo podían ponerle nervioso y de lo que se trataba ahora era de creerse su propia historia. Miró detenidamente al hombre que tenía una enorme cicatriz en la cara. Tenía un enorme lobanillo en medio de la nariz y un ojo le goteaba segregando constantemente una sustancia acre. Su piel rugosa, con surcos, junto con el ojo hinchado y lleno de legañas, le conferían una imagen repugnante. Pero, en esta ocasión, Lucio no pudo ni sentir asco, temía demasiado por su vida, así que cambió su mirada fija por otra que quería ser de cansancio y desdén. Dijo sin vacilar:

—Dejadme pasar, estoy muy cansado y deseo irme a dormir. Mañana quiero

seguir viajando por la Vía del Norte hasta Caesaraugusta.

Por un momento temió lo peor, pero los dos hombres se apartaron. Llegó a la habitación acompañado de la posadera. Comprobó que era una ratonera, la rechazó y pidió un aposento en el primer piso para poder saltar en caso de peligro. También solicitó a la mujer pasar la noche con una de sus rameras y que le trajeran pan y queso. La mujer lo miró complacida, como queriendo decir «ya sabía yo que no renunciarías a una buena fornicación». Al poco rato, la prostituta llegó a su habitación. Lucio le dijo que no quería ningún servicio, pero que le pagaría cinco veces lo que obtenía habitualmente en una noche con tal de que vigilara la entrada de la habitación y chillara con todas sus fuerzas si alguien se acercaba. Le advirtió de que durante la noche se levantaría varias veces para comprobar si estaba vigilando por lo que, si la encontraba dormida, la molería a palos. Tras sus amenazas, Lucio se concentró en alimentarse y en procurar descansar. Salir ahora, en medio de la noche, era demasiado peligroso, haría demasiado ruido porque tenía que coger caballos nuevos. Lo mejor era aparentar naturalidad, dormir con las máximas precauciones y esperar a que amaneciera con él aún vivo. Aquella noche no se percató del material que rellenaba el colchón. Demasiado cansado para mantenerse despierto y demasiado nervioso para descansar bien, durmió a trompicones, como en su primera noche en el barco. En aquella ocasión, en medio del mar, su sueño fue leve por culpa de la pena y en esta volvería a dormir mal por el miedo a que un cuchillazo cortara su vínculo con la vida.

A pesar de su inquietud, la noche transcurrió sin sobresaltos y todo salió según sus previsiones. La mañana era plácida, cogió un caballo nuevo y emprendió su viaje a primerísima hora.

Los dos hombres que esperaban al arquitecto de Roma se levantaron un par de horas más tarde. Ya se habían olvidado de él cuando la posadera se acercó a ellos y les preguntó si recordaban al hombre fino que la había mirado con desdén y que había rechazado a sus mujeres. Ellos asintieron y ella complacida les dijo que, tal como estaba convencida de que ocurriría, había caído en la tentación: ni siquiera un comerciante con aires de príncipe podía resistirse a chicas tan bellas y jóvenes como las suyas.

—Y os voy a decir algo: no hay hombre más cerdo en la cama que aquel que parece que no haya roto un plato en su vida.

Los hombres se rieron satisfechos y el de la enorme cicatriz dijo sonoramente, como si gritase:

—Las ganas de joder son las mismas en todo el imperio.

Aquellas palabras hicieron que a su compañero le sorprendiera la risa con la boca llena y escupió toda la comida, para luego lavarse la cara refregándola con su antebrazo. Divertidos y excitados, pidieron a la posadera que les trajera a la mujer

que había pasado la noche con el comerciante de Córcega, querían saber los detalles amatorios del ilustre visitante. La posadera no encontró a la muchacha, la buscó por todas partes y finalmente la vio durmiendo en un rincón del suelo. La despertó de una patada y le dijo que tenía que ir a hablar con unos clientes. Cansada, pero con la resignación de hacer su labor diaria, se acercó seductoramente a los dos hombres y les dijo que tenía las ganas de joder intactas puesto que el comerciante ni la había tocado. De pronto, se percató del aspecto del hombre de la cicatriz. No le apetecía acostarse con nadie en aquel momento y menos con alguien con un aspecto tan asqueroso. Pero se guardó bien su repulsión: había visto a demasiadas compañeras golpeadas y muertas por atreverse a reírse o a rechazar a alguien. Para disimular su asombro ante aquella cara que parecía haber salido del mismísimo Hades, comentó que aquel comerciante debía de estar más obsesionado por su dinero que por sus necesidades sexuales, ya que la había obligado a pasar la noche de guardia delante de la puerta.

Lucio seguía su camino con la esperanza de haber dejado atrás el peligro. Pero se volvió y vio las siluetas de los dos hombres a caballo, galopando con celeridad. Esta vez no tenía ninguna duda de que se trataba de los mismos que le esperaban en la posada. Azotó los caballos con toda su furia y aceleró el paso, pero su carro y algunas pertenencias eran más pesados que un jinete a lomos de un caballo. La aritmética más básica le hacía calcular que en pocos minutos le darían alcance. A pesar de ello, puso todo su ímpetu en no ser alcanzado. En la primera curva, su carruaje casi volcó por la velocidad con la que cabalgaban las bestias. Finalmente, los jinetes avanzaron hasta alcanzar la posición de un par de cabezas por delante de los caballos de Lucio con el fin de dominarlos hasta que frenaran. Nada pudo él hacer para evitar que pararan, así que saltó del carruaje, desenvainó su espada y observó cómo ambos jinetes se acercaban lentamente con la confianza de que empezaba un combate desigual que preveían del todo favorable. Lo primero que hizo Lucio fue otear un árbol para proteger su espalda contra él, pero a la vez le era un impedimento para retroceder o huir. La opción del árbol no era tampoco la óptima: dos ardidados luchadores embistiéndole simultáneamente era demasiada fuerza para ser contenida, pero luchar con ambos a la vez en un espacio abierto probablemente resultaría aún peor, puesto que podía morir de inmediato por un ataque por la espalda.

En ese momento, Lucio intentó razonar con ellos:

—Luchemos como ciudadanos y no como legionarios, luchemos con honor. Sin armas, uno contra uno, en lucha libre.

El asesino de la cicatriz le espetó:

—¿Eres imbécil? Vamos a matarte y vamos a hacerlo ahora. Lo haremos a nuestra manera, rápido y sin estúpidos riesgos.

Al cabo de pocos minutos de lucha que a Lucio le parecieron horas, uno de ellos

le causó un profundo corte en la muñeca; el dolor le hizo soltar el arma. El celtíbero apuntó con la punta de la espada su cuello y le ordenó:

—Arrodíllate.

Lucio lo hizo. El otro agarró su cabello, tirando fuertemente de él. Sabía perfectamente lo que ocurriría a continuación: iba a ser decapitado.

Se había preguntado muchas veces cómo sería aquel momento. Estaba ante una muerte inminente, una situación extrema de la que no había escapatoria posible. ¿Qué sentiría en el momento de morir? ¿Desesperación, terror? ¿Tal vez su alteración del ánimo sería tan intensa que todo se cubriría de una máxima expectación blanca? Blanca, porque ningún pensamiento o emoción podría ser escrito en ella. Ahora lo sabía: si no fuera porque deseaba vivir, podría incluso alegrarse de responder a una de esas preguntas que solo pueden contestarse a través de la vivencia directa. Se abandonó, se entregó al momento, con una serena conformidad cerró los ojos para sentir la cabeza separada del cuerpo de un solo tajo. Y, justo en aquel momento, oyó un grito. Su ejecutor acababa de ser degollado. El otro asesino, sorprendido por el advenimiento de una acción tan inesperada, tardó unos segundos en resituarse y actuar. Los suficientes para que Lucio recuperara su espada del suelo con el brazo izquierdo y, desde su posición, aún arrodillado, le hundiera la hoja en el vientre. Era la segunda vez en su vida que había estado a punto de morir y la primera vez que había matado a un hombre.

Justo después, se percató de la herida en su brazo, se la sujetó fuertemente y pensó: «Si se infecta, soy hombre muerto.» Miró a su salvador, era un hombre aún joven, con la tez morena y el pelo rizado. Sin duda, otro indígena. Vestía humildemente. No se trataba de un señor, podía ser un esclavo o un liberto. Le preguntó si tenía algún remedio para las heridas, este asintió respetuosamente, limpió con delicadeza el corte y lo cubrió con ungüentos y vendajes. Mientras el hombre hacía esto en silencio, Lucio sintió que estaba temblando y que un cansancio de siglos cubría todo su ser. Hubiera podido llorar si no hubiera tenido ningún testigo.

—Soy Leukón, esclavo de Arístides. En su testamento dejó escrito que me daría la libertad a cambio del juramento de proteger tu vida de camino a Segovia.

—¿Cómo sabía Arístides que yo continuaría su obra? —preguntó sabiendo la respuesta para verificar la autenticidad de su testimonio.

—Dejó una carta a las autoridades recomendando que, en caso de que él muriera, fueras tú quien se ocupara de llevar a cabo el acueducto.

—Bien, ahora ya te has ganado la libertad. ¿O cuántas veces se supone que debes salvarme la vida?

—Debo asegurarme de que llegues bien a Segovia. Allí teóricamente hay suficiente seguridad y protección para que no te ocurra nada.

—¿Por qué crees que Arístides pensaba que yo podría ser asesinado de camino a

Segovia?

—Los caminos son duros e inseguros, están llenos de bandidos y los robos y las muertes abundan. Te sigo desde tu llegada al puerto de Tarraco.

De pronto se percató de que Leukón era el hombre que había divisado bajo la lluvia la noche anterior y que temió que le estuviera siguiendo para matarlo. Lucio continuó la conversación:

—También intentaron matarme en el barco, y no se trataba de bandidos. Los hombres de los que acabas de salvarme no me han intentado robar como a un rico mercader, sino que ya me estaban esperando. Es evidente que mi maestro no me pondría en peligro de esta forma si no fuera por un buen motivo. También es evidente que él mismo sabía que podía morir...

—Estoy de acuerdo con lo que dices, recuerdo que en una ocasión me dijo: «Si yo muero, Lucio se preguntará por qué le envió a un lugar donde él también puede morir. Si te lo pregunta, dile tan solo esto, que no le condeno al peligro, sino que le doy la oportunidad de realizar una obra que, si consigue llevarla a término tal como sé que puede hacerlo, será cantada por los poetas y recordada durante siglos. Una obra que seguirá en pie a través de los tiempos. Haber llevado a cabo un acueducto como el de Segovia hará que le haya valido la pena dedicarse a la arquitectura. Además, yo soy un hombre viejo, puedo morir en cualquier parte. Lucio, en cambio, vivirá hasta llegar a mi edad, aquí o en Roma, pero vivirá mucho más si está aquí, en Segovia.» En otra ocasión dijo: «Si algún día Lucio llega a Segovia aprenderá una lección que no se enseña con palabras: el valor.» Y añadió que eras demasiado joven tanto para vivir aislado en Roma como para enterrarte en vida en no sé dónde...

—¿Tarquinia?

—Exacto, Tarquinia. Recuerdo cada día sus palabras. Fue un padre para mí, a pesar de que le traté poco tiempo, viviendo él ya en Segovia. Pero a veces un año basta para cambiar toda una vida. Nadie me ha tratado como él, y nadie ha sido tan generoso como para darme la libertad tan solo por la confianza que tenía depositada en mí.

Continuaron el viaje juntos. Esta vez, algo había cambiado en el ánimo de Lucio. Había sido capaz de entregar su vida como aquel que libera un pájaro que tenía fuertemente agarrado. Esa nueva capacidad de dejarse llevar por el destino sin anticiparse, sin continuos temores, le hizo saborear la vida de una forma completamente diferente: más refinada, más consciente, más observadora, más agradecida, más alegre. Sus peores temores estaban sucediendo y, en vez de arrojarlo para siempre en una cobardía sin límites, le habían hecho descubrir un valor sereno, conformado pero no resignado, capaz de luchar sin desesperarse ante lo imposible. Se dio cuenta de la paradoja en la que estaba sumido: valoraba más la vida pero se sentía capaz de morir en cualquier momento. Apreciaba cada detalle como si fuera

maravilloso o insólito y, a la vez, podía abrirse el pecho y entregar el lugar donde late la vida si el destino así se lo exigía. Esta doble capacidad: vivir como nunca, morir en cualquier momento, libremente y sin miedo, le hizo descubrir la verdadera dimensión del coraje. Aunque en aquel momento no lo sabía, nunca más volvería a doblegarse por el ansia de vomitar. Estaba en otro punto de la vida, en una especie de resignación más vital y más intensa que nunca.

La birota en la que había viajado hasta entonces fue cambiada en la primera mansión que encontraron por una carruca dormitorio, una carreta cubierta en la que se podía dormir, no para ahorrarse la cuenta de la posada, sino para que fuera más difícil encontrarle. Si hubiera podido cambiar algo del viaje, sin duda habría sido el ruido constante de las ruedas que giraban con fatiga y el chirrido de los ejes mal engrasados que se oían a cada vuelta.

Prosiguieron su viaje hasta Segovia. A la hora de descansar, Leukón se tendía en un colchón sobre el suelo mientras que Lucio dormía en la carreta. Preparaban fácilmente comidas sencillas. Descansaban bajo el tupido follaje de los árboles y el sonido de un arroyo. No faltaban higos secos, queso, ciruelas amarillas, zarzamoras, uvas, pepinillos, castañas y manzanas. En una de esas comidas, Leukón le preguntó a Lucio si en alguno de sus viajes se había encontrado con una posadera bruja. Este se rio y dijo que no. Leukón le contó con todo lujo de detalles que algunas de ellas ponían a sus huéspedes una sustancia mágica en el queso que los convertía en bestias de carga, pero sin que perdieran su conciencia de personas. Por ello, cada vez que veía una pobre bestia cargando tanto peso, se preguntaba si no sería un hombre embrujado.

Lucio cerró los ojos, pensó que estaba bien que una historia imposible sirviera para fomentar el respeto por los demás seres vivos. Un respeto que él no mostró ni al pegar fuertemente a los caballos mientras huía de los asesinos, ni con la prostituta a la que amenazó con matar a palos si no cumplía con su cometido. «Soy solo un hombre, un hombre puede ser cruel si tiene miedo. Intentaré no olvidarlo de nuevo.»

Leukón no paró de explicarle historias durante todo el viaje y Lucio no se separaba de sus tablillas de escribir, donde iba anotando los pensamientos y observaciones sobre todo lo que veía. Anotó la historia del bandido Galeno, que Leukón le explicó con los ojos muy abiertos y gesticulando exageradamente. Este asoló las tierras de Segovia, su especialidad era cortar las piernas de sus víctimas. Aquel bandido era el terror de la comarca. Los romanos tuvieron que hacer grandes esfuerzos para limpiar de salteadores las zonas de Segovia y de Cauca. Le habló de los largos y continuos esfuerzos del emperador para encontrar al malhechor. De él hablaban todas las gentes y a todas tenía atemorizadas, hasta tal punto que aquellas excelentes tierras no podían ser cultivadas debido a los continuos actos de vandalismo del terrible Galeno. Fue necesario que Roma llevara a cabo una verdadera

guerra contra los bandoleros. Trajeron a la zona más de 4.000 libertos, muchos de ellos judaicos y egipcios, para luchar contra los salteadores, porque eran tan terribles que saqueaban y se escondían en las montañas y eran más salvajes que las fieras. Durante aquella época, no era posible viajar, y los que se atrevían a hacerlo solo tenían el suficiente valor si se añadían al cortejo de un alto magistrado, un cuestor o un procónsul y, en todo caso, contando con una escolta militar. Durante todos aquellos años, Galeno no dejó de sembrar el terror por aldeas, alquerías y ciudades enteras, poniendo en libertad a los presos de las cárceles y entregando las poblaciones al incendio y al pillaje. Finalmente, porque Roma siempre gana, cuando fue capturado por el emperador, este le preguntó: «¿Por qué te has hecho bandido?» Y él contestó: «¿Y tú, por qué te hiciste emperador?» Por ello, el emperador ordenó que lo mataran, lo despellejaran y lo dejaran tirado al borde del camino para que las aves se cebaran con su cadáver y para que los médicos se parasen para satisfacer su curiosidad y examinar sus vísceras.

Después de escuchar esta historia, Lucio dijo a Leukón:

—¿No has pensado nunca que esto pudiera no ser cierto? Los cabecillas de los pueblos indígenas, aquellos que lucharon para no ser sometidos, fueron presentados al pueblo como bandidos cuando, seguramente, fueron los mismos romanos quienes saquearon, robaron, mataron e incendiaron. Aunque explicaron a los pueblos indígenas que era su propia gente quien lo hacía. Así, los cabecillas que luchaban por la libertad de su pueblo pasaron a ser considerados bandidos y, en vez de ser sus liberadores, pasaron a ser sus enemigos. Así se divide a un pueblo, que se convierte en más temeroso y desconfiado. Finalmente, Roma se presenta como la gran portadora de la ley y el orden.

—¿Por qué hablas así de tu pueblo?

—Quizá porque soy muy amigo de mi pueblo, pero aún soy más amigo de la verdad.

Durante el viaje, Lucio propuso a Leukón que se encargara de su protección y seguridad personal, esta vez como hombre libre y a cambio de un salario una vez que llegaran a Segovia. Leukón le respondió que se entregaría a esta misión con la dedicación de un esclavo y el agradecimiento de un hombre libre.

Lucio se sentía orgulloso de viajar modestamente, sentía un rechazo directo por la ostentación, tan presente en historias como las que aseguraban que Nerón no viajaba nunca con menos de mil carrozas tiradas por mulas con herraduras de plata, con los muleros vestidos de rojo y postillones y palafreneros ricamente ataviados. Popea, según decían, ponía herraduras de oro a las bestias de su remolque y llevaba siempre consigo 500 burras para poder bañarse diariamente con la leche que producían.

Por ello, las clases altas se esforzaban por seguir dentro de lo posible el ejemplo de los emperadores; el lujo de los viajes debía ser grandísimo, aunque algunos de

ellos no fuesen ricos más que en los caminos.

Con este viaje modesto, de comida frugal, de tranquilidad de espíritu, Lucio vivió algunos de sus días más felices. Ese trayecto le estaba enseñando cuántas cosas superfluas posee el hombre y que no echa de menos cuando le faltan. Se sentía un visitante feliz, descubriendo paisajes llenos de luz y contrastes, de contornos y un sinfín de colores, con secas y onduladas llanuras y verdes valles, con toscos campesinos y pastores. Bosques de robles y pinos escondían un sinfín de guaridas de lobos, osos, jabalíes y ciervos. A medida que se acercaba a su destino, los campos de cereales, viñas y olivos empezaron a dotar al paisaje de aquella sensación de naturaleza civilizada, armónica, acogedora y extraña a todos los peligros que tanto le recordaban a su hogar en Tarquinia.

6

Al llegar a Segovia, Leukón le llevó directamente a una casa pintada de un color rojizo gastado. Justo al lado y del mismo color, había una construcción bastante más pequeña, de donde salió su ayudante, el ingeniero hidráulico Zayin, un nombre hebreo sin duda. Este tenía la tez un tanto grabada, los labios carnosos pero de poco grosor, acabados en una especie de pico, como si estuvieran constantemente apretados y salidos. También tenía una cicatriz en el labio, así que la forma puntiaguda de su boca tal vez había acentuado la deformidad en su labio superior. Sus ojos, demasiado cerca el uno del otro, le conferían un cierto aspecto de roedor. Una cara que a Lucio le pareció divertida, aunque tosca y propia de una persona simple.

Zayin le saludó respetuosamente, con cierta timidez y con un evidente deseo de agradar le dio la bienvenida.

—Si me lo permites te mostraré tu morada. Justo al lado se halla la casa auxiliar de tu principal ayudante que, si así lo estimas conveniente, soy yo.

Lucio asintió y preguntó señalando su hogar:

—¿Aquí es donde se alojaba mi maestro Arístides?

—Sí, todo está tal y como él lo dejó el día de su muerte.

Había catorce esclavos en la casa, bastantes menos que los que tenía en Tarquinia, aunque sus dimensiones también eran bastante menores. Era una villa típicamente romana: en el núcleo de la vida doméstica se hallaba el atrio, un espacio al descubierto cercado por pórticos en el centro del cual había una abertura que recogía el agua de la lluvia para que fuera a parar en un estanque. Con la llegada del acueducto, estas medidas para almacenar agua serían menos necesarias, pensó.

La casa contaba con diferentes dormitorios, pequeñas habitaciones situadas junto al atrio. Su tamaño reducido respondía a la necesidad de lograr una mejor climatización.

—Estas tierras son frías en invierno y calurosas en verano. Estamos a finales de marzo, el atardecer y el amanecer son bastante fríos. Aquí tienes túnicas de lana para la noche —dijo Zayin mostrando las piezas mientras abría uno de los baúles.

Lucio miró alrededor. El mobiliario era mínimo: una cama, una silla, algunos arcones y candelabros.

Comprobó que la cocina y la despensa tenían un buen horno para cocer pan, una gran plataforma de obra para las brasas, con un espacio inferior para guardar la leña. En las paredes colgaban las cazuelas y parrillas. El conjunto parecía un buen lugar para vivir.

Pero durante toda la visita a su nuevo domicilio, esperaba el momento de llegar al *tablinum*, el despacho de arquitectura de su maestro. Al entrar en él, pidió que lo dejaran solo unos instantes. Todo tenía aquel aire de intenso trajín del maestro:

planos, instrumentos de dibujo, cajas con diferentes aparatos como una dioptra encima de una enorme mesa. Tocó levemente las cosas, acariciándolas, sin atreverse a recolocar nada, como si todo estuviera guardando silencio, intacto y esperando la llegada de Arístides. Pero sabía que debería alterar aquella quietud que reinaba entre sus cosas, tendría que perturbar con su trabajo aquel espacio que ahora estaba tan quieto. Lucio reflexionó diciéndose que de la misma manera que un acueducto precisa de las piezas de granito más bajas para levantarse, «formamos parte de la misma obra, del mismo sentido, ambos tenemos una sola aspiración... Los dos queríamos dedicar la vida a alcanzar las cimas de la comprensión humana. Donde ha terminado tu comprensión, maestro, empezará la mía. Ambos somos uno. Juntos haremos un acueducto como jamás han visto estas tierras, ambos encontraremos quién te asesinó».

Un esclavo le ofreció *mulsum*, un vino mezclado con miel que él rechazó. Quería bañarse, vestirse con ropas limpias, comer algo y dirigirse a la recepción que el gobernador de la Hispania Tarraconense había preparado para él. No quedaba mucho tiempo. Debía darse prisa.

Al cabo de unas horas, fue recibido por Publio, gobernador y máximo cargo de la provincia, con derecho a juzgar y a condenar a muerte, exceptuando a los ciudadanos romanos, que podían apelar al emperador y al Senado. Tenía varias regiones de Hispania bajo su poder y dependía directamente de Roma. Al primer golpe de vista, Lucio supo que se hallaba ante un auténtico patricio. Su pelo gris y peinado hacia delante intentaba disimular su calvicie. Era un hombre de edad, cercano a los cincuenta, que conservaba aquel aire regio que lo hacía tan intemporal como una estatua.

Le acompañaba también el edil de Segovia, llamado Tito. Notó en él un aire un tanto extravagante, por sus trajes coloridos y sus joyas, pero no le prestó mucha atención puesto que todo giraba alrededor de la presencia del gobernador.

Sabía perfectamente que no estaba siendo recibido como arquitecto, sino como el hijo de quien era. Un arquitecto no sería considerado más que como un técnico al que no hay que dedicar atenciones. Además, lo que no era infrecuente en altos cargos romanos de cierta edad, el gobernador había tenido amistad con su padre.

—Seas bienvenido a Segovia, Lucio Antíoco Póstumo, hijo de Adramitio Cecilio Segundo. Cuando aún era muy joven, conocí a tu padre y recuerdo vivamente la fuerte impresión que me causó. Pocos hombres he conocido más aguerridos en la lucha y más refinados en las artes. Celebro conocerte y que lleves a cabo la gran obra.

—Muchas gracias, gobernador, celebro que conocieras a mi padre, yo no puedo decir lo mismo, ya que nací después de su muerte. Intentaré que el recuerdo que tienes de él no se vea empañado por mi proceder en Segovia —Lucio acabó estas palabras con una sonrisa.

—Estoy seguro de que no será así. El acueducto es importante para la prosperidad de Segovia y para impulsar nuestra producción. La cerámica de estas tierras es muy valorada, con la llegada del agua garantizaremos una mejor calidad de la arcilla y será posible una producción intensa que enviaremos a Roma. Por otro lado, esta zona también es rica en lanas, y precisa de grandes cantidades de agua para los lavaderos y curtidores para que podamos sacarle partido.

A continuación, el gobernador solicitó comer en privado con Lucio. Se dirigieron a su casa y de camino le explicó que, por su cargo, tenía diversas residencias en la región y viajaba continuamente de un lugar a otro.

Una vez llegados, se tumbaron en divanes alrededor de una mesa baja.

—Antes de hablar del acueducto, de mi vida, de lo que desees... te agradecería que me contaras todo lo que sabes de la muerte de Arístides, el anterior jefe de obras y mi maestro.

—Sí, he podido comprobar vuestra unión. A todos nos sorprendió saber, en el momento de su muerte, que Arístides había aceptado la obra con la única condición de que, en el caso de que algo le ocurriera, solo tú pudieras continuarla. Lo verdaderamente importante de las grandes obras es que siempre tienen quien las lleve a cabo. Has de saber que estamos buscando al asesino o a los asesinos que acabaron con su vida, pero la búsqueda resulta enormemente difícil. Lo encontraron muerto de una forma terrible. Sin duda, murió atacado por la espalda en un acto vil propio de un indígena. Un ciudadano romano no actuaría así. Nosotros tenemos otra forma de ser —dijo gesticulando con desprecio—. Pero hemos mantenido un prudente silencio al respecto, no queremos dar ninguna información que pueda hacer creer a alguien que tenemos alguna debilidad. No debemos mostrar falta de poder o que no podemos controlar la ciudad. Mira, no te engañaré: Segovia no se halla en la faja costera del este ni en el suroeste de Hispania. Allí los hispanos son pacíficos, han sido varias veces sometidos por los fenicios, por los griegos, y yo qué sé cuántos más... Está claro que siempre han vivido bajo el yugo de alguien, son zonas intensamente colonizadas, no saben vivir sin un amo. Roma tenía devoción por aquellas partes de Hispania y se olvidó de esta, más agreste. Estamos en la intersección de cuatro pueblos indígenas: vacceos, vetones, arévacos y carpetanos. Cualquier individuo descendiente de estos pueblos pudo haber cometido el asesinato. Todos odian Roma, todos pueden haber matado a tu maestro. Por mucho que parezca que todos somos romanos, no olvidan que hemos saqueado sus casas y que sus antiguas propiedades ahora son nuestras.

—¿Y cómo podemos encontrar al asesino de mi maestro?

—No puedo matar a todos los que tengan ascendencia indígena, además ahora se ha ampliado la ciudadanía romana. No hay más remedio que olvidarse de todo el asunto, lamento decirte que será muy difícil que encontremos al asesino de Arístides,

pero algo sí puedo asegurarte: si encontramos al culpable te garantizo la pena de muerte por crucifixión no solo para quien lo haya matado, sino también para todo aquel que haya colaborado en su muerte. Hemos traído aquí la civilización, la cultura, la literatura, edificios y servicios como las futuras termas y los templos donde antes solo había cabañas de tierra y cañas... ¿Así es como nos lo pagan, matando o boicoteando nuestras obras? Llevo toda la vida viendo crímenes que no pasarán a los anales de la historia porque solo serían manchas en la supremacía del imperio. Pero te aseguro que yo, en esta parte de Hispania, solo me fío de los hombres de ascendencia romana.

—Intentaré encontrar a quien mató a mi maestro, aunque sea lo último que haga en esta vida.

—No estás aquí para encontrar al asesino de tu maestro, te recuerdo que has venido para construir un acueducto —dijo el gobernador con tono autoritario, aunque cambió rápidamente su semblante por una hospitalaria sonrisa—. Necesito que levantes el acueducto más grande, el más magnífico, el más imponente posible. Necesito que lo hagas cuanto antes, que lo acabes en pocos años. Invierte en ello el mínimo tiempo posible, para que este acueducto sea un triunfo del actual emperador y mío. Quiero pasar a la historia por haber logrado su construcción.

—Intentaré complacerte y utilizar todos los medios de los que disponga para hacer una obra rápida y magnífica. En cuanto a la investigación de los asesinos de mi maestro, te ruego que no cejes en tu empeño de encontrarlos. Puedo resignarme a no hallarlos jamás, pero no podría tolerar no haber hecho todo lo posible para descubrirlos.

Después de esta visita de cortesía y de amables palabras, aunque realmente poco esperanzadora, Lucio deseó conocer un poco más la ciudad donde iba a pasar un importante período de su vida. A la mañana siguiente, justo después de amanecer, empezó a deambular por sus calles: la ciudad se llenaba de vida con el mercado al aire libre, con el trajín de los agricultores, queseros y pastores que cada día se acercaban allí para vender su mercancía. Los granjeros llenaban los estantes de carnes curadas, salchichas, frutas en conserva, miel, queso y artículos de cuero, madera y lana. Todos ellos llegaban durante las primeras horas y colocaban sus puestos. Llenaban la ciudad de aromas de especias, intensas y variopintas, que anticipaban el sabor fuertemente condimentado de la comida romana. Sin duda, una costumbre que tenía la utilidad de disfrazar el estado, no siempre óptimo, de la vianda.

Conversando con Zayin descubrió que Segovia pertenecía a una tierra conquistada palmo a palmo, que había sido declarada propiedad romana dos siglos atrás y solo unos pocos indígenas, los jefes de los principales clanes, habían conseguido formar parte de los ámbitos de influencia, el resto eran considerados ciudadanos de segunda. Zayin, como la mayoría de los romanos, les atribuía fallos de

carácter intrínseco, imposibles de ser neutralizados con la cultura romana. Eran sucios, perezosos, listos en hacer trampas, traidores, poco cultivados, de costumbres primitivas y poco refinadas. Algo que no había cambiado con el paso de los siglos. Después de haber oído lo mismo por doble vía, Lucio concluyó:

—Tal vez tengan el carácter que les atribuyen tanto el gobernador como Zayin. Además, los que quisieron matarme de camino a Segovia eran indígenas, no hubieran tenido ningún reparo en acabar conmigo como un perro. No escucharon mi petición de luchar uno contra otro, con igualdad y honor. Definitivamente, no son de fiar: uno de ellos ha matado a mi maestro y se pasea por estas calles tranquilamente, pero tarde o temprano se le acabará la paz.

Zayin también le explicó que Segovia era un enclave perfecto para la explotación de cereales, especialmente trigo y cebada. Además de los beneficios procedentes de la agricultura, era una constante fuente de riquezas como territorio conquistado: suministraba artesanía, curtidos, pieles y caballos para el ejército romano.

—Cuatro características definen a Segovia —le comentó Zayin—: la cerámica, los caballos, los cereales y el pastoreo. Este era el emplazamiento de cuatro tribus antiguas y cuatro también son sus actividades básicas —concluyó Zayin complacido de esa conexión de dos pares de cuatros.

Zayin también le explicó que acababa de llegar a Segovia una nueva especie frutal proveniente de Roma, una fruta jugosa, de forma ancha en la base y con un cuello más estrecho, recubierta de una finísima capa verde. Era la fruta más codiciada del momento, se llamaba pera. Lucio sonrió por el exotismo de algo tan habitual en su casa. Su ayudante también le mostró un producto originario de aquellas tierras: la *caelia celtiberica*, una cerveza especialmente embriagante de la que Lucio probó solo un trago e hizo un ademán de rechazo debido a su sabor demasiado fuerte.

Segovia ofrecía un vibrante trajín por lo que era y, según se notaba en el aire, por lo que podía llegar a ser. Su enorme potencialidad era evidente por el quehacer mercantil, también por la incesante actividad de fragua y por el trabajo de arcilla de gran calidad, como la de la tierra de Ayllón. Pero a pesar de la fuerza y vitalidad de la ciudad, todo era más asequible, más humilde, más tranquilo que en la gran urbe romana.

Lucio se interesó por la cerámica del lugar. Zayin le explicó que Roma encontró pintoresca esta alfarería indígena, pero se fue abandonando por la producción de formas más acordes con los gustos del pueblo conquistador. Sin embargo, la cerámica segoviana, especialmente los alfares de *terra sigillata* hispánica avellana, característica por su barniz amarillo brillante, era valorada y conocida por todo el imperio. Así lo ratificó Lucio que, al tener una pieza en sus manos, la reconoció inmediatamente por haberla visto en numerosas ocasiones. Él mismo tenía varias piezas en Tarquinia sin que hubiera prestado demasiada atención a su origen

concreto, para él tan solo cerámica de Hispania.

Al acabar el día, Lucio deseó estar un rato solo deambulando por la ciudad. Quería pensar en todo lo que había visto, recordó las cuatro actividades básicas y la importancia del agua en cada una de ellas. El agua en la cerámica: la arcilla era humedecida para ser moldeada. El agua, sin la que los caballos morirían. El agua, alimento esencial de los cereales. El agua, sin la que ni la hierba ni el pastoreo serían posibles, ni tampoco la manufacturación de la lana. La actividad pastoril indígena se mantenía sin apenas haber cambiado con el paso de los siglos. Continuaban las inmensas caballerías que Segovia, tierra de caballos, suministraba a todo el imperio. Sin duda, estaba en una tierra de grandes riquezas.

Mientras recorría las calles de Segovia, vio a una mujer con paso apresurado que llevaba una capucha, bajo la que destacaba una cara de una palidez extrema, como si el sol la iluminara con tal intensidad que desdibujara las líneas y la tonalidad de su rostro. La vio fugazmente, con el tiempo justo para percatarse de que los mechones que sobresalían del capuchón oscuro eran de un rubio tan intenso que parecía blanco. Le llamó la atención pero siguió inmerso en sus pensamientos.

Lucio era consciente de vivir un período de la ciudad brillante por su patrimonio natural y por su gran expansión económica. Se sentía satisfecho de protagonizar la culminación de su proceso de municipalización, de participar directamente en las necesidades arquitectónicas funcionales de un municipio en plena expansión con foros, templos y obras de ingeniería. Él era la conexión que haría posible el mayor efecto propagandístico de la zona: el gran acueducto como símbolo del poder imperial.

Se sintió afortunado, no había ido a un pueblo de segunda categoría, ni estaba en una periferia abandonada. Ahora entendía la decisión de su maestro, el lujo existencial que supone vivir en primera persona el desarrollo de una ciudad importante, con una gran concentración de población y un considerable potencial económico, que sabía aprovechar la política viaria del emperador Augusto, permitió la expansión económica de todo el territorio segoviano y la conexión con ejes de comunicación que la unían con las demás regiones. «Una ciudad comunicada es una ciudad influyente que no quedará aislada, que se expandirá. Segovia tendrá mayor centralidad e influencia en los próximos años», se dijo a sí mismo.

Todavía faltaba una última fase de conquista: la arquitectónica, de la que Lucio formaba parte. Ya se habían construido foros, templos y otras obras de ingeniería que tenían su funcionalidad y además efectos propagandísticos porque constituían grandes símbolos de poder. Quedaba por construir un gran acueducto que cumpliría la última etapa de una romanización sin vuelta atrás, la manifestación de un imperio inquebrantable e invencible.

Después de explorar la ciudad durante su primer día, su conclusión respecto al

acueducto fue la siguiente: Segovia debía contar con artesanos altamente especializados, capaces de ocuparse de la escultura, la pintura y los mosaicos. Debía obtener los recursos económicos necesarios mediante un elaborado sistema de financiación municipal que permitiera la construcción de una obra de tal envergadura. Desde el primer día en que Lucio observó el esplendor de Segovia, comprobó que allí, efectivamente, era posible levantar un acueducto como jamás se había soñado en esas tierras. Segovia era una ciudad fuerte, con una consolidada organización social y económica que permitía plantearse un reto de esa envergadura. La primera tarea era comprobar el funcionamiento y nivel de producción de las canteras. También sería necesaria la creación de hornos y talleres para la elaboración de los materiales necesarios para la gran obra que se iba a poner en marcha. Encargó a Zayin un inventario de todo ello, y que hiciera correr la voz de que en Segovia había mucho trabajo para todos los que quisieran participar en la realización del acueducto. Era necesario que llegaran a la ciudad artesanos de alta especialización.

Para la construcción del acueducto se precisaban esclavos, hombres libres asalariados o condenados a trabajos forzados, así como miembros del ejército, indígenas que habrían de trabajar, por turnos, noche y día, para acabarlo pronto.

En los días siguientes visitó las cinco canteras en las que se estaban extrayendo las sillerías de granito. Había llegado el momento de hacer unos cálculos importantes que incluirían la longitud total de la obra y los accidentes geográficos que sería necesario vencer. Empezaban unas jornadas especialmente interesantes que le permitirían usar los cálculos matemáticos y todos los saberes técnicos necesarios para realizar una gran obra. Esperaba tener la misma habilidad para descubrir quién había matado a su maestro.

Las jornadas previas a la construcción del acueducto iban a ser intensas y prolongadas. Lucio no podía sentirse ni cegado por el odio ni abatido por la pena. Sus cálculos debían ser precisos, de ellos dependía el éxito de la obra. Un error en la pendiente o en el trazado del canal podría suponer un fracaso que requeriría una inversión más elevada y una pérdida de tiempo evitable. La precisa ejecución del trabajo previo era la base del éxito de la obra.

Lucio y Zayin cabalgaron hasta el curso alto del río, que sería la fuente de abastecimiento del futuro acueducto. En primer lugar, había que comprobar que el agua fuera cristalina, de máxima pureza, y que no hubiera causado ninguna infección en la ciudad. Ni Zayin ni Leukón recordaban enfermedades generalizadas, la salud de los habitantes era buena y el agua tenía el aspecto de ser totalmente pura.

El primer objetivo que se propusieron fue calcular la distancia existente entre el río Frío y Segovia, y no solo había que precisar las millas sino también los accidentes orográficos. Su principal función era averiguar el camino más racional para la conducción del agua, teniendo siempre en cuenta la pendiente necesaria para esta circulara. Para ello, nada más fácil que utilizar, simplemente, la fuerza de la atracción de la tierra. Por tanto, había una ley inquebrantable: la altura de la captación del agua debía ser más elevada que la cota de llegada, Segovia. Así pues, el trazado del acueducto debía tener siempre una pendiente descendiente. Y esta debía ser la justa, ya que si el desnivel era poco significaría un escaso caudal y la acumulación de sedimentos; si era demasiado, daría lugar a velocidades del agua erosionantes que incluso podían dañar la construcción. El intervalo ideal era de 4 pulgadas de caída como mínimo y de 20 pulgadas como máximo por cada milla del acueducto. La pendiente también debía ser escasa, para evitar que el agua se desperdiciara durante el camino. Había que mantener esta pendiente mientras el canal salvaba obstáculos naturales como barrancos y montañas.

Era necesario hacer un estudio topográfico del terreno, crear un mapa preciso. Todas las decisiones referentes a la construcción se basarían en este estudio previo.

Si Lucio trazaba una línea recta entre el río y Segovia, tendría el recorrido ideal del canal. Pero este trazado perfecto podía darse de bruces con la realidad: barrancos, valles y algunas montañas obligarían a modificar el trayecto en aras de la economía y de la efectividad de la obra.

Puesto ya manos a la obra, para realizar el mapa por donde transcurriría el acueducto, Lucio cogió la dioptra de su maestro que en tantas ocasiones habían utilizado juntos.

Sobre el trípode, la dioptra tenía un remate en forma de capitel dórico, un detalle ornamental que le recordó el espíritu refinado de su maestro, capaz de tener un

instrumento de precisión matemática que a la vez fuera bello y único. Se trataba de una herramienta que le hablaba de su amor al saber y de un estilo de vida, con elementos cuidados en los que se reconocía.

Lucio respiró profundamente, no era el momento adecuado para pensar en las peculiaridades del carácter de su maestro que lo hacían tan excepcional, como su capacidad para renunciar a lo accesorio, su elegante sobriedad. Una muestra de ello era que dispusiera de la dioptra más bella que jamás había visto. Volvió a inspirar fuertemente. Debía prescindir de los recuerdos para ejecutar esta parte del proceso con la máxima precisión posible. Con el aire transparente y libre de recuerdos, su mente se convertiría en un instrumento tan riguroso y exacto como un compás.

Empezó a mover el disco horizontal graduado con su tornillo y engranaje. Al mismo tiempo, cambiaba de posición un semicírculo vertical y, a través de una regla con una alidada móvil que coronaba el instrumento, divisaba el paisaje.

Tras un día de mediciones, obtuvo los primeros datos para efectuar el mapa de la zona. Su trabajo había consistido en medir los ángulos horizontales entre las montañas que debía atravesar el acueducto.

A través de los ángulos y sus cálculos trigonométricos, así como de la distancia existente entre los diferentes puntos, Lucio obtuvo el croquis que necesitaba con sus principales elementos, medidas y alturas. Obtener la altura era esencial para colocar en el paisaje las diferentes alternativas que permitiesen la circulación del agua.

Una vez hecho esto, Lucio tenía que decidir el trazado exacto del acueducto y qué terreno atravesaría en cada tramo de su construcción.

En varias ocasiones Zayin intentó colaborar en la tarea e incluso sugerirle algún procedimiento o aportar alguna solución o idea. Lucio las rechazó, necesitaba concentrarse y no tener ninguna interferencia. Le comentó que esta fase del trabajo le concernía solo a él y que, cuando acabara el mapa y las diferentes partes y trazados del acueducto, se lo mostraría. Entonces sería su turno de opinar, mejorar o discutir el trabajo. Cualquier distracción en ese momento dificultaría la concentración necesaria.

Con Arístides no tenía ningún problema en trabajar conjuntamente: su complicidad, la admiración mutua, las ganas de escuchar las propuestas del otro, el deseo de aprender por parte del discípulo y la paciencia en enseñar por parte del maestro convertían cada trabajo en un canto a la amistad efectiva, diligente, resolutiva y fructífera. Sin él, se daba cuenta de que prefería trabajar solo, concentrado, ya que cada aportación ajena era vivida como una interrupción que le irritaba interiormente.

Se dirigió a su estudio con todos los datos recopilados. Al cabo de un par de días, tenía un enorme mapa sobre su mesa de trabajo. Lo miró detenidamente durante horas y tomó las decisiones pertinentes.

En primer lugar, su maestro ya había realizado la construcción de una arqueta de

captación de las fuentes del río. Todo el canal debía estar cubierto, y la mayor parte del acueducto discurriría por el subsuelo, lo que contribuiría a mantener la frescura y la calidad del agua. Durante el recorrido por las partes elevadas, el agua circularía por arquerías y debía estar siempre cubierta. Lucio no escatimaría recursos ni técnicas para lograr un acueducto de la misma calidad de los que funcionaban en Roma.

El trazado desde la captación tenía 36.000 pies y una pendiente de 0,3 pies por cada mil. El siguiente tramo era de 11.600 pies con una pendiente del 0,2 por mil. Desde este punto se llegaría a un decantador. Toda esta parte iba a ser subterránea, y desde aquí daría comienzo el conducto a través de 118 arcadas, con tramos incluso de doble arcada, durante 2.390 pies.

La longitud total del acueducto sería de algo más de 10 millas. La pendiente oscilaría entre el 0,03 % y el 0,02 %, la sección del canal tendría unas 20 pulgadas por 20 pulgadas y el caudal máximo alcanzaría los 100 litros por segundo.

El número de sillares de granito en las arquerías llegaría a ser de unos 20.000. Las piezas de mayor tamaño podían llegar a pesar unas 70.000 onzas. Las arquerías tendrían 43 arcos en su piso inferior y 123 en el piso superior.

El material previsto era sin duda el granito, aunque un volumen tan grande se tuviera que ir a buscar a cierta distancia. Era un material abundante y que permitía llevar a cabo en las mejores condiciones la labra para obtener caras planas. El granito se trabaja bien, mediante cuñas de madera encajadas en pequeñas hendiduras alineadas, de modo que, cuando se mojan, producen un corte plano y limpio por la línea marcada por las cuñas al producirse su hinchamiento por el efecto de la humedad. El granito, además, permite conseguir piezas con caras planas en cualquier dirección. Sin duda, era el mejor material posible, a diferencia del gneis, del que, con la misma técnica, solo se consiguen cortes escalonados. Afortunadamente, en el terreno próximo a Segovia, Arístides ya había localizado buenos bancos de granito y las canteras trabajaban a buen ritmo.

—¿Qué te parecen los resultados de mis cálculos, Zayin?

—Muy acertados, señor. Pero aparte de la ingeniería, en la que sin duda eres un maestro, debo recordarte que es necesario llevar una precisa contabilidad: el acueducto tiene diversas fuentes de financiación y alguien debe llevar las cuentas con rigor. Si puedo serte de ayuda en este aspecto, para mí sería un honor llevar un control de gastos riguroso, para que ningún material del acueducto se vea afectado por haber gastado en otros.

—Déjame pensar, Zayin, los recursos del acueducto son muchos y creo que no deberían quedar bajo la responsabilidad de un solo hombre.

Zayin se quedó en silencio un instante que a Lucio le pareció más largo que el breve intervalo de algunos segundos que tuvo en realidad. Por un momento temió que iba a discutirle la decisión tomada, aunque Zayin sonrió y dijo:

—Como desees, solo pretendo serte útil.

—Hay algo en lo que sí me ayudarías enormemente: compartir conmigo cualquier indicio que me lleve al asesino de mi maestro.

—Precisamente de ello quería hablarte. El duunviro de Segovia, Tito, desea darte la bienvenida. Un esclavo suyo me lo ha comunicado esta misma mañana, aunque yo no me he atrevido a interrumpirte y pensaba comunicártelo tan pronto pudiera. Tito es alguien que conoce profundamente la ciudad, la conoce mucho más de cerca que el gobernador. Vive su día a día, y a su casa acuden los vecinos para comunicarle novedades, chismorreos y problemas. Sigue directamente su funcionamiento y se relaciona con sus gentes cada día. Estoy seguro de que es la persona que más puede ayudarte a encontrar quién mató a tu maestro.

—¿Cómo es posible que en Segovia haya un solo duunviro? Normalmente son dos los que presiden los cargos públicos en las colonias y municipios romanos.

—Es un trato especial del emperador hacia Tito, no hay precedentes ni ningún caso parecido al suyo. El otro duunviro murió y no fue reemplazado.

Lucio pidió a Leukón que se acercara a la casa de Tito y agradeciera la invitación que le había enviado a través de su ayudante Zayin. Leukón fue hasta la villa más esplendorosa de Segovia. Un esclavo le atendió y trasladó el mensaje de Lucio a su amo: agradecía su invitación y acudiría a visitarle en el momento en que se lo indicara. Después de consultarlo, un esclavo comunicó a Leukón que Tito le invitaba a cenar al día siguiente.

Lucio tenía que prepararse para la cena con el duunviro, máxima autoridad de la ciudad, entre cuyas atribuciones estaban las obras públicas y por tanto la construcción del acueducto. También quería hablar con Leukón. Podía confiar plenamente en él, ya que había sido esclavo de Arístides y este le recompensó con la libertad después de su muerte. Pensó si acaso este no sería un buen motivo para matar a alguien... En Leukón se daban, a la vez, dos agravantes: era indígena y arrastraba con él la duda de si odiaba a los romanos por los ultrajes sufridos por sus antepasados y, lo más importante, obtenía una gran recompensa con la muerte de su amo. ¿Podía ser Leukón el asesino de Arístides? Descartó la sospecha, porque no tendría sentido que le hubiera salvado la vida de camino hacia Segovia.

—¿Leukón, sabes cómo llevaba Arístides las cuentas del acueducto?

—Revisaba todas las cuentas personalmente y yo le proporcionaba una relación pormenorizada de los ingresos y los gastos de la construcción.

—Bien, entonces sigamos exactamente igual como él lo dispuso. Yo supervisaré y tú llevarás las cuentas al detalle.

Lucio deseaba mantener la misma situación que vivió su maestro para suscitar las condiciones apropiadas para que el asesino reapareciera. Cualquiera podía haberlo matado y en algún punto debía empezar la investigación.

Lucio esperó, tomando un baño, el momento de la cena, que estaba prevista a primera hora de la tarde. Para controlar el tiempo, miraba de vez en cuando la clepsidra. Decidió que, si no confiaba en nadie más, confiaría en Arístides, en las decisiones que había tomado, en la gente en la que confió. ¿Acaso no se había dicho, mientras miraba los objetos del estudio, que a partir de ese momento sus trabajos serían uno solo? Debía dotar a las decisiones de su maestro de la misma autoridad que concedería a las suyas. La fidelidad y cariño hacia su antiguo amo eran la mejor prueba de la lealtad de Leukón. Además, su origen local hacía de él un magnífico conocedor de los alrededores de la ciudad que, aunque cada vez era más floreciente y rica, seguía rodeada de extensas e inhóspitas estepas, abruptas sierras y vestigios de antiguas tribus constantemente reprimidas, pero jamás del todo doblegadas. Quizás en la periferia se ocultaba el asesino.

Llegó el momento de dirigirse a la casa del duunviro. La cena había sido concebida como un acto de bienvenida por parte de la oligarquía local al nuevo jefe de obras. Se celebraba en una de las casas más suntuosas y ricas que había visto, tan flamante como las de los barrios más pudientes de Roma. Lucio fue recibido por un esclavo que lo condujo al comedor. El lugar estaba decorado por un mosaico con ingeniosas representaciones de comida derramada.

—¿Te gusta el mosaico?

Una voz desconocida, grave y segura, salió del otro lado de la estancia. Continuó hablando. Lucio volvió la cabeza para ver de dónde procedía.

—Dudé mucho en escoger este motivo o una escena funeraria. Creo que la mejor forma de aprovechar esta vida es pensar en su antítesis. Soy Tito Fabio y te doy la bienvenida a Segovia.

Lucio le saludó amablemente. Era un hombre perfumado y sofisticado. Lucio recordó la impresión que le había causado la primera vez que lo vio, en la recepción que le ofreció el gobernador en su primer día en Segovia. Como en aquella ocasión, Tito iba profusamente enjoyado, y mostraba una especial predilección por los anillos, algunos francamente extravagantes. Era extraño un personaje así en una ciudad de provincias en expansión pero sin el cosmopolitismo de Roma. Daba la impresión de ser un típico personaje romano fuera de su ámbito. Era un poco grueso, con bolsas bajo los ojos y presentaba un aspecto acicalado, pulcro y suntuosamente vestido. Su piel ligeramente bronceada y sus dedos un poco rechonchos eran una diana fácil para la vista por los reflejos dorados de sus joyas. Lucio comprobó que llevaba las uñas un poco largas, cosa que le desagradó.

La casa estaba llena de pieles de animales salvajes. Haciendo un cálculo aproximado, en aquella casa no habría menos de cincuenta esclavos.

El comedor estaba abierto por uno de los lados y tenía vistas al jardín de la casa. Los frescos de las paredes representaban temas campestres. Varios hombres y mujeres, ricamente ataviados, charlaban con entusiasmo. Pararon sus conversaciones cuando Tito les presentó al que había de realizar el futuro acueducto de la ciudad, aunque, como era de esperar, inmediatamente se refirió a él como al hijo del famoso Adramitio. Describió a Lucio como un diletante que se dedicaba a obras públicas por amor a la ingeniería hidráulica. Todos se rieron y Lucio se sintió bastante incómodo por la broma, ya que de nuevo era evidente que juzgaban su actividad como la veleidad de un hombre rico.

Los invitados estaban recostados en lechos junto a los que había grandes mesas llenas de manjares: lechugas, puerros, huevos cubiertos de hojas de ruda o cocidos en tenue ceniza y quesos cuajados al fuego, aceitunas, ubres de cerda, aves cebadas de corral, cerdo magro y virutas de carne. También había morenas preñadas, consideradas muy succulentas por los paladares más entendidos. Como postres había *dulcia domestica*: dátiles rellenos de fruta seca, nueces y especias, bañados en zumo de frutas.

Tito hacía que le sirvieran, a él y a unos pocos, los manjares más succulentos y, para los demás, otros alimentos más vulgares y en raciones más escasas. Había distribuido el vino según tres categorías en pequeñas vasijas, acto pensado para que nadie tuviera la posibilidad de elegir y no tuviera opción de rechazar lo que se le ofrecía. El mejor vino de Hispania era para él y unos pocos, entre ellos Lucio, y los

vinos inferiores, para los amigos considerados como tales.

Lucio inmediatamente juzgó aquella actitud como despreciable. Tito no invitaba a sus amigos a cenar, sino que los invitaba a ser insultados. Incómodo, extrañado, intentó seguir comiendo manteniéndose ajeno a una situación, para él, extravagante. Una actitud de esa índole solo podía significar una cosa: Tito era el amo de Segovia, ya que el gobernador, aunque tenía más poder que él, no gestionaba de forma directa la ciudad y estaba continuamente de viaje.

El destino lo ponía a prueba. ¿No se había prometido a sí mismo tener buenas relaciones con sus superiores, fueran como fuesen? Tenía que simular que era natural y normal una situación tremendamente injusta y humillante como la que estaba viviendo en aquel momento. Si él hubiera sido uno de los agraviados con comidas y bebidas de menor categoría, seguramente se hubiera marchado porque su rango le impedía soportar una humillación tan grande, pero estaba entre los escogidos, entre los mejores y más preciados miembros de la ciudad. Debía tragarse su afán de justicia e intentar mantenerse en el lugar donde se había dicho a sí mismo que quería estar. Al fin y al cabo, llevaba poco tiempo en Segovia. En medio de sus reflexiones, Tito le preguntó, bajo la mirada atenta del resto de los comensales, si aprobaba su conducta, tan racional, de dar a cada invitado un tipo de comida y de bebida diferente.

Lucio contestó, no sin antes tragar saliva.

—Hay dos formas posibles de racionalidad: servir a todos las mismas cosas y aplicar una distribución equitativa, o una distribución clasificatoria en función de las categorías de los comensales, como tú has elegido. Ambas son absolutamente racionales, la pregunta tal vez sería cuál de las dos es más justa.

—La primera forma de distribución es propia de un malversador, puesto que cenas como esta costarían demasiado. No malversar es una de las condiciones básicas para llevar a cabo las obras públicas. Por todo ello sentencio que mi distribución no solo es absolutamente racional, sino también la más justa. Espero que la apliques con la misma diligencia y tino en la construcción del acueducto. ¿No opinas lo mismo?

Tito miró fijamente a Lucio y un silencio profundo se instaló entre todos los presentes, que observaban con ojos escrutadores, fijos y en tensión.

—Así es, no hay mejor justicia que no derrochar en gastos inútiles, porque nos quedaríamos sin aquello que debemos preservar para lo más grande —contestó Lucio tragando saliva.

Entonces todos los comensales aplaudieron, incluso aquellos que eran servidos con el peor vino y la peor comida. En aquel momento, Lucio celebró no haberse enfrentado a Tito, no haber querido erigirse en salvador de los presuntamente humillados por un anfitrión tan vil. Era evidente que todos, tanto los más favorecidos como los que lo eran menos, necesitaban adular a Tito Fabio y buscaban continuamente su aprobación. Querían estar bajo su sombra y protección a cualquier

precio. Ser rico, importante, tener un cargo, llegar a ser alguien en Segovia, dependían necesariamente de su voluntad y de las decisiones que tomaba.

Tito ya había marcado su territorio como haría un perro en su dominio. Le había advertido delante de todo el mundo que no malversara. Era evidente, por la opulencia que le envolvía, que la austeridad no estaba entre sus virtudes. El verdadero objetivo era demostrar a Lucio que podía reñirle en público. Había marcado la jerarquía y no importaba quién hubiera sido su padre, porque él mandaba sobre el hijo. Lucio trató de no pensar demasiado en ello, podía aumentar su irritabilidad y ello iba directamente contra la decisión que había tomado: aguantar con estoicismo los avatares de los poderosos. Había llegado a una edad en la que quería llevar a cabo una obra memorable. Lo más fácil siempre es irse, levantarse y despedirse con una filípica conmovedora, acre como el acero y sentenciadora. Pero el orgullo no podría interponerse en sus objetivos.

Descubrir al asesino de su maestro era un objetivo evidente. Pero ¿por qué le importaba tanto acabar el acueducto? Realmente ¿soportaba todo aquello para lograr una carrera de arquitecto famoso...? Con sinceridad, no. Su verdadero motivo era que se trataba de la última obra, empezada por Arístides, y que sería terminada por él: un homenaje en piedra a la amistad. El acueducto también era un puente, un camino de ida y vuelta de un punto a otro, de un ser a otro, aquello que nos une y nos acerca: la amistad, labrada en granito, que desafiaría los siglos. Quería acabar el acueducto porque era la forma de estar más cerca de Arístides y de lo que había querido tanto para sí mismo como para Lucio, no en vano su maestro puso como condición que le sucediera.

Durante la cena se consideraba de mal gusto discutir de negocios, por lo que quedaba descartada cualquier conversación sobre el acueducto o la muerte de Arístides.

—Y ahora pasemos a los entretenimientos —dijo contento el duunviro—. Tal vez esta es una buena ocasión para saber si nuestro ilustre forastero tiene historias que contarnos o habilidades que mostrarnos. Pero no le cansemos, ha hecho un largo viaje hasta Segovia y nos corresponde a nosotros deleitarle con una noche inolvidable. ¡Que vea que en Segovia sabemos pasarlo bien y que tenemos todo lo necesario para que sea declarada ciudad del imperio!

Por un momento, Lucio temió que hubiera pasado por la veleidosa cabeza de Tito la idea de obligarle a hacer payasadas, declamar o cantar. Por suerte, esto no ocurrió y no tuvo que ponerse a prueba esta vez, como había sucedido antes, de manera mucho más difícil, con la pregunta sobre la distribución y la justicia. Había llegado el momento de amenizar la cena con actividades lúdicas. A Lucio le habría complacido enormemente una velada que terminara con lecturas filosóficas, música de cítara o declamaciones poéticas. También le habría gustado la representación de una comedia

de enredos como las de Plauto, unos cómicos o acróbatas e incluso, si no había más remedio, unos gladiadores haciendo un poco de ejercicio.

Pero su decepción no podía ser mayor: el número era la exhibición de un *gallus*, un devoto castrado del templo de la Magna Mater, vestido con ropa de mujer y que presentaba una evidente cojera. Se decía desde tiempos inmemoriales que tales devotos eran insensibles al dolor, por lo que Tito tuvo la brillante idea de que pasara de comensal en comensal, con cara de horror, para ser agredido por cada uno de ellos con el fin de comprobar si, realmente, no le dolía nada de lo que le hicieran. Así, unos le clavaban pequeños cuchillos, otros le practicaban un corte, otros le quemaban con una vara encendida. Cuando llegó el turno de Lucio, declinó educadamente participar en el juego. El *gallus* no paraba de chillar, asediado por todos y sintiéndose acorralado y herido por todas partes. Esto provocaba más y más risas en todos los presentes y, en consecuencia, más ganas de pincharle, cortarle o quemarle. Finalmente, el *gallus* se arrodilló en el suelo y empezó a llorar; ya no causaba tanta diversión. Llegado este momento, el anfitrión dijo:

—Mi inteligencia suprema y mi gran intuición han servido para acabar de una vez por todas con un mito que hace tiempo que circula: la insensibilidad al dolor de los *gallus* devotos de la Magna Mater. Falso: no solo sangran y sufren, sino que lloran como vírgenes asustadizas. Son monstruos histriónicos. Retirad al *gallus* y mañana azotadle hasta la muerte. No tiene el más mínimo valor, no me sirve para nada, en mala hora lo compré como esclavo.

—Un momento, bien amado y honorable Tito —dijo Lucio levantándose con el fin de ser visto por todos—. En primer lugar, permíteme felicitarte por ser un hombre docto. Este era un misterio que hacía tiempo que nos perseguía, y hoy lo has descifrado. Entre muchos otros méritos, pasarás a la historia como aquel que no desistía delante de un gran interrogante que merece una respuesta. Allí donde haya falsas creencias, nos llegue tu luz. ¡Cuántas falsas percepciones nos desvelarás en el futuro! Pero permíteme un comentario: si comprobaras que una determinada raza de rata, de la que se dice que tiene la piel lisa como un recién nacido, en realidad tiene pelo o si tuvieras que descubrir si es cierto o solo un mito que un perro no ve en la oscuridad, se daría la circunstancia de que, tanto en un caso como en el otro, una vez resuelto el misterio, ni es culpa de la rata ser peluda ni culpa del perro ser ciego. La neutralidad y el desapego son las mejores armas para una mente preclara y dedicada a la verdad como la tuya. Sé que hubiera sido magnífico encontrar un ser capaz de no sentir dolor, como si estuviera totalmente anestesiado, pero vuestro objetivo era descubrir la verdad, y es injusto que nosotros, no contentos con saber la verdad, queramos que nos descubráis una de las maravillas del mundo. Ya habéis hecho demasiado y, por ello, todos —y señaló con sus manos a los presentes— os estamos verdaderamente agradecidos.

Todos los comensales aplaudieron y Lucio hizo una reverencia bajando satisfecho la cabeza en honor a Tito y siguió hablando:

—Por este motivo, os pido que tengáis la amabilidad de entregarme vuestro estrafalario esclavo. Necesito sirvientes y qué mayor honor que tener uno que haya servido al gran duunviro de Segovia, uno que fue utilizado para descubrir la enorme falsedad de un mito. Sería un honor para mí tenerlo como esclavo para el servicio de mi casa. Veamos si es un mito también que los *gallus* son tan diligentes en el cuidado del hogar. Pero no es por sus servicios que lo quiero: al verlo cada día, vería en él vuestra sabiduría y capacidad de descubrir la verdad.

—Así sea —contestó complacido—. ¿Cómo voy a privaros de un bien al que ya he renunciado porque lo valoro tan poco que lo he enviado a la muerte? Para ti, el *gallus* y una copa más de mi vino más selecto.

Al cabo de poco tiempo, el mínimo posible, Lucio pudo llegar a su casa. Le acompañaba Leukón junto al *gallus*, magullado, con el cuerpo lleno de pequeñas heridas y caminando con su evidente cojera. Al cruzar la puerta, Lucio ordenó a dos esclavos que fueran a por agua caliente y vendas para curarle. Mientras lo hacían, preguntó a Leukón por el duunviro y por su trato para con los esclavos.

—Hace poco yo era un esclavo y doy gracias cada día por haberlo sido de vuestro maestro Arístides y ahora por ser vuestro servidor. El duunviro llama a los indígenas «herramientas parlantes», el estrato más bajo dentro de los esclavos. Y los vende antes de que envejezcan y se vuelvan demasiado caros de mantener.

—No solo son parlantes sus herramientas, también son sus herramientas sexuales. Me ha sometido a toda clase de vejaciones, también para comprobar si en la cama no siento ningún dolor. —Añadió el *gallus* haciendo un evidente esfuerzo por no llorar. Lucio lo tapó con una confortable manta y apretó suavemente su hombro.

Leukón continuó hablando:

—Para él los esclavos más baratos, de los que ha vendido miles en Roma, son los hijos y descendientes de los bárbaros, que provienen de las tribus indígenas y que, por lo general, no tienen otro uso que el trabajo agrícola. Tito Fabio es conocido por su crueldad hacia ellos. Los ha matado de todas las formas imaginables: estrangulados, azotados hasta morir, quemados, arrojados a fieras salvajes, crucificados y todo lo que se le ocurra. También puede mandar a la pequeña prisión de la ciudad a este, a ese o a quien le plazca, excepto a ciudadanos romanos.

»La cárcel es una sala cónica, de tufa sin pulir, sin ventanas y sin otra abertura que un agujero en el techo que la comunica con el piso superior. Los prisioneros son arrojados por este agujero hasta que mueren y se pudren. A Tito Fabio —continuó explicando Leukón— le encanta aplicar a cualquiera que le apetezca el mismo castigo que se aplica en Roma a los culpables de parricidio.

—¿Y cuál es el castigo por parricidio? Suelo olvidar los horrores, especialmente

los más crueles —preguntó Lucio.

—Cualquiera que le haya ofendido es metido en un saco de cuero cosido, en compañía de un perro, un gallo, una culebra y un mono. Tras recibir una buena paliza, el parricida es tirado al río. Por ello, en la ciudad hay cuatro enormes jaulas: una al norte, otra al este, una al oeste y otra al sur. Una llena de gallos, otra de monos, otra repleta de culebras y otra de perros. Sirven para recordar a todos el castigo que les espera si no cumplen con sus deseos o exigencias.

—¡Pobres animales! Amigos —añadió Lucio para dirigirse al *gallus* y a Leukón —, permitidme que os cite a Petronio, puesto que comparto exactamente su opinión: «Los esclavos son también hombres, han mamado la misma leche que nosotros, aunque hayan sido víctimas de un triste destino. Sin embargo, si tengo salud, pronto beberán el agua de la libertad. En todo caso, los dejo libres a todos ellos en mi testamento.» Dime tu nombre, *gallus*.

—Atos, señor. Jamás os podré mostrar todo mi agradecimiento.

—¿Conociste a Arístides?

—Sí, mi señor.

—¿Crees que un indígena podría haberlo matado?

—Hoy los indígenas solo son un viejo reflejo de lo que un día fueron. Hace más de dos siglos que fueron vencidos. Sus hombres fueron vendidos como esclavos, sus mujeres también vendidas y utilizadas como prostitutas. Hoy son romanos, aunque no se puede descartar que algunos, algún grupúsculo, conserven el rencor y la rabia y que durante años y años continúen luchando en pequeñas unidades, boicoteando los grandes planes romanos. Es posible que tu maestro haya sido muerto por uno de estos grupos residuales. En este caso, el objetivo no sería matarlo a él concretamente, sino evitar una obra romana de la envergadura de un acueducto. Boicoteos y pequeños atentados ha habido siempre, aunque los romanos intenten minimizarlo para que nada empañe su resplandor.

«“Empañe su resplandor”, una frase interesante, propia de alguien culto. Sería interesante conocerle, hablar con él tranquilamente, pero ahora, por pura clemencia, mejor que descansa —pensó Lucio—. Es evidente que está terriblemente asustado y, por pura fuerza de voluntad, intentaba conversar y agradar, seguramente por instinto de supervivencia, tal vez por el temor de que, si decepciona a su nuevo amo, también acabará con su vida. No puede dejar de temblar.»

—Mañana hablaremos, Atos. Ahora descansa. Si tienes hambre, pediré al cocinero que te prepare algo.

—No, gracias, mi amo.

—Tengo mucho trabajo por hacer: empezar las obras del acueducto y encontrar quién mató a mi maestro. Tú también tienes trabajo: descansar, curar tus heridas y dejar de vivir con miedo. Aunque no me conozcas y lógicamente me tengas miedo,

puedo asegurarte que, seas hombre o mujer, en mi casa no serás motivo de risa ni objeto de tortura. Duerme hoy en paz y serénate, las épocas del miedo ya han terminado.

—Gracias, amo.

—Mañana o cuando desees me contarás tu historia. Intuyo que hay en ti no solo un pasado interesante, sino un ser cultivado al que deseo conocer mejor.

A la mañana siguiente, limpio, descansado y con las heridas bien tratadas, Atos se dirigió humildemente a Lucio y le dijo que estaba a su total disposición para contarle todo lo que deseara.

—Háblame de Tito: ¿Qué sabes de él?

—Tito es la máxima autoridad local, es quien manda y hace su absoluta voluntad en Segovia. Es capaz de tener una nueva idea absurda y ejecutarla al momento, como comprobar cuánto tardan dos caballos en descuartizar a un hombre y hacer apuestas sobre ello. Es el anfitrión de fiestas llenas de extravagancias, drogas y orgías.

—¿Y una vida así, no pasa factura?

—Sabe cuidarse. Se tensa, pero nunca se rompe: es hábil, hedonista y cauto. Tiene una parte privada en su casa donde descansa, come y luego celebra sus fiestas.

—¿De dónde ha salido?

—De Roma, aunque su pasado en Roma es oscuro. No logró el poder que ansiaba, causaba muchos problemas y le enviaron a Segovia por sus continuos escándalos. Aquí ha encontrado un universo pequeño y propio donde hacer su voluntad. No resulta tan problemático en una provincia como en la capital del mundo.

—Entiendo. Explícame tu historia.

—Señor, no hay mucho que contar: no soy nadie ni tengo ningún interés. Temo decepcionaros ante la falta de importancia de lo que he vivido.

—Estoy seguro de que no será así. No tengas miedo, simplemente habla con naturalidad y tranquilidad. Como te he dicho, estás a salvo, en tu casa, y nada de lo que has vivido volverá a repetirse en el futuro.

—De niño fui un devoto castrado del templo de la Magna Mater. Pasé toda mi juventud preparando y celebrando las fiestas de la diosa Cibele, que acontecían en Roma cada 4 de abril. Como sabéis, es una fiesta bulliciosa y colorista. Me castraron en recuerdo de Atis, el amante de la diosa, que se castró para purificar su infidelidad. Llevaba, con otros devotos, niños y jóvenes, la imagen de la diosa Cibele en procesión por las calles de Roma, al son de címbalos, flautas y tambores. La fiesta era de total éxtasis y proferíamos estridentes alaridos. Vivíamos días de gran celebración con representaciones teatrales y banquetes en que se comía queso mezclado con finas hierbas. Tengo vagos recuerdos de mi castración, sé que fue un episodio religioso lleno de fervor. Sea como fuere, un hombre poderoso, sabio y bueno, se apiadó de mí. Consideró que un niño no puede ser víctima de tanta locura y fanatismo religioso y

me compró en el templo. Él me abrió los ojos a otro mundo.

—¿Para qué te quería?

—Para darme una esmeradísima educación. Era un ilustre senador que me instruyó y cuidó, pero desgraciadamente murió. Aunque le costó, era alguien suficientemente culto y bueno para respetar que quisiera seguir vistiéndome como mujer, algo que había hecho desde niño. Con el conocimiento que él me brindó, abominé de cualquier fanatismo religioso, pero no de sentirme mujer.

Lucio asentía y, cada vez más confiado, Atos siguió contándole su vida.

—El senador consideraba que mi vestimenta femenina era impuesta por la religión: me castraron y me obligaron a vestir como una mujer. Quería que renunciara a ese pasado, pero yo sentía que era parte de mi ser, no una imposición religiosa. No todo en mí era falso. Lo respetó, pero desgraciadamente murió y mi suerte cambió por completo.

—¿Te compró Tito?

—Sí, y entonces empezó una etapa en la que cada día preguntaba a los dioses por qué me habían permitido nacer. Mi cojera es fruto de una de sus palizas. Me salvó el descubrimiento del estoicismo para resignarme a vivir con la certeza de que un día me mataría.

—¿Y cómo te sientes en Segovia? Aquí no se respira la libertad de Roma.

—Conservo aún el estatus de devoto religioso y gozo de la protección de Roma, pero soy tan diferente... Básicamente, soy tolerado como símbolo de un pueblo tal vez decadente y estrafalario que tiene el poder.

—Ahora tienes una nueva ocasión de vivir en paz, encuéntrate a ti mismo, dedícate a lo que quieras: a la organización de la casa o al cultivo de ti mismo.

—No sé si podré. Me siento muy avergonzado.

—¿Por qué?

—He trabajado para permanecer imperturbable y ayer lloré y me hundí delante de todos. Hacía mucho tiempo que no me ocurría esto, creía que el estoicismo había forjado en mí un carácter de acero.

—Si dices que tu objetivo es vivir imperturbable, ahora no puedes alterarte por haberte afectado. —Lucio sonrió, pero Atos simplemente lo miraba cabizbajo—. Deja que todo esto pase, igual que pasa el día, como pasan las estaciones, los años y pasa la vida. No te aferres al dolor de haber perdido los nervios. Acepta la lección, reconoce tus propios límites, sé alguien humilde. Es muy arrogante pensar que siempre permanecerás ajeno al dolor y a la humillación. Llevabas mucho tiempo al lado de Tito y el desgaste era inevitable. Lo más estoico es aceptar lo vivido como parte misma de la vida.

—Eres sabio, mi amo. Arístides se enfrentó a Tito para evitar que me maltratara. Esto le enfureció y su castigo fue aún mayor, pero no olvidaré nunca el valor de tu

maestro.

—Arístides también debió de sentirse culpable porque su indignación solo logró que fueras más fuertemente castigado. Por cierto ¿tienes conocimientos de cuentas y de números?

—Sí, llevaba muchos temas domésticos de la casa del senador, mi primer amo.

—Llevarás la contabilidad del acueducto juntamente con Leukón. Yo supervisaré las cuentas, pero vosotros llevaréis al día los gastos y los ingresos. Confío en vosotros. Una obra como el acueducto necesita no solo arquitectura, sino también un férreo control económico.

—Gracias, señor, lo haré encantado y pondré mi vida en servirte. Pero ¿me permites una pregunta?

—Claro.

—¿Qué será de mí, cuando dejes Segovia?

—No abandono a las personas, ni los proyectos. Tampoco abandonaré la persecución de quien mató a mi maestro. No debes preocuparte por tu futuro, estás a salvo: la ley romana impide que un esclavo regalado sea devuelto.

Lucio y Zayin se dirigieron a uno de los puntos donde debía empezar el acueducto.

—¿Qué idea tienes sobre el acueducto? Me imagino que utilizarás argamasa para unir las piedras.

—No, mi idea no es utilizar mortero.

Un tanto desafiante, Zayin le contestó:

—Creía que de Roma llegaría alguien con unos procedimientos mucho más avanzados. Ya hace mucho que hemos superado la construcción por medio de la alineación de piedras inmensas. Esto demanda demasiado tiempo y esfuerzo para extraer los bloques de la cantera, tallarlos adecuadamente e intentar ajustarlos. Ya sabemos, desde la guerra contra Cartago, que se pueden construir muros uniendo piedras con mortero, que se endurece con el contacto con el aire y da a la obra una enorme solidez. Perdona, maestro, pero no entiendo tu decisión.

—Tienes razón en todo lo que has dicho, pero te olvidas de algo imprescindible para mí: no es estético. Busco crear algo funcional y bello.

—No te entiendo. La verdad es que me parece un retroceso.

—Piensa en el acueducto, imagínatelo. ¿Ves las columnas y sus arcos? Cada pesada columna es como un punto fijo en el espacio, en cambio, cada curva es movimiento.

—Precisamente, el mortero facilitaría mucho la construcción de las curvas de los arcos.

—En cambio, yo prefiero calcular con exactitud cada ángulo de corte y obtener dovelas rigurosas que, una vez ensambladas, formen un arco perfecto. Pero no discutamos más. Vayamos a ver el terreno. La conducción del acueducto debe atravesar campos y valles. Ten en cuenta que el acueducto es un canal, un arroyo artificial que debe tener la suficiente pendiente para que el agua discurra por él de forma natural. Siempre que el terreno nos lo permita, la construcción irá bajo el suelo, pero, cuando se presente un desnivel importante, alzaremos el canal para mantener una pendiente continua. Aquí es donde aparecerán los arcos. Deseo retirarme pronto a mi estudio para seguir ideando la obra. Tengo varias ideas. Así que vamos a comprobar el terreno juntos.

Tramo a tramo, Lucio decidió en qué puntos sería necesario llevar a cabo algún tipo de fosa de fundación o de cimentación para cada uno de los pilares. Entre fango, matojos y árboles, pasó cuatro días inspeccionando el terreno donde se erigiría aquel monumento al poder de Roma, pero también a su amistad por Arístides.

Lucio también quiso ir al lugar exacto donde habían encontrado el cadáver de su maestro. Al cabo de una hora a pie, vio una planicie despejada, con bosques que se divisaban a lo lejos. La tierra era rojiza, con enormes nidos de hormigas; era un

terreno no muy grande pero sí muy diferente, tan ardiente y seco como el caparazón de un alacrán. Sabía que Arístides había muerto sufriendo y de un modo horrible, pero no quiso saber detalles. Sospechaba que cualquier imagen de su suplicio se apoderaría de él durante días y tal vez el dolor y la tristeza nublarían su pensamiento y doblarían sus rodillas. Ahora debía resistir firme. Miró el paisaje como queriéndolo arrancar del aire para llevarlo siempre consigo. Quería ser plenamente consciente de que aquella era la última imagen de la vida que se llevó su maestro. Luego cerró los ojos y respiró profundamente. No había ido allí para despedirse de él, sino para retenerlo en su interior. No temía la añoranza ni el dolor de lugares impregnados de su presencia, es más: los prefería. Le gustaba sentir los lugares como propios de Arístides, porque de esta manera cobraban una mayor familiaridad. Lo sentía cercano en casa, en los paisajes, en la obra y al recorrer las calles de Segovia por las que sabía que él había pasado y que ahora recorría solo, ya que jamás podrían volver a caminar uno junto al otro.

Durante la inspección a pie de obra, determinó los lugares donde era necesario cimentar con una gruesa capa de hormigón para evitar el posible desmoronamiento del terreno. También indicó qué zonas de árboles era necesario talar y en qué puntos hacía falta allanar el terreno. Zayin apuntaba diligentemente cada acción que se debía llevar a cabo sin ahorrarse comentarios, observaciones y contrapropuestas.

Lucio le observó mientras estaba distraído mirando el terreno. Algo de él le incomodaba. Era evidente que estaba molesto por la discusión que tuvieron sobre la argamasa, pero, a pesar de su enfado, Zayin no desistía en su continua actitud de adulación, de reír estúpidamente cada uno de sus comentarios, de intentar demostrar sin cesar sus conocimientos.

Lucio no tenía aún una idea definida de él. De entrada, le parecía algo limitado, más pendiente de sus ganas de influir que de escucharle, con una mayor necesidad de proponer que de atender su obligación de acatar.

De pronto, Zayin le espetó:

—Quería preguntarte si has decidido quién llevará las cuentas del acueducto. Como te dije, es un tema difícil, que requiere experiencia, y para mí sería un honor poderlo llevar a cabo y serte útil, no solo en la construcción del acueducto sino también en la correcta administración de los recursos.

—Ya he asignado a otras personas que lleven las cuentas. Serán los cuestores, los tesoreros. Ya sabes que generalmente son dos y su mandato dura un año.

—¿Quiénes?

—Eso no importa. Son ciudadanos destacados que no cobran por este trabajo porque lo consideran un honor. Debes limitarte a hacer tu tarea, tienes muchísimas cosas que hacer: controlar la producción de las canteras, llevar a cabo las obras del terreno, hacer que acudan a Segovia artesanos especializados. He considerado que no

podía cargarte con más responsabilidades, sería injusto pedirte tanto. Te agradezco tu implicación, pero con lo que tienes, es más que suficiente.

Zayin intentó discutir, pero fue inútil. Lucio rápidamente se retiró a su estudio a seguir pensando en la obra.

A la mañana siguiente, Zayin empezó a dar órdenes a gritos a los trabajadores, uno de ellos resbaló y perdió por la pendiente la hoz con la que debía limpiar el bosque. El encargado ordenó que lo azotaran y lo dejaran de pie al sol sin agua.

Lucio nunca supo de este incidente, pero en el fondo era consciente de que, si en vez de ser él el que mandaba, hubiese sido Zayin, su vida se hubiera convertido en algo terriblemente complicado. Si se le ocurriera hacer una observación, esta sería inmediatamente cortada y su actitud menospreciada. Le hubiera humillado y sometido tanto como le hubiera sido posible. Con su implacable actitud hacia los obreros y su disposición solícita, era evidente que en su ser había tanto la viscosidad de la adulación como la dureza del acero hacia los que sometía. Pero aquella no era la razón por la que Lucio no lo había nombrado tesorero. Había decidido que la obra sería el resultado de la suma de su esfuerzo y el de su maestro: Arístides ya había tomado decisiones y no había confiado las cuentas a Zayin. No iba a contradecirle.

La maquinaria romana empezaba a girar con una precisión perfecta. Se estaban creando los fondos para hacer el acueducto: centenares de esclavos, indígenas, soldados y presos trabajarían en la obra y el tipo de piedras que se necesitaban se estaba tallando en las canteras.

Lucio se sintió satisfecho de volver a estar en su nueva casa, de regresar al estudio y al silencio. Permaneció encerrado dos días tomando decisiones sobre la futura obra: tenía que lograr un conducto con paredes de una textura completamente fina por donde el agua no pudiera detenerse, para ello revistieron el cajero de sillares de granito con *opus signinum*, un tipo de mortero impermeabilizante.

El soporte del canal sería de granito. Cada bloque debía estar muy bien labrado y el peso de cada uno sería de entre 300 y 400 libras. Los muros laterales, en los que quedaría empotrado el canal, tendrían una serie de albardillas de granito, con una leve inclinación hacia el exterior del conducto para evitar infiltraciones del agua de la lluvia.

Lucio se imaginó el acueducto como una casa con puertas al más allá. Quería hacer un monumento trascendente, grandioso y digno, que estuviera a la altura de la memoria de su maestro.

Puso todo su empeño en crear efectos ópticos en el acueducto para impulsar su belleza, funcionalidad, sencillez y monumentalidad. Cada columna estaría dividida en cuatro secciones ligeramente apiramidadas, excepto los cuerpos de la segunda fila, que serían más estilizados y completamente rectangulares.

Los tres primeros sillares partiendo del suelo serían iguales en altura, aunque el

que iba a estar en el suelo aparecería más chato, porque iría enterrado más de un metro en el lecho de arena que serviría de soporte. El último, el más cercano al cielo, había de ser mucho más alto, tendría el doble de altura que los otros tres. El efecto óptico era claro: cada uno de los cuerpos sería más estrecho que el anterior, irían disminuyendo de volumen imperceptiblemente para el ojo humano y, en cambio, crearían un efecto de mayor altura. Para que no se notara la diferencia entre las cuatro secciones de cada columna, habría solo una sencilla moldura algo decorada, con alguna curva o listón. Este sería el único elemento decorativo de una obra que quería que fuera, sobre todo, sobria y rústica, pero que tendría encerrada entre sus piedras una gran sabiduría estética.

Se proponía crear un acueducto donde cada pieza fuera distinta, sin dos sillares idénticos, con todos los arcos diferentes, incluso algunos con más piezas que otros, porque el objetivo no es que fueran idénticos, sino que se percibieran iguales: calcularía unas medidas ideales, pero las corregiría sobre el terreno, mirándolas con perspectiva humana. Lo importante no es que fuera una obra platónica, ideal y perfecta sobre el plano, pero llena de defectos desde el punto de vista humano, sino al revés: que fuera a simple vista perfecta y solo una mirada sagaz y un estudio pormenorizado desentrañara, para el futuro, todos sus entresijos, modificaciones y alteraciones para hacer una obra que no fuera perfecta pero que se viera así. ¿Hay, acaso, mejor perfección que la que se vive como tal? Descubrir sus ingenios y trucos ópticos, en vez de desvalorizarla, provocaría una mayor admiración en un corazón agradecido porque alguien se tomara tantas molestias al proyectar una obra con la máxima sencillez y la mayor magia. Mirada con atención, no sería una obra apolínea, de medidas armónicas y exactas, pero era la única manera de que a simple vista fuese maravillosa.

Después de un par de días encerrado en el estudio, Lucio decidió acudir de nuevo a la obra para dar las instrucciones de la siguiente fase. Pidió a Leukón que le acompañara con un carruaje.

El objetivo de la jornada era dar las instrucciones para la construcción de las cimentaciones de hormigón que se hundirían en el suelo y donde se erigirían las columnas del acueducto.

Pero se distrajo viendo los campos de cultivo. Era evidente que Segovia había implementado el sistema de producción intensivo y que aquellos campos, antes libres o cultivados para el autoabastecimiento, ahora eran objeto de la ambición romana, cuya regla era obtener la máxima producción con los mínimos costes, gracias a la utilización masiva de esclavos. Había tanta abundancia de ellos que era innecesario invertir en herramientas que ahorraran el trabajo. Lamentó las pésimas condiciones de vida de los esclavos, tanto en el campo como en la obra, y que el trato que recibían fuese mucho peor que el que obtendrían en las ciudades.

Por un camino que bordeaba los campos apareció ante su vista una vieja cargada con enormes cuencos de agua. A medida que esta se acercaba, Lucio fijó la mirada en sus pies, unos pies sedientos y aplastados por el sobrepeso que diariamente trasladaba. Un trabajo extenuante que apenas le daba para malvivir. La contemplaba y veía una vida aferrada a la miseria con el único objetivo de latir un poco más, como aquel buey que araba al otro lado del campo, día tras día, arrastrando un peso al límite de sus fuerzas. Otra vida miserable dirigida a una única posibilidad: empeorar con el paso del tiempo. A través de los años, la carga que el buey arrastraba se le haría más y más pesada, porque las fuerzas serían menores. Y un día, considerado no apto para el arduo trabajo, un esclavo, en vez de espolear con una vara el reseco lomo del animal, segaría su cuello con un cuchillo.

La capacidad organizativa de Roma, sus leyes y avances técnicos, sus grandes obras de arte y sus imponentes edificios arquitectónicos no conseguían el único objetivo por el que valdría la pena crear grandes civilizaciones: poder borrar el dolor de la faz de la tierra.

Lucio pensaba qué hubiera sido de su vida tan solo si hubiera nacido mujer en vez de hombre, si formase parte de un pueblo oprimido en vez de un pueblo opresor, si fuera campesino y no de familia noble. ¡Cuán insoportable sería el paso de las horas si, de repente, tuviera que arrastrarse por una vida sin sentido! Fuera a donde fuese, miraba a su alrededor y el mundo estaba lleno de vidas sin punto de partida, sin acceso a la cultura, a la educación, a la lectura, al pensamiento, a los sentimientos elevados, vedada también la pura contemplación. Tan solo trabajo, miseria y penurias.

¿Dentro de mil años, tal vez de dos mil, alcanzarían las futuras sociedades un nivel de respeto, bienestar y convivencia inimaginables entonces? Confió que así fuera: un futuro sin tantas vidas sustituibles, por centenares y miles, las unas por las otras. Lamentó que no se le ocurriese una solución mejor que dejar la responsabilidad de un imperio más justo en manos de las generaciones venideras.

Debía sobreponerse a tanto dolor y vivir, ya que poco podía hacer para evitarlo, salvo en casos concretos. El estado del mundo le sobrepasaba inmensamente. Tenía tanto que aprender, hacer, descubrir... No podía quedarse abatido por el sufrimiento que veía allí donde dirigiera la mirada.

Lucio cogió aire, levantó la cabeza y empezó a dar, sin más vacilaciones, las instrucciones necesarias. Explicó a Zayin que era esencial para el éxito del proyecto que las superficies de los sillares fueran extremadamente planas y lisas para aumentar al máximo los puntos de contacto donde se concentrarían las cargas entre los pilares. También era necesario que seleccionase unos treinta especialistas en trabajos hidráulicos, con experiencia en obras similares, para que estos enseñaran a los obreros, que debían ser, aproximadamente, unos doscientos hombres. Estos treinta especialistas llevarían la dirección técnica, supervisada en primera instancia por Zayin y, el responsable último sería, lógicamente, él mismo.

Debía contratar cada servicio teniendo en cuenta el coste de obras similares. Pasó una previsión de gastos a Zayin, ni demasiado bajos ni demasiado altos, para que los tuviera como referencia. No debía superar estas cantidades y, en el caso de no encontrar el servicio o material al precio de referencia, tendría que obtener la autorización directa de Lucio.

Para elevar los sillares eran necesarias las tenazas metálicas. En este caso, se necesitarían unas tres en cada punto de construcción del acueducto, en total nueve. Para ser levantado, cada sillar debería tener unos agujeros, en ambas caras, que permitieran el agarre. Zayin anotaba todas las instrucciones y, a diferencia del último día, no contradijo ninguna orden. Era indudable que tenía un enorme trabajo en coordinar todos los recursos humanos, técnicos y mecánicos, para llevar a cabo el acueducto.

Lucio regresó a Segovia a media mañana. Miró con detenimiento las calles a su paso. Siguió su camino, al trote de los caballos que empujaban su carruaje por la vía principal. Pronto girarían a la derecha y llegarían a casa, así que por última vez echó la vista atrás, buscando algo indeterminado. Una figura encapuchada iba delante de un grupo con unos pasos cada vez más rápidos. Era la misma mujer que vio en uno de sus primeros paseos por la ciudad. Ordenó, instintivamente, hacer parar la carreta. Sí, era la mujer de piel blanquísima, esta vez caminaba aún más deprisa y empezó a correr en dirección a él. Varios hombres la perseguían gritando y amenazando con piedras y palos. Lucio bajó del carro, se dirigió hacia ella y la situó detrás para

preguntarles a grandes voces:

—¿Qué estáis haciendo?

—Vamos a lapidar a esta mujer impía —gritó uno de ellos.

—No corresponde a vosotros, ni a vuestro dios, ni a vuestras manos, juzgar y ejecutar a nadie. Soy ciudadano romano y, si tocáis a esta mujer, responderéis delante del gobernador. Sabéis perfectamente lo que le ocurre a alguien si daña a un ciudadano romano. Seréis todos crucificados.

Todavía no había terminado de hablar cuando una piedra atravesó el aire e hirió la sien de Lucio, que empezó a sangrar. Un instante después, Leukón ya se había situado delante de él y, con la espada en la mano y con voz serena, dijo:

—Mataré a cualquiera que dé un paso adelante.

Los agresores prestaron atención al que parecía ser el cabecilla: era un hombre de una espesa barba negra, con un talismán colgado del cuello, algo que parecía ser el signo de su religión, una especie de circunferencia. Todos ellos iban descalzos y con rústicos trajes de esparto, y su aspecto era sucio. Su mirada fija y actitud desafiante hacían prever un diálogo infructuoso. Siguieron aguardando qué ordenaba el líder, que con las manos indicó que se apartaran y que nadie iniciara el ataque.

—Otra vez será, hermanos, los demonios tienen mil tretas para escapar de la ira de Dios, pero nuestra constancia será mayor que sus trampas. Os prometo que la mataremos y le arrancaremos la piel. Paciencia, hermanos, Dios no hizo el mundo en un solo día. Hoy el diablo ha tenido suerte, pronto llegará el día de Dios, os lo aseguro.

Lucio, Leukón y la mujer subieron a la carreta y en muy poco tiempo llegaron a su casa. Fueron recibidos por Atos, que, preocupado y diligentemente, limpió la herida de su amo.

—La piedra fue lanzada con fuerza, pero afortunadamente solo ha rascado la piel...

—¿Por qué sonríes, Atos?

—Porque estás a salvo y también porque has llegado con una mujer a quien conozco bien.

Lucio sentía impaciencia por hablar con ella, por averiguarlo todo: quiénes eran esos hombres, por qué intentaban matarla. A la vez, deseaba seguir contemplando a alguien completamente diferente, alguien como jamás había visto.

La mujer se quitó la capucha y mostró un rostro albino, de una belleza conmovedora. Lucio se sintió como si se le hubiera aparecido la reina de las nieves. Sus ojos eran de un gris opaco, que al más leve destello de luz parecían violáceos. Su piel traslúcida mostraba el azul de las venas de sus manos. Hubiera querido mirarla durante horas, entretenerse contemplando sus pestañas tan blancas, las uñas transparentes como el agua que mostraban una carne rosácea, al igual que sus manos,

sus cejas blancas y pobladas. Le hubiera gustado contemplarla largamente y poder extasiarse admirando su cuerpo. Pero disimuló su deslumbramiento.

—Me llamo Amal. Gracias por salvarme la vida.

Amal observó al hombre que la había salvado: en una edad indeterminada que sobrepasaba la treintena, mostraba una tez clara que se debía broncear con facilidad. La primavera avanzaba y el tono de su piel se parecería cada vez más al color de las aceitunas. Su cabello era grueso, rizado y negro. Sus ojos eran desproporcionadamente grandes en relación a las otras partes de su cara: una nariz un tanto aguileña y unos labios más bien finos. Lo que más destacaba de su rostro eran, sin duda, los ojos, bordeados por largas pestañas y con unas cejas pobladas y bien definidas. Sus pómulos, bien marcados, no quitaban protagonismo al hoyuelo de su barbilla. Su constitución era atlética pero no de natural. Sin duda, había hecho mucho ejercicio, porque si no fuera por eso sería más bien delgado. Era evidente, también, que se trataba de un ciudadano romano, vestido con toga y pulcramente.

—Mi nombre es Lucio. Soy el arquitecto del futuro acueducto. Él es Atos, un ser inclasificable, estoico, culto, ex devoto religioso, travestido... Es mi mejor amigo en Segovia.

Amal sonrió afectuosamente y Lucio observó sus labios de un rosado pálido y carnoso.

—Nos conocemos —dijo Atos—. Amal fue mi alumna hasta que se convirtió en mi maestra. Las épocas en que Tito viajaba, antes de asentarse definitivamente en Segovia, pudimos estudiar y tener largas conversaciones en las que también participó tu maestro Arístides.

—Debíais de hacer un trío curioso. Entiendo que mi maestro buscara vuestra compañía: sabía reconocer a las personas interesantes, por encima de los cargos y las infinitas formas. Pero ahora, por favor, explicadme quiénes eran esos hombres y por qué pretendían matarte.

Amal y Atos le explicaron que se trataba de la secta del Sol Invicto y que sus seguidores ya habían sido capaces de matar a varios hombres, de origen celtíbero, por no reconocer a su dios. También habían hecho sacrificios humanos, de neonatos abandonados, con la permisividad de Roma. El cabecilla de la secta se llamaba Haros y era un ser verdaderamente peligroso, un fanático sin temor a nada ni a nadie. Su deseo de matarla provenía simplemente del color de su piel, extremadamente blanco. El sol, lógicamente, le quemaba y siempre se tenía que estar protegiendo de él, ya que sus rayos le llenaban la piel de quemaduras y llagas. Por esta estúpida razón, la habían convertido en «la enemiga del sol», en la enemiga de su credo. La consideraban no humana, un demonio, y nada se podía hacer para combatir la absurdidad de su razonamiento. Por otro lado, añadió Atos, el hecho de que fuera una mujer docta, estudiosa, que no se hubiera casado y que no se dedicara a las

actividades propias de su sexo, sino al estudio y a la lectura, la habían convertido, aún más, en una indeseable para ellos, en una mujer antinatural, enemiga del sol y de las costumbres que le correspondían. Los ánimos llevaban encendidos desde hacía tiempo. Todo empezó con una hostilidad que creció progresivamente, hasta que un día empezaron los insultos y, de aquí, se llegó al punto de que Haros se atrevió a golpearla en plena calle y después juró matarla. En los últimos tiempos, la secta había crecido y se había envalentonado y Roma, en vez de suprimirla, la había autorizado. Salir de casa para Amal se había convertido en un verdadero peligro. Ahora sabía que desde tiempo atrás la debían de estar esperando: uno de ellos había montado guardia oculto a la salida de su casa. Cuando Amal salió, este avisó al resto y la atacaron.

—¿Adónde te dirigías? —preguntó Lucio.

—Creo que me dirigía hacia algo parecido a la libertad, al aire fresco, a la posibilidad de salir de casa. Llevaba semanas confinada y había llegado un momento en que vivir con tanto miedo era imposible: vivía en una cárcel y casi prefería morir. Mi padre me contó que Atos había sido liberado de los continuos maltratos de Tito. Aquella noticia me había llenado de alegría y me dirigía a vuestra casa, a ver a Atos, a abrazarlo y a celebrar que ambos estábamos a salvo y que de nuevo podríamos leer y estudiar juntos.

—Perdóname, Amal —dijo Atos—, me equivoqué al querer esperar unas semanas para plantearle a mi amo nuestra amistad.

—Pues sí, te equivocaste —dijo Lucio—. Hubiera sido mucho más fácil que me lo hubieras contado e ir a visitarla con carruaje y guardas. A partir de ahora lo haremos así, pactaremos los días que deseas visitar a Atos y te recogeremos en tu casa. ¿Dónde y con quién vives?

—Vivo con mi padre, Sarapis.

—¿Sarapis no es un nombre egipcio?

—Sí, somos egipcios. Vinimos a Hispania cuando yo era una niña. Mi padre es orfebre, además de matemático y astrónomo.

—Te llevaremos a casa, tu padre podría estar preocupado por ti. ¿Sabe que habías salido sola de casa?

—No, él prefiere que viva encerrada para que no corra ningún peligro. Me escapé, supongo que estará disgustado conmigo y, cuando no me vea en casa, temerá lo peor, algo de lo que hace semanas la secta se vanagloria: matarme en cuanto tengan ocasión. «Matar al demonio blanco», dicen. «Matar al demonio blanco...»

La cara de Amal se tornó pensativa, como si estuviera muy lejos de aquella habitación. Solo las palabras de Lucio, «vayamos, ahora, a ver a tu padre», la devolvieron al momento presente.

Llegaron a la casa de Sarapis. El hombre esperaba en la puerta, vestido con una larga túnica oscura y con un turbante. Al verlo, Lucio se fijó en sus facciones grandes y su barba bien rasurada. Cuando tuvo delante a Amal, se dejó abrazar por su hija brevemente y le dijo:

—Entiendo que decidieras salir de casa. Tenía que ocurrir tarde o temprano, porque nadie puede vivir encerrado. Yo también necesito salir.

Amal no entendió las palabras de su padre. Que ella supiera, él no estaba en ninguna cárcel, ni la secta del Sol ni nadie en Segovia lo habían amenazado, a no ser que hubiera algo que no le hubiera contado... ¿Tal vez por ser el padre «del demonio blanco» también estaba en peligro?

Tan pronto como hubo saludado a su hija, Sarapis pidió hablar a solas con Lucio. Ambos se sorprendieron, especialmente Amal, porque, hasta donde ella recordaba, jamás había tenido secretos para ella.

Apartados en un rincón del jardín desde donde Lucio podía divisar el salón en que aguardaba Amal, Sarapis empezó a hablar:

—Como habrás visto, mi hija ya es una mujer madura, tiene cerca de treinta años, una edad avanzada teniendo en cuenta que las mujeres de su edad ya hace muchos años que están casadas y tienen hijos. Siempre ha vivido a mi lado, he procurado ser su mentor y maestro, le he enseñado lo que he podido, pero su curiosidad es infinita. Junto a Arístides, tu maestro, a quien conocí y que me habló muy bien de ti, y el estrafalario *gallus* ese...

—Atos es mi esclavo, pero sobre todo una persona a quien respeto.

—Disculpa. Bien, pues con ese Atos —dijo con desdén— formaban un curioso grupo de estudio que la muerte de uno y los maltratos del otro acabaron por hacer desaparecer.

—Bueno, esto tiene fácil solución, podrá seguir visitando a Atos y leer y estudiar lo que le apetezca.

—Lamento mucho que mi hija no se haya casado. Ella no lo desea, dice que el matrimonio significaría ser esclava de un hombre y de un hogar, parir hijos uno detrás del otro... Siempre lo ha evitado, aunque su resistencia no tiene ningún mérito, porque nadie la ha pretendido jamás, precisamente por su afán por el estudio y su fealdad. He ofrecido a mi hija en matrimonio a algunos hombres que he conocido y todos se han negado. Con uno que hubiera aceptado, tan solo uno, la hubiera obligado a contraer matrimonio. Pero incluso aumentando la dote como si fueran dos hijas, nadie ha querido casarse con ella.

—No creo que sea fea, simplemente no tiene una belleza convencional o típica.

—Quizá para vosotros, los romanos, que encontráis tan atractiva la piel clara y los

cabellos rubios desde que invadisteis Germania, e incluso os hacéis pelucas rubias... —Lucio rio—. Pero para los egipcios no es una belleza enigmática, sino una fealdad perturbadora. Además, conserva los rasgos de nuestra raza: labios carnosos, ojos grandes y rasgados, cabello lacio... Pero el problema no es si es bella o no. La cuestión es que en los últimos tiempos ha tenido que vivir confinada en casa e intentando pasar desapercibida.

—Ya veo...

Era evidente que Sarapis aún no había reunido el valor suficiente para decirle lo que realmente le preocupaba.

—Cuando Amal nació, su madre murió en el parto. Mi primera visión de ella fue la de un pedazo de carne blanca resplandeciente envuelta en sangre, una visión que nunca olvidaré porque parecía la mismísima imagen de la muerte. Siempre he experimentado hacia ella un sentimiento ambivalente. Por un lado, me complacía su interés y viva inteligencia, por otro, era evidente que no tenía nada que ver con las demás niñas de su edad. La diferencia en el color de la piel era demasiado marcada. Un día, paseando por la calle, la llamaron «hija de la muerte», ya que todo el pueblo sabía que había nacido causando la muerte de su madre y que era una criatura extraña. Al momento, tapé las orejas de la niña y nos fuimos hacia casa. Pero luego, tranquilo en nuestro hogar, mientras la miraba, pensé que lo mejor era acabar con ella. Tal vez, realmente, fuera un monstruo. Una noche, cogí un enorme cuchillo cuando ella dormía y me dirigí a su habitación, iba con la idea fija de asestarle un corte rápido, como cuando se degüella una oveja, y asfixiarla con la almohada para no ver su mirada mientras la mataba. Pero, al llegar a su lecho, vi que tenía la ventana abierta, por donde se veía la luna, una luna llena inmensa, y recordé que en una ocasión Amal me dijo: «Mi madre está en la luna, yo soy hija de la luna, por esto tengo la piel tan blanca. Mamá nos mira desde la luna y siempre nos protege...» Ver la luna por la ventana fue como ver a mi mujer pidiéndome que no la matara. No lo hice, pero no nos quedaba otra opción que marcharnos de Egipto, dejar mi casa, mi gente, y empezar una nueva vida en otro lugar. Vinimos a Hispania, y después de vivir un tiempo en el sur nos dirigimos hacia el norte. Aquí encontré una casa y un trabajo como orfebre, el mismo oficio que tenía en Egipto. Las cosas iban bien en Segovia, ella era diferente, pero la sociedad romana es más abierta. Todo iba bien, hasta que la secta del Sol escogió a Amal como chivo expiatorio de lo que debe suprimirse en esta tierra, e hicieron de matarla uno de sus principales objetivos...

—La ignorancia es una de las puertas por donde entra el mal.

—Y hoy he llegado al fin de un camino. Ya no puedo más.

—Bueno, esto lo dices ahora, ya verás como...

—No. Hoy he decidido que regreso a Egipto, y lo hago solo. Esto es lo que quiero decirte: te regalo a mi hija como esclava.

—Pero ¿qué me estás diciendo?

—Lo que oyes. Ni más ni menos. Quiero vivir tranquilo, quiero volver a mi país, envejecer allí. Sin ella sé que mi pueblo me acogerá bien. En el fondo, deseaba que hoy ella muriera para acabar así con esta vida de tener que escondernos, escapar, ver cómo una y otra vez se encienden rencores y rabias contra ella... Al final yo también acabaré mal, he cometido el error de supeditar mi vida a la de ella. Recuerdo la reacción de las comadres cuando la sacaron del vientre de su madre y comprobaron que esta había muerto. Señalaron un cubo en la puerta y dijeron: «Ha nacido una niña tan blanca que no podrá vivir bajo el sol ni con el peso de la culpa de haber matado a su madre.» Y yo respondí: «Esperemos a ver si sobrevive.» Pero era una niña tan lista que aprendió a vivir en las sombras.

Lucio se cansó. No quería oír recuerdos, a cuál más triste. Que Amal aún estuviera viva era un hecho excepcional. Interrumpió a Sarapis con la pregunta definitiva:

—¿De verdad eres capaz de ir ahí dentro —señaló la sala donde su hija estaba esperando— y decirle que me la has entregado como esclava? ¿No te preocupa lo que pueda hacer yo con ella? ¿Y lo que pensará ella de ti?

—No, tu maestro hablaba muy bien de ti y estoy tranquilo de que estará bien cuidada.

—¿Qué harás si no acepto? ¿Si me niego a quedármela como esclava?

—Hoy es el día en que saldré de esta casa, la cerraré y regresaré a Egipto. He llegado a aquel punto desde el que ya no hay vuelta atrás. Llevo tantos años soportando una vida junto a ella, que necesito liberarme de una vez por todas.

Ahora Lucio entendió por qué le dijo a su hija, tan pronto como la vio, que sabía lo que era vivir en una cárcel. Lucio asintió en silencio. Observó cómo Sarapis entraba en la habitación. Desde fuera vio que hablaba con ella y que Amal empezaba a llorar e intentaba abrazarlo. Su padre la rechazaba y ella se sentó en el suelo definitivamente vencida. Después, levantó la cabeza y vio a Lucio observándola. Con una mirada llena de orgullo y de desprecio, se levantó rápida y altiva. Regresó al poco tiempo con un fardo lleno de sus cosas.

Su padre no esperó a despedirse de ella. Lucio pensó que aquella había sido una relación de odio concentrado, que sin duda los desprecios habían sido muchos y constantes, que ella siempre fue la hija que él no deseó y que Sarapis en el fondo pensaba que por una burda mujer se había complicado la vida: por ella había tenido que dejar su país, había perdido a su esposa, sufrido desprecios... Pero no era culpa de una pobre niña. Entendió el amor y también el odio intenso y mal disimulado que tantas veces había tenido que padecer Amal. Ni tan siquiera al final quería despedirse de ella. Debía de ser una última humillación terrible.

—Aunque no quiera despedirse de mí, necesito pedirle una cosa a mi padre por

última vez.

Lucio fue a buscarlo y le exigió que fuera a ver a su hija.

—Padre, dame el anillo que me hiciste para mi cumpleaños. El anillo que me recuerda a mi madre, ella sí que hubiera sabido quererme.

—No creo que sea muy buena idea.

—Es mi última petición, no puedes negarme algo que es mío.

—Te lo daré si recuerdas la promesa que me hiciste.

—No te preocupes, padre, lo recuerdo todo perfectamente. No sé cuándo volveremos a vernos si es que lo hacemos de nuevo. Gracias por lo que has hecho por mí durante todos estos años.

Esta vez Amal no intentó volver a abrazarlo y subió al carro sin decir una sola palabra, mirando a lo lejos. Lucio respetó su silencio.

Al llegar a la casa, Amal dejó caer sus pocas pertenencias al suelo y le preguntó:

—¿Qué esperas de mí? ¿Que limpie, que esté en la cocina? ¿O tal vez quieres venderme a la secta del Sol? Te harías rico, ¿lo sabes? Darían todo lo que tienen por matarme.

—Mira, entiendo cómo te sientes, pero no tuve elección. Tu padre había decidido irse y dejarte sola en Segovia, abandonarte a tu suerte porque no quería seguir llevando una vida de huidas y problemas. Creí que era mejor que estuvieras bajo mi protección.

—¡Mientes!

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque en el fondo sabía que era cierto. Lucio no contestó. Amal continuó chillando:

—Solo te digo una cosa: si me tocas, si me maltratas, si me insultas y me humillas, si... me tratas como a tu esclava, simplemente me mataré. Es la salida más digna que me queda, una salida que cada vez deseo con más fuerza. No pienso ser tu juguete blanco.

Lo había conseguido: Lucio se sintió injustamente tratado. Al fin y al cabo no la conocía de nada, tal vez era alguien trastocado a quien no debía acoger, alguien que solo le había acarreado problemas desde el instante en que la conoció. Se mordió la lengua para no decirle que se merecía que la mandara azotar. Solo era una esclava. ¡Quién se había creído que era para tratarlo así! Pero resistió la tentación de humillarla, no era más que un animal herido, abandonado por la única persona con quien había compartido la vida desde que nació. Además, recordó a tiempo que Arístides la había escogido como su amiga y para formar, junto con Atos, un grupo de estudio.

—Amal, solo hace un día que te conozco, pero tengo la sensación de haberte conocido hace meses. Estoy cansado de ti y de tus problemas y amenazas. Haz lo que te dé la gana, no espero nada de ti, no quiero nada de ti. Estudia, lee, si te place,

discute con Atos, enfréntate a la secta del Sol o sigue a tu padre a Egipto. Pero jamás vuelvas a hablarme en este tono o te juro que lo que haría contigo la secta del Sol sería una broma comparado con lo que yo podría hacerte con mis propias manos.

Y abandonó la sala sin esperar respuesta.

Iba bajando la luz de la tarde y Lucio decidió acostarse pronto. No podía dejar de pensar en su mirada ojigarza, en sus ojos de un gris tan claro y en su piel, tan transparente, que permitía vislumbrar las venas y capilares de sus brazos y sus manos como un delicado tatuaje de trazos azulados.

Ya sabía por qué había ido a descansar tan pronto: quería silencio y oscuridad para pensar en ella. La imaginó desde niña víctima de insultos, amenazas y peligros por ser tan diferente. Tal vez todo ello había hecho de ella una mujer desconfiada, tal vez sería como tener un animal salvaje en casa.

De pronto, una imagen atravesó como un rayo la mente de Lucio: los hombres que amenazaron a Amal en plena calle, con sus brazos alzados, sus puños, sus manos empuñando palos y piedras. Todos tenían el mismo símbolo tatuado en la mano: el sol, exactamente en el mismo lugar que lo tenía el hombre que había intentado asesinarlo en el barco.

No había duda de que el asesino de su maestro se hallaba oculto entre los antiguos indígenas o bien entre los miembros de la secta del Sol. Arístides ya había muerto, nada de lo que descubriera podría cambiar esta realidad inalterable. ¿Investigaba, pues, por pura venganza? Más bien por justicia. Alguien tan valioso, humanamente tan profundo y elevado no podía morir sin más: hay actos en la vida que no pueden quedar impunes y, sin duda, la muerte de su maestro debía tener consecuencias. Arístides no podía haber muerto sin que nadie pagara por ello. Lucio hubiera deseado que la ética tuviera el mismo mecanismo de ejecución que las leyes más elementales de la física: igual que la gravedad de los cuerpos los hace sucumbir al peso y a la atracción de la tierra, así también un asesinato tan injusto debía condenar a los seres sin escrúpulos que lo habían llevado a cabo.

Sabía que debía ser eficiente y tener los ojos abiertos a cualquier indicio sin regirse por la impaciencia. No había duda de que se enfrentaba a dos grupos peligrosos. Por un lado estaban los indígenas, cada vez más residuales y aislados, seres escurridizos y oscuros, que tal vez vivían en la sierra o eran tristes asalariados. Los otros, en cambio, vivían a plena luz del día, pero estaban cegados por su fanatismo religioso. Incluso podía ser que la secta del sol simplemente matara a su maestro por relacionarse con Amal. Tal vez él también estaba en peligro por acoger a esa mujer, tan arrogante como única. Le asombraba que nadie más se diera cuenta de hasta qué punto era bella, tal vez incluso ella misma no lo supiera.

Pero debía compaginar la investigación del asesino y la construcción del acueducto con sus pensamientos cada vez más recurrentes hacia Amal.

De nuevo en la obra, Lucio se fijó en cómo un ingeniero enseñaba a un grupo de esclavos a calcular la pendiente del agua a través de troncos con una canaladura llena de agua, calzándolos hasta conseguir la pendiente adecuada. Lucio, una vez más, sonrió al pensar en cómo cambiaría la vida de la ciudad con la llegada del agua. Segovia se convertiría en un polo de atracción y el número de sus habitantes crecería. Su cercanía con otra ciudad, Cauca, sería sin duda también interesante para futuras alianzas y ofrecería la posibilidad de enriquecer la zona. También se construirían basílicas, foros, termas, templos y algún anfiteatro. Sentía que podría vivir en Segovia, una ciudad mediana, importante, bien comunicada, tranquila y bella. El paisaje le atrapaba por su pureza. Segovia le brindaba sobre todo la posibilidad de participar en algo verdaderamente grande.

Si quisiera, fácilmente podría hacerse aún más rico en esa ciudad: montar una alfarería, por ejemplo, que junto a las riquezas de su padre y el alquiler de su propiedad en Roma, le permitirían vivir más lujosamente, si cabe. Pensaría en ello más tarde. El dinero, precisamente, no era un problema: pertenecía a una de las

familias más ricas de Roma y era hijo único, le sobraba dinero y le faltaban parientes.

Lucio comunicó a Zayin sus nuevas decisiones sobre la construcción. Por un lado, le preocupaba la vigilancia del agua. Era necesario tomar todas las precauciones, en el futuro, para que no fuera robada y a la vez crear una nueva cultura en torno a ella, con hábitos salubres como prohibir los entierros en zonas próximas a su cauce. Para que nadie la robara para el riego u otros usos, la mejor alternativa sería que el agua circulara desde el sur de la sierra hasta la ciudadela, donde una guarnición vigilaría la zona.

Debía conseguir una superficie completamente lisa por donde circulara el agua, que fuera eficiente para evitar la adherencia de los sedimentos que arrastraba y que a la vez evitara la erosión por la fuerza de su velocidad. Lucio explicó que quería que se siguieran exactamente las siguientes instrucciones: por encima de la cornisa tendrían que construir una cama de piedras planas, trabadas con argamasa, sobre la que se aplicaría una capa de mortero de unos cuatro dedos de grosor, sin intrusiones. La superficie exterior del mortero estaría acabada con un estrato de guijarros muy pequeños revestidos por una argamasa decantada y fina.

Una vez que hubo dado las órdenes, se reunió en su casa discretamente con Leukón y Atos para repasar las cuentas. Participaban en la financiación tanto la oligarquía de la ciudad como el propio estado. Este no solo ofrecía asesoramiento técnico, como el envío a la zona del fallecido Arístides y de él mismo, sino que cubría también parte de los gastos. También había aprobado una exención temporal de impuestos para que Segovia pudiera llevar a cabo una obra tan importante.

Una decisión, pensó Lucio, que también sería, a la larga, una buena inversión para el imperio, ya que con la llegada del agua se llevaría a cabo la explotación intensiva de lana y cerámica. Tal como le comentó el gobernador, las arcas del tesoro obtendrían beneficios con las concesiones de agua a particulares. Además, era una buena forma de acabar con los grupúsculos reacios de ascendencia indígena, puesto que ya nadie más se resistiría al modo de vida romano, tan lujoso, higiénico y placentero. Roma, a pesar de las apariencias, nunca regalaba nada.

Así que repasaron el aporte de las arcas estatales al acueducto y las recaudaciones de la obra. La suma era muy importante y debía seguir creciendo. Sus dos servidores de confianza le mostraron el cofre de tamaño grande, con ataduras de hierro, en donde se guardaba todo el dinero. Leukón tenía el deber de guardarlo y custodiarlo.

Cuando acabaron de revisar las cuentas, se dirigieron al atrio. Lucio tenía ganas de beber un vaso de vino con ellos y de tener una conversación distendida.

—¿Cómo cambiará la vida en Segovia con la llegada del acueducto? —preguntó Leukón e insistió—: Tú ya has vivido en Roma... ¿Cómo es tener agua?

—Pues es un bien esencial, porque, aparte de suministrar agua a nuevos edificios como templos o termas, también habrá agua pública para todo el mundo, con

numerosas fuentes por toda la ciudad. Ya no serán tan necesarios los pozos ni la captación del agua de la lluvia con cisternas. Además, tenemos suerte: la calidad, pureza y transparencia del agua del río es insuperable y su caudal, enorme. Tendremos un gran abastecimiento de agua.

Lucio volvió la cabeza y vio a Amal escuchándolos, al verse sorprendida, se alejó con diligencia, intentando aparentar que estaba ocupada en algo.

—El acueducto va bien —añadió para finalizar—. Estoy muy satisfecho de las tareas de reconocimiento del terreno, de los trabajos de agrimensura, de la elaboración de los planos...

Atos contestó:

—Segovia no disponía de personas con tus conocimientos y los de Arístides, por ello se pidió al gobernador de la provincia y al emperador el servicio de alguien que pudiera llevar a cabo la dirección de la obra.

Era evidente que Atos no estaba muy interesado en la construcción del acueducto, y que repetía algo por todos sabido, y por el simple deseo de hacer una aportación. También era evidente que llevaba los cálculos más por un interés forzado que por verdadera vocación contable. A pesar de ello, se esforzaba en llevar a cabo su cometido con la máxima aplicación posible. Al oír su extraño e innecesario comentario, Lucio y Leukón no pudieron evitar levantar las cejas con una expresión que demostraba tanto la incredulidad como la certeza de que jamás harían de él un verdadero ingeniero hidráulico.

—¿Crees que ahora tendrás suficientes hombres o será necesario pedir de nuevo al gobernador mano de obra del ejército?

Era la voz de Amal. Lucio no se lo podía creer: no le bastaba con escuchar una conversación de la que no formaba parte, sino que además se atrevía a dar su opinión.

Lucio se despidió de los dos hombres con un seco «hasta pronto» y se alejó del atrio para retirarse a sus aposentos. Contestar a Amal hubiera sido rebajarse y, por otra parte, se resistía a humillarla.

Al anoecer se dispuso a dormir. De nuevo, su piel, que otorgaba a su cuerpo un aire ingrátido, flotaba por sus pensamientos. Esta vez, sintió que el deseo se apoderaba de él. Nunca antes había sentido nada parecido, era una emoción inquietante, de una urgencia apremiante. Mientras daba demasiadas vueltas en su lecho, insomne y sudado, algo rompió el silencio: un sonido estremecedor que conocía perfectamente y que nunca había soportado: un llanto espeluznante que le provocaba un dolor por todo el cuerpo, un sonido por cuya causa había huido lejos de Roma y que necesitaba no volver a oír nunca más. Se trataba de los llantos de los recién nacidos sufriendo hambre y sed. Una vez oído este llanto, el silencio que lo seguía era aún más terrible, porque significaba que la criatura ya estaba demasiado débil incluso para gemir. Los recién nacidos eran abandonados como *res vacantes*, es

decir, objetos a cuya posesión sus dueños han renunciado. Por ello eran abandonados, para morir o para ser recogidos por quien los deseara. La mayoría eran niñas, y las pocas recogidas serían utilizadas, al crecer, como prostitutas, mascotas o esclavas domésticas. No esperaba encontrar en Segovia aquel terrible sonido, un sonido que parecía que le persiguiera desde la Columna Lactaria, en el mercado de verduras de Roma, lugar donde se abandonaban los neonatos.

Lucio despertó a todos los miembros de la casa: sus catorce esclavos, Leukón, Atos y Amal. Les ordenó dirigirse donde estaban las criaturas. Esta vez había decidido rescatarlas.

Eran tres niñas. Atos pidió lavarlas y alimentarlas. Una vez que estuvieron dormidas y a salvo, cuando ya estaba amaneciendo, solicitó hablar con Lucio.

—Hay algo que creo que no sabes de esta ciudad. Una nueva modalidad de prostitución totalmente demencial. Han cogido a las esclavas más recias, con caras más toscas y las hacen pasar por indígenas auténticas, por salvajes terribles. Las tienen encadenadas en lechos para que los romanos vivan la experiencia de copular con una «auténtica» salvaje. La cuestión es que, como en todas partes, las prostitutas paren criaturas a las que sus amos abandonan.

—Las barbaridades del llamado mundo civilizado parecen no tener fin. No sé qué tipo de civilización hemos llevado al mundo —contestó Lucio con voz resignada.

—Y la otra cosa que deberías saber es que estos neonatos son utilizados frecuentemente por la secta del Sol para hacer sacrificios humanos. No sé hasta qué punto se enfurecerán si se quedan sin sus tributos humanos.

—No vamos a cometer una injusticia por temor. Si hay algo que no soporto es el fanatismo y la crueldad, y esta secta encarna las más aborrecibles capacidades humanas.

Lucio volvió la vista y vio a Amal esperándolo.

—Lucio, ¿podría hablar contigo?

Estaba demasiado nervioso para tener una discusión sobre su libertad, derechos y dignidades, así que le espetó sin esperar ningún comentario por su parte:

—Nunca he querido marcar tu camino, tan solo ofrecerte un ambiente de protección, pero si no lo quieres, puedes marcharte. Oficialmente soy tu amo, pero no me siento tu dueño. Tampoco me sirves para nada.

Lucio se dio cuenta de que había pretendido y conseguido ser especialmente duro.

—No quería hablarte de irme. Pero ya que mencionas el tema, hay algo en lo que sí creo que podría servirte y que me interesaría: me interesa mucho la arquitectura y me gustaría colaborar en el proyecto del acueducto.

—¿Y qué sabes tú de los acueductos?

—Sé que Plinio *el Viejo* consideraba que no había nada más admirable en todo el orbe de la tierra que los acueductos. Sé que Píndaro tiene un poema en que valora el

agua como lo mejor de este mundo. También sé que Tales de Mileto consideró que el principio del mundo era este líquido transparente. Igualmente, sé que para Platón el agua es abundante y preciosa. Que Aristóteles escribió en su *Metafísica* que «el agua todo lo ha generado y es el principio de todo». Que una ciudad sin una fuente no es una ciudad, como dijo Pausanias. Que Dionisio de Halicarnaso consideraba que la grandeza del Imperio romano está en los acueductos y que Estrabón habla del acueducto como de la obra prodigiosa capaz de llevar un río a la ciudad.

Amal continuó hablando como si le fuera la vida en ello.

—Conozco todos los libros de arquitectura de Vitrubio y tu maestro me enseñó todo lo que pudo el tiempo que estuvo vivo.

—¿Crees que con cuatro referencias y una supuesta amistad con mi maestro vas a impresionarme? Ni que convirtieras el hielo en fuego y el aire en tierra lograrías trabajar a mi lado. ¿Sabes lo que ha ocurrido esta noche? Hemos salvado a tres niñas recién nacidas que habían sido expuestas. ¿Te gusta la arquitectura? Ocúpate de la construcción de una casa de expósitos: créala, consíguela, acondiciónala, procura que tenga espacio y que sea un lugar apropiado. Cargaré con todos sus gastos.

Amal se vio presa de una inmensa premura. En el fondo, sabía que le estaba dando una oportunidad que no quería ni podía desaprovechar.

—Déjame pensar en ello unos días y te daré mi respuesta sobre el cómo, cuándo y dónde —dijo intentando no mostrar más entusiasmo de la cuenta, pero de la forma en que reían sus ojos de un gris palidísimo era evidente que su satisfacción no podía pasar desapercibida.

Al cabo de tres días, Amal se personó de nuevo ante Lucio y le dijo:

—Mi idea es hacer de la casa de los expósitos un lugar de autoabastecimiento con un molino de agua. Una casa grande, con varios pisos y dependencias...

Mientras hablaba, iba señalando en un enorme plano cada uno de los espacios.

—En esta dependencia había pensado hacer una alfarería, para labrar un futuro a las niñas y a otras trabajadoras de la casa de acogida que, a la vez, con su trabajo contribuyeran a los gastos. Tal vez te sonará raro, pero la cerámica de aquí es muy valiosa y con la llegada del agua la producción podría ser mayor.

Lucio se limitó a sonreír. Parecía que le hubiera leído la mente.

—Aquí irá el espacio de los recién nacidos, y en el piso de arriba se creará una escuela. Creo que sé quiénes pueden ser las madres de estas criaturas: las prostitutas encadenadas a las que pretenden hacer pasar como «auténticas» indígenas. Mi idea es comprarlas como esclavas y darles una nueva oportunidad, que bajo la dirección de Atos puedan trabajar de alfareras y cuidadoras de sus propios hijos. También he pensado en unos terrenos adyacentes para que puedan tener un huerto y un espacio para criar vacas y tener leche y gallinas para los huevos. Me imagino que, al igual que tu maestro, preferirás un lugar donde no se maten animales.

Lucio asintió complacido.

—Estoy segura de que estas mujeres aprovecharán esta oportunidad. Además, como nunca podrán saber si son sus hijas o no, las amarán a todas como propias.

Lucio se sintió profundamente conmovido y satisfecho. El plan era altamente racional y profundamente emotivo. Reunía la exactitud de las matemáticas: un molino, diferentes dependencias, producción e ingresos, suministro de alimentos... Y a la vez contenía todo lo intangible: justicia, esperanza y futuro. Si hasta entonces había visto a una mujer de una belleza cegadora, ahora veía un alma tan grande como la de su maestro. El dolor que Amal había vivido, los desprecios, las injusticias no habían hecho de ella un ser rencoroso. Seguía sintiendo que debía algo a la vida, que el don de vivir era tan importante que por mucho que diera, jamás haría las paces con ella, y se había convertido en un ser generoso y práctico. Sus ojos de aguamarina podían ver más allá. La mayoría de ojos negros solo veían en las prostitutas encadenadas a seres que han estado demasiado hundidos en la miseria para poder ofrecer nada bueno, seres radicalmente malos que, con la libertad, matarían y devolverían a quien tocara todo el dolor que habían sufrido. Sus ojos de pálido argén veían mujeres capaces de amar, cuidar y agradecer la vida digna y justa que cualquier ser humano merece tener.

Lucio la oía hablar con entusiasmo y alegría, con todos los detalles pensados. La observaba inclinada sobre la mesa señalando el plano de la construcción y explicando dónde podría llevarse a cabo la obra. Entonces fue cuando sintió algo aún más poderoso que el deseo.

Lucio aprobó el proyecto, y la única condición que puso es que alguien ejecutara las órdenes por Amal y que esta permaneciera en casa y no saliera sin la dotación de soldados que Lucio había contratado para su protección y la de los suyos.

Con una magnífica dotación de hombres y recursos, al cabo de pocas semanas, Amal había conseguido una casa con jardín, huerto, establos, y con el molino que mandó construir para que aportara agua: un lugar lleno de luz. El resultado no podía ser mejor y Lucio se sentía reconfortado de haber confiado en ella. No solo era una mujer de grandes ideas, sino que sabía llevarlas a cabo.

En este espacio de tiempo, dos de las tres niñas murieron enfermas de tétanos y tuberculosis. Atos ordenó que cubrieran sus cuerpos de añil; sus cuerpos azules y muertos eran la triste imagen del fracaso.

—Las buenas intenciones no sirven para nada —dijo Lucio en voz alta sin dirigirse a nadie.

—¿Me permites hablar contigo? —preguntó Amal.

—Sí, dime.

—Las buenas intenciones pueden no ser una gran meta, pero son el principio de todo. Ahora tienes una casa de expósitos totalmente habilitada, una niña salvada y

Atos parece haber encontrado algo que le llena absolutamente. Tendrías que verlo con la pequeña, con qué mimo la cuida y cómo duerme con ella. No la deja a sol ni a sombra. Por cierto, me ha pedido que le des un nombre.

—¿Cómo te gustaría que se llamara?

Amal sonrió y dijo:

—Papiria. Ella solo es el principio de este proyecto. Tenemos el lugar, tenemos quién lo gestione. Ahora solo es necesario que uno de tus esclavos vaya a la zona de expósitos tres veces cada noche. A primera hora, a media noche y al amanecer y recoja a los recién nacidos. No hay muchos, unos cinco al año: uno cada dos meses, pero conviene estar atento porque una noche fría podría acabar con su vida. Hemos comprado a diez esclavas prostitutas. Te juro que no he visto a nadie más implicado en algo jamás. Cuando creían que su vida había acabado y deseaban la propia muerte, están cogiendo confianza y valor para empezar una nueva vida.

Lucio siguió sonriendo.

—A pesar de ello, no volveré a pedirte nada más. Lo hice una vez cuando te pedí participar en la construcción del acueducto y me equivoqué. Pensaba que eras distinto a los demás y vives con los mismos prejuicios. Pensaba que tu maestro había hecho de ti alguien más osado, valiente e imaginativo, capaz de superar convenciones en aras de la verdad, la justicia y el talento. Me equivocaba, ya he hecho tu casita, volveré a mi habitación a leer y a dejarte en paz.

Y con la cabeza alta y sin esperar respuesta, Amal salió de la estancia.

De buena mañana, Lucio reunió a Amal, Atos y Leukón y les dijo lo siguiente:

—He decidido investigar a los indígenas de esta zona para ver si puedo encontrar alguna pista sobre el asesinato de mi maestro. Os he reunido a los tres porque sois personas de mi confianza, incluso Amal que, a pesar de nuestras desavenencias — Lucio sonrió—, ha demostrado con la construcción de la casa de niños que es una mujer resolutiva y coherente. De hecho, no os he escogido yo, sino mi maestro, por tanto tenéis toda mi confianza.

Amal miró a Lucio con mal disimulada cara de satisfacción, aunque se preguntó por qué la había calificado de «resolutiva y coherente» en vez de simple y directamente «inteligente».

—Os necesito a los tres. Para encontrar al asesino de mi maestro y sobre todo porque necesito un pequeño círculo de personas en las que confiar plenamente.

—¿Incluso para construir el acueducto? —preguntó Amal.

—Creo que hay técnicos, ingenieros y mano de obra suficiente, pero estoy dispuesto a mostrarte la obra y a que me hagas las consideraciones oportunas.

Era evidente que no se había disculpado, pero a Amal le pareció más que suficiente, teniendo en cuenta que, al fin y al cabo, no dejaba de ser su esclava. Había sufrido insultos, vejaciones y peligros por ser albina, pero nada comparable a que su propio padre la hubiera regalado como esclava. Como si estuviera leyendo sus pensamientos, Lucio añadió:

—Entiendo que lo estás pasando mal por el destino que tu padre ha pensado para ti.

«El destino pensado» le pareció una expresión mejor que el verbo «abandonar», y continuó diciendo:

—Espero que durante estas semanas te sientas segura y te des cuenta de que no debes luchar para conseguir tu dignidad, puesto que ya la tienes. Atos también es esclavo y, en cambio, Leukón no, pero ambos tienen una vida parecida y no trato a uno mejor que a otro. —Lucio cambió de tema—. Lo que necesito de vosotros es que busquéis alguno de los jefes del antiguo pueblo indígena y me concertéis una cita con él.

—Es difícil —contestó Leukón— porque la mayoría de ellos han sido «comprados» por los romanos. Cada una de nuestras tribus tiene tristes historias de cómo nuestros jefes nos abandonaron por riquezas y tierras, aunque todas las batallas estaban perdidas. Sabes que yo soy de origen arévaco... Aún existe un cabecilla de mi tribu, hijo de antiguos jefes, llamado Buntalos. Podemos visitarlo si lo deseas, sigue siendo una autoridad para nuestra gente y, si alguno de nosotros ha matado a tu maestro, él lo sabrá.

Amal decidió acompañarlos. Atos, en cambio, escogió quedarse al cuidado de la casa de los niños. Los guardias habían encontrado a otra recién nacida y estaba muy alterado por saber si estaría enferma y, en caso de estarlo, si sobreviviría. Amal ya había previsto la posibilidad de contagio entre las recién llegadas y las que ya estaban instaladas en la casa. Por ello, había dispuesto una sala para las últimas acogidas, donde pudieran dormir y, una vez bien alimentadas, recuperarse. Después de unos dos meses en la primera sala, si estaban en buenas condiciones de salud, podían pasar al resto de las dependencias sin peligro de que infectaran a las demás niñas. Amal también dispuso que fuera una sola cuidadora la que estuviera con las que acababan de llegar, puesto que, si se ocupaba tanto de las niñas sanas como de las que podían estar enfermas, las infecciones se transmitirían fácilmente. En estos momentos la casa albergaba a dos niñas y a diez esclavas liberadas de su anterior condición de prostitutas. El principal trabajo de Atos no eran las niñas, sino la educación y seguimiento de las mujeres: pasarlas del triste rango, impuesto por los romanos, de «bestias salvajes» a «mujeres». Se encargaba de lavarlas, vestir las, de que tuvieran comida regular, descanso, y de que aprendieran los diferentes trabajos de la casa. La hacienda era grande y quería calcular cuántas mujeres más podría salvar: podían ser perfectamente unas treinta. El huerto, el ganado, las gallinas, la limpieza, el cuidado de las pequeñas y la futura escuela, además de la alfarería, posibilitaban a casi tres decenas de mujeres vivir como verdaderos seres humanos. Necesitaba un par de esclavos de la casa para enseñar los trabajos a las mujeres. Atos, por su parte, nunca antes había estado tan ilusionado y excitado, sentía que formaba parte de una nueva religión, pero esta vez llena de sentido y humanidad. Si su antigua religión mutilaba, la actual permitía renacer.

Buntalos vivía pobremente en una choza. Si sus antepasados fueron reyes, él ya solo era un humilde agricultor. Leukón, Amal y Lucio entraron en el pequeño habitáculo. A pesar de la pobreza que lo rodeaba, el antiguo jefe se sentó con porte distinguido.

—¿Qué quieres? —preguntó como si tuviera inmensos tesoros o el poder de otorgar favores.

—Acudo a ti para que me ayudes a encontrar al asesino de mi maestro.

—¿Y crees que mi pueblo lo ha matado? No tengo ningún indicio de que mi pueblo o algún grupúsculo violento hayan atentado contra él. Aunque también debo advertirte de que en caso de saberlo, no te lo diría, no denunciaría a mi gente.

—Tal vez no queréis que se construya el acueducto y matar a mi maestro ha sido una forma de manifestar vuestro descontento con el símbolo supremo de nuestro poder.

—Sabemos que es inevitable. Roma pisa con fuerza, nada la detiene y lo barre todo a su paso.

—Será una gran aportación para Segovia, porque nunca antes había tenido suministro de agua ni tantos lujos —insistió Lucio.

—También mi gente tuvo lujos y grandes tesoros. Nuestras comunidades contaban con bellísimas piezas de orfebrería en oro y plata. También utilizábamos monedas de plata. ¿Quieres saber dónde están ahora? Son las monedas que servirán para pagar tu acueducto.

—Hablas de mucho tiempo atrás, de las campañas del cónsul Tito Didio ya hace tres siglos.

—Tres siglos no son nada, porque nuestra historia tiene milenios y se pierde en la oscuridad del tiempo. Vivíamos en propiedades comunales y había comida para todos, no conocíamos la pobreza ni las penurias. Vosotros implantasteis formas de producción que solamente favorecen a los que ya tienen demasiado.

Lucio solo pudo guardar silencio. El antiguo jefe insistió:

—Pero no te culpo. En el corazón de todo hombre, esté donde esté, venga de donde venga, se halla el germen del veneno en cada gota de su sangre.

—¿Veneno? —dijo Leukón con cara de incrédulo.

—Se refiere a la maldad —contestó Amal.

—Nosotros traicionamos a nuestro pueblo por cuatro alhajas, nuestra aristocracia se romanizó. A cambio de enriquecimiento personal, dimos algo de lo que no teníamos recambio: la tierra y la gente.

—No todos —añadió Lucio—. Tus antepasados se mantuvieron fieles a tu gente.

—Sí, podían haberlos vendido, pero prefirieron compartir su maldita suerte. Ahora yo podría estar en casa de Tito, bebiendo y cumpliendo como un perro sus órdenes. Aquí soy el dueño de mi choza.

—Poco a poco las cosas están cambiando, pronto seréis ciudadanos integrados a la provincia de la Hispania Tarraconense —añadió Lucio.

—¿Crees que esto cambia algo? Roma jamás regala nada. ¿Qué crees que tendremos? Mínimos derechos y autonomía. Seguiremos sometidos a fuertes cargas fiscales. Pon tu vista donde quieras, allí habrá un romano que sabrá cómo crear un impuesto: tributos por el suelo, pagos oficiales, salarios públicos o soldadas. A ello tenemos que añadir parte de las cosechas y los impuestos de carácter personal, como la prestación del servicio militar en las tropas auxiliares. Los romanos se aprovechan de todo lo que les es posible exigirnos, hacen las leyes, pero jamás encubrirán la verdad: su robo sistemático... —La voz de Buntalos parecía cada vez más enfurecida.

Lucio tuvo ganas de decir: «Bueno, bueno, no te quejes tanto...» Pero pensó: «Estos indígenas nunca tienen suficiente...» No dijo nada, aunque su cara, con un gesto de cada vez menos interés, hablaba por sí sola. Había venido a descubrir una pista sobre el asesinato de su maestro y se encontraba con las quejas reivindicaciones de siempre de los antiguos pueblos oprimidos.

La voz de Amal surgió para disipar el tenso silencio:

—Soy una mujer de Egipto, ni romana ni indígena. Y el problema es obvio: los romanos ya no pueden ver esta tierra sino es como parte del imperio. Ya no la ven como un lugar que no les pertenece. Ahora es, y para ellos siempre lo será, un apéndice de Roma.

—Así es —contestó Buntalos—. ¿Quieres un ejemplo? Cuando descubrieron que sabíamos fabricar unas prendas sin mangas, de lana áspera y gruesa, que nos poníamos durante el invierno, con ellas empezaron a vestir los soldados por encima de la túnica y decidieron que era una magnífica pieza para sus legiones repartidas por todo el mundo. Nos tuvieron trabajando como esclavos para suministrar la enorme cantidad que las legiones necesitaban. ¿Sabes lo que es trabajar noche y día hasta la extenuación? ¿Sabes lo que es sacrificar todas nuestras ovejas que antes solo matábamos para sobrevivir? ¿Sabes lo que es perder un rebaño bien cuidado y lo que es que nuestra ropa tradicional se convierta en un vestido que Roma quiere a millares? ¿Sabes lo que es ver mujeres, hombres y niños tejiendo la maldita túnica hasta morir de cansancio y desnutrición? Antes hombres y mujeres eran felices, con sus necesidades cubiertas porque esta tierra es rica y abundante. ¿Qué nos han dado? —añadió el antiguo jefe—: Con los romanos solo somos ciudadanos sin privilegios y sin la posibilidad de poseer nuestros bienes ancestrales: las tierras y las casas de nuestros antepasados.

Lucio quiso cambiar de tema para disminuir la tensión, aunque el ejemplo de la túnica le había afectado profundamente. Así que le preguntó:

—No te molesta que haya venido con una mujer, ¿verdad?

—Quizá te moleste a ti, tu pueblo solo las sabe tener en su casa. ¿Por qué crees que nosotros somos los bárbaros y tú, en cambio, el pueblo civilizado? ¿Sabes que teníamos una lengua y una literatura? No sé por qué pierdo el tiempo contigo.

Amal probó de volver a encauzar la situación y añadió:

—Lucio no es un romano típico. Su mentor fue Arístides, que le educó con los valores comunes en todas las grandes culturas, como la integridad que tus antepasados defendieron. Todos los hombres y mujeres del mundo tenemos una gota de veneno en nuestra sangre que nos capacita para hacer el máximo mal, como tú muy bien has dicho. Pero también debemos tener un destello de luz del cielo en la mirada porque somos capaces de hacer el máximo bien. En nuestra potencialidad, como diría Aristóteles, reside nuestra riqueza.

—¿Quiénes sois? ¿Qué relación tenéis con él? —preguntó Buntalos.

—Soy, desde hace muy poco, su esclava.

—¡Ah! Entonces no sois más que sus esclavos.

—Yo no —replicó Leukón—. Su maestro Arístides me concedió la libertad.

—Peor aún, vives encadenado a sus servicios como si todavía fueras su esclavo.

Esta vez fue Lucio el que se interpuso en la conversación.

—Disculpa mi ignorancia y empecemos esta conversación de nuevo. No quiero ver a tu pueblo como una región romana. Vuelve a darme otra oportunidad de escucharte.

—Simplemente lo que ya has oído: Roma es una enorme sanguijuela que chupa sin parar todos nuestros recursos. Se aprovecha de los materiales pétreos como el granito, las pizarras y areniscas, esenciales para la fabricación de vuestros molinos y ahora de tu gran acueducto. También absorbe constantemente los filones de hierro, plomo, plata, estaño y cobre de las minas situadas en la vertiente de la sierra, en la cabecera de los ríos. Lo tenéis todo y aún queréis más. ¿Dónde termina vuestra ambición? Mataríais a vuestras madres por el poder. No son suficientes estas tierras, también somos un corredor hacia la importante región productora de cereales del valle medio del río.

—Sí, nuestros emperadores son un buen ejemplo. Tiberio mató a toda la familia de Calígula y este no se convirtió en un asesino menor. Pero otras civilizaciones antes de las nuestras también conquistaron y exterminaron, no sé si esto es propio de Roma o de la raza humana.

—Con vosotros pasamos de la propiedad colectiva a la propiedad privada e incorporamos los esclavos. De tener nuestras propias tierras nos relegasteis a las actividades más humildes: el pastoreo y el trabajo, en condición de esclavos, en las minas. Nuestros jefes aceptaron cargos en la administración y pasaron de ser nuestros guías a ser nuestros opresores.

—Roma compra o mata. A veces opta por el pacto, otras por la matanza —añadió Lucio—. ¿Conoces la matanza de lusitanos, hace más de doscientos años? El pretor reunió a los indígenas prometiéndoles tierras para que aliviasen sus pésimas condiciones de vida, pero, una vez congregados y desarmados, los asesinó sin piedad: treinta mil lusitanos fueron engañados, ocho mil asesinados y veintidós mil vendidos como esclavos.

—¿Lusitanos?

—Están mucho más al este, casi donde toca el mar.

—Exacto, Lucio, el exterminio o la extorsión son los dos recursos que mejor domina Roma. Primero nos quitaron nuestros tesoros y las tierras, y ahora nuestra fuerza de trabajo... No tenemos nada más que dar.

—Actualmente —añadió Lucio— los que tienen el poder financiero y comercial exigen la apertura de nuevos mercados y ven en la Hispania pacificada un inmenso potencial de riquezas. Tienes toda la razón en lo que dices.

—Por esto resistimos y por esto de vez en cuando nos sublevamos. Así no les será tan fácil quitarnos cada vez más.

Lucio sonrió, quería decirle que su mundo estaba perdido, que él aún había

bebido de la historia de sus padres y abuelos y aún se sentía parte de un linaje que parecía recordar y defender. Pronto los últimos vestigios morirían y no quedaría nadie para recordar un mundo antiguo y extinguido. Sin dejar de sonreír, preguntó a Buntalos:

—¿Has leído al historiador griego Diodoro Sículo? No toda vuestra historia está perdida, él habla de vuestra tenencia colectiva de la tierra, del sorteo anual de parcelas y de la distribución de las cosechas según las necesidades de la gente. Habla de un mundo mejor, más justo y sin miseria.

—Pues ahora —contestó el antiguo jefe— la tierra se acumula en manos de los dirigentes y solo somos asalariados o desposeídos. No existe la culta realidad mediterránea de la que tanto presumís. Mirad cómo sufre la mayor parte de la población. Pero Arístides no era romano, su origen era griego. Era lo más parecido a la bondad originaria, troncada por la ambición y la necesidad de acumular, lo que él nunca había sentido. Puedo asegurarte que nadie de mi pueblo ha matado a tu maestro. No asesinaríamos a un hombre de su valor por nuestro rencor a los romanos. Arístides representa lo mejor de Roma, que es Grecia. Hubierais podido llegar a ser un imperio de cultura y bienestar. Así lo explicaréis en vuestra historia, pero la verdad es que no sois otra cosa que bandidos saqueadores. Robáis y no cuidáis de vosotros mismos. Mira a Tito, que mata sin piedad a quien desea: para vosotros el poder es la capacidad de aniquilar. No cuidáis a vuestros explotados, simplemente los erosionáis. Si pudierais, cambiaríais las estaciones para que siempre fuera la época de la cosecha hasta dejar la tierra exhausta y acabar con la última gota de su vitalidad.

Con estas palabras y el silencioso asentimiento de Lucio, la reunión se dio por terminada. Lucio quiso hablar con Leukón.

—¿En qué situación se encuentra Buntalos?

—Vive de su pequeña cosecha y de un rebaño que pastorea su hijo. Malviven por los impuestos que deben pagar.

—A partir de ahora y de por vida ocúpate de que sus impuestos los paguemos nosotros y no le digas nada, su orgullo no se lo permitiría. Simplemente, consigue que la administración se olvide de él, para nosotros no es apenas nada y para él puede significar un alivio.

En su encuentro con Amal, solo le hizo una pregunta:

—¿Crees que los indígenas han podido matar a mi maestro?

—No, sin lugar a dudas, Buntalos te ha dado su palabra. No mires el mundo con los prejuicios de Roma. Os creéis filósofos e inteligentes y que el resto de la humanidad es menos virtuosa que vosotros. Detrás de vuestra enorme cultura, saberes y avances se esconden formas de crueldad que son exactamente igual que las del resto de los hombres o tal vez peores, porque os creéis mejores que ellos.

De nuevo, como le había ocurrido con Buntalos, sus palabras le parecieron

irrebatibles y solo pudo contestarle con el silencio.

Con Atos la conversación giró en torno a la casa de acogida de neonatos.

—¿Qué tal son las cuidadoras? ¿Cómo lo hacen?

—Amal tenía razón: están tan contentas de tener una nueva oportunidad que no había visto madres mejores que ellas. El único problema es que algunas están muy atemorizadas y creo que recuerdan su vida en el prostíbulo, porque por las noches oigo llorar a muchas de ellas.

—Un buen presente cura las heridas del pasado por muy terrible que este haya sido. No se cura el pasado si puedes regresar a él, por tanto explícales una y otra vez que ya nunca más volverán allí de donde han salido. ¿Has tenido problemas con la secta del Sol?

—No, solo tengo a dos criaturas y creo que aún no ha corrido la voz de que hemos hecho una casa de acogida, pero sé que, aunque esté a las afueras de la ciudad, estas cosas siempre se acaban sabiendo.

—Sí, quería advertirte que tendremos problemas con la secta del Sol, ya sea porque les quitamos a las niñas que sacrifican o porque voy a tener que investigarlos como principales sospechosos de la muerte de mi maestro. Faltan algunos meses para el solsticio de invierno, que es cuando celebran su sanguinaria fiesta. Esta casa de acogida me servirá, puesto que ahora tenemos algo que ellos necesitan para honrar a su maldito dios.

Al levantarse, Lucio pidió a Amal que le acompañase a la obra. Cuando llegaron, los obreros e ingenieros, especialmente Zayin, se vieron sorprendidos por su presencia y buscaban una explicación con la mirada. Amal iba ataviada con su habitual capucha y miraba a su alrededor con una curiosidad infinita; le hubiera gustado pasar desapercibida para introducirse en aquel mundo tantas veces imaginado.

Lucio le explicó que el agua podía pasar por tres posibles vías en función del tipo de terreno a sortear. En el caso de la tierra llana, con la canalización y manteniendo la pendiente había suficiente. Superar una montaña requería la construcción de un túnel y, en cambio, el vacío de terreno que dejaba un valle debía ser superado por la arquería, que siempre era la parte más vistosa e impresionante de la obra. El acueducto era tanto lo visible como lo oculto, aunque la mayor parte del acueducto de Segovia permanecía escondida: concretamente unas nueve millas de conducción canalizada frente a la media milla de conducción elevada, los arcos del agua.

El acueducto de Segovia no requería ninguna conducción por túneles, puesto que no había ninguna montaña que superar. Por el terreno llano, los canales debían hacer transcurrir el agua cubierta y de forma subterránea tanto para garantizar su calidad como su frescor.

—¿Qué revestimiento tienen las paredes de los canales? —preguntó Amal.

—Cal y cerámica molida. Es muy importante conocer la composición del agua y de la piedra, también hay que tener en cuenta las infinitas combinaciones que pueden hacer entre ellas: fango y suciedad, si queda estancada; erosión, si es demasiado rápida. El agua tiene una indómita fuerza oculta y te aseguro que puede limar y romper la piedra más gruesa. Igualmente, un exceso de cal es dañino porque puede cubrir los revestimientos de la piedra hasta hacer imposible su conducción. Los elementos sólidos en suspensión también son un peligro porque pueden colmatar el canal.

—Tres factores: la velocidad del agua, su naturaleza y el material de las paredes... —dijo Amal, enumerando cada factor con un dedo de la mano de forma lenta y solemne, como si estuviera intentando memorizarlo—. ¿Y cómo es el agua de Segovia?

—Parece pura y limpia, ya que los habitantes están en un estado de salud óptimo. No hay restos de cal evidentes en los diferentes lugares donde circula el agua. Tenemos suerte porque el agua es el único elemento que no controlamos.

Amal sonrió y Lucio pensó que, cuando sonreía con los ojos muy abiertos y llenos de emoción como si fuera una niña descubriendo el mundo, era la mujer más bella y a la vez más entrañable que jamás había visto.

—¿No es un acueducto desproporcionado para el tipo de ciudad que es Segovia y

para el caudal que tiene que transportar? —dijo Amal como disparando una pregunta que hubiera estado mucho tiempo reteniendo.

—Sí, lo es. Pero no estoy llevando a cabo una obra funcional cuyo principal interés sea la economía de medios.

—¿Qué es, entonces?

—No sé qué será para los gobernantes, para el emperador. Tal vez para ellos sea un signo de supremacía, su último movimiento de invasión, una extravagancia más de una sociedad cada vez más lejana del espíritu apolíneo y armónico... No sé lo que es para ellos, ni lo sé, ni me importa. Pero para mí es un homenaje a lo mejor de Roma, a su espíritu de superación, a la creatividad, a la capacidad de haber heredado la arquitectura etrusca y griega, y superarla. También exalta la invención de las leyes, el deseo de expansión que, a diferencia de lo que comentaba Buntalos, tiene que ver con algo más que ocupar y explotar pueblos: está relacionado con lograr un mundo único y mejor, donde reine la paz y sea posible el arte. Es este espíritu, que tantas veces traicionamos, el que crea fuertes lazos entre los hombres e impulsa lo mejor de nosotros mismos. Estamos en un momento de transición: los antiguos indígenas pertenecían a antiguas colonias íberas y ahora todos nosotros seremos, simplemente, romanos. Llegará a haber emperadores de estas tierras, estoy seguro. Sentirnos un solo pueblo, cosmopolita y avanzado es el verdadero hito de Roma, un pueblo tolerante, respetuoso con las religiones e intrépido. No hay una sola Roma, yo no pertenezco a la Roma de la que hablaba el antiguo jefe de los arévacos. La pregunta tal vez sea cuál de las diferentes Romas nos sobrevivirá a todos. Las civilizaciones prósperas se parecen en la forma en que ejercen el poder y siempre pueden ser criticadas por episodios de crueldad y expolio. Cada pueblo desgraciado, en cambio, lo es a su manera. Cada pueblo vencido tiene su propia historia de un pasado esplendoroso, de una sociedad ecuánime y feliz. Pero es imposible comprobar hasta qué punto fueron tan justos y prósperos, porque siempre se trata de una civilización extinguida y la historia que proyectan de su pasado puede ser fruto más de la imaginación que de la realidad. Pero este pasado, siempre próspero y perdido, es imprescindible, porque es el único que sirve para resistir. Se trata de una historia capaz de conservar el espíritu de lucha para recuperar un antiguo poder que les fue arrebatado. Pero no olvidemos lo más importante: cada sociedad tiene poderosos y tiranos capaces de las peores injusticias. ¿Acaso no fueron estos los que Roma compró por cuatro cargos? Cuando el ser humano, alguna vez, logre una sociedad en la que los dirigentes tengan el mismo poder y la misma suerte que su pueblo, el mundo cambiará de destino. Mientras todo sea una lucha entre grupos sociales, los dirigentes seguirán en la cúspide de la pirámide, sin importarles qué piedra o metal, qué raza o pueblo está en la base.

—Triste consuelo para los oprimidos, que quienes los sometan sean los suyos...

Pero tienes razón: no varía mucho el destino de los miserables. Una de las grandezas de Roma es su tolerancia hacia todas las creencias... ¿Crees que en la secta del Sol se podría encontrar el asesino de tu maestro?

—Sí, lo creo. Creo que pueden haberlo matado por pura superstición, porque consideran que los avances arquitectónicos van contra su religión o que el progreso atenta contra la obra de su dios, o qué sé yo... No pretendo encontrar razones: el fanatismo no las necesita para matar. Fíjate en ti y recuerda el momento en que te conocí. Hay algo que sí tengo muy claro: los sectarios son verdaderamente peligrosos y tendré que extremar los cuidados. Pero no hemos venido a hablar de ellos, ni de los que más sufren. Estás aquí para hablar de arquitectura.

—Entonces... —dijo Amal incorporándose y adoptando un aire más resolutivo—. Explícame los canales y las diferentes fases de su construcción.

Lucio se pasó buena parte de la mañana explicándole que los canales están bajo la superficie, que primero se excava una zanja, conservando cuidadosamente la tierra acumulada a un lado y otro, porque es la que se utilizará para tapar el canal. Si el suelo de la excavación es blando, se acostumbra poner una base de piedras gruesas de cimentación para que el canal no se apoye directamente en el terreno. Estas piedras se llenan de mortero y de hormigón para crear un pavimento perfectamente plano, pues será la base de los muros laterales. Estos se construyen gracias a una guía vertical de madera para lograr una pared perfecta de piedras y de mortero hasta crear dos muros paralelos que sostendrán la bóveda.

En este punto, Amal hizo la siguiente observación:

—Ya que tienes una cavidad perfecta entre la pared de la zanja y el encofrado de madera, ¿no sería más rápido y efectivo que, en vez de hacer una pared piedra a piedra formando hiladas, vertieras el hormigón directamente en su cavidad, en el intradós?

Lucio se quedó un momento pensando... Y mandó llamar a Zayin.

—Dime... —inquirió este al llegar, con una actitud como si estuviera secretamente ofendido.

—¿Habéis empezado a hacer los muros de los canales?

—Sí, Lucio, tal y como indicaste. Estamos tallando finamente unas piedras, formando las hiladas... Es un proceso lento porque es minucioso, pero es una verdadera obra de arte. Ya verás el tramo que hemos construido.

—Amal me ha dado una idea estupenda: no haremos los muros del canal con piedras, sino directamente con hormigón, simplificaremos la construcción del canal enormemente y reduciremos mucho el tiempo de ejecución: menos gasto, menos tiempo y la misma funcionalidad.

—No creo que una mujer sin conocimientos de ingeniería hidráulica pueda opinar sobre la construcción, y menos aún que pueda cambiar el proceso de una obra.

—No estamos hablando de lo que una mujer puede hacer o no, sino de una idea que es magnífica, proceda de quien proceda.

—¿No fuiste precisamente tú quien dijo que quería llevar a cabo una obra no solo funcional, sino también bella?

—Sí, pero me refería a la obra que emerge, a la visible, no a la que está enterrada.

Lucio se apartó unos pasos de Amal e hizo una señal a Zayin para que se acercara.

—Te agradezco tu implicación, pero no cuestiones mis órdenes.

Sin esperar respuesta, Lucio regresó al lado de la chica y pasearon por la construcción. Todas las miradas convergían en su silueta y la seguían de reojo. Amal intentó ignorar tanta expectación callada y observó los diferentes bloques de granito que tenían diferentes marcas y se interesó por ellas.

—Son las marcas lapidarias —dijo Lucio—. Es la forma de inventariar y comercializar cada pieza. Muchas de las marcas son antiguas y pertenecen a diferentes caballerías, porque muchos canteros también tienen caballos. Cuando llegué a Segovia, las marcas ya estaban todas definidas: había veinte marcas establecidas.

Lucio de pronto se quedó inmóvil, como petrificado por una idea.

—Escucha, Amal. Puede que no todas las marcas lapidarias sean de antiguas canteras. Tal vez Arístides diseñara algunas marcas propias. Digo «tal vez» porque algunos de estos signos pueden ser un mensaje directo de Arístides.

Amal, con la misma emoción contenida, contestó:

—Déjame investigarlo. Descubriré si el signo de cada cantera forma parte de una antigua marca de familia, de una antigua caballería, o si se trata de un signo nuevo propuesto por Arístides. Haré todo lo posible para averiguar si el maestro quiso decirnos algo con estas señales grabadas en la piedra. Déjame ayudarte.

Lucio se limitó a asentir. Su mente estaba aún dilucidando las posibilidades reales que había de que Arístides le hubiera dejado una pista marcada en los sillares, a la vista de todos, creada para transmitirle un mensaje personal y directo.

Amal se retiró a sus dependencias. Su idea era recopilar el total de símbolos de las marcas de cantero y después relacionar cada una de ellas con la de una caballería antigua, puesto que los picapedreros, tal y como le había indicado Lucio, comúnmente tenían también caballerías. Debía encontrar algún símbolo suelto, de nuevo cuño, que se hubiera instaurado a partir de la llegada de Arístides.

Lucio, por su parte, dio su aprobación para que Amal pudiera ir a la obra cada vez que tuviera que hacer alguna comprobación, con la condición de que siempre fuera adecuadamente custodiada por una formación de algunos hombres a los que podía mandar llevar a cabo tareas de investigación. Amal, pues, vivía ocupada y prácticamente oculta en sus dependencias o haciendo viajes relámpago a pie de obra o atendiendo los comunicados de los diferentes encargos que daba a los hombres que la custodiaban. Lucio casi no coincidía con ella y su ausencia empezó a llenarlo todo.

Se descubrió a sí mismo pendiente de la puerta del aposento de Amal, vigilando si estaba o no en su cuarto, procurando coincidir con ella, inventándose consultas y excusas para hablarle, cuando ya no podía esperar más.

Lucio se sintió por primera vez en su vida preso de una extraña inquietud, como si algo importante estuviera a punto de pasarle y fuera demasiado significativo para poder tener paciencia.

A pesar de ser consciente de que su prioridad era la construcción de la obra y la investigación de la muerte del maestro. Todo parecía estar ahora en suspenso, como flotando en el aire, en un lugar más elevado de donde debería tener fija la mirada: construir el acueducto y descubrir al culpable. Incapaz de apartarse de la urgencia que sentía por Amal, se prometió a sí mismo darse un tiempo: nada podía frenar su imperiosa necesidad de Amal, que lo empañaba todo. Con esta dilación, con este pacto consigo mismo, se prometió reunir muy pronto las fuerzas necesarias para volver a arrostrar sus prioridades bien enfocadas de nuevo.

La sangre corría por sus venas a gran velocidad, lo notaba continuamente en el pulso rítmico y potente de sus latidos, en especial de noche, cuando estaba solo e invadido de la imagen, gestos y palabras de Amal.

Quería leer poesía, poesía amorosa, lo necesitaba como un remedio a aquel ahogo que sentía... Leyó y releyó a Catulo:

¡Vivamos, Lesbia mía, y amémonos, y todos los rumores de los viejos, demasiado severos, valorémoslos en un solo céntimo! Los soles pueden morir y renacer; nosotros, cuando haya muerto de una vez para siempre la breve luz de la vida, debemos dormir una sola noche eterna. Dame mil besos, luego cien, después otros mil, y por segunda vez ciento, luego hasta otros mil, y otros ciento después. Y cuando sumemos ya muchos miles los borraremos para olvidarnos de su número...

Pero la lectura de Catulo no calmaba su espíritu, que era una alma errática hambrienta de luz. Jamás había sentido tanta ansia por ver, hablar y encontrarse con otro ser humano. Si Arístides representaba en su vida la amistad entre personas nobles, Amal era para él algo así como la necesidad perentoria de aire.

Su estado y su consciencia le resultaban completamente insólitos. El mundo había cambiado, cada instante solo tenía importancia si estaba con ella o sin ella. Algo urgente, necesario, le estaba acechando y debía estar atento y dispuesto a asumir la abertura de vida que suponía la presencia de Amal.

Su cuerpo había cambiado, estaba en un estado febril, convulso y acelerado. Dormía poco o casi nada, apenas tenía hambre, pero sus sentidos estaban tan agudizados como los de un tigre al acecho, famélico y con los ojos vidriosos. Hacía cuanto podía y más para estar un rato con ella. Sus excusas y preguntas para acercarse a ella eran cada vez más variopintas y ridículas: «¿Piensas ir hoy a la obra? ¿Necesitas más protección? ¿Crees que la secta del Sol podría atacarte en uno de tus viajes a la cantera?»

Amal se dedicaba a contestarle brevemente con una rápida sonrisa, sin dejar de hacer todo aquello que tan atareada la tenía. Sus respuestas eran del tipo: «No sé si me atacarán, esperemos que no...», y acompañaba sus palabras con una forzada sonrisa de circunstancias. Entonces él se veía ridículo y desubicado y se atormentaba sintiéndose culpable, jurándose a sí mismo dejarla en paz, no atosigarla, no perder su dignidad. Al fin y al cabo, era su esclava, aunque él se consideraba su súbdito, su sirviente, y habría hecho cualquier cosa para que se sintiera a gusto, para consolarla de la pérdida de su padre.

Un día, en pleno estallido de necesidad de complacerla, encargó a los mejores artesanos trajes con capucha, de diferentes materiales: de seda, con ribetes de colores, largos, claros, de invierno y de verano, y se los dejó en su habitación. Eran doce piezas costosamente elaboradas. También encargó para ella diversos tipos de zapatos: sandalias para la época de calor y botas para el invierno. Le dejó pergaminos de los mejores autores griegos y romanos para que se deleitara con su lectura. No contento con ello, un día la asaltó cuando iba a salir de casa para preguntarle si sabía tocar algún instrumento y si deseaba que le regalara una lira. Ella dijo que la música siempre le había interesado mucho, pero que creía que ahora, precisamente, no sería un buen momento para aprender música, aunque se reservaba la posibilidad de hacerlo en un futuro, tal vez juntos.

Cualquier mujer con un mínimo de experiencia hubiera sabido ver en Lucio un enamorado un tanto atormentado que se comportaba como un niño. Amal, en cambio, vivía convencida de que era incapaz de despertar ningún tipo de amor y menos aún de deseo. Estaba acostumbrada desde siempre al desdén, a los insultos y a las risas de la mayoría de los hombres. Por eso, las ansias de Lucio de complacerla la dejaban un

tanto atónita. No sabía otra manera de corresponder a sus atenciones que intentar investigar con la máxima diligencia y rigor para darle, cuanto antes, resultados. Así pues, se entregaba aún más a su trabajo.

Las atenciones de Lucio casi molestaban a Amal porque le complicaban la vida, le hacían adquirir nuevas responsabilidades y la obligación, casi por mera educación, de tener que dedicarle más tiempo del estrictamente necesario.

Cansada de verlo cómo la miraba sonriendo, un día le preguntó:

—¿Quieres pasear por el jardín y te comento cómo va la investigación?

Lucio contestó:

—Sí, me encantaría, pero podemos hablar de lo que quieras.

Sentía que deseaba hacerle preguntas fundamentales, saber qué era lo que más le gustaba y qué aborrecía del mundo, sus preferencias en arquitectura y literatura, si había visto el mar de Tarquinia, sus alimentos favoritos, los momentos difíciles que no olvidaba, qué le gustaría tener o adónde querría viajar. No importaba, quería saberlo todo de ella, escucharla durante horas, poder conocerla y acercarse, aunque solo fuera levemente, a aquel misterio de su ser que lo tenía completamente embelesado y fuera de sí.

Después de un buen rato hablando, Lucio le hizo su primera revelación importante, le dijo:

—Creo que me hice mayor cuando murió Arístides. El refugio que me protegía ya no iba a estar más aquí, conmigo. El refugio, pero también la brújula, el camino, el faro, el punto de orientación...

—Él está ahora en ti, Lucio. En las decisiones que tomas, en cómo ves el mundo, en cómo juzgas a la gente, hay su sabiduría y su bondad. No le puedes echar de menos, porque no podría estar más cerca, forma parte de tu mismo ser.

Lucio tomó aire. Quería acordarse de cada palabra, porque le parecían apropiadas y sabias como las que había oído de su maestro.

—¿Y tú, te acuerdas de cuándo fue el momento en que te hiciste mayor? —Era la primera pregunta íntima que se atrevía a hacerle.

—Creo que me hice mayor cuando aprendí a mentir o, para ser más precisa, cuando aprendí a ocultar las decepciones causadas por quien más me importaba. Antes confundía mentir con ocultar la verdad, durante la juventud no tienen apenas diferencia. Necesitas tan desesperadamente ser veraz, y por tanto valiente, que cualquier cosa que ocultas es como si desecharas una parte de ti que clama por salir. Pero un día observas tranquilamente cómo te están decepcionando, casi puedes no llorar y decides no hacerlo. Creo que te haces mayor cuando no distingues apenas la diferencia entre ocultar los sentimientos o no expresarlos, porque ya no te importan demasiado. Me hice mayor cuando oculté a mi padre la decepción de que me alejara de su lado, al fin y al cabo es un *paterfamilias*, tiene una potestad ilimitada sobre mí,

podría matarme sin que nadie le amonestara. ¿Tan difícil era defender mi presencia a su lado? ¿Tanto sufría por mi seguridad, o simplemente quería sacarse un estorbo de encima? Alejarme significaba alejarse de mi mirada inquisidora, juzgadora, que a pesar de estar en silencio, escudriña y dictamina. En el fondo, aborrezco su enorme capacidad intelectual mezclada con una indolencia que no comprendo, con una resignación que, si verdaderamente me quisiera, no tendría. Y también desprecio la injusticia de que no me haya perdonado no haber nacido hombre, el ser albina, el que mi madre muriera en el parto. Nací con tres condenas, nací como si no fuera alguien inocente. «La mujer pez», me llamaban en Egipto, porque mi piel se seca con tanta facilidad que me cubro de escamas. Me sentía como un monstruo, no porque se me llamara como tal o se me insultara, sino por la forma que mi padre tenía de mirarme, juzgándome. Me hice mayor cuando noté que, a pesar de que me regalaba como esclava, en vez de desesperarme, en el fondo me daba un poco igual. Este es exactamente el punto donde en realidad te haces mayor. Este es el sabor, esta mezcla de ocultación e inferencia de un tono gris y seco: gris, porque ya no queda ningún amor fuerte y rojo como el acero, y seco por las lágrimas que no viertes.

Aquella noche Lucio dejó de leer a Catulo. Solo deseaba volver a hablar con Amal. Para sosegar sus infinitas ganas de contarle todo lo que sabía sobre sí mismo y sobre la vida empezó a escribirle cartas y poemas, sin tener la certeza de si algún día sería capaz de entregarle sus escritos.

Un estado de fervor tal no podía durar indefinidamente y, al cabo de unas semanas, Lucio estaba exhausto.

Algo sí que había cambiado en su mundo: El hecho de casi morir degollado en el camino a Segovia había disipado en él todos los miedos y se veía capaz de enfrentarse a lo inevitable con los ojos abiertos. Ahora, el sufrimiento de la humanidad le parecía más lejano. Estaba emocionalmente tan agotado por el amor que emanaba de él, que el mundo le parecía un denso letargo y sus emergencias ya no eran tan urgentes como las exigencias de su corazón, tal vez porque sabía que, de recuperar la más mínima energía, sería la perentoriedad de su necesidad de Amal lo único que oiría.

Se recolocó y procuró afrontar la situación de la forma más real y sincera, porque era evidente que la relación estaba completamente descompensada. Se sentía como un perro husmeando las idas y venidas de Amal y aullando a la luna poemas de amor.

En primer lugar, sabía que tenía que liberarla, pero le aterrorizaba que se fuera, que lo dejara. Pero reconocía que era imposible amar a alguien y tenerlo preso.

Así que decidió hablar con ella:

—Amal, quiero darte la libertad, pero no cuando yo muera, como hacen muchos amos con sus esclavos, sino ahora mismo. Entre otras cosas porque tenemos una edad parecida.

Amal sonrió.

—Lo que quiero decirte es que para mí eres libre. Si encuentras un tipo de vida seguro y viable, que no requiera mi protección, evidentemente te garantizo tu libertad.

—Ah, ¿entonces eres tú, como antes fue mi padre, el que decidirá si el tipo de vida que he elegido es lo suficientemente seguro, decente y productivo para que me puedas dar la libertad?

—Para mí tu seguridad es importante. Temo que te vayas a Egipto y tu vida corra peligro durante el viaje.

—No, no me iré a Egipto. No se me ocurre ninguna vida segura, ni llevando junto a Atos la casa de niños. No tengo otro remedio que depender de un hombre poderoso. El mundo, para una mujer sola y diferente como yo, me espera para darme muerte un día u otro. Pero, independientemente de ello, quisiera ser libre para escoger mi camino, y no que mi libertad estuviera condicionada a tu aprobación.

—No sé cómo satisfacerte, Amal, lo intento y no lo consigo, y te juro que no hago otra cosa que intentarlo.

Lucio se dio cuenta de que estaba levantando la voz, se disculpó y salió de la estancia.

Una vez solo, analizó de nuevo la situación. Era evidente que Amal no le amaba, que no veía en él más que un hombre tirando a bueno y comprensivo. ¿Por qué todo podía variar tanto en un solo instante? El día anterior habían estado cerca el uno del otro, ahora habían discutido. Todo era intenso y denso como la lava. Las conversaciones, la cercanía, las discusiones resultaban tumultuosas y absurdas. A ella solo le importaba estar ocupada, dinámica, feliz y atareada con el análisis de los símbolos de la cantera con la misma actitud de riguroso estudio y espíritu de diligencia que demostró en la construcción de la casa de niños.

Podía hacer una única cosa: darle tiempo y espacio para que se enamorara de él. No era necesario agasajarla con regalos, era evidente que le incomodaban y que se sentía con una deuda que no sabía con qué pagar.

Se trataba de que él estuviera a su disposición, de verla, de reconocerla, de ponerla en el centro en vez de sus propias necesidades y deseos. No podía estar sometido a las exigencias propias del deseo. Debía ver qué era lo que ella quería, qué era lo que la movía y sobre todo darle espacio. Lo mejor como primer y tal vez único paso sería hacerse amigos de verdad y alcanzar la confianza mutua. Se trataba de tener una relación entre iguales, procurar tener un diálogo con ella que no acabara siempre en tensiones y abruptas despedidas. Así que simplemente le dijo, como haría con cualquier buen amigo:

—Amal, me gusta mucho hablar contigo. Me agradecería que, cuando te fuera posible, pudiéramos conversar. No tengo muchas posibilidades de hablar con alguien tan culto y formado como tú. Arístides no está, y Atos está cada vez más ocupado en la gestión de la casa de niños.

De esta manera tan simple: tan solo comentándoselo amigablemente, expresándose llana y tranquilamente, Lucio consiguió lo que más anhelaba. Lo que no habían conseguido los vestidos, los pergaminos, el control obsesivo de sus pasos, las expresiones mal formuladas para estar a su lado... ¡Era así de fácil! De manera sencilla y espontánea, Amal empezó a buscar un rato de disponibilidad diaria para hablar con Lucio.

—¿De qué te gustaría hablar, Lucio?

—Me gustaría que contestáramos juntos la pregunta del *Gorgias* platónico: «¿Cómo hay que vivir?»

—Podemos hablar de ello, pero no de una forma platónica. Yo nunca veré la vida humana como algo débil y pasajero en aras de un mundo mejor.

Ambos rieron, y de la distensión de esa risa surgieron los mejores diálogos. Hablaron horas y horas de filosofía, de política, de educación, del conocimiento, del bien, de la justicia y del arte. Y como saber es en buena parte preguntar, los dos iban puliendo sus argumentos, arrancando de la superficie la primera impresión de lo que pensaban. Proponían cada situación en contextos nuevos, en situaciones dispares que

iluminaban el supuesto o lo descartaban, para llegar al fin a la clarificación de un saber con fundamento, capaz de ser comunicado y justificado.

Lucio la amaba más aún porque ahora la conocía. La deseaba más intensamente porque había visto de cerca cada gesto, cada porción de su piel, cada mirada. Si para él antes Amal era una belleza salvaje, distante e inaccesible, ahora su cuerpo y su rostro eran el paisaje de su patria.

Amal, por su parte, estaba inaugurando sus mejores recuerdos, salía de los muros de su prisión y abrazaba la vida. Cada vez quedaban más lejos los tiempos en que estaba confinada en su casa y vivía con miedo. El hecho de ser custodiada constantemente le permitía visitar la obra, comprobar los avances, anotar los símbolos. Estaba en el taller, en el lugar donde se forja la historia, un mundo ancho y largo se presentaba por primera vez ante su mirada.

Al darse cuenta de todas las ventajas de su nueva situación, algunos temores acecharon su ánimo: una cierta culpabilidad por estar traicionando la relación con su padre, de estar superando demasiado deprisa la pérdida de un contacto que había durado toda su vida. Llegó a una conclusión dura pero evidente: si no estaba dejando rastro en ella es porque tal vez no era tan importante como creía. De alguna manera, su mezcla de cariño y desprecio habían creado fracturas en los lazos entre ambos que ahora, con la ausencia paterna, se mostraban tal y como eran: un cariño superable.

Disfrutaba de la nueva libertad, de la sensación de ser ella misma, sin ataduras a nada ni a nadie, con posibilidades de movimiento y de acceso a todos los recursos culturales y de bienestar que su nuevo y generoso amo le proporcionaba. Tenía mucha suerte: Lucio no era su dueño, era más bien un soporte, tan impersonal como cómodo y confortable. Además, no le pedía nada a cambio. Tuvo miedo, ahora por fin podía confesárselo a sí misma, miedo de palabras que no se atrevía a pronunciar para no tenerlas que pensar, tales como «abusos, agresiones, violaciones, vivir encerrada...». Por ello había amenazado con matarse al llegar a la que podía haber sido su nueva mazmorra. Había tenido suerte, de eso no cabía la menor duda.

Dejando de lado el hecho de que Lucio era su amo, sabía que, en el fondo, era sobre todo su amigo. Le apreciaba cada vez más, y era la primera persona en quien confiaría en caso de tener algún problema y la única que podía acompañarla en su soledad. Sin embargo, no era ahora la soledad lo que la preocupaba, no era este el sentimiento que predominaba en su interior: se trataba de una energía nueva, diferente, de una sensación de verdadera potencia en su ser, de libertad, de un nuevo hálito que la empujaba hacia espacios, interiores y exteriores, que quería conquistar.

Había estado largos años formándose, viviendo entre cuatro paredes, semioculta, y ahora el mundo le abría sus infinitas puertas. Una nueva seguridad y fuerza se estaban apoderando de ella.

Presas de sus muchos intereses se preguntó por la composición del hormigón, una parte de la obra que sentía especialmente suya, ya que era ella la que había propuesto que fuera el material de las paredes del canal.

Se dirigió a los obreros y preguntó cómo se elaboraba. Le informaron que estaba compuesto de cal y arena gruesa, mezclada con grava, guijarros y cascotes.

Amal se dirigió a Zayin y le comentó que, en vez de hormigón común, que puede ser trabajado por cualquier obrero, sería una buena idea que pensarán juntos una disposición de mortero combinada con capas de piedras para mejorar la solidez de la obra.

—Los canales no serán de hormigón, sino de piedra. No haremos una zanja, sino conductos de piedra. Es lo más barato y rápido. Y esto es lo que le voy a proponer a Lucio.

Mientras hablaba con Amal, Zayin se dio cuenta de que algunos trabajadores habían parado las obras y observaban atentamente a la mujer blanca. Preso de la ira, ordenó a unos guardias que los azotaran y los castigaran a pasar el día sin beber agua.

—¿Sabe estos cambios Lucio? ¿Sabe que utilizas los guardias para castigar tan duramente a los hombres?

—Evidentemente, es el jefe de obras. ¿Qué te habías creído, que te iba a hacer caso? Eres más estúpida de lo que imaginaba. Lárgate, métete en tus asuntos y empieza a aprender a cocinar, a coser o a fregar y olvídate de la arquitectura, pues la cabeza de una mujer no está hecha para los números, sino para parir y no salir de casa. Quién sabe, si vas viniendo por aquí, igual, entre unos cuantos de nosotros pronto te haremos madre de un hijo del que no podrás recordar quién fue su padre.

Amal, indignada, se marchó. A partir de entonces, hacía las comprobaciones de los símbolos de la cantera en sus dependencias a través de los informes que le llegaban de sus encargados. Se había equivocado, se sentía libre, pero hombres como Zayin le recordarían una y otra vez la violencia que su cuerpo podía sufrir si no se ausentaba del mundo.

En los días sucesivos, Lucio fue observando que Amal casi no salía de sus habitaciones. Al principio no le dio la más mínima importancia, su capacidad de concentración y de aislamiento eran ya legendarias en su vida. Pero al pasar el tiempo y ver que ya nunca se dirigía a la obra, al final sospechó y en una de sus conversaciones se lo preguntó abiertamente.

—Ya no vas a la obra y creía que era una actividad que te gustaba especialmente.

—No, ya no voy.

—¿No necesitas ver los símbolos? ¿Prefieres trabajar en casa?

—Creo que es mejor que me quede en casa.

Lucio se situó justo frente a ella, la miró fijamente a los ojos y le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—La canalización con hormigón dentro de la zanja ha sido sustituida, siguiendo órdenes tuyas, por una canalización de piedra, exteriormente. Y, además, los guardias azotan y castigan sin agua a los obreros simplemente por pararse. No es una obra a la que desee ir.

—No sé de lo que me estás hablando, pero voy a averiguarlo.

—Eres un jefe de obras un tanto extraño, Lucio, si no sabes lo que ocurre realmente en la obra.

Lucio se dirigió cabalgando hasta la construcción. Al llegar, espetó a Zayin:

—¿Has cambiado la canalización del agua sin mi autorización, y creyendo que no me iba a enterar?

—¿Ya ha hablado contigo esa sucia ramera? Sabía que no tardaría en contártelo. No. He estado pensando la mejor manera, la más rápida y barata, y simplemente quería someterlo a tu consideración. Hice creer esto a Amal, ya que me estaba dando órdenes directamente para hacer cambios en la obra. Me pareció pertinente darle una lección de quién manda aquí, y es evidente que, cuando tú no estás presente, la responsabilidad de la construcción recae en mí directamente.

—Ten en cuenta, de ahora en adelante, que la opinión de Amal es de gran validez para mí. Cualquier humillación o desaire que le hagas a ella me lo estás haciendo directamente a mí. Ella es libre de venir a la obra cuanto le plazca. Y todas las buenas ideas para mejorar el resultado, vengan de donde vengan, serán atentamente escuchadas, valoradas y decididas por mí. ¿Te ha quedado claro, o prefieres que alguien más rápido en entender las cosas que tú ocupe tu sitio?

—Me ha quedado perfectamente claro.

—¿A cuántos hombres has hecho azotar hoy?

—A ninguno, señor. El día que vino Amal los mandé azotar, porque algunos de ellos se propasaron tan brutalmente que temí una rebelión. Algunos hombres son como bestias y, si no llego a controlar la situación, sin titubeos, hubieran podido llegar a violarla, como una jauría de lobos.

—Lleva una custodia de diez hombres, no me importa que lleve una de veinte o de cien. Quiero que se sienta libre y segura, que tenga capacidad de decisión. Estudiaré tu propuesta, que es lo que es, no una decisión, sino solo una propuesta. Y te daré mi respuesta. ¿Ves los arcos que ya empiezan a levantarse? Quiero que decida el material y la forma de los apuntalamientos. Ella es tan importante en esta obra como tú. No sé si te has dado cuenta, pero a diferencia de ti, aprendió arquitectura directamente del propio Arístides. Más que mi subordinada es, en cuanto a conocimiento, mi hermana.

A partir de esta conversación, Lucio logró que Amal volviera a visitar la obra más asiduamente. Por su parte, Amal diseñó unos andamios de madera capaces de levantar piedras a través de varios tipos de poleas que generaban la fuerza necesaria para alzar las rocas sin tener que utilizar bestias de carga.

Lucio nunca estuvo interesado en los detalles de la construcción del acueducto. Ya había decidido el trazado, la forma en que colocaría los sillares y todo lo que podía ocurrir a partir de aquí solo eran variaciones sobre la idea clara de una obra monumental y a la vez de una gran sobriedad. Había decidido la esencia de la obra: que fuera un acueducto sin ornamentos con la piedra desnuda sostenida a peso, con un trazado, con unos efectos ópticos... Estos eran sus principios, todo el resto le importaba poco. La discusión de temas menores no suponía para él una disminución de competencias o de autoridad. De hecho, eran detalles que apenas contaban en el resultado final y constituían, sin lugar a dudas, la parte fastidiosa, de dar vueltas y más vueltas a cuestiones prácticas de escaso valor, cuando él estaba dedicado sobre todo al diseño y al resultado final.

No, no le interesaban las anécdotas: tipos de canales, número de grúas, una contabilidad detallada... En lo que destacaba y daba lo mejor de sí era en la potencialidad de proyectar ideas y materializarlas, pero hacerlas encajar en la vida, pulir sus aristas para enclavarlas en la tierra, eso ya quedaba lejos de sus prioridades. Lucio era un hombre cuyo medio era la teoría, la proyección, la soledad y una mente elevada capaz de sobrevolar el mundo. No le importaba demasiado si se trataba de arcilla o de barro, para ello ya tenía cerca una mente simple, práctica, detallista y constante: Zayin. Sin embargo, que Amal se sintiera incluida y reconocida era para él de suma importancia. Así pues, cogió una escalera, descendió al suelo, hundió sus pies en el fango y se sumergió en todo aquello que tanto interesaba a Amal. Juntos optaron por los canales de piedras y por descartar que la toma del agua se realizara a partir del arroyo, como estaba previsto, ya que Amal aportó un estudio realizado por ella misma con datos recogidos desde el día en que llegó a Segovia, donde aparecían los días de lluvia, escasos en verano y que, por tanto, hacían del arroyo un lugar de aguas insuficientes. Por tanto, lo más seguro era proyectar un trasvase del propio río al arroyo para suplir sus caudales deficitarios.

—¿Cómo es que sabes los días de lluvia?

—Escribo un diario desde niña. La posibilidad de escribir sobre cualquier vivencia, poder explicármela, es un recurso vital que me ha ayudado muchas veces. En estos diarios lo anoto todo: el tiempo, impresiones, descubrimientos, también las lecciones de Arístides y todo lo que me contó de ti durante el tiempo que compartimos. Un día seleccionaré y reelaboraré para ti todo esto y será un libro que te acercará a él, igual como ahora lo hace tu memoria.

Lucio sonrió y, sin dejar de mirar sus ojos de un gris tan pálido como el primer amanecer, ante su presencia tan cercana y atenta, le explicó a conciencia, como saboreando lentamente el momento de una profunda comunicación, con una voz

pausada y afable, que los manantiales deben buscarse en la montaña, en lugares opuestos al curso del sol donde abundan los bosques más densos para que así, con su sombra, protejan las tierras y el agua de la evaporación. Hay que buscar el agua allí donde las nieves se mantienen por más tiempo gracias a las zonas umbrías y, con el paso de las estaciones, se funden y el agua se filtra por los poros de la tierra.

Y, mientras Lucio se explicaba bajo la atenta mirada de Amal, a pocas millas de allí, cuando ya anochecía, varios hombres de la obra pasaron, a través de las rampas de madera, las cuerdas reforzadas, los rodillos, los carretones, las cuñas, los cortafríos, las hachas, las mazas y los picos de la talla de los sillares.

Aflojaron los ensamblajes de los andamios con el fin de que al subir los trabajadores, estos no resistieran el peso. Debilitaron el andamiaje y esperaron que a la mañana siguiente ocurriera lo inevitable. Cuando por la mañana se reemprendieron las obras y un bloque de granito era subido a través de la grúa y las poleas, el andamio cedió y dos obreros murieron, no tanto por las heridas causadas por la caída, sino por el peso del material que los acabó aplastando. Cuando ocurrió el accidente, avisaron inmediatamente a Lucio, que se trasladó a la obra juntamente con Amal.

Zayin no esperó a acusar directamente a Amal de haber diseñado unos andamios ingeniosos, pero endebles, incapaces de soportar el peso de los materiales de una obra de esta magnitud y dijo:

—Ahora tendrá que soportar sobre sus hombros mucho más que unos caballos reventados por el peso. Tendrá que cargar con dos vidas humanas.

Amal no contestó porque estaba intentando procesar qué había podido fallar, qué parte no estaba bien pensada y cómo es que, cuando se hicieron las pruebas, no se dio cuenta de que había una parte demasiado débil...

Pero Lucio ya no estaba allí, enzarzándose en una discusión absurda de acusaciones sin fundamento. Había ordenado vigilar el lugar del accidente, de donde ya se habían retirado los cadáveres y, con la orden expresa de que no se acercara a la zona absolutamente nadie, estuvo todo el día observando con detalle todas las piezas. Le llevó un buen tiempo, pero allí estaba: una pieza de madera había sido seccionada, con un corte limpio y recto que solo podía ser intencionado. Mandó llamar a Amal y le comunicó su descubrimiento: alguien estaba sabotando la obra, pero ¿quién? ¿Los mismos que habían matado a Arístides o alguien que no soportaba que una mujer interviniera en la obra?

A pesar de que Lucio intentó de nuevo convencerla, Amal decidió no volver jamás a la obra. La simple idea de que cualquier cosa que ella llevara a cabo se convirtiera en un motivo de sabotaje, la contrariaba hasta lo indecible. Ahora se sentía una mujer libre, capacitada para estudiar, aprender y, tarde o temprano, irían a Roma. Quizás en Roma una mujer albina pasaría desapercibida. Quién sabe... Todo el mundo hablaba de las razas, de los colores de las gentes variopintas de Roma, que era la ciudad de la libertad y del aprendizaje. De todas formas, había tomado una decisión consigo misma: ver todo aquello que le esperaba. Ahora estaba más cerca de conseguirlo y no iba a desesperarse ante una puerta cerrada.

Pero lo más importante y urgente era descifrar el enigma de las marcas de cantero, un rompecabezas apasionante que podía encerrar un mensaje del maestro.

Recordaba las palabras de Arístides, una tarde que le habló de las tierras mesopotámicas, entre los ríos Tigris y Éufrates, donde vivía un pueblo de origen desconocido, los sumerios. No podía decir de cuántos temas hablaron aquella tarde, pero sí recordaba el alfabeto sumerio y una frase del maestro: «No hay nada fortuito en nosotros ni en torno a nosotros, sino que la totalidad de la materia obedece a la disposición ordenada.» La evocaba perfectamente porque, al oírla por primera vez de sus labios, le pareció que encerraba un misterio y no paró de repetírsela.

Tal vez era cierto que el mundo encerraba una secreta armonía como, por ejemplo, se había dado en la relación con su padre, que había llegado a su fin cuando ya se habían dado todo lo que podían darse el uno al otro, lo que podían aprender, lo que eran capaces de amarse... Debía aceptar la disposición ordenada del mundo. Ahora, unas nuevas oportunidades se abrían para ella: realizarse en nuevas facetas como la arquitectura o la posibilidad de descifrar si había algún secreto oculto en las marcas de cantero de los sillares de la obra.

También, en el fondo, algo se estaba moviendo en algún rincón de su alma. Deseaba de veras complacer a Lucio, mostrarle sus dotes, expresarle todo su saber, ponerse a prueba al máximo diseñando un andamio, proyectando la casa de niños de acogida enfocada como un universo autónomo... Quería que sus capacidades dejaran de ser vistas como una anomalía, como algo a lo que había que resignarse, como una monstruosidad en una mujer diferente. Sabía que sus conocimientos la convertían frente a Lucio en un ser, si no fascinante, como mínimo respetable.

Los signos de cantero eran usados como marcas de autor, como sello del propietario o a modo de confirmación responsable. La mayoría eran símbolos antiguos, utilizados por los indígenas y que pertenecían a diferentes caballerías. En total había veinte signos, que Arístides conocía perfectamente.

Una vez descartadas todas las marcas de caballerías, ya solo unas pocas podían

tener un significado especial. Un par de ellas parecían hablarle directamente, ya que tenían relación con el alfabeto de los jeroglíficos egipcios.

El signo α le decía directamente que había de «ligar» las piezas. Y el signo Ψ , de horca o bifurcación, era un emblema pitagórico para representar el curso de la vida, en la que hay un sendero ascendente con una bifurcación hacia el bien o el mal.

Una de las marcas fundamentales es una cabeza de «un toro» Υ , que según los egipcios es el símbolo del sol. ¿Acaso Arístides había colocado signos jeroglíficos egipcios para que ella los interpretara? Quizás Arístides estaba intentando decirle, claramente, que los culpables eran la secta del Sol.

Había otro signo importante: \times , que significa «negar» y que aparecía al lado de un símbolo celtíbero, por tanto, el mensaje era: «No han sido los arévacos, se trata de la secta del Sol.»

A pesar de que Lucio se sintiera complacido con que su principal sospecha coincidiera con el mensaje que parecía haber salido de las piedras, sabía que para lograr arrestar e interrogar al cabecilla de la secta del Sol necesitaría la colaboración de Tito.

Había llegado el momento. Hablaría con Tito Fabio. Se dirigió de nuevo a la parte alta de la ciudad, donde habitaban algunas familias de cierta posición social y económica. Allí se encontraba la casa más suntuosa de Segovia.

Se dirigió a esta casa y de nuevo fue recibido por el anfitrión. Le molestaba tener que ir a visitarle, como si no hubiera fronteras entre su función pública de duunviro de Segovia y la de ser el personaje que lideraba una oligarquía que vivía en una especie de ágape eterno: todos los comensales medio recostados, constantemente ebrios. El aire que se respiraba era denso, cálido y amodorrado. El ambiente tenía algo de cárcel de oro, como si los presentes estuvieran condenados a una quietud de la que no pudieran escapar porque los espíritus étlicos no permitían pensar con claridad y nadie era capaz de tomar una decisión práctica y radical, como levantarse y salir de aquellas arenas movedizas que a cada movimiento de resistencia hundían aún más a sus víctimas.

—Y bien, cuéntame cómo va el acueducto —preguntó Tito como si ya fueran viejos amigos.

—Su trazado está definido y algunos de sus elementos más importantes ya están previstos y en plena construcción. Será una obra de gran envergadura de la que te sentirás orgulloso.

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarte?

—Necesito algo que no te pediría si no fuera del todo imprescindible: tengo indicios de que los asesinos de Arístides son de la secta del Sol. Quisiera pedirte que los investigaras, que hicieras algunas detenciones y algunos interrogatorios...

Tito puso los ojos en blanco, cogió aire y con voz cansada le preguntó:

—¿Cómo está Atos? ¿Sabías que su primer amo le proporcionó una educación maravillosa? —dijo esta palabra pronunciando cada sílaba de una forma larga e irónica para acabar muy deprisa y contundentemente, casi chillando—, pero desgraciadamente este murió, y fue vendido al duunviro de Segovia, o séase a mí, que lo ha tratado brutalmente hasta dejarlo cojo. Y que casi lo asesina la noche en que nos conocimos... Esta es la historia oficial. ¡Pero no puedes creértela!

—Claro que no. Él tiene buenas palabras para ti —dijo Lucio intentando calmarle y procurando que la idea de Atos no se le hiciera obsesiva—. Ahora dirige una casa de niños abandonados. Pero creo en el derecho romano y si, cuando estaba bajo tu propiedad, te apetecía azotarlo, podías hacerlo. Pero Atos es un hombre sabio y ama a

los niños.

—Te diré dos cosas: por culpa de vuestra dichosa casa de los niños no dejo de tener problemas con la secta del Sol. Solo son desechos humanos, por todos los dioses, niños engendrados por prostitutas, embriones desarrollados de los que solo saldrán nuevas prostitutas y maleantes. ¿Tú sabes los problemas que tengo? Les habéis quitado las víctimas para sus sacrificios humanos. Esto puede traer problemas a la ciudad, y sabes perfectamente que lo que se haga con los expósitos no es una cuestión de estado.

—El tema de las niñas abandonadas... —dijo Lucio intentando buscar un buen argumento. Pero fue inútil porque Tito no le escuchaba, ya que seguía obsesionado con su antiguo esclavo.

—Y otra cosa en relación a Atos: ¡Yo no le he castigado por sabio! Lo hacía azotar porque me desafiaba con su arrogancia. Era tan hermoso y tan delicado... Solo quería sentirlo mío de verdad. Un día, después de haberle pegado, con el deseo de que llorara, de que suplicara, de verle asustado de una maldita vez, simplemente me miró a los ojos y me dijo sin desgañitarse: «El hombre debe aceptar lo que le acontece.» ¿No veía que yo tenía el poder de salvarle? ¿No entendía que no era al destino, ni a la suerte, que era a mí a quien tenía que apelar para que lo salvara? Era un desgraciado que disfrutaba cuando le atizaba, porque se sentía superior. Superior a mi vara, a las vicisitudes de la vida, superior al destino... Yo le enseñaría quién es superior. Quería obligarle a necesitarme, a quererme más que a su primer amo.

Lucio se dio cuenta de que Tito amaba a Atos, pero le amaba como un niño ama un juguete que destroza. Intentó calmarle, temió que la conversación fuera un despropósito tras otro, que fuera imposible conseguir lo que de verdad quería: que investigara y arrestara a los miembros de la secta del Sol. Así que le dijo tan calmadamente como pudo:

—No es petulancia, creo que es humildad y resignación. Es alguien que cree que debe soportarlo todo y no rebelarse contra las vicisitudes del destino. Es propio de la secta de los humildes, la de los estoicos. No es un desafío contra ti. Aunque la vida tenga el poder de hacerles unos desgraciados, incluso infligirles los más duros castigos, siempre les quedará el poder de resignarse imperturbablemente. Se hubiera suicidado si se lo hubieses pedido y, si no lo hubieras mandado matar, es más que posible que algún día lo hubieras encontrado muerto. Los estoicos consideran el suicidio una salida rápida y, a tu lado, puede llegar a ser necesaria. No luchan, no se quejan, pero esto no quiere decir que no sientan dolor.

—Antes de que se matara él, lo hubiera matado yo mil veces. Un día, con el deseo de acercarme a él, de ser amable, le pedí que en una sola frase me resumiera la doctrina estoica. Se quedó pensativo y me contestó de manera arrogante y sonriéndome: «Aguanta y abstente.» Yo le contesté: «Con lo que te haré sufrir, no

podrás abstenerte de suplicar que pare.»

—Seguramente sonreía porque estaría contento de que te interesaras por el estoicismo. Seguramente pensaba que algo fabuloso estaba a punto de ocurrir: que su amo se interesara por esta doctrina y él podría enseñársela. Igual que había sucedido con el emperador Marco Aurelio, que quiso aprender del estoicismo. Y, seguramente, te lo dijo sonriendo porque estaba feliz de haber encontrado en una sola frase la síntesis de su doctrina. Pero ahora ¡qué más da! Lo que está claro es que a ti te irrita su desapego, su frialdad, su deseo de autonomía que tú interpretas como un desafío: es una doctrina filosófica, no un insulto a tu persona.

—En el sexo tampoco se entregaba. No sentía que me amaba, solo era mío por el miedo y el dolor. Y para no darme ni eso, ni su miedo ni su dolor, se hizo estoico, para no mostrarme emoción alguna, para no dejarse poseer, para desafiarme una y otra vez, para verlo siempre alejado, frío, impertérrito, imperturbable, tan lejos de mí, tan lejos...

De repente, se oyeron unos gritos festivos y se acercaron unas mujeres pidiendo al duunviro que se uniera a la fiesta. Mientras bailaban, le cogían por el brazo para llevarlo a la sala principal y continuar con la fiesta. Tito, al principio, rio divertido, pero de repente dijo: «Ahora no.» Las mujeres pararon inmediatamente y obedientes se fueron. Tito volvió a mirar a Lucio, pero esta vez su mirada era diferente, era evidente que había tomado una decisión inapelable. Se trataba de un capricho del último momento que ahora ocupaba todo su interés. Era un nuevo anhelo depredador que se mantenía insaciable por un único motivo: por la diversidad de las apetencias con las que alimentaba su deseo.

Por un momento, Lucio temió que hubiera decidido volver a tener a Atos. Le diría que no. Sabía que jamás se lo devolvería, ni tan siquiera para descubrir al asesino de Arístides. Es lo que hubiese querido su maestro: «Yo ya estoy muerto, Atos está vivo. Es a él a quien tienes que priorizar en estos momentos, nada cambiará ya mi muerte...»

—¿Quieres que arreste a miembros de la secta del Sol? A cambio tendrás que participar en una de mis orgías que empezará hoy y durará tres días.

Lucio sabía que no estaba bromeando.

—¿Eres un sucio estoico? —continuó diciendo Tito—. ¿Alguien a quien nada le atrae ni le perturba? Si es así, no me interesa ni ayudarte. No quiero más hombres muertos a mi lado.

—No soy ni deo de ser nada. Intento coger de cada doctrina lo mejor para morir un poco menos necio de lo que nací.

—¡Déjate de tanta verborrea estúpida! Me recuerdas a Atos, pero desgraciadamente a ti no te puedo azotar hasta que te desmayes. El trato es el siguiente: o te quedas y haces lo que te pido o te vas tú solo a buscar al asesino de la

secta del Sol. Tengo que ayudarte con el acueducto, pero no tengo que financiarte la investigación de la muerte de tu maestro. O trato o fuera.

Lucio escondía con su silencio toda la rabia e impotencia que sentía. De nuevo recordó su deseo de agradar, de mantenerse cerca del poder. Era la mejor manera de seguir con la obra y la única de encontrar al asesino de su maestro. Así que, sin pronunciar una palabra, asintió con la cabeza.

—Muy bien —dijo Tito, sonriente, y lo acercó a la sala principal. Dio unas palmas para captar la atención de todos y declaró—: Este es Lucio. Quiero que lo dejéis ebrio y seco, que le deis todas las drogas y todos los vinos y que le deis también todas las partes de vuestro cuerpo: las mujeres, sus manos cálidas, sus pechos tersos y todas sus grutas de placer.

Lo dijo grandilocuentemente. Se notaba que se escuchaba y se deleitaba con su discurso, pero que a él le sonaba a auténtica poesía.

—Que los mancebos y los esclavos también se entreguen en cuerpo y alma a hacerlo feliz. Ofrecedle vuestras duras nalgas y vuestras vergas febriles. ¿Qué es lo que caracteriza a un buen gobernante? Saber qué puede pedir a cada cual. A ti —y señaló a un hombre medio ebrio, desaliñado, patiabierdo y recostado a quien un esclavo negro practicaba una obstinada felación a su miembro minúsculo y deshinchado— no hacía falta prepararte. Viniste hasta aquí porque ya lo llevabas dentro. No he conocido a nadie más sucio, más débil, más parásito que tú. Venga, vomita el vino y la comida para seguir tragando y eyaculando.

Estas últimas palabras lo habían encendido, estaba claramente irritado. Apartó de un fuerte manotazo el rostro del esclavo inclinado sobre su cintura y empezó a dar patadas al hombre. Una cólera desaforada le había poseído mientras chillaba: «¡Parásito, parásito!» Tito cogió su propio busto de mármol, pequeño en comparación a los otros muchos que había en la sala, lo levantó y lo dejó caer sobre su cráneo. Lo acababa de matar delante de todos. Se secó el sudor de la frente y dijo: «No lo he matado con un arma, he sido yo, con mi busto. Tito y el pequeño Tito de mármol lo han liquidado.» Todos los presentes rieron, mientras unos esclavos se dedicaban diligentemente a sacar el cadáver y limpiar la sangre. Lucio miró alrededor, necesitaba vino para no pensar en lo que acababa de suceder.

Empezó a inhalar flores de cáñamo y esto le permitió relajarse y sentir el tiempo más lento, y sus pensamientos más descoordinados y pausados. Era algo bueno, lo alejaba de lo que acababa de presenciar: una muerte fortuita, absurda e inútil. Pero no era suficiente. Solo le distanciaba un poco. Probó con la datura de estramonio. Eso ya era otra cosa: la euforia era inmensa, se sentía expansivo y la angustia había desaparecido.

«Hablo, hablo solo, con alguien, ¿con quién? ¿Sabes? Ella no es consciente de que la quiero. Sí, la quiero. No sé por qué las cosas son tan difíciles de decir, de

reconocer, de expresar. Tendría que ser todo más fácil, tan fácil como beber vino. Exacto, un acto claro, mecánico y perfecto.»

Pero algo fallaba: se dio cuenta de que hablaba solo, y quería perder la noción de sí mismo, de quién era, de dónde se encontraba, de lo que estaba haciendo.

¿Allí había polvo de cántira? Entonces ocurrió: la sensación de separación, de distanciamiento, ya era total. El entorno era totalmente extraño, como si él no fuera él y no importara dónde estaba, porque ya no caminaba por el mundo. Una enorme sensación de fuerza e invulnerabilidad invadió todo su ser.

Todo había cambiado, todo era suave y tranquilo. Tito Claudio era un dios benefactor, como Zeus y sus pequeños dioses, todos protegidos por su rayo. Lucio reía, escuchaba fragmentos de conversaciones o tal vez soñaba. Todo estaba suspendido en un cielo de vapores que olían a sudor y a flujos íntimos. Pero había algo que aún perduraba a pesar de que casi ya no era él, de casi haber perdido el entorno que pisaban sus pies: Su maestro había muerto, qué importaba quién lo hubiera hecho, estaba muerto para siempre y era urgente que descansara en paz. ¿Es que nadie se daba cuenta? Nadie tenía que turbar el silencio de los muertos. De repente se levantó, vacilante fue pidiendo a todos y a cada uno de los presentes que se callaran «para que los muertos descansen». Iba repitiendo: «Chsss, callaos para que los muertos puedan descansar.» Tito Claudio se acercó a él y le dijo: «Mira, tú no estás muerto. Mira estos glúteos, estos muslos, son tuyos. Tómalos, no estás muerto.» Lucio vio unas ancas humanas suaves, tal vez de mujer, tal vez de hombre joven, con un vello aterciopelado y rubio, como iluminado por el sol, y pensó en Amal. Ojalá pudiera desearla así, tenerla así, tan suya, tan cerca, tan dentro de ella y empezó a fornicar con aquel cuerpo sin rostro. Al cabo de un rato, sintió un desvanecimiento suave, todo era demasiado tenue y confuso para languidecer con estrépito.

Medio dormido, sintió varias veces cómo lo tocaban, cómo le daban la vuelta y alguien lo penetraba hasta que llegó al clímax, debía sentir dolor, pero no lo sentía. En otro momento le pareció que varias bocas jugaban con su miembro y que en algunas ocasiones este respondía y en otros momentos el sueño se lo llevaba lejos.

Cuando se iba alejando de ese estado de sopor y alienación, cuando un atisbo de consciencia aparecía como lejano pero aún visible, Tito mandó que varios esclavos vertieran más vino en su boca. Así, echado y con la boca abierta, un dulce chorro, delgado y brillante, entraba en su boca, lo presentía en sus encías, en la lengua, en el paladar, en el orificio de su nariz, bañaba su cara, su cuello, sus manos, todo él estaba cubierto de vino. Esto le hizo reír entre tos y ahogos.

También recordaría a una mujer encima de él, moviendo su cintura como en un baile frenético, con su cabellera cubriéndole el rostro.

No supo cuánto tiempo había pasado, pero llevaba varias horas dormido. Cuando despertó, Tito lo miró como a un amigo, satisfecho y agradecido.

—Bien, y ahora voy a decirte lo que vas a hacer: olvídate del asesino de tu maestro, olvídate de las tribus y céntrate en vivir. Es más, no quiero que te pases el día pendiente del acueducto. Tienes un familiar mío muy querido trabajando para ti: mi primo Zayin. Nómbralo jefe de obras y a ti te daré un cargo que no implique hacer otra cosa que vivir.

—Así que Zayin es primo tuyo. Pero si tiene un nombre hebreo y tú latino... Da igual, ¿por qué no le han dado a Zayin el proyecto del acueducto? Siendo tu primo, lo tenía mucho más fácil que yo.

—Somos primos lejanos, una hermana mía se casó con un rico propietario hebreo de la familia de Zayin. Y no le dieron la dirección del acueducto porque en la última obra que tuvo a su cargo, unas termas, murieron muchos esclavos y los gastos se multiplicaron. El gobernador no confía en él. Además sabes que Arístides puso como condición que tú le sustituyeras.

—¿Así que pretendes que me pase el día aquí, en tu casa, durmiendo, mientras Zayin mata a los obreros? También a él le gusta matar, descuartizar y torturar, ¿verdad? Lo siento, no soy el hombre que deseas. Ni lo soy ni voy a serlo nunca. Voy a decirte lo que haré: espero que cumplas con tu palabra y arrestes e interrogues a los miembros de la secta del Sol.

—No te voy a conceder nada de esto. ¡Atadlo! —ordenó Tito—. Y llenadlo de adormidera. Dentro de pocos días —dijo dirigiéndose a Lucio— ya no te interesará ni el acueducto ni sabrás cuál es tu nombre.

Lucio estaba amarrado, unos esclavos le abrieron la boca como si fuera una oca atada. Recordó algo que Arístides abominaba: la terrible costumbre egipcia de sobrealimentar las ocas para que su hígado se atrofiase. Estos animales seguían largos viajes migratorios y descansaban en las orillas del Nilo durante el invierno. Allí almacenaban sus reservas naturales de grasa y su hígado adquiría una tonalidad amarillenta y un sabor exquisito.

Le abrieron la boca para que ingiriese opio, y el sabor era tan desagradable que sintió náuseas. Recordaba sus efectos, que había estudiado junto a Arístides: al cabo de dos horas estaría completamente drogado y estaría así prácticamente un día entero. Ni él ni Arístides atribuían a las drogas ningún poder sobrenatural. No era la vía de contacto con los dioses, sino, simplemente, algo que deterioraba las facultades humanas. Lucio siempre había temido las drogas, era completamente consciente de que ya no sería dueño de sí mismo tal vez jamás. Quizá lo tendrían drogado hasta convertirlo en inútil total, y, en el caso de morir, simplemente sería el arquitecto veleidoso que se perdió en las orgías hasta extraviarse de sí mismo...

Pero la respiración, cada vez más lenta, los sueños tranquilos, el corazón batía tan lento, tan lento que apenas se oía...

Unos golpes lejanos, unos gritos, y de pronto fue despertado. Entrevió el rostro de Amal y Leukón. No supo cómo ni cuándo, pero fue lejanamente consciente de que quizá ya estaba en casa.

Durante los días siguientes, Amal no se alejó ni un instante de su lado. Mandó, sin que nadie discutiera ni por un segundo su autoridad, poner una cama junto a la de él. Se ocupó de tener agua, paños, comida, de cuidar la temperatura de la habitación, de que entrara el aire.

Durante cinco interminables días, Lucio estuvo tan nervioso que no paraba de temblar, y con unos dolores musculares y óseos terribles. Tan pronto se dormía como pasaba toda la noche insomne, con escalofríos y vómitos. Durante la segunda noche, sufrió unas intensas diarreas y Amal lo lavó y lo cuidó con una dedicación absoluta y permaneció a su lado, muy cerca, para darle calor. Fue entonces cuando supo que estaba a salvo y que viviría aunque solo fuera para recordar aquel momento el resto de su vida.

Cuando ya estuvo completamente recuperado, Amal y Leukón le explicaron que, cuando vieron que no había regresado al cabo de tres días, irrumpieron en la casa de Tito con todos los guardias. Este negó que Lucio estuviera allí y concretamente dijo:

—¿Habéis pensado que tal vez estáis haciendo algo que Lucio os recriminará el resto de vuestras vidas? Lucio quiere correrse una buena juerga y disfrutar con los muchachos y las jovencitas. No desea que nadie le interrumpa. Necesita relajarse, ¿no

veis que desde que ha llegado no ha hecho otra cosa que pensar en el acueducto e intentar encontrar al asesino de su maestro? Dejadlo en paz.

—Lo dejaremos en paz si nos dice él mismo, por su propia boca, que desea que nos marchemos.

—Su boca ahora está demasiado ocupada.

—El gobernador está en Cauca, a pocas millas de aquí. Pertenece a una generación que aún cree en el honor y fue íntimo amigo del padre de Lucio. Medita sinceramente si quieres enfrentarte a una de las familias más importantes de Roma.

—Así se lo explicó Amal y añadió—: Y fue entonces cuando nos dejaron pasar.

—Y porque los veinte guardias estaban a punto de entrar por la puerta —agregó Leukón.

—Y porque Tito es un político —apostilló Lucio—, es decir, alguien capaz de sopesar cada paso en función de si le favorece o no.

—¿Por qué te drogó a la fuerza? —inquirió Amal.

—No lo sé, tal vez para vengarse de que le hubiera quitado a Atos, el único ser al que ha amado, a su terrible manera.

El acueducto avanzaba a buen ritmo y había llegado el momento de dar un paso más en lo que estaba claro que parecía sumamente peligroso y difícil: demostrar que la secta del Sol había matado a Arístides.

Lucio decidió acercarse a los sectarios: empezaría por ir a alguno de sus encuentros para escuchar sus sermones en plena plaza. No le resultaba fácil, sus arengas eran la antítesis de todos los valores que le había inculcado su maestro. Todo se reducía a la consigna de «o con ellos o contra ellos».

Haros empezó su patética declamación anunciando el tema del que trataría, en una multitudinaria reunión a la que solo asistían hombres.

—Hoy os hablaré del mal. Del mal que está cerca de nosotros, del mal que se manifiesta. ¿Qué es el bien? El bien es que cada cosa, cada persona, haga lo que le es propio. ¿Es propio de una mujer estudiar?

—¡No! —gritó la multitud.

—¿Es propio de una mujer obedecer y parir los hijos del marido?

—¡Sí!

—¿Es propio de un hombre poder pegar a una mujer?

—¡Sí!

—¿Es propio de una piedra que, al ser lanzada, caiga en el suelo?

—¡Sí!

—Así es. El Sol sabe que es propio de él salir cada día e impartir justicia. ¿Acaso no quema al diablo blanco? ¿Creéis que lo quemaría si no fuera una aberración del diablo?

Allí estaba Lucio, oyendo eso de la mujer que amaba. El hecho de haberla tenido tan cerca durante la enfermedad hacía que estuviera como flotando de felicidad, de cercanía, de sensación de haber vencido la soledad.

Ahora se daba cuenta: era realmente difícil que llegase a ganar su confianza, y a averiguar algo. ¡Qué idea más absurda! Tenía en su casa al propio diablo. Tal vez tendría que hacer este trabajo de infiltración e investigación alguien más neutral.

Mientras Lucio pensaba esto, Haros lo reconoció perfectamente, lo recordó de cuando salvó a Amal. Después del encuentro, se dirigió a uno de sus jóvenes pupilos.

—¿Has visto al ciudadano romano que nos escuchaba sonriente?

—Sí, mi señor.

—Bien, no sé qué hace aquí, pero quiero encargarte una misión.

Ambos continuaron hablando y el joven asentía, sin dudar, a todas las explicaciones y peticiones de su líder.

Días más tarde, el joven apareció en casa de Lucio. Le abrió la puerta uno de los esclavos, y él pidió ver al amo. El esclavo lo acompañó hasta una sala donde le dijo

que esperara.

En aquel momento, pasó Amal y vio al joven. Su atuendo no dejaba lugar a dudas: era un miembro de la secta del Sol por la suciedad de sus pies y su túnica llena de porquería acumulada. De repente, recordó el día en que uno de ellos la golpeó con tanta fuerza que quedó abatida en el suelo. Evocó los días en casa con miedo y todos los insultos. Los sectarios habían sido el motivo principal para que su padre no se quedara con ella en Segovia. Y una ola, no de miedo sino de rabia, inundó su ser por completo. Se acercó por detrás al muchacho y le golpeó fuertemente la cabeza. Lo hizo sin pensar, como la justa compensación de la oveja que muerde a un lobo aislado.

El joven quedó medio aturdido y Amal aprovechó para atarle.

Cuando Lucio llegó, se encontró con esta situación: Amal guardaba su presa y el joven mostraba una mirada llena de miedo y de odio.

—¿Se puede saber qué vamos a hacer ahora con él? —dijo Lucio viéndose en una situación impensable hacía tan solo unos minutos.

—Lo vamos a torturar hasta que nos diga quién mató a Arístides y, si no nos lo dice, lo mataremos y enterraremos su cadáver —contestó Amal sin dudarlo.

—¿Sí? Muy bien, veamos lo que eres capaz de hacer. Ahora vuelvo.

Lucio regresó con un enorme cuchillo y lo puso en la mano de Amal.

—Venga, córtale dedos de una mano, una oreja... A ver si te dice algo.

Amal, con el cuchillo en la mano, lo miraba a él y al cuchillo, de nuevo al muchacho y al cuchillo.

—Que lo haga uno de tus hombres, por favor.

—No, Amal, no... Debes hacerlo tú misma. Responsabilízate de tus acciones. Véngate de las humillaciones que has recibido. Averigua la muerte del maestro. Mata a un miembro de la secta, pero hazlo tú directamente, sin intermediarios.

—No, no puedo.

Entonces Lucio desató al muchacho y le comentó:

—Disculpa el trato que te ha dado Amal. Has venido a mi casa, y me gustaría empezar de nuevo. Siento lo que ha pasado.

—No quiero hablar delante del demonio blanco.

Entonces, Lucio le dio un puñetazo en la cara, y la cabeza del muchacho pareció que fuera a volar rompiéndole las cervicales. El chico se tocó el labio sangrando.

—Esta mujer, a la que tú llamas «diablo blanco», es tan dueña y señora de esta casa como yo mismo. ¿Lo entiendes?

Lucio se incorporó y se puso bien la ropa. Sin agresividad, en un tono diligente y con ganas de acabar cuanto antes con esa situación, dijo:

—Di lo que tengas que decirnos y vete.

—Quisiéramos que dejarais, a partir del invierno, los neonatos para que los pudiéramos recoger nosotros, ya que cada año hacemos con ellos un sacrificio al dios Sol.

—Pues lamento decirte que no podré complaceros.

—Tengo un trato —dijo el joven—. El nombre del asesino de tu maestro, por dos niñas.

Lucio miró a Amal. Lo que más deseaba en este mundo estaba solo a una palabra de conseguirlo.

—De acuerdo —dijo Lucio.

—No, no así —dijo el joven—. Vendrás con dos criaturas y las entregarás en un acto ante todos los miembros de la secta. Y luego te daremos el nombre del asesino de tu maestro.

Lucio pensó que tenía lo que quería, lo que tantas veces había deseado, esta vez sí. Segovia dejaría de ser un laberinto hostil, donde era imposible situarse. Se disiparía la niebla espesa y encontraría tanto el quién como el por qué. Dejarían de ser indescifrables los atentados del acueducto, la oscura noche se acabaría y esto parecía por fin, tan cerca... Dos neonatos, dos cuerpecitos que no tenían ninguna importancia, criaturas que morían a decenas cada mes en la sucia Roma y que eran tan solo el desecho de las prostitutas de Segovia.

La fecha se fijó para los idus de octubre, en que se entregarían las criaturas a cambio del nombre del asesino. Lucio ya había tomado la decisión, aún faltaban algunas semanas y lo mejor era seguir con la construcción del acueducto e intentar centrarse en el día a día.

Sabía que era un breve período de tiempo y que la fuerza de lo sombrío estaba al acecho, pronto llegaría el día del intercambio: un nombre por dos vidas. Y también, allí, a lo lejos, estaba Amal, tan cercana durante el tiempo de su convalecencia, acostada a su lado. Ahora, de nuevo a la luz del día, era difícil tener la posibilidad de sentir su piel o sus labios.

Era un corto espacio de tiempo, lejos de las grandes acciones, de los cambios repentinos. Ahora debía centrarse en domesticar, con constancia y esfuerzo, la cotidianidad. Sabía que su acción debía ser limitada y aplacada, pero la impaciencia resonaba como un eco lejano: tener, de una vez por todas, al asesino del maestro y saciarse de Amal. Por ella sentía un hambre infinita de siglos, después de tanta inanición que casi debilitaba la fuerza de su deseo. ¿Cómo colmarse de ella? Seguía pensando que era necesario esperar y aprender a convocar su deseo.

Pero el tiempo no es reducido solo por la voluntad del corazón, sino por la grandeza de los acontecimientos. Y el tiempo de gestión, humilde, se ensanchó como un arco de una elipsis infinita.

Un día, de pronto, unos sillares de la obra cayeron y mataron a varios trabajadores. De nuevo el mismo procedimiento: vigilar la zona e investigar qué podía haber pasado. Algunas de las piedras labradas no tenían la calidad suficiente, algunos sillares no eran de granito puro y contenían arena. Una vez más, alguien había saboteado la obra.

Esta vez, Lucio no quiso hablar con nadie. Preso de una rabia nueva, apartó de un gesto a Zayin, que intentaba decirle algo.

Su primera orden fue que todos los trabajadores indígenas fueran apartados de la obra. Pidió que uno a uno se comprobara si los trabajadores tenían el signo de la secta del Sol y, en caso afirmativo, también fueran apartados de la obra.

Sabía que tendría que ser un breve período de tiempo, de esperas largas, de acciones discretas, pero la rabia se apoderó de él, como si su sangre se convirtiera en puro granito rojo.

La mañana era clara y el viento parecía escondido en alguna cueva en los peñascos más altos. Nada hacía prever que aquella mañana los obreros se amotinarían al negarse a abandonar la obra por motivos religiosos o raciales. Su violencia contra los guardias, utilizando todos los elementos de la construcción, puso de manifiesto su resentimiento por los maltratos recibidos. Todo explotó en una rebelión que paralizaba la construcción y perjudicaba a Lucio frente a las autoridades.

—¿Qué crees que debo hacer? —le preguntó a Amal.

—Depende de si quieres ser un héroe clásico o un gurú, de aquellos impasibles que debió de conocer Arístides en su viaje a la India.

—No te comprendo...

—En las tragedias griegas, ves cómo los héroes siempre son castigados por su exceso, por padecer *hybris*. Podríamos definir la *hybris* como el querer someter la realidad por un desmesurado orgullo. El héroe clásico siempre piensa que puede someter la realidad por muy inquebrantable que esta sea.

—¿Y los gurús indios qué harían en contraposición al héroe trágico?

—Los gurús definen la sabiduría como una adaptación a las reglas inviolables de la realidad. El agua halla una roca en su camino: ni se para, ni se estanca, ni se llena de moho porque quiera atravesar aquella roca concreta. Ni se queda quieta a la espera de que se desintegre por su constante erosión. El agua circula por otras vías, supera los obstáculos pasando por encima, por debajo, por los lados. El agua es humilde; el héroe trágico, en cambio, es vanidoso, se cree capaz de cambiar la realidad y padece y perece por ello, porque los dioses, es decir, la realidad, infinitamente más poderosa que él, lo castigan.

—¿Pretendes que no haga nada?

—No pretendo nada. Tan solo escúchame. La pasividad védica tiene un comportamiento parecido al de los fenómenos de la naturaleza: no interviene, ni sufre, ni padece. Es como un observador impasible de la realidad. Su desapego es total y entiende, desde una perspectiva muy lejana, el funcionamiento del mundo. Considera que todo lo que crece acabará disminuyendo, lo que hoy está arriba mañana estará abajo. Su falta de implicación es total, su desapego también.

—Creo que ya entiendo lo que me intentas decir. Entre la pasividad védica y el héroe clásico se halla la sabiduría de vivir. No pretendo ser un trágico empecinado en que mi voluntad triunfe sobre el orden de las cosas. No soy alguien tan obtuso para querer, como sea y sin rendirse, aquello que se ha revelado como imposible.

—Exacto. Ni tampoco se trata de ser el maestro del desapego, del no esperar nada, del vivir el ahora sin expectativas ni ilusiones, sobreviviendo a cada paso, con una aceptación absoluta que le aleja de la posibilidad de mejorar la realidad que sí es

mejorable. Como siempre, se debe optar por el punto medio aristotélico. ¿No crees?

Lucio sonrió y subió al andamio. Gritó para que todos le oyeran:

—Sé que no he seguido de cerca la obra. Que he delegado mi presencia y me he encerrado en mi estudio con mis dibujos y proyectos. Sé que sois vosotros quienes, con vuestro sudor y trabajo extenuante, bajo un sol de justicia y recibiendo continuos latigazos, estáis llevando a cabo la obra, la estáis haciendo posible.

»Pero tenéis que saber que esta obra tiene muchos enemigos que he conocido en carne propia. Intentaron asesinarme dos veces de camino hacia Segovia: la primera, en plena travesía por el mar; la segunda, de camino hasta aquí.

»Los accidentes han sido provocados: los andamios cedieron por un sabotaje y ahora algunos sillares estaban corroídos con arena. Estos cuatro atentados me ponen en situación de alerta máxima, de verdadera preocupación, porque en cada nuevo atentado vidas humanas corren peligro. Estoy hablando también de vuestra seguridad, cada vez que alguien provoca un accidente, también está poniendo en peligro vuestras vidas.

»He tomado una mala decisión y os pido disculpas. Por vuestros orígenes o creencias os he apartado de vuestro trabajo, olvidando un precepto básico de la justicia: que la culpabilidad se tiene que demostrar y que la inocencia se debe presuponer.

»Os propongo un trato, considerándoos, a todos vosotros, hombres de bien.

»Voy a mejorar las condiciones de trabajo de esta obra. A partir de ahora, los castigos físicos quedarán suprimidos. La comida será más abundante. Las horas de faena disminuirán y los salarios serán mejores. Son años de trabajo y los vais a pasar en condiciones dignas. Cuando miréis este acueducto, no solo estaréis orgullosos de haber creado una gran obra, sino que podréis decir a vuestros hijos que participasteis en ella con orgullo, con la dignidad y las condiciones que un hombre se merecía. Esta obra no solo será importante por el tamaño de sus piedras, sino también por cómo vivieron y trabajaron los hombres que la hicieron posible.

»Voy a hablar hoy mismo con el duunviro y, si no, con el propio gobernador. Os aseguro que voy a mejorar las condiciones de trabajo para todos. Y no voy a echar a nadie, porque todos vosotros sois imprescindibles. Hoy inauguramos una nueva relación de confianza: vosotros conmigo y yo con vosotros.

»A cambio, solo os pediré una cosa: que consideréis que es vuestra obra. Que seáis mis ojos, que la vigiléis día y noche, que no permitáis que haya un nuevo sabotaje.

—¿Cómo vas a asegurar que seremos mejor tratados? —gritó una voz entre la multitud.

—Cada semana me pasearé entre vosotros a caballo. Cualquiera que quiera hablar conmigo no tiene más que levantar la mano y escucharé la queja que me haga. Os

juro que, si alguien os castiga, será retirado de la obra: cualquiera que os maltrate injustamente. Eso sí, espero de vosotros la máxima entrega e implicación. Si alguien se convierte en un holgazán por estar menos vigilado, no merece estar en esta empresa. Vosotros sois la obra, los que la hacéis posible y los que la vigiláis para que esté a salvo. Sin vosotros, no se levantaría jamás del suelo, aunque yo la soñara cada noche. Vosotros convertís en acción las ideas, en realidad los sueños, en acto la potencia, vosotros sois el cuerpo, el esqueleto y la estructura de esta obra. Ahora necesito algo más: necesito que seáis su sangre, para que circule por ella el agua, pero no que seáis su sangre derramada. Necesito que la hagáis viva, que la sintáis vuestra, necesito que seáis sus ojos para vigilarla y hacerla progresar.

»Y ahora voy a cumplir mi palabra. Mejores condiciones para vosotros. Hablaré con el duunviro, y pactaré con él nuevos fondos para mejorar vuestras condiciones de vida. El trato será mejor y nadie será expulsado de la obra. Os doy mi palabra.

Lucio acabó sus palabras con gritos de adhesión de los trabajadores.

Al terminar, Amal le comentó sin dejar de sonreír:

—Has pactado con la realidad, suficientemente heroico para exigir mejoras; suficientemente védico para no hacer cambios bruscos y permitir que todos los trabajadores se queden. Estoy impresionada, de veras.

Y Lucio sonrió y pensó que la admiración es la antesala del enamoramiento. Ahora debía enfrentarse a Tito, regresar a la cueva del lobo, eso sí, más fuerte y convencido que nunca. Si Amal lo miraba así, ¿cómo podía ser derrotado por nadie?

Lucio volvió a citarse con Tito. Esta vez, el encuentro se llevó a cabo en la plaza pública donde este estaba pronunciando un discurso. La ciudad vivía cada vez con más normalidad las fiestas romanas, incluso la fiesta del Caballo de Octubre que tanto aborrecía Lucio y durante la que se celebraban carreras y se sacrificaba un caballo al dios Marte.

Tito había cogido todas las fiestas romanas y las había adecuado a las características y posibilidades de Segovia. En todas ellas, incluyó discursos que, ostentosamente vestido, profería con toda vehemencia, como un acto de devoción de su pueblo al mejor emperador del mundo, sobre una simple tarima, cerca de la gente y con una aparatosa gesticulación, aparecía sin ninguna protección, porque quería sentir el calor de la multitud y emerger delante de ellos como el portador de la paz, el bienestar y el mayor progreso de esas tierras. Y en el punto más álgido de su discurso, se veía a sí mismo no como un vividor en continuas orgías y ostentosas bacanales, sino como el héroe romano, civilizador y justo, con las mejores virtudes de Julio César: magnánimo, generoso, valiente, clarividente, aclamado por la multitud y padre protector de todos sus hijos. Le parecían otra historia, otra vida, algo completamente ajeno a él los instantes en los que había matado, violado, descuartizado y humillado. Él no trataba así a su pueblo, eran tan solo villanos contra los que ejercía su justicia. No había ni un atisbo de contradicción entre su vida y su imagen pública.

Así, arrogante delante del pueblo, habló de todas las futuras mejoras de la ciudad, las pequeñas, las medianas y las grandes, todas ellas cada vez más sorprendentes y fantásticas, producto exclusivo de su persona y resultado único de su trabajo, empeño y visión.

Acabó su discurso diciendo:

—Toda esta tierra ya no tiene un traje de hierro, se ha vestido de fiesta. Los hispanos y los bárbaros pueden viajar por todas partes, pueden trasladarse de una región a otra, y ya no son vulnerables las puertas de ninguna ciudad, ni los caminos que cruzan estas tierras de norte a sur y de este a oeste. Ya no hay montañas intransitables, ni ríos pavorosos, ni tribus bárbaras inaccesibles; para gozar de la seguridad, basta con ser romano o, mejor dicho, súbdito de Roma. La tierra, Hispania, es de todos.

Satisfecho y con ganas de haber despertado la admiración de Lucio, Tito le preguntó:

—¿Qué te ha parecido mi discurso? ¿Cómo te sientes ante el hecho de que toda la ley, toda la justicia, toda la civilización de Roma se extienda por el mundo?

—¿Qué me parece tu discurso? Que es ahora tan pomposo como cuando fue escrito por Artides de Esmirna para elogiar el Imperio romano.

Una sonora carcajada, más forzada que real, salió de la boca de Tito.

—Efectivamente, el discurso no era mío, aunque el final, la parte de las reformas y mejoras, sí que lo es. Y son mucho más importantes los hechos que las palabras. Lamento que me veas como alguien que se apropia de palabras que no ha escrito, pero estos bárbaros no conocen nada de la cultura helénica. Podría incluso recitar las palabras más famosas de César y no las identificarían. Trabajar en un discurso propio sería darles margaritas a los cerdos.

—Pero no son cerdos sino personas. Hablas de una sola tierra y de la equivalencia de ser romano o súbdito romano, pero los indígenas viven en condiciones que no son dignas de un ser humano. Hablas como un sofista, de una realidad que solo está en tus palabras. Puedes hacer dos cosas para no mentir: decir la verdad o cambiar la realidad para que lo que dices acabe por ser verdadero.

—¿Pero tú los has visto? No son más que bárbaros, peor aún que la plebe: la plebe bárbara. Tienen todos los defectos de su condición y de su origen: no hay ser humano más inmundo en esta tierra. No voy a hacer nada para mejorar sus condiciones, entre otras cosas porque la sociedad es una pirámide y la base siempre es más amplia, formada por esclavos, hombres pobres, mujeres... Y su vértice está reservado a unos pocos. Te aconsejo que respetes a tu familia, hijo de Adramitio, y te adaptes, o que regreses a tu finca en Tarquinia, porque tengo entendido que ya no hacías nada en Roma. Pero olvidemos las rencillas, precisamente te hablo con esta dureza porque no deseo hablarte como un político. ¿Quieres que lo haga? Me sería muy fácil decirte que hace pocos años que tenemos paz y que el bienestar llegará lentamente a todos los estamentos. Que dejemos trabajar al futuro y así podrías seguir viviendo dormido y soñando.

—Entiendo. Hemos hecho de un pueblo guerrero, con su vida digna, no ciudadanos romanos, sino verdaderos desechos humanos: prostitutas encadenadas como si fueran animales salvajes, esclavos en las minas para proveer plata y estaño a Roma. Esto es lo que hace Roma con sus pueblos: eran agricultores y ganaderos y ahora solo son piezas del engranaje de aprovisionamiento de riquezas.

—Acaba tu obra, no eres más que un ingeniero que debe hacer un puente y marcharse. Un puente que se hará con la sangre y el sudor de estos bárbaros y de esta chusma que tú pretendes proteger y que también oprimes.

—De esto vengo a hablar contigo. Quiero que todos los que trabajen en mi obra tengan suficiente comida y la atención médica necesaria en caso de algún accidente. Mis condiciones no son negociables, regresaré a Roma, oficialmente diré que los obreros que me suministraste estaban en unas condiciones lamentables para trabajar y que, sin el material humano necesario, no puedo completar mi encargo. Como ves, la política, que para ti solo consiste en decir lo adecuado a quien es necesario hacerlo, no es un atributo exclusivo del «gran» duunviro.

Tito se quedó pensativo un momento, calculó rápidamente lo que se tardaría en informar al emperador y la nueva orden. Se trataba de otro mal final: un jefe de obras muerto y otro que no podía acabar el encargo. Eran demasiados fracasos, era mejor darle lo que quería, intentar tener una buena relación y olvidarse cuanto antes del tema.

—Muy bien, Lucio, te garantizo, como hombre de honor, que todos los que trabajen en el acueducto tendrán las condiciones que pides.

No había sido necesario que Lucio lo amenazara con revelar su secuestro y el suministro forzado de drogas. Era algo que se guardaba por si le hacía falta más adelante. Tito no podía hacer otra cosa que ceder, porque, si Lucio le denunciaba, se enfrentaría a un juicio ante el gobernador. Si Lucio perdía, simplemente regresaría a Roma, donde el patrimonio familiar le garantizaba una larga y tranquila vida en su villa. Si perdía él, perdía lo que más amaba: su pequeño jardín en el que era amo y señor, el único lugar del mundo donde podía señalar a alguien y hacer con él lo que se le antojase. Su pequeño jardín en donde repartía favores, designaba favoritos, hacía caer a otros en desgracia, designaba cargos y decidía tributos. Mantener ese jardín era más importante que enriquecer a la familia.

Días más tarde, Tito se reunió en secreto con Zayin para hablar del acueducto.

—¿Qué nueva información tienes? —preguntó Tito con familiaridad.

—La secta del Sol tiene cada vez más exigencias. Quieren más reconocimiento, libertad y poder para llevar a cabo sus ritos. Especialmente el de diciembre, el del sacrificio humano.

—Sí, han pactado con Lucio el nombre de los asesinos a cambio de dos hijos de ramera. Ya sabes la estrategia de Roma: máxima libertad, que hagan lo que quieran. ¿Cómo siguen las obras del acueducto? —preguntó Tito.

—Ahora hay una vigilancia extrema, mil ojos lo vigilan constantemente.

Y el tiempo siguió su curso hasta que llegó el día que había pactado con la secta del Sol para entregar a las dos criaturas. Lucio se levantó y se dirigió a la casa de niños.

Atos estaba desesperado, y ya poco le importaba que fuera el peor estoico del mundo. Con gesto inútil e impertérrito le temblaba el labio superior y sus ojos se empañaban de lágrimas.

—¿Cuáles son las más enfermas? —preguntó Lucio.

—Estas dos niñas, pero has de saber que, si no las dices a la secta, no morirán. No voy a decirte que morirán para que te sientas mejor. No morirán.

Sabía que no tenía que mirarlas, que eran solo un trozo de carne, como los muchos que se vertían cada mes en Roma...

A pesar de ello, dudó y buscó la aprobación de Amal. Hubiera bastado con que ella asintiera levemente con la cabeza, entonces ya no habría dudado. Pero Amal permanecía callada y sin ninguna expresión. No encontraba ninguna pista, el más leve indicio de lo que ella pensaba... Impaciente, la cogió por el brazo y la sacó afuera.

—¿Qué quieres que haga? —le espetó—. Nunca había estado tan cerca de los asesinos de mi maestro como ahora...

—¿Quieres vengarte?

—Sí, quiero vengarme y quiero justicia. Que el asesino de mi maestro no se pasee tranquilamente por la ciudad.

—Si de verdad quieres vengarte, deberías hacer un dibujo.

—¿Qué dibujo?

—¿Ves ese muro? —dijo Amal señalando una de las paredes de la casa—. Dibuja a tu maestro, a mí, a Atos, la casa de niños, a Leukón, el acueducto, las obras futuras que harás, tus escritos, los libros que quieres leer, Tarquinia, la música que jamás lograrás tocar, pero que tanto gozas en escuchar...

—Sí...

—Dibuja todo tu mundo...

—También está el mar, tus ojos, de color del mar en la hora más baja, en la hora violácea...

—Sí, dibuja todo tu mundo en él. —Amal no pudo evitar sonreír y sentirse halagada, pero no desvió la conversación—. ¿Lo has hecho?

—Sí...

—¿Quieres coger a las dos niñas y entregarlas? Entonces, este muro que has dibujado en tu mente con todo tu mundo en él tendrás que borrarlo todo... Rostro a rostro, paisaje a paisaje, lectura a lectura, canción a canción, iris a iris... Hasta que no haya nadie más excepto el asesino de tu maestro.

—No puedo... Especialmente, no puedo borrarte a ti.

—Entonces no puedes borrar todo tu mundo por un nombre, el que te indicará al asesino de alguien que no volverá. ¿Dónde está tu maestro en el cuadro que dibujabas?

—En el aire, entre los rostros de los que aún viven.

Meses después, Haros, el líder de la secta, estaba dirigiendo unas palabras a sus devotos:

—Nuestro dios está en la palabra dada, en aquello a que nos comprometemos delante de él. Lucio, el arquitecto patricio, dijo que nos daría a las niñas, pero no fue así. Ahora tendremos que hacer el sacrificio con animales. Pero no importa, nuestro creador nos ve, y sabe que somos sinceros, que no mentimos. Que solo hay una verdad, aunque algunos escojan traicionarla. Lucio está con el diablo blanco porque él mismo ya es un diablo. Por esto, en nuestros corazones solo albergamos la verdad, no tenemos secretos, vivimos a plena luz del día, miramos al sol de cara, abrimos nuestra mente y nuestros corazones a su luz.

»Nosotros no tenemos zonas oscuras en el alma, cosas que no decimos, que no compartimos con los demás. Somos hermanos, hijos del mismo Sol. Por ello, en nuestra secta no hay mujeres. El sol es el símbolo del hombre, igual que la luna lo es de la mujer. Nosotros pertenecemos a los dioses olímpicos, a Helios. Somos fuente de luz, calor, vida pero si nos traicionan, podemos ser fuente de destrucción y de sequía. Amamos la verdad, la máxima sinceridad.

»Odiamos la luna, que está ligada a las aguas turbulentas, a los secretos, a las mentiras, a pueblos lejanos y mentirosos que tienen dioses que adoran la luna, como la diosa Isis. Los rostros pálidos y espectrales como el del diablo blanco son entradas al reino de la muerte. Los secretos son también una entrada al reino de la muerte.

»Y ahora os pregunto, hijos de la luz, hijos del Sol, ¿tenéis algún secreto guardado en el fondo de vuestro corazón?

Y el joven que visitó a Lucio y que fue atado y golpeado por Amal se levantó, con lágrimas en los ojos, con la expresión más valiente, de máxima felicidad, sintiéndose llamado a la más alta misión que jamás había albergado en su vida, gritó:

—¡Yo! Yo tengo un secreto: Fui secuestrado, golpeado y retenido por el diablo blanco. Fui interrogado, y me liberé gracias a la fuerza del Sol, que no permitió que esa mujer me matara.

—Sí, hijo mío, hoy has dado un paso hacia delante, hacia la luz, hacia la verdad. La justicia está de nuestra parte. Hablaremos hoy mismo con el duunviro de Segovia, y sé que ejercerá justicia con todo el peso de la ley romana que nos protege, respeta y no dejará impune su sucia acción.

Unas horas más tarde, Tito ordenó la inmediata detención de Amal. Lucio intentó inútilmente declararse culpable de los golpes al muchacho, de su retención, de la acusación de secuestro. Intentó por todos los medios que no se llevaran a Amal. Pero todo resultó inútil.

Tito, inmediatamente, la condenó a muerte para complacer a la secta del Sol, para

castigar a Lucio, para dar rienda suelta al gozo que sentía al ver el dolor de las personas que no conseguía doblegar.

—No puedo liberarla, Lucio, es imposible —dijo Publio, el gobernador de la provincia, que había accedido a recibirlo sin ningún entusiasmo, puesto que no entendía la urgencia de la petición: no era más que una esclava detenida—. Fíjate... —continuó indiferente, mirando el paisaje, sin prestar una atención especial a Lucio. Toda sociedad tiene elementos débiles, que deben ser sacrificados por el bien de la comunidad. Elementos dispares, disonantes, extraños, cuya desaparición purifica el ambiente.

Lucio escuchaba cada vez más impaciente.

—Se trata de una mujer albina, egipcia, esclava, blanco de los odios de una secta religiosa cuya muerte tranquilizará el ambiente.

—Escúchame... —irrumpió Lucio—. Estoy enamorado de esta mujer. Su pérdida supondría un dolor similar al de perder a mi maestro, a mi mejor amigo. Haré, diré, seré lo que quieras, pero evita que la condena sea a muerte. Si lo haces, estaré en deuda contigo para siempre. Piensa qué puedes querer de mí y lo haré. Todo lo que soy, lo que tengo, lo que pueda conseguir, es para ti. Pero te suplico, te imploro que la salves.

—Ah, vaya, te has enamorado... ¿Así que te estás encamando con la muchacha albina?

—No, no me he ido a la cama con ella. La quiero. No es relevante si nos hemos acostado, ella es mucho más importante que eso.

—¿Estás hablando de concubinato?

—Mi deseo es liberarla y casarme con ella algún día. Si me acepta, si lo desea...

—Ya veo...

—Te suplico que me ayudes.

—No supliques más. Me indigna ver a un ciudadano, hijo de uno de los hombres más ilustres de Roma, suplicando como una mujer por una esclava...

—Pocas cosas están por encima de mi orgullo, pero lo que siento por ella sí que lo está.

—Muy bien. Mis órdenes serán las siguientes. Publio escribió en un pergamino: «Dado que una mujer vale mucho menos que un hombre, que se multipliquen por cuatro los días que tuvo retenido al joven llamado Kaciro. Que los golpes que recibió de la mujer llamada Amal, se multipliquen por diez y que reciba este número de latigazos en la plaza pública. Que se encargue del castigo el propio duunviro de Segovia.» Es mi decisión, intento complacer a la secta, a Tito... Y te proclamo vencedor a ti.

—¡Oh, qué calamidad! —dijo Tito como si un carro hubiera salpicado de barro su túnica nueva porque tenía un enorme deseo de llevar a cabo la ejecución: poner en un saco de piel el mono, el gallo, la serpiente y el perro—. Me hubiera complacido mucho ver el mono desquiciado arañándolo todo, el perro mordiendo, la serpiente picando, el gallo muerto y Amal muriéndose. Pero ella no lo sabe, no sabe nada de la orden del gobernador.

»Quiero que encerréis a Amal en la mazmorra más oscura, más húmeda y más sucia. Quiero también que en esa mazmorra haya cuatro jaulas y que pongáis en cada una un animal. Que una de ellas sea de vidrio para la serpiente, y que se coloque un saco de piel en el medio. Quiero que esté sola en esa mazmorra con los animales y que imagine su triste futuro, que sufra pensando en cómo va a morir. Todo el mundo sabe cuál es mi forma de matar a los reos.

Amal se acurrucó en un lugar de la oscura prisión, sentada y abrazada a sus propias piernas, porque el frío empezaba a incrustársele en la carne, volviendo su piel más blanquecina y compacta. Tenía que moverse. Sabía qué significaban las jaulas: el anuncio de la ejecución ordenada por Tito. Era su última noche con vida, y no podía dejar de pensar en Lucio. Maldecía el hecho de que la última noche no la pudiera pasar junto a él. Hubiera sido su deseo abrazarlo, llorar, reconocer de frente y sin dudas hasta qué punto le quería. Ahora sabía que era con él con quien quería pasar las últimas horas. Lamentaba no poder decírselo y empezó a tejer retazos de recuerdos: cómo vigilaba sus idas y venidas, la forma en que la miraba y, sobre todo, cuando le dijo que no podría borrar sus ojos del lienzo. Sabía que en sus brazos no tendría frío, que a su lado podría coser su alma con la suya, acercarse tanto a su piel que casi podría sentir que la traspasaba.

Sus ojos se cruzaron con los del perro de la jaula, que también se sentía solo y seguramente tenía tanto miedo como ella: no era un animal fiero, era solo un ser resignado a estar hacinado en un lugar tan pequeño. Luego miró al mono que con sus manos cogía los barrotes, con la misma cara de espera resignada. El gallo no podía ni darse la vuelta y la serpiente estaba enroscada dentro del receptáculo de cristal. «A todos nos queda el mismo tiempo de vida», pensó. Llamó al carcelero y le dijo:

—Sé que es mi última noche con vida y que mañana me sumergiré para siempre en el Hades. Solo te pido mantas, agua, algo de comer y que liberes a los animales excepto, lógicamente, a la serpiente.

—Puedo darte agua y liberar al mono y al perro, pero al gallo no, porque podría morir atacado por el perro y mañana deben estar los cuatro intactos para morir contigo. Llénate de pulgas con ellos, pero tengo prohibido darte comida y mantas.

Amal puso el barreño con agua en el centro de la celda. Una vez liberados, el

perro fue el primero en beber, luego lo hizo el mono. La miraron con curiosidad y paulatinamente se acercaron a ella, cada vez más y, al amanecer, estaban los tres juntos, dándose calor y sobreviviendo a la noche más fría y oscura de su vida.

Por la mañana, Tito se acercó con pasos seguros y satisfechos hacia su encuentro con Amal. Pensó en violarla, pero le produjo asco su aspecto albino. Podía hacer que los guardias la violaran, pero no tuvo otro remedio que descartar la idea: Lucio había conseguido salvarle la vida. Era evidente que tenía influencia sobre Publio y se guardaba una baza en secreto: la posibilidad de acusarle de su secuestro y de drogarlo casi hasta la muerte. Violar a la chica era demasiado peligroso. Si tiraba tanto de la cuerda, podía romperla, y ya le había quedado claro que Amal significaba mucho para Lucio.

Al llegar a la mazmorra, lo primero que vio fue a Amal abrazada a los dos animales. Al sentirse observada, inmediatamente se incorporó y acudió a la llamada del duunviro. Estuvieron hablando durante un rato y Tito exigió que le entregara un anillo que llevaba, el último recuerdo que conservaba de su padre, y Amal se resistió inútilmente. A continuación, Tito ordenó degollar a los dos animales delante de ella. Amal profirió un grito de horror: estos la habían salvado de un frío que tal vez la hubiera matado.

—¿No te alegras? Esto quiere decir que no morirás con ellos dentro del saco. Te he cambiado el castigo y deberás estar agradecida el resto de tu vida a mi inmensa clemencia. He resuelto revocar tu pena de muerte y condenarte solo a veinte latigazos. Le diste un solo golpe al muchacho y he decidido multiplicarlo por veinte. ¿A qué hora te apetecería más que te azotara? Escoge. El último recuerdo de tu padre, el gran orfebre, a cambio de poder escoger la hora.

—Al amanecer —dijo Amal.

—¡Oh, lo siento! Será al mediodía, que es cuando quema más el sol.

Amal salió a la plaza justo al mediodía. Suplicó a los dioses del tiempo que ese día de primavera fuera nublado, pero no fue así. La primavera en Segovia es fresca por las noches, pero las temperaturas diurnas pueden ser muy cálidas. Y el peor día de sol había llegado. Amal salió con el torso desnudo, los brazos atados con una gruesa y tosca cuerda de esparto. Y allí permaneció esperando a Tito.

Este se instaló en una tienda de campaña descubierta, lujosa, con manjares y bebidas, y empezó, parsimoniosamente, a comer.

Lucio sintió una necesidad imperiosa e irrefrenable de matarle. Incluso pensó en hacerlo una vez que acabara esa maldita pesadilla. Le hubiera gustado matarle con sus propias manos, lentamente, para ver cómo su cara enrojecía y se hinchaba, cómo salía espuma por su boca, cómo colgaba su lengua, cómo se asfixiaba lenta y paulatinamente y así disfrutar de cada segundo de su agonía. Pero tuvo que aguantar estoicamente la repugnante exhibición de poder, de crueldad y arrogancia de Tito.

La piel de Amal iba enrojeciéndose minuto a minuto. Hacía todo lo posible por mantener la cabeza baja, para que el sol no le hiriera los ojos, pero los brazos atados en alto cada vez le dolían más, porque el nudo estaba demasiado apretado y la piel empezaba a sangrar. Sus labios se iban hinchando progresivamente. Mientras, Tito brindaba lentamente con toda la chusma que veía el espectáculo, haciendo teatro, reverencias, saludos y charlando con cualquiera: lo importante era perder el tiempo.

Finalmente, se dignó ejecutar el castigo cuando ya había dejado que Amal se quemara dos horas bajo el sol. Cogió el látigo y con pasos firmes y movimientos acelerados empezó a fustigarla con una furia digna de sus peores momentos de enajenación mental.

Amal no chillaba, no estaba allí, se había desconectado de su propio cuerpo, tal vez estaba muerta.

Cuando acabó, Tito miró a Lucio y le dijo:

—Y ahora recoge a tu puta, si es que sobrevive. Has de saber que no me la he follado, porque me da demasiado asco, incluso que me la chupe. —Y añadió—: El castigo era de diez golpes según el gobernador pero yo la he azotado mucho más, espero que no sobreviva.

La gente se rio. Las mujeres pusieron cara de escandalizadas y divertidas y los hombres fueron a servirse vino en las diferentes mesas distribuidas por la plaza.

Lucio cogió a Amal en brazos, la cubrió y se la llevó a casa mientras por su rostro, inexpresivo y duro, se deslizaban lágrimas. Si alguien le hubiera preguntado por qué lloraba, hubiera tenido que responder que no lo sabía: el rencor, la ira, la rabia, la humillación estaban presentes, pero, a lo lejos, le hería, hasta lo intolerable, como un puñal en el alma, cualquier sufrimiento de Amal. Tenía en sus brazos a la

persona por quien daría su vida.

Lucio quiso encargarse personalmente y en exclusiva del cuidado de Amal. La sumergió en agua fría para hidratarla, luego en agua más tibia. Luego, esparció cada hora aceites por su piel y vio que, en cada contacto, Amal se estremecía como un animal herido y asustado. A pesar de ello, él lo siguió haciendo, hora tras hora y ella lo toleraba con cara inexpresiva y, de tanto en tanto, asustada.

Amal no dijo nada durante días. Y Lucio, simplemente, permaneció a su lado. Se olvidó del acueducto, del asesino del maestro y de todo lo que no fuera cuidar a Amal y estar junto a ella.

Intentó dormir a su lado, pero Amal le dijo que prefería que lo hiciera en otro diván, que necesitaba espacio para poder respirar.

Localizó todas las llagas de su cuerpo y consiguió un ungüento, una pomada cicatrizante y desinfectante, que le aplicaba cada mañana, tarde y noche después de lavar concienzudamente cada una de las heridas.

Un día, cuando Amal ya estuvo recuperada, pero aún lejos de ser ella misma, Lucio depositó sobre su diván decenas de pergaminos para que los leyera.

Amal leyó los poemas y cartas de amor de Lucio, que le había escrito de su puño y letra desde pocas semanas después de que llegara a su casa. Lucio era delicado en la forma de amarla y rotundo en cuanto a lo que sentía por ella. Eran cartas que hablaban de todo lo que hablan las cartas de amor desde el principio de los tiempos y así continuarán hasta el final: Cómo la echaba de menos los días en que la veía poco, cómo el mundo estaba a trasmano sin ella y cómo los lugares le eran más hostiles. Hablaba de su deseo por ella o lo cerca que se sentía cuando hablaban largas horas. Le explicaba cómo y por qué la admiraba tanto. Y lo hacía con palabras adecuadas y con metáforas y adjetivos fulgurantes. Le expresaba todas las razones que tenía para amarla y que su amor era tan grande que no cabía en las palabras.

Amal cogió todos los pergaminos, los abrazó y leyó y releyó durante horas, durante el resto del día hasta que la venció el cansancio y la noche. Pero, al primer atisbo de vigilia, se despertó de nuevo con la urgencia de seguir releyendo todas las cartas. Las leyó una y otra vez hasta convertir cada una de sus palabras en sustancia de su propia memoria.

A la mañana siguiente, Lucio encontró unos pergaminos para él. Estaban escritos desde el primer día en que ella había llegado a su casa. Amal escribía sus sensaciones, como un instante en que se rozaron la piel caminando, cómo cambiaba la luz cuando lo veía; pero sobre todo explicaba cómo se sentiría cuando lo perdiera y que añadiría su nombre junto al de su madre y su padre. El momento más emocionante fue la última carta, que ya había escrito durante la recuperación, donde le explicaba sus últimos pensamientos durante la noche en que creía que iba a morir,

y que no tuvo ninguna duda de que quería estar a su lado.

Después de tantas cartas, leídas por separado y en silencio, a pesar de que fuera algo embarazoso, debían mirarse cara a cara, desde los cuerpos, porque a diferencia de las palabras, ellos sí que tenían piel, labios y manos.

Lucio sonreía.

—¿Y bien? —dijo con cara de no poder disimular una cierta vergüenza, propia de alguien mucho más joven.

—Te amo, Lucio, pero no sé cómo amarte. El pasado está muy cerca de mi presente. Cuando era pequeña sentía que no era prevista en ningún lugar, pero que a la vez no tenía la posibilidad de pasar desapercibida: llamaba la atención al mismo tiempo que despertaba el desprecio. Añoré a mi madre hasta el punto de sentir que me moría, y a la vez quería morirme por sentir que la había matado. Fui cuidada por esclavas que, sin sentimiento, se ocupaban de mí poco y mal y crecí como una mala hierba del campo. Por la noche me cogía yo misma la mano y me acariciaba el brazo imaginándome cómo sería que alguien me abrazara, me acariciara y me cogiera la mano. Todo lo que he amado es lo que me ha herido: mi madre a quien no conocí, mi padre que me abandonó, el país que me vio nacer y me expulsó. Todo lo que vivo, los días en la obra, esta libertad, el hecho de confesarte mi amor ahora, me parecen vivencias que no son más que sombras que alimentarán mis recuerdos unidos siempre al dolor, al vacío, al exilio, a la nostalgia...

—Yo no puedo regresar al pasado y cuidar a la niña que fuiste, la que perdió a su madre, la que tuvo que huir de su casa por el desprecio, la joven insultada... Solo puedo darte todos mis días y todas mis noches a partir del día que decidas.

—Te amo, Lucio, pero no sé cómo hacerlo.

Las cosas no habían ido como Lucio deseaba: unas palabras, un convencimiento, un abrazo que disipara todas las dudas, un abrazo... El miedo había evitado de nuevo el primer beso.

Pasó el resto del día triste y taciturno. Amal no podía ser una conquista, no podía ir y convencerla, no podía reclamarla, exigirle, pedirle, no podía luchar por su amor. Se ama o no se ama, pero ella decía que le amaba...

Amal estaba bloqueada emocionalmente, se sentía paralizada por el miedo. La posibilidad de amar como nunca lo había hecho iba pareja a la posibilidad de poder ser herida como nunca antes lo había sido y, esta vez, quizá no sobreviviera.

Lucio pasó la noche en vela, pensando qué podría ofrecerle y, por la mañana, tenía una propuesta para ella:

—Amal —le dijo—, te amo incondicionalmente, con tal intensidad que me obligaría a hacer miles de cosas: tenerte, necesitarte, no estar ni un solo día sin ti, conseguirte porque sin ti me falta el aire... Pero sé que no puedo tomarte, obligarte, retenerte, porque además de necesitarte, te respeto y te admiro. Quiero sentir que te

tengo porque tú me tienes a mí. Así que, después de pensarlo mucho, he decidido amarte incondicionalmente. Puedes hacer lo que quieras como, por ejemplo, coger una dotación de diez hombres que te protejan y viajar por el mundo y visitarme una vez al año en Tarquinia. Yo estaré esperándote y la posibilidad de verte llegar un día será suficiente para vivir. Puedes vivir en Tarquinia, en una casa separada, sola si lo deseas. Con solo mirarte y tenerte cerca será suficiente. Si lo que te preocupa es el amor, porque puede dolerte, pero quieres vivir el sexo, puedes tener los esclavos o los amantes que quieras. Sé tú misma y, si puede ser, que una parte de ti sea para mí.

—Necesito pensar, Lucio. Te agradezco la oferta.

Amal pasó el resto del día y toda la noche pensando. A la mañana siguiente, quiso hablar con él.

Lucio se sentía abatido. Miles de veces, como truenos lejanos, consideraba que se estaba rebajando hasta lo indecible, que su forma de amar, en vez de ser valorada, sería despreciada. Le venían a la mente las lecciones aristotélicas de Arístides, sobre la *filia* como el sentimiento entre personas nobles que miran de hacerse bien el uno al otro. ¿Qué bien le haría ella, si todo el amor, toda la incondicionalidad, solo servía para aumentar su vanidad, su poder? ¿Estaba creando una relación cada vez más desigual? Se estaba exponiendo hasta el límite. Pero debía confiar en ella. El amor era un acto supremo de fe, ahora lo sabía.

A la mañana siguiente, Lucio sabía que todo su mundo se reduciría a lo que decidiera Amal. Se sentó frente a ella y la escuchó con la máxima atención, con el propósito de aceptar que, dijera lo que dijese, hubiera decidido lo que hubiera decidido, sería lo mejor y lo único posible, porque salía de su voluntad, de sus querencias, de sus deseos. Y él, por encima de todo, quería escucharla, verla y quererla tal y como en realidad era.

—Lucio, yo te amo, lo que no sé es cómo responderá mi cuerpo. Me siento como un animal herido y asustado. No he recibido caricias, ni besos, me he acostumbrado a que mi piel no haya sido tocada jamás con cariño ni con deseo. En principio, soy incapaz de hacer el amor contigo. Aunque lo deseo, no puedo. El miedo es físico y emocional, a medida que me entregue a ti, sé que también te entregaré todo lo que hay dentro de mi piel...

—Creo que lo que hay debajo de tu piel es azul —dijo Lucio tocándole suavemente el brazo, pasando dulcemente el dedo índice sobre una vena de un azul cobalto, que perfiló delicadamente y, a continuación, besó esta zona del brazo.

Ella se quedó inmóvil por la emoción y por el miedo.

—¿Te parece que empecemos, de modo que te familiarices con mis manos y mi tacto? —dijo Lucio—. ¿Te parece que te dé mis manos y hagas lo que quieras con ellas? Yo simplemente te las doy y me acuesto a tu lado.

Aquella noche, Amal miró las manos de Lucio durante mucho rato, acarició sus

dedos, besó sus nudillos y se las puso en el pecho mientras lloraba, porque jamás se había sentido de esa forma. Lucio sabía que simplemente debía estar quieto, aunque se moría de ganas de acariciarla.

Durante tres días y tres noches, Lucio no se movió del lado de Amal. Realmente no se movió, permaneció inmóvil mientras ella le besaba el cuello, o descansaba la cabeza sobre su pecho, o le ponía las manos en la cara para perfilar sus rasgos. Luego llegaron los besos, estuvieron un día besándose y abrazándose. Y finalmente, cuando Lucio ya pensaba que no podía haber una felicidad mayor, porque estaba tan cerca de ella que no quería que el deseo estorbara la comunicación entre sus almas, ella le dijo que estaba lista y que lo deseaba.

Lucio la amó con todo su ser, con lo mejor de sí mismo. Las caricias, los besos, las miradas, todo resultaba tan profundo y excitante, que era como navegar juntos en un mar de piel, labios, manos, miembros, emociones y sentimientos, con olas cada vez más profundas e intensas, cada vez más rápidas, cada vez más imparables, hasta que la sal que estallaba contra las rocas les inundó la garganta y el cerebro y creyeron morir de amor, de placer, de agradecimiento al mundo.

—Explícame el amor como nunca antes lo hayas hecho —le pidió Amal.

—El amor, el amor... Qué difícil es definirlo y hablar de él, pero lo intentaré. Si te refieres al amor como necesidad, como cuando dices «no puedo vivir sin ti», como un sentimiento que puede albergar dolor, desesperación, celos, drama y la máxima intensidad posible en todos los ámbitos de mi ser, entonces puedo decirte que te amo con este amor que puede ser tan hiriente.

—Te repites, amor mío, y solo callas si te beso.

—Jajajá. ¡Eres tú quien me ha preguntado!

—Sigue, sigue, lo harás igual...

—Si te refieres a que eres la persona con la que más me gusta hablar, compartir una comida tranquilamente, pasear y vivir una vida apacible, confortable y segura, entonces puedo decirte que también te amo con este amor compenetrado, tranquilo y sereno, de haber llegado a casa y no desear apartarme de tu lado jamás.

Amal no contestó, se limitó a mirarlo como al ser más precioso que jamás había conocido y con su máxima ternura empezó a besarlo de nuevo. Las caricias y los besos volvieron a hacerse más profundos y, sin apenas darse cuenta, dejaron de lado las conversaciones, confesiones y deseos. Volvieron a hacer el amor, a estar abrazados y a hablar más tarde, en una circunferencia de tiempo sin principio ni fin, hasta que la vida, o algo parecido, porque así sucede siempre, les impulsaría a abandonar el lecho y a salir al mundo enamorados e imprescindibles el uno para el otro.

Parecía que el mundo estaba justo en su lugar. Uno en el interior del otro, en la piel del otro, en sus ojos, en sus pensamientos y a la vez, ubicados y centrados, orientados respecto a las perfectas coordenadas de la vida. ¿Acaso aquello sería el intensificador de la existencia, la posibilidad de una plenitud de sentido que ambos habían buscado siempre?

Pero persistía la deuda con Arístides. Los cabos sueltos de su muerte seguían pendientes, sin aportar aquella calma que solo ofrece una solución, un nombre. Aquella mañana, mientras Lucio estaba en la obra, Amal se dirigió al estudio del maestro. Hubiera sido fantástico compartir con él todo lo que estaban viviendo. Sentada, miró largamente las paredes y evocó los recuerdos, todo lo que le gustaría decirle. Cruzaban su mente las imágenes de la pasión compartida durante los últimos días, las ganas de ver a Lucio, una cierta impaciencia de él cubierta de alegría, las sensaciones que tenía en su cuerpo, como piruetas de fuego en la boca del estómago, sonrisas que cruzaban su rostro como nubes en el cielo. Revivía el recuerdo preciso de cómo él buscó por su cuerpo todas las cicatrices, las mimó y acarició suavemente, con delicada ternura, tanto con las yemas de los dedos como con la piel de sus labios.

Estaba recordando todo aquello en el estudio del maestro, que tenía una pared pintada con el fresco de un jardín. De pronto, mirando la pared sin enfocar la vista, una señal le hizo prestar mayor atención: tres puntos dibujaban un triángulo en un pequeño espacio de la pared, perfectamente disimulados en el fresco, que imitaba un jardín con naranjos, pinos, palmeras, flores y frutos. ¿Qué hacían tres puntos allá? Sabía perfectamente qué significaban, era una de las marcas de cantero, una de las que tantas veces había analizado para buscar secretas conexiones, un triángulo equilátero formado por tres puntos. Amal se acercó al dibujo con cautela y la máxima atención, como si estuviera a punto de encontrarse con algo que lo podía cambiar todo o no significar absolutamente nada. Golpeó suavemente la marca de cantero dibujada. El sonido era hueco. Lo comprobó golpeando en otros lugares y el sonido era diferente, compacto y sólido. Inmediatamente, cogió un cincel y un martillo y empezó a excavar la zona: la pared cedió y en la cavidad encontró una caja.

Dentro había una nota de puño y letra del maestro, de Arístides.

«Estos. Los únicos que tienen motivos para hacerlo.»



Una nota escueta, pensada para que, si alguien la encontraba, no pudiera entenderla. Pero ella sí: las dos marcas de cantero que señalan directamente a los

asesinos del maestro.

Pensar, pensar, pensar...



Una I, ¿qué es una I? Depende del alfabeto: Dio lugar a la letra griega «dseta». Es la séptima letra del alfabeto hebreo. Y, según el alfabeto fenicio, este signo significa «Zayin», o sea «puñal». Así pues, uno de los asesinos del maestro era Zayin.

Zayin nunca había visto a Amal en ese estado, tan nerviosa, sin escolta, paseando sola por la cantera, preguntando por Taurus. ¿Por qué le interesaba Taurus? ¿Por qué llevaba más de dos horas mirando las marcas de cantero? De pronto, una enorme sospecha se apoderó de él. Miró lenta y detalladamente el acueducto, observó una a una las marcas de cantero y rápidamente identificó la que representaba una cabeza de toro: se refería a Taurus. Amal había encontrado el asesino de Arístides. El maldito Arístides había dejado pistas en las marcas de cantero.

Había que anticipar el día. Había planeado con Tito liberar una serpiente venenosa en el estudio de arquitectura y pensaban hacerlo al cabo de unas semanas. Pero deberían anticipar el asesinato, para que el estúpido descubrimiento de la maldita albina no hiciera fracasar todos sus planes. Esta vez no podían dejarlo en manos de los arévacos, panda de inútiles que ni acertaron en el barco ni en el camino hacia Segovia. Tampoco podían confiar en los seguidores de la secta del Sol, que no habían parado de chantajearlos desde que habían perpetrado el asesinato del maestro. Esta vez, debía hacerlo él personalmente, y sin intermediarios. Tenía que actuar inmediatamente, sin perder tiempo en consultas con Tito.

Habían comprado, procedentes directamente de Etiopía, diferentes ejemplares de una serpiente muy venenosa: la mamba negra, de un color gris metálico, con una boca profundamente negra.

Zayin llegó al taller de arquitectura y se sintió afortunado. Esperó pacientemente hasta que Amal salió del estudio, y se alegró de ver que en la pared había un agujero y una caja. Cuando la abrieran, la serpiente, colocada en su interior, se sentiría amenazada e inmediatamente atacaría a su agresor.

Miró la caja, desdobló la nota de Arístides, con las dos señales: la I de Zayin y el nombre de Tito. Tenía que acabar cuanto antes con Lucio, solo era cuestión de horas que supiera toda la verdad.

Había hecho la operación de colocar la serpiente deprisa e impecablemente, nadie le había visto. Ahora solo le quedaba aguardar.

Amal encontró a Lucio en la casa de acogida, hablando con Atos. Apresuradamente le dijo que estaba segura de quiénes eran los asesinos del maestro: Tito y Zayin. Que el propio Arístides había dejado una nota dentro de la pared, debajo de una señal de cantero.

Al cabo de unas horas, Lucio y Amal estaban en el estudio de arquitectura. Tuvieron mucho cuidado en cerrar la puerta y hablar en voz baja.

—Es tal y como te lo he comentado. ¿Ves este trozo del muro con un agujero y una caja dentro? En esta zona del fresco había tres puntos en forma de triángulo equilátero, una de las marcas de cantero. Dentro de la caja hay una nota de tu maestro diciendo que los dos símbolos nombran a los dos asesinos. Compruébalo tú mismo. Los nombres son Zayin y Tito.

»Zayin con el símbolo de la I, que significa Zayin en hebreo, y Tito por Taurus, el símbolo del toro, que es su nombre.

—¿Cómo has descubierto que el signo del toro hacía referencia a Tito?

—Fui a la cantera y le pregunté a Zayin todos los nombres de Tito por si obtenía alguna información, y al decirme «taurus» vi la vinculación inmediatamente...

Lucio, preso de la excitación y la sorpresa, abrió la caja. Amal de repente se dio cuenta que podía haber puesto a Zayin bajo la sospecha que había descubierto algo importante, tal vez hubiera algún peligro en la habitación, Amal gritó: «¡No abras la caja!» Lucio la soltó, esta cayó al suelo, y que la mamba negra mordiera a Lucio en el tobillo fue una secuencia de tres simples movimientos imparables, una sucesión de causa y efecto, cuyo cuarto y último movimiento conduciría a su muerte.

Amal, con un gesto implacable, capturó la serpiente y la inmovilizó clavándole fuertemente el dedo pulgar al principio del cuello. La depositó de nuevo en la caja y la cerró fuertemente.

—Lucio, mírame. Tenemos unos veinte minutos aproximadamente, incluso más, porque la picadura no está cerca de los vasos sanguíneos principales. Tengo un antídoto en mi cuarto. Ahora, amor mío, sentirás mareo, tos, dificultad para respirar y notarás que el corazón te late cada vez más fuertemente. Si yo no llegara con el antídoto, morirías por asfixia, pero te pido que confíes en mí, que no tengas miedo, que te serenes. Que te concentres en respirar. En pocos minutos estaré contigo. Te prometo que no te va a ocurrir nada.

Lucio apenas pudo decir que sí. A pesar de su voluntad de serenarse, su mirada era de pánico ante la muerte inminente, justo cuando era más feliz.

Zayin esperó cerca del estudio de arquitectura. Al oír el grito de Lucio al ser mordido por la serpiente se retiró a su casa corriendo. Al cabo de media hora, Lucio debía estar muerto.

Ahora solo se tenía que preocupar de la zorra blanca. Una mujer sola, sin amo, sería tan fácil de matar como comerse el puñado de cerezas que tenía frente a él. Se dio la vuelta y sufrió el ataque del frío latigazo de una serpiente salida de las manos de Amal, que le mordió directamente en la cara.

—Esta serpiente es una mamba negra, la misma que has dejado en el estudio. La he dejado descansar un par de horas para que recuperara su veneno letal. El mismo tiempo que he necesitado para dar el antídoto a Lucio y para que se recuperara y pudiera ver el espectáculo de Zayin mordido por su propia serpiente. Valía la pena revivir para no perderse algo tan único y asombroso. ¿No crees?

Zayin no contestó. No daba crédito a lo que estaba ocurriendo.

—La serpiente es un magnífico animal y, como yo, no es tan mala —continuó Amal—. Si no te la hubiera echado directamente a la cara, no te habría mordido. Tienes la mejilla tan hinchada ahora...

—¿Qué has hecho? —preguntó Zayin.

—Lo mismo que has hecho tú antes. Te felicito por poner la serpiente en la caja que sabías que tendríamos que abrir. Por suerte, la serpiente mordió a Lucio y no a mí. ¿Sabes cómo me conocían en Egipto? Como la niña blanca que juega con serpientes. Allí me llamaban «la serpiente blanca». Allí la serpiente blanca, aquí el diablo blanco, porque este color siempre me acompaña. Pero fíjate qué cara tienes, deberías ser tú el llamado Zayin el blanco, Zayin el pálido, Zayin el muerto. ¿Pero ves a Lucio? —Cogió fuertemente su cara sin dudar en clavarle el dedo en la mejilla herida para dirigir su mirada al rostro sereno y sonriente de Lucio—. Está vivo. ¿Sabes por qué? Por este frasquito de aquí. Se llama «antídoto». La niña blanca que juega con serpientes debe tener sus redes por si algún día una de sus amiguitas le obliga a hacer un salto al vacío.

—Dinos por qué matasteis a Arístides. De que fuisteis vosotros, ya no tenemos ninguna duda, y tú también sabes que lo sabemos —dijo Lucio.

—Matamos a tu maestro e intentamos matarte a ti para conseguir buena parte del dinero que se mueve con la construcción de acueducto. De todos los impuestos que se pagan para facilitar su construcción, ninguno llega a Roma. Un decreto del emperador permite que todo el dinero vaya directamente dedicado a la construcción del acueducto. Nunca ha habido tanto dinero y tan poco control. Nuestra idea era hinchar los gastos y desviar los pagos a nuestras cuentas personales. Pero Arístides tenía un control férreo de la contabilidad, y ningún soborno fue posible. Con él

dirigiendo la obra era imposible obtener beneficios. La secta del Sol acabó con su vida por encargo nuestro. Fueron nuestros matarifes, aunque fue un error, porque, al fin y al cabo, habían matado a un ciudadano romano y las amenazas y continuas exigencias fueron cada vez mayores.

Sudoroso y con una respiración cada vez más anhelante, Zayin miró con desesperación el frasco del antídoto. Amal, completamente quieta, miró a los ojos a Lucio y este dijo que no con la cabeza.

Zayin murió en el suelo sacando espuma por la boca en una agonía convulsa, dolorosa y breve.

—¿Y ahora cómo podemos acabar con Tito? —preguntó Amal, cuando a la mañana siguiente Zayin fue enterrado como víctima de una muerte fortuita, debida a la picadura de una serpiente.

—Una posibilidad sería matarlo tal como él mató a Arístides: conseguir unos matarifes y que recibiera el mismo pago por su acción.

—No sería fácil encontrar a alguien que lo matara. Aunque Leukón haría cualquier cosa por ti...

—No, no podría matarlo. No soy un asesino. Siento que hemos matado a Zayin casi en defensa propia. Acababa de pasar, casi había conseguido matarme y en aquel momento lo odiaba, su confesión, su ambición... Es diferente matar que no salvar. Matar directamente, no creo que pueda. Lo sé porque la mirada de Zayin suplicándome el antídoto me acompañará para siempre. Lo hice para protegernos: si él vivía, nos acusaría y juntamente con Tito pondría en peligro nuestras vidas. Tenía que acabar con su poder.

—No debes sentirte mal. Te aseguro que él no hubiera tenido ninguna duda en dejarte morir, aunque sé que no debo compararte a él. Hay personas que, si no las matas y las rematas y las entierras, si las dejas con vida, irán a por ti hasta su último aliento: Zayin era uno de ellos. Si no hubieras acabado con él, nuestra vida correría un grave peligro. Estoy segura de que, como mínimo, yo esta vez estaría en el saco de Tito con los animales.

Aquella noche hicieron el amor más apasionadamente que nunca. Un hálito de tristeza recorría la habitación, por la posibilidad de que Lucio hubiera podido estar muerto. Tenerse, tocarse, sentirse, olerse, tener aún los cinco sentidos intactos, les obligaba a vivirse desesperadamente, porque eran más conscientes que nunca de que el reverso de la vida siempre está al acecho, para que ya nada jamás pueda volver a ser lo mismo.

Por la mañana, Lucio volvió a hablar de cómo se podría arrestar a Tito.

—Iré a hablar con el gobernador.

—¿Estás seguro? No podrás explicar los hechos tal y como sucedieron. No podrás decir que matamos a Zayin y acusarás a Tito con las pruebas vagas de los signos de cantero. No podrás utilizar lo único que de verdad cuenta: la confesión de Zayin bajo amenaza de muerte.

—Ya que no puedo matarlo, intentaré que lo arresten y lo juzguen. No será fácil, pero es el único camino que nos queda: convencer al gobernador. Es todo lo que se me ocurre.

Pasados unos días, el gobernador estuvo de nuevo en Segovia. Lucio había pedido audiencia, una vez más.

—Nos volvemos a ver. Tengo que felicitarte, ya que la construcción del acueducto va bien y los gastos están siendo controlados —dijo el gobernador tomando asiento e invitando a Lucio a sentarse frente a él.

Lucio sabía que tenía poco tiempo, porque las muchas recepciones o cualquier contratiempo podían interrumpir el encuentro con el gobernador. Así pues, quería sacar a relucir la cuestión a la primera ocasión que se le presentara a lo largo de la conversación, y se alegró de que la bienvenida ya diera pie para ello.

—Sí, y de ello quería hablarte. Está bien gestionado a pesar de los esfuerzos de Tito por hacerse con el control económico. Has de saber que me retuvo contra mi voluntad y me drogó con el fin de que le cediera la gestión material de la obra. Y que, más tarde, he encontrado un mensaje de puño y letra de mi maestro que lo señala como su asesino.

—Enséñame la nota de Arístides.

Lucio enseñó la nota con los dos símbolos de cantero.

—¿Dónde pone aquí que Tito mató a Arístides? ¿Cómo pudo apuntar nada, si no volvió de la muerte para hacerlo? Nadie puede escribir «me ha matado este o el otro» antes de que lo haya llevado a cabo.

—Él dice que estos dos símbolos señalan a los únicos que tienen razones para hacerlo. Y la I en hebreo es Zayin y el símbolo del toro hace referencia a Tito, que lleva el *cognomen* de Taurus.

—No estoy para estupideces, Lucio. Este papel no prueba nada, no dice nada, y no voy a arrestar a nadie por una interpretación sui géneris. Lo siento, pero no veo ninguna razón para hacerlo.

—Entonces, arréstalo por drogarme y retenerme e intentar obtener el control económico del acueducto.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace unos meses...

—¿Por qué has tardado tanto en decirlo? Esto ya no tiene ningún sentido, ha prescrito, y no lo puedes probar. Es tu palabra contra la suya.

—Los que me rescataron, Amal y Leukón, tuvieron que entrar a la fuerza y sacarme de su casa, donde casi muero.

—Son tus esclavos, tus sirvientes, no son testigos de valor. Y nadie de la casa, en el caso de que fuera cierto, hablaría en contra de Tito.

De repente, el gobernador hizo con las manos un gesto inequívoco de que se callara, de que no contestara. Se acercó a menos de un palmo de Lucio y le dijo:

—Escúchame bien, porque solo te lo diré una vez: Tito es hijo de un senador romano, y es intocable, ¿entiendes? Intocable. Soy plenamente consciente de sus abusos, violaciones, crueldades, injusticias y robos. Sí, sin duda podría querer apropiarse de los fondos de la obra. Es totalmente coherente con su manera de ser. Pero precisamente ha sido enviado aquí para que pueda andar a sus anchas sin peligro. Es intocable, métetelo en la cabeza. —Y dio tres golpes en la frente de Lucio con su dedo índice—. Además, yo no soy imbécil —siguió diciendo el gobernador—. Sé perfectamente que hay una historia muy turbia en la muerte de Zayin, por una picadura de serpiente.

—Eso es lo que quería decirte, que Zayin fue atacado por una serpiente, que, cuando corrimos a asistirle, ya le había picado y nada pudimos hacer por él. Al final, confesó que Tito había matado a Arístides.

—Insisto, Lucio, se acabó. Es intocable. Y no me hables de Zayin y de la serpiente, porque me sería fácil arrestarte para estudiar el caso. Me parece muy curioso que tu maestro nombre dos culpables y uno de ellos muera al poco tiempo. Te voy a decir lo que vas a hacer y te lo diré una sola vez: dejarás de acusar a Tito a pesar de que sea el asesino de tu maestro o abriré el caso del asesinato de Zayin, pero acusando a Amal. Y esta vez Tito podrá terminar su trabajo y matarla con el saco, las bestias y los vítores de la secta. ¿Te parece bien el pacto: te callas y lo dejas, o muere tu chica?

—Puedes hacerlo porque tienes el poder, pero no estás siendo justo. Si Zayin murió fortuitamente, no lo veo injusto porque era un asesino y matar a un asesino tiene una importante justificación. En cambio, tú has vulnerado las leyes de la ciudad porque has permitido que sea intocable un hombre necio, cruel, despiadado, irracional, un ladrón y un asesino. Sócrates murió por defender las leyes, a pesar de ser injustas, porque creía en una legislación que estuviera por encima de los egoísmos, de la voluntad de los hombres, y que apoyara el bien común. Tú no estás a la altura de tu cargo, quizá te resulte práctico, quizás obtienes ventajas, pero estás corrompiendo el mundo. Lo conviertes en un lugar sin normas, lleno de privilegios, donde hombres buenos e inocentes como Arístides mueren sin que el culpable, sabiendo quién es, sea juzgado. Tú, que pasarás a la historia como un gobernador sabio y justo, en realidad no eres más que un pobre desgraciado incapaz de doblegar a un hombre por la triste razón de ser hijo de quien es. Hoy he dejado de creer en vuestros rectos principios, en vuestras bocas llenas de palabras falsas. No hay ninguna diferencia entre tú y Tito, porque tan culpable es quien comete atrocidades como quien consiente que así sea.

El mundo no se había parado cuando había muerto su maestro. Tampoco lo había hecho cuando pegaban a Amal y parecía que le arrancaran la piel del cuerpo. Tampoco se pararía ahora que sabían quién había matado a su maestro. Allí estaba el asesino, impune y feliz, con sus orgías, sus abusos, su pequeño templo lleno de arbitrariedades, favoritismos y castigos azarosos.

La construcción del acueducto continuaba según los planes marcados, según los diseños realizados. Seguía su ritmo sin un tiempo determinado que podría oscilar entre una y dos décadas.

Lucio intuía que su tiempo en Segovia se estaba terminando. Había llegado hasta donde era posible: había descubierto al asesino de su maestro, pero poco importaba, porque ni nada ni nadie parecía poder arrestarlo y condenarlo. Es más, si ahora Tito muriese, él sería directamente acusado.

Le llenaban de rabia y de impotencia todas las molestias que se había tomado Arístides, introduciendo nuevas marcas para señalar directamente los nombres de los asesinos. Había llegado el momento: Lucio quiso saber cómo había muerto su maestro.

Leukón le explicó que lo encontraron con los brazos y las piernas cortadas, enterrado en una especie de nido de hormigas gigante. Lo habían dejado morir a pleno sol y con miel en el rostro para que lo cubrieran los insectos.

Aquella noche, Lucio lloró de nuevo a su maestro como si Arístides acabara de morir.

A la mañana siguiente, le dijo a Amal:

—Mi tiempo en Segovia ha terminado. Lo que tenía que aprender ya lo he aprendido, ya he conocido a quien tenía que conocer —dijo mirando con una sonrisa de complicidad a Amal—. Aunque de nada haya servido, también he descubierto a quien tenía que descubrir. Lo que tenía que construir ya está edificándose. Ocupémonos por un tiempo de otras cosas. ¿Te parece?

Amal contestó:

—Mi casa está allí donde tú y yo estemos juntos.

—Vayámonos, pues, de Segovia antes de que llegue el otoño. Viviremos en Tarquinia y visitaremos Roma, sucia, ruidosa, pero indiferente al mundo, el único lugar donde ser albina es absolutamente irrelevante.

—Háblame de Roma y de Tarquinia, de la vida que nos espera...

Lucio fue explicando a Amal todo lo que recordaba de su casa y de sus tierras. Además, le confesó que, aunque a él Roma no le gustaba, quería redescubrirla a su lado. Y así se durmieron, sintiendo que aquellas tierras ya pertenecían al pasado.

—No puedo ir a las fiestas de las *Liberalia*, no me apetece el barullo y, menos aún, ver cómo el asesino de mi maestro pasea orgulloso e impune a todos los castigos...

—Lo sé, pero el gobernador ha accedido a que nos vayamos dejando la obra bien proyectada, a cambio de una cierta imagen de normalidad. Que te vayas, pero simulando que amas estas tierras y a su gente. Para ellos, la imagen pública es fundamental: aparentar que no ha habido problemas, que simplemente regresas a casa porque quieres acabar otros menesteres...

—Claro que la amo. Una parte de mis raíces está aquí, se queda Atos y la casa de acogida, es el lugar en donde te he encontrado... Pero no creo que pueda soportar la visión de Tito haciendo uno de sus discursos y tener que aguantarlo sin poder hacer nada, sabiendo como sé ahora que mandó matar a mi maestro.

—No puedes actuar contra él, sería cambiar nuestra vida por la suya. Matar a Tito supondría nuestra muerte. En la vida a veces se gana, otras se pierde, y hemos perdido. Contamos con cierto favor del gobernador: nos perdona la muerte de Zayin y nos deja partir a cambio de una apariencia de naturalidad por nuestra parte. Hagámoslo fácil, Lucio. Un nuevo y resplandeciente principio nos espera fuera de estas tierras. Cerremos como podamos esta etapa, llena de injurias y de justicias jamás cumplidas. Así es el mundo, así es la política, así es el ámbito público. La verdad no obliga a los ejecutores de la ley a hacer justicia. Conocer al asesino no significa condenarlo. Pero está bien que sepamos quién es, que no te atormente su búsqueda, que sepas cuál es su rostro. Saber, en el fondo de ti mismo, que si hubiese una forma de condenarlo, tú la hubieras descubierto y ahora no andarías tranquilamente por Segovia...

Así, Lucio se tranquilizó y pasearon por las calles de la ciudad que celebraba las fiestas dedicadas a la fertilidad y al vino: de nuevo, los sacrificios, las procesiones y, en esta ocasión, las canciones obscenas dedicadas al dios Baco. Las calles eran una exaltación de vino e hidromiel. La música acompañada llenaba los espacios de una ciudad forzada a divertirse.

Una vez más Tito, satisfecho y ejerciendo de *pater familias* de toda Segovia, se dirigió a Lucio con un efusivo saludo y le dijo, susurrándole:

—Tú has perdido a un maestro, yo he perdido a un familiar, Zayin. También perdí a mi esclavo Atos por dejarme seducir por tus palabras.

—Tienes suerte de que ame mi vida, porque si esta no me importara, acabaría ahora mismo contigo. Voy a irme de Segovia en silencio y sin poder denunciar tu crimen, pero no compares la pérdida de Zayin, que había intentado matarme y que junto a ti mató a Arístides, con la muerte de un hombre honrado que no permitió que te lucrases con dinero público.

—No dar su tajada al verdadero amo de Segovia es quizá más inapropiado que intentar matar a un pobre diablo como tú.

—Aléjate de mí, Tito. Te condeno a vivir con recelo y miedo a partir de ahora. Cuando esté en Tarquinia, buscaré la forma de matarte. No lo dudes: un accidente, una muerte fortuita... La posibilidad de morir te acompañará desde ahora y para siempre. Evita caminar por calles solitarias y, si lo haces, mira siempre para atrás. Me reservo el día de matarte como el triunfo supremo de la justicia al que no renuncio.

Tito lo miró con miedo. Sabía que no mentía, pero ya pensaría en ello en otro momento. En principio, podía evitar cualquier amenaza a cambio de incendiar la casa de acogida de niños con Atos dentro. Exacto, mientras hubiera algo tan valioso para Lucio como la casa de niños, no tenía que preocuparse. Alzó la cabeza, feliz y satisfecho de descubrir las debilidades de su adversario con tan poco esfuerzo. Desechó el miedo y se dirigió a la tarima para proferir su discurso. Ataviado con joyas y una túnica púrpura, profusamente perfumado, parecía la ostentación hecha carne.

—Pueblo mío, hoy no sois mi pueblo, sino mis amigos y mis hermanos. Mientras el navío está a salvo, es el momento en que el marinero, el timonel y el resto de la tripulación muestren su empeño y tengan cuidado de que no zozobre por malicia o negligencia. Pero también debemos descansar y celebrar la vida.

Lucio no se lo podía creer, estaba falseando las palabras de Demóstenes en su *Tercera Filípica*. Aquel fragmento, textualmente, acababa con «pero si el mar ha superado al navío, entonces cualquier esfuerzo es inútil» y, en cambio, él lo había acabado con «debemos descansar y celebrar la vida». En sus manos todo se tornaba banal y absurdo.

Las palabras no pronunciadas de Demóstenes explicaban exactamente cómo se sentía él. El mar le había superado, el navío zozobraba por la malicia de Tito y todo empeño era inútil.

Cogió a Amal por el brazo, ella le devolvió el contacto con una caricia y una sonrisa amorosa y abierta, un beso y un cariñoso apretón de mano. El rostro de Lucio, endurecido e inexpressivo, estaba surcado por las lágrimas.

—Volvamos a casa, Amal.

Mientras regresaban con la mayor de las impotencias, de pronto se oyó un tumulto, gritos, gente corriendo en todas direcciones. Alguien chilló y de lejos oyeron un grito: «¡Han matado a Tito! ¡Han matado a Tito!»

Justo antes de su muerte, Tito declamaba su filípica manipulada, gesticulando con sus manos enjorjadas, sin darse cuenta de que miembros de la secta del Sol se percataban del anillo que llevaba. Un anillo de orfebrería con la luna y la diosa Isis, el símbolo más odiado por ellos: Tito era un demonio.

Empezó a correr la voz de «estamos gobernados por el mal» entre los miembros de la secta. Uno de ellos, el más osado, que deseaba llevar a cabo un sacrificio mayor, atravesó con el golpe certero y seco de una lanza el tórax de Tito.

El duunviro miró la empuñadura que le emergía del pecho. Incrédulo, cayó de rodillas y su cuerpo quedó bañado en un charco de sangre. Su último pensamiento fue el absoluto desconcierto por perder de golpe, sin motivo y por sorpresa, la vida.

—Creo que puedo explicarte lo que ha ocurrido con la muerte de Tito —dijo Amal—. Para ello tengo que remitirme a tiempo atrás, a la primera agresión de la secta del Sol. Me pegaron y me llamaron hija de Isis, símbolo lunar egipcio de la feminidad. Sabes que la luna es la antítesis del sol y está ligada al culto de las aguas. Se identifica negativamente con Hécate Trivia y con la medusa Gorgona, cuyos cabellos se asocian a los rayos lunares. Su rostro pálido y espectral, como el mío, es considerado una de las entradas al reino de los muertos: el diablo blanco. No hay nada que la secta del Sol odie más.

»Me habían atacado por ser mujer albina, por mi palidez y por pertenecer al reino de la luna, al reino de lo oculto, la antítesis del sol. Me atacaban por ser yo misma. El camino que me marcaban era evidente: odiarme por ser como soy: por ser mujer, albina, egipcia, culta y por estar viva. Y ocurrió lo contrario: agradecí ser quien era, porque era el único punto de partida que tenía, no podía ser de otro modo. Aceptar la visión que de mí tenía la secta del Sol significaba hacer mío su rechazo, cargarme con la inmensa culpa de ser quien era. O me aniquilaba o hacía todo lo contrario, y esto fue lo que hice: pedí a mi padre un anillo de orfebrería, ricamente trabajado, con la imagen de Isis, con la luna, es decir, con todo lo que ellos odiaban porque, sobre todo, quería que fuera una afirmación de mí misma.

»Mi padre lo hizo en memoria de mi madre, con la condición de que jamás me lo pusiera, porque, si lo veía la secta del Sol, seguramente acabaría con mi vida. Pero confeccionó el anillo y lo guardó encerrado en una caja.

»El día en que me ofreció a ti como esclava le pedí que me diera el anillo y no pudo negármelo. No sé si lo recuerdas.

Lucio asintió.

—Cuando ocurrió el incidente con el joven de la secta, sabía que tarde o temprano me detendrían. Por ello, elaboré un plan: llevar el anillo encima y, en el momento en que vinieran a detenerme, ponérmelo. Morir con él sería mi última reivindicación: Recordar hasta el último instante no solo quién soy, sino quién deseo ser. No negarme a mí misma nunca, ni en el último momento.

»Pero mis planes se truncaron. Tito vino a visitarme la madrugada que creía que sería la última de mi vida. Se fijó en el anillo y me lo arrebató.

—Sí, sé hasta qué punto le gustaba enjoyarse y aparentar.

—Pues eso fue —prosiguió Amal— lo que le condujo a la muerte. Sin saberlo, se estaba adornando con un signo capaz de despertar los peores instintos de la secta. Representa todo lo que odian. Por ello, mientras Tito profería su absurdo discurso, pensando que era el hombre más amado, una corriente de indignación penetró uno a uno a todos los miembros de la secta, hasta que alguno de ellos arrojó la lanza a corta

distancia de Tito y le hirió de muerte.

—Pues, gracias a este gesto imprevisto, surgido del impulso del odio momentáneo, por fin se ha hecho justicia.

Se había restablecido el orden: Tito y Zayin estaban muertos y los principales miembros de la secta del Sol serían crucificados para pagar con su vida la muerte del duunviro. La secta, después de este incidente, sería desmembrada hasta quedarse sin futuro.

Faltaban aún más de diez años para acabar el acueducto, y tal como tenía previsto, había llegado el momento de marcharse. Lucio dejaba directrices claras e instrucciones precisas para acabar el monumento, por lo tanto, había llegado el momento de regresar a Tarquinia. Ahora sí, en paz y con la tranquilidad de que los asesinos de su maestro habían pagado con su vida una muerte imperdonable.

Letras escritas en Tarquinia, en el día décimo antes de las calendas de agosto del año DCCCXXXI desde la fundación de Roma.

Querido Atos:

Van pasando los años, pero recibo puntualmente tus cartas. Te escribo, como sabes, justo después de leerlas y siempre conservo la sonrisa por todo lo que me comentas.

Los proyectos se revelan acertados o no, en función del paso del tiempo. No es suficiente proyectar, pensar, imaginar, porque es en la realidad de la propia vida donde las ideas adquieren su definitiva validez.

Así, un buen ejemplo ha sido la idea de la casa de acogida, que ha resultado ser válida: es posible un lugar prácticamente autónomo, dedicado a la cerámica, donde algunas personas tienen un futuro diferente a la muerte, la prostitución o la esclavitud.

Sí, lo sé. El mundo es un lugar lleno de criaturas abandonadas, hambrientas, forzadas a trabajar y a malvivir. La casa de acogida apenas es una anécdota en la terrible vivencia del horror que cubre el mundo. Parece que no nos es dada la posibilidad de cambiar la realidad de la faz de la tierra, aunque podemos mejorarla un poco. Tenemos el deber de morir un poco menos necios, después de haber contribuido en algo. Y aunque solo salves una vida y le des otro futuro, ya estás cambiando completamente el destino de alguien. No se nos pide más, puesto que tampoco podemos hacer más. Pero este poco, este casi nada, puede ser mucho, muchísimo, para alguien y vale la pena persistir en el esfuerzo, te lo aseguro.

Me vuelves a preguntar cómo sigue nuestra vida en Tarquinia y, de nuevo, como siempre, te diría que la felicidad, en caso de existir, debe de ser esto.

Lucio está ensimismado en sus libros y escritos, que comparte apasionadamente conmigo. Eso nos convierte en compañeros de estudios y trabajos.

Yo, por mi parte, tengo mis propios desvelos intelectuales. Me siguen interesando la naturaleza y la cosmología. Tengo un profesor astrónomo, y puedo confesarte que aprovecho con mucho más tino al profesor de música. Me gusta pasear por el campo, con una tablilla donde anoto todas las características de los seres vivos con los que me encuentro: un insecto, un pájaro... los dibujo con el máximo detalle que sé. Así que tengo un estudio lleno de plantas y flores, hierbas medicinales, algunos embriones de animales conservados en miel clara. Y la naturaleza sigue allí, con sus nubes con tantas formas posibles. Y de noche también salgo a visitar las estrellas y el viento, y miro la bóveda celeste y me pregunto por todos sus misterios.

Inmersos en este día a día que va desde el estudio a la administración de esta pequeña ciudad en miniatura, me atrevo a decir con cierto rubor que, cuando anochece, nos seguimos mirando como la primera vez que nos besamos, y nuestras pieles se encuentran como las piedras imantadas por la tormenta, como el peso de todos los lugares del mundo hacia el centro de la tierra.

Y luego está Roma, el lugar donde deberían nacer todas las personas diferentes, pues es el único lugar donde no lo son. Allí, la libertad triunfa y lo exótico convive con las tradiciones ancestrales. Puedo pasear y hacer algo verdaderamente necesario y vital para mí: poder ver sin ser vista. Nunca antes me había sentido tan libre, porque el mundo me ofrece todas sus riquezas sin observarme ni juzgarme.

Los libros, el arte, las conversaciones en el foro, la compra de cuanto me apetece o necesito, se hallan a pocas millas de casa.

Roma es tal y como la soñaba: una ciudad que aglutina y que supera otras grandes ciudades que no llegaron a ser tan libres como ella: ni Alejandría ni Atenas.

¿Sabes lo que es pasear por sus calles y de repente pararte para escuchar gente de tierras lejanas que explican cuentos antiguos? Apartarte del tumulto que observa un combate, dejar a un lado los vendedores de utensilios de cocina y escuchar a los escritores públicos. Y luego los magos, los títeres, los encantadores de serpientes, el teatro de sombras y siluetas. Adivinos,

malabaristas, bailarinas... es imposible no sentir la libertad y la música, la fiesta de sus calles.

Crece la vida en Roma y también lo hace dentro de mí. Cuando ya creíamos que era demasiado tarde para ser padres y no nos importaba, tuvimos la sorpresa de que estoy esperando un hijo. Sé que será nuestro primer y último hijo, pues es como un regalo tardío e inesperado.

Espero que sea una niña y que pueda aprender, con los mejores maestros venidos de lejos, nuevas teorías sobre el ser humano y el mundo. Quiero que sepa filosofía y que sea capaz de discutir con argumentos, de defender sus opiniones y, sobre todo, de ser justa. Deseo que aprenda de Roma la libertad y la tolerancia y que Roma sea su maestra para alejarse del fanatismo.

Mi proyecto es tener una escuela en casa, con niños recogidos de la calle, con quien nuestra hija juegue y se relacione como una más, para que no se crea ni menos ni más que nadie.

Espero que todos nuestros bienes un día sean suyos y que no tenga que casarse con nadie para conservarlos o ampliarlos. Los tiempos avanzan, estoy segura de que podrá ser, como mínimo, tan libre como lo soy yo.

Sí, Atos, te lo tengo que reconocer: solo es posible la solución creada por un pequeño número de elegidos. Solo así se puede escapar de todos los peligros de la sociedad: el fanatismo religioso, la falta de escrúpulos del poder y la política, el resentimiento de los vencidos, la miseria de tantos...

Con nuestra vida tal vez sea viable crear un mundo con un muro que aleje todos los peligros, donde se concentre lo mejor que ha creado el hombre. Eso sí, con puertas para entrar y salir de forma segura, ir a por tesoros y regresar al propio jardín.

Me gusta que estemos lejos del favor de la fama, de los grandes logros, del reconocimiento. Algo que, como en el caso de Apolodoro, puede acabar en un instante porque los fervores siempre van unidos a los odios. Quien te alza tan alto puede derribarte en un solo instante.

Es mejor vivir lejos del poder de los grandes hombres, no estar a la merced de sus caprichos, sin ser sometidos a su orgullo y vanidad, no permanecer a su lado como meros instrumentos. Estoy segura de que los futuros emperadores no querrán grandes arquitectos para llevar a cabo las mejores obras sino para que reconozcan su talento y les adulen, como Apolodoro, que tendrá que trabajar para emperadores que le harán decir que son mejores que él mismo.

Para terminar, me inspiro en el gran poeta Horacio: feliz yo que lejos del mundo, junto a mis amores, amo y finalmente soy amada, en este pequeño lugar donde todo está presente en la medida de nuestras necesidades.

Te adjunto un pequeño regalo, he redactado para ti algunas de las lecciones de Arístides a Lucio, tal y como creo que sucedieron, espero que las disfrutes y logres transmitir sus conocimientos a todas las que trabajan y viven en paz en la casa de acogida.

AMAL

Trece lecciones de Arístides

1

Nemo athleta sine sudore coronatus

(Nadie es coronado atleta sin sudor)

Lucio se dirigió al que había de ser su maestro en los próximos años. Estaba tumbado, tomando el sol. Por un momento le pareció encarnar la famosa leyenda de Alejandro Magno y Diógenes. Él se acercaría y le diría: «Te daré todo lo que tengo con tal de que me enseñes», y el maestro le pediría una sola cosa: «Apártate, pues me tapas el sol.»

—Y bien, ¿qué deseas saber? ¿Quieres ser ágil y fuerte como un atleta? Te llenaré de buenos alimentos y te haré correr largas carreras, hacer lucha libre y aumentar tu musculatura.

—No, no deseo ser más alto ni más fuerte. Tan solo pretendo conservar la salud a través de la moderación en la alimentación y el ejercicio.

—¿Quieres aprender retórica? Te enseñaré a proyectar la voz, te llevaré a la playa y, tal y como hizo Cicerón en la escuela de Apolonio Molón, aprenderás a declamar contra el ruido de las olas y del viento, que es lo más parecido al murmullo de la masa.

—No, no me interesa poseer el estilo enrevesado y lleno de florituras de Quinto Hortensio, ni la gravedad de los estilos más austeros. Estoy más interesado en lo que digo que en cómo lo digo, estoy más interesado en aprender que en convencer, estoy más interesado en estar conmigo que en seducir a la plebe.

—¿Qué quieres aprender, entonces? Pensaba que querías ser abogado y dedicarte a la política. Ahora la mayoría de los jóvenes parecéis estar especialmente interesados en este ámbito.

—Quiero aprender arquitectura para construir el mundo y ética para construirme a mí mismo.

Entonces Arístides abrió los ojos, se incorporó y pensó: «Llevo mucho tiempo buscando a un auténtico alumno, seas bienvenido, Lucio Antíoco. Quién sabe si contigo llegaré a convertirme en el verdadero maestro que aspiro a ser y que ningún alumno ha sabido extraer de mí mismo.» Pero se limitó a decir: «Has escogido un doble camino, a cuál más arduo, es propio del hombre prudente no ser ambicioso con el fin de obtener triunfos tangibles. Seas atleta, orador, abogado, político, maestro de obras o filósofo, solo hay un camino: nadie es coronado sin sudor.»

*Vixere fortes ante Agamemnona multi***(Vivieron muchos héroes antes de Agamenón)**

—Empecemos por la ética, empecemos con Homero. Homero cantaba a los héroes, héroes como Aquiles. Nada o casi nada podemos aprender de él ya que nosotros somos humanos. ¿Consideras esta afirmación correcta?

—La considero correcta, maestro.

—Te equivocas, cualquier hombre tiene algo de héroe. Este héroe habita en las altas ideas que tienes de ti mismo, cuando te imaginas realizando grandes gestas, logrando lo que quieres, cuando nada ni nadie se opone a la justicia que impartes y, en tu mente, el mundo es tal y como debería ser siempre.

—Pero el mundo no es así, está lleno de dolor, errores, injusticias...

—Entonces debes aprender de Homero a mantener dentro de ti estas ideas heroicas sin que se debiliten por la realidad. Conserva esta parte de ti intacta, si no, acabarás siendo un cínico. Un cínico no tiene ideales, solo suciedad y pobreza, viven como perros cuando podrían vivir como hombres. Fíjate que se puede explicar la historia del hombre de dos maneras: como una sucesión de horrores, de crímenes, de sangre; o se puede explicar por sus más magníficos logros en la arquitectura, el arte, la literatura, en sus acciones llenas de justicia y generosidad. El ser humano siempre ha tenido dos caras como las monedas, es el único animal capaz del mayor bien y el mayor mal. El bien más ideal, sus acciones más excelsas son las que forman parte de nuestra naturaleza heroica.

—¿El ejemplo que has puesto es de Diógenes de Sínope, que vivía dentro de una cuba de vino, sin nada, y solo pretendía que lo dejaran en paz? —preguntó Lucio más para demostrar al maestro que era un alumno aplicado que para cerciorarse de que la respuesta era la correcta.

—Sí, de él, pero incluso de Diógenes tenemos cosas que aprender, pero no hoy. Hoy nos centraremos en Homero. Homero nos enseña que somos lo que hacemos, que al final seremos conocidos por nuestras obras. Por tanto, la ética no halla su fuerza en la reflexión, ni en explicar las vivencias, sino que se manifiesta en las actividades que llevamos a cabo. Con Homero podemos hacer que nuestra vida entre en la historia con la fuerza del mito, que los días que vivimos, que el tiempo, arranque de nuestra naturaleza más recóndita las posibilidades que solo se abren con los sueños y se impulsan con el deseo, aquello que nos convierte en héroes, aunque no seamos hijos bastardos de un dios. Bueno, no sé si es correcto en tu caso, puesto que tu padre es casi un dios en Roma...

—Homero nos enseña a ser tal y como nos soñamos...

Con aquella frase, Lucio acababa de eludir hablar de la fama de su padre, y Arístides, hombre atento y gran conversador, cogió al vuelo aquel leve indicio para no insistir en el tema.

—Sí y solo si mantenemos la mirada alta cuando nos vemos. Pero ¿qué es lo que no debemos aprender de Homero? Jamás debemos creer, como él piensa y defiende, que la guerra es la esencia del hombre, su verdadera naturaleza. En este aspecto Homero estaba totalmente equivocado. La guerra no es el estado natural del hombre, solo lo es la paz. Me refiero al hombre que es un verdadero hombre, no una bestia sanguinaria. La guerra no es ni un camino para llegar a la paz, porque ya no hay paz posible con tantas heridas abiertas. Cuando un hombre mata a un niño, a una mujer, a otros hombres, si incendia un poblado y contempla con satisfacción sus cuerpos en llamas corriendo hacia ninguna parte... entonces, ese hombre deja de ser un hombre. No me preguntes en qué se convierte, pero deja de ser aquello que era. Y no solo el asesino deja de serlo, también dejan de serlo las víctimas y los ultrajados. Un hombre que sufre cómo matan a su familia, cómo destruyen su vida... entonces ya es solo una herida viva, una herida abierta que no se curará mientras viva. De su enorme nafta pueden surgir todos los tipos de personalidad enferma imaginables: seres de una profunda tristeza o vengativos y crueles o, como también acostumbra pasar, seres locos y risueños. Hay quien no ha vuelto a hablar jamás, otros que han partido con las ropas que llevaban, dejando atrás todo lo que perdieron y se han convertido en vagabundos errantes, viviendo de lo poco que podían pedir o robar. Reconocerás a los hombres que han vivido una guerra porque están como perturbados, con la mirada vacía, te miran, pero sin verte o tal vez mirando hacia otro lado, hacia su propio interior, hacia un recuerdo, o hacia una visión que les persigue. Todos han vivido una experiencia tan alejada del orden natural de las cosas... que no sabes si conocen un secreto que no se puede revelar o simplemente se han ido de nuestro mundo para siempre. Creo que han conocido una verdad que al serles revelada les ha disuelto. Como el mito de Orfeo y Eurídice. Orfeo solo puede salir del infierno con su amada Eurídice, a condición de que no gire la vista para verla en ningún momento, pero lo hace en el último instante, cuando cree que ambos han logrado dejar el infierno atrás, ignorando que a ella aún no le ha tocado la luz del sol, y se disuelve en el aire, esta vez ya, para siempre. De la misma manera, hay verdades que si las miramos nos disuelven como hombres irremediamente. La guerra nos hace saber algo que ya no nos deja volver a ser los mismos, que nos perturba hasta la muerte. No sé cuál es esa verdad, no quiero que la tengamos que averiguar nunca, que nadie nos obligue a mirarla de frente y convertirnos en sal, en piedra, en aire, sea como sea, en algo que ya no es ni sangre, ni piel, ni huesos.

—Creo que sé a qué te refieres: la transformación que sufren hombres decentes

antes de la guerra, que vivían en sus pueblos de la agricultura o la ganadería y que ya jamás han vuelto a ser los mismos.

—Aristides asintió con la cabeza y prosiguió su lección:

—Homero también ve en el reconocimiento, la admiración, la fama, la única manera de superar a la muerte.

—Superar a la muerte... y eso, ¿cómo se consigue?

—Según Homero, si sigues en la memoria de los hombres, y esto es posible especialmente gracias a las hazañas militares. Pero se equivocaba: detrás de cada gran victoria militar hay cientos, tal vez miles de hombres, mujeres y niños que han perdido la vida o que, como te he contado, han visto cosas tan terribles como la muerte de sus padres y el ultraje de sus madres. Los hombres en la guerra se preguntan por qué en mala hora nacieron. Nadie debería vivir una guerra. Incluso no deberían vivirla los pobres elefantes de Aníbal, capturados y muertos contra su voluntad con el fin de atemorizar a sus enemigos por ser unas bestias nunca vistas. ¿Nunca vistas por parte de quién? De Roma, porque ellos llevaban miles, tal vez cientos de miles de años viéndose mutuamente en fraternal alegría. Aníbal no consiguió derrotar a Roma, pero cartagineses y romanos murieron y sufrieron lo que ningún hombre debería vivir y sufrir. Nadie gana una guerra, tal vez los gobernantes que obtienen nuevas y enormes riquezas.

—Entiendo entonces que Homero se equivocaba, puesto que morimos igual, recordados u olvidados. Ser recordado no es llegar a ser inmortal. El tema de la guerra y su horror me lo has explicado largamente y entiendo que es la más horrible de las experiencias. Has logrado que, a diferencia de mi padre, no me aliste jamás, por suerte la Pax Romana me lo permite. Pero mi padre vivió guerras, no sé si él era un perturbado, más bien diría que era un estudioso...

En aquel punto del diálogo quería hablar de su padre. Así pues, Aristides aprovecharía su súbito interés para no eludir el tema.

—Tú no llegaste a conocer a tu padre y yo solo conocí al hombre público que debía a su carrera militar no solo sus riquezas y honores, sino a todo lo vivido y a todo lo logrado, un pasado de gloria que le permitió acabar sus últimos años como estudioso. Debía demasiado a su carrera militar para renegar de ella sin renegar de sí mismo. También es cierto que desde los puestos de mando no creo que se viva igual una guerra, aunque no dudo de su valor ni de sus mil méritos, vamos a pensar que fue uno de los pocos afortunados que no quedó perturbado por ella, toda norma tiene su excepción.

Aristides sabía que estaba tocando un tema espinoso, le estaba haciendo al joven un marcado alegato a favor de la paz, cuando su padre era un reconocido militar, así que cambió de cuestión.

—Pero volvamos al tema de «seguir vivos a través de un recuerdo». ¿Qué es un

recuerdo? Un reflejo borroso de alguien que nos conoció u oyó hablar de nosotros. Un recuerdo —necesariamente siempre distorsionado de alguien— no es seguir estando vivo. Mírame, conservo recuerdos de tu padre y no solo está muerto sino que no sé de él algo tan básico como si renegaba en su fuero más interno de la guerra. Solo conozco la fama y los honores que obtuvo en la guerra, su historia oficial. Nunca llegamos a conocer a nadie del todo, y quizás aún menos a través de recuerdos o de la historia. Lo que sí puedo decirte es que no debes vivir para ser recordado o para alcanzar la fama, sino para saber tú, tú solo, quién eres y lo que puedes lograr. El resto es tan solo azar y los recuerdos son como las nubes en el cielo, algunas adquieren formas humanas y balanceadas por el viento parecen estar vivas, pero ninguna lo está. Por tanto, retén siempre lo siguiente: miles serán conocidos por hazañas que no cometieron y otros miles serán olvidados con méritos de sobras para ser recordados...

De pronto Arístides sonrió, acababa de darse cuenta de que vivieron muchos héroes antes de Agamenón, pero no quería extenderse más en este punto.* Sabía que Lucio aún era demasiado joven para sentir su misma pasión por temas como la memoria, el recuerdo y la muerte, temas que ensanchan su importancia con el paso de los años. Así que dio por terminada la lección y sentenció: «En fin, con Homero has visto que de todos podemos aprender algo y que de todos hay algo que no debemos aprender.»

—¿Y cómo podemos ser mejores arquitectos gracias a Homero?

—Pensando a lo grande y construyendo a lo grande, con ambición y energía, como si fueras Aquiles —contestó alegremente mientras le daba una palmada en el hombro y volvía a tratar a Lucio como el joven lleno de vitalidad y de proyectos que realmente era.

*Studium virtutis per ipsam virtutem***(El afán de la virtud por la virtud misma)**

—¿Sabías que una vez Séneca tuvo la ocurrencia de emprender un viaje en condiciones muy modestas?

—¿Por qué lo hizo? Tenía rango consular, podría haber viajado como hubiese querido.

—Tenía ganas de llevar a cabo un viaje verdaderamente estoico. Hizo un largo viaje con su amigo Cesonio Máximo. No traían otra cosa que la ropa que llevaban puesta y un solo carruaje. Quería valorar los placeres básicos de la existencia como un buen baño en una posada, un cocido caliente, una manta para protegerse del frío de la noche. Séneca era un romano a quien le gustaba viajar, y recorrió buena parte del imperio. En este sentido, era un romano típico.

—¿Y en qué no era típico?

—No adoraba la sociabilidad, ni el placer, ni el desenfreno, ni los baños, ni los banquetes, ni los espectáculos, ni la vida en la calle, ni la prostitución, ni las sectas. Sin embargo, su vida estuvo llena de contradicciones porque estuvo demasiado cerca del poder y lo que predicaba no siempre era lo que llevaba a cabo. Pero recuerda que la coherencia es un atributo de las matemáticas, los hombres estamos hechos de ideales y pasiones, de voluntades y necesidades, de impulsos y decisiones... Demasiado blanco y negro para que no nos aparezcan los grises.

—¿Y qué debería yo leer de lo que escribió?

—Una buena posibilidad es *De la tranquilidad del alma*. Lo que te citaré a continuación es un fragmento. Intenta decirme qué crees que significa: «No es cosa fácil conseguir una vida bienaventurada, cuando con mayor afán se persigue, el mismo anhelo es causa de mayor alejamiento.»

—Que todo lo que te hace luchar desesperadamente por tener una vida buena te aleja de ella. Dice que es mejor que las cosas te acompañen antes que tener que perseguirlas. Va en contra de los afanes por ser feliz. La felicidad es un estado más que una carrera.

—¿Y tú? ¿Crees que la felicidad se construye con esfuerzo?

—No estoy seguro... Sin esfuerzo no se logran cosas tan importantes como el conocimiento, sin el esfuerzo de leer mucho no se disfruta de la felicidad de la lectura. Pero también es verdad que, a menudo, me alcanzan momentos de gran felicidad, como cuando me tumbo entre los árboles, contemplo las ramas bajo el cielo y, de golpe, aparece un halcón con un vuelo majestuoso: el mundo me parece

perfecto.

—Acabas de sugerir otro tema básico en Séneca. Considera que no es más feliz quien más tiene, ni quien más puede, ni quien más vale, sino el que abre su vida a la libertad.

—¿La libertad para hacer lo que te plazca?

—No, más bien la libertad para poder morir en cualquier momento. La posibilidad de morir le ofrece al hombre una salida frente a cualquier situación.

—Creo que yo solo podría morir para evitar una larga tortura que terminara en muerte. No escogería la muerte si existe una posibilidad... Y eso nunca se sabe.

—Los estoicos no temían a la muerte, nosotros solo somos parte de un órgano compuesto. Este órgano siempre es fugaz, cambiante e inestable. Salimos de este gran organismo y, una vez que cumplimos nuestra misión, volvemos a lo que éramos antes de formarnos. Por mucho que algo se acabe, no hay diferencias entre el «ya no ser» de la muerte y «aún no ser» de antes de nacer. En cuanto a las riquezas, no es necesario que el sabio renuncie a ellas, lo único que tiene que hacer es evitar convertirse en su esclavo. Las riquezas sirven al sabio, pero gobiernan al necio.

—¿Hubo otros estoicos antes de Séneca?

—Zenón fundó esta doctrina y edificó su sistema. Para Zenón el hombre es un animal que habla y razona, un ser que a través del logos, la razón, está íntimamente unido al logos universal y es consciente de formar parte de la comunidad de los racionales.

—Una comunidad de racionales, como una ciudad perfecta... ¿Un ser racional es un sabio?

—La virtud y la sabiduría son sinónimos. El objetivo es la buena conducta y a esta solo se puede llegar desde la reflexión.

—¿Cómo tendría que ser una comunidad para funcionar felizmente?

—Los estoicos hablarían de un todo armónico. Para que una comunidad funcionara tendría que haber una conexión, una simpatía, entre todas las cosas. Se tendría que desarrollar como un todo orgánico, tener una unidad en su naturaleza y hacer de la racionalidad su causa común.

—¿En qué consiste para los estoicos la tranquilidad? ¿En vivir juntos?

—Para ellos la ataraxia significa imperturbabilidad y firmeza. Y en la comprensión de la naturaleza cósmica y humana significa la aceptación de la ley natural y la idea de una nueva ciudad universal, la cosmópolis, que sea natural y también política.

—¿Te refieres a la política de los senadores?

—Más bien a la política entendida como civilizada, social, supraindividual, de la que el individuo se sienta parte orgánica.

—¿Pero esta ciudad ideal puede ser de todos?

—Puede ser de todos aquellos que encuentren valioso lo razonable, y lo razonable fije las determinaciones y deberes que se derivan del conocimiento de lo razonable. Esta es la felicidad: atenerse a lo razonable, y es una felicidad autosuficiente, porque no depende de nada más que de uno mismo. No depende ni de la vida, ni de la salud, ni de las posiciones, porque no son verdaderos bienes. De la misma forma, no son verdaderos males ni la muerte, ni la enfermedad, ni las afrentas, ni la pobreza, ni el dolor.

—¿Entonces, solo la conducta correcta, es decir, solo la conducta racional asegura la propia satisfacción?

—Así es. Alguien feliz está libre de toda perturbación exterior.

—Pero, aunque seamos seres racionales, también estamos llenos de pasiones, impulsos irracionales, afectos incontrolables...

—Entonces, los estoicos te dirán que debes tener capacidad para enfrentarte a las pasiones, has de superar las debilidades y enfermedades del alma. Para ser verdaderamente libre debes superar cualquier pasión.

—Pero todos estamos hechos de racionalidad y de pasiones...

—Así pues, hay pocos sabios, porque el sabio o posee todas las virtudes o no posee ninguna, puesto que para ser sabio debe haber superado todas las pasiones.

—¿Qué podemos aprender de los estoicos?

—Que la felicidad no se halla en la reclusión, ni lejos de la multitud, ni de la actividad pública. Los estoicos afirman la solidaridad y la vida activa y proclaman el parentesco natural entre todos los hombres. Algo que más adelante tendré que recordarte.

—Me gusta la idea del hombre como ciudadano de la comunidad de los racionales. La racionalidad para mí es la justicia y el amor a los demás.

—Sí, esta es la concepción de la humanidad. Todos somos parientes de una sola familia.

—¿Incluso los esclavos y las mujeres?

—Sí, todos tenemos el mismo origen y destino. Nuestra unión consiste en una comunidad y reciprocidad de intereses y amor al género humano que se extiende, primero, en forma de parentesco de sangre, después por parentesco de alianza, luego por amistad y, por último, al vecino, al conciudadano, al aliado político y a la humanidad entera.

—¿Por tanto, el ideal estoico es un estado mundial o bastaría una ciudad con este ideal de armonía y convivencia?

—Bastaría, si hubiera una moralización de la política, si los miembros del estado confiaran en el jefe, lo respetaran y lo amaran más que lo temieran. El jefe habría de ser justo, imparcial e intachable en su vida personal y no guiarse jamás por la intención del propio beneficio.

—Entonces, el bien y el mal del individuo son inseparables de los de la comunidad. ¿Un hombre sabio no puede escoger la soledad?

—No, su ser no se verá cumplido en la contemplación y en la soledad. Ha de darse siempre en él una actividad determinada al servicio de la comunidad, inspirada siempre, claro está, por la moralidad.

—A mí me gusta la soledad de la villa, la naturaleza que hay en ella...

—Ese sería otro tema, la naturaleza que a ti tanto te gusta no está en estado puro, se transforma en la expresión y el medio que el hombre elabora y disfruta. Hay mucha humanización en la naturaleza de tu villa familiar. Pero no nos desviemos. Lee estos pensamientos de Marco Aurelio, otro estoico ilustre.

—Lucio empezó a leer: «Reconoce siempre el mundo como un solo organismo, compuesto de una sola sustancia y una sola alma.»

—Sigue leyendo.

—«Todos formamos parte de un mismo cuerpo político y estamos hechos para la cooperación.»

—Exacto, el principal deber en el mundo de los hombres es el pensamiento justo y las acciones para la comunidad.

—Y conocimientos técnicos, maestro: aritmética, matemáticas, astronomía...

—«¿De qué me aprovecha saber dividir un campo, si no sé repartirlo con mi hermano?», pregunta en otra ocasión Séneca. De nada te sirven los saberes técnicos si no hay una ética que oriente tu conducta.

—¿Qué podemos aprender de los estoicos?

—El sentimiento de la dignidad de la persona y el poder de la voluntad moral. Creo que la mejor lección del estoicismo es «que el alma que hemos recibido en préstamo la devolvamos mejor que nos fue dada».

Una contestación así, tan profunda, sabía que sumiría a Lucio en un hondo ensimismamiento durante horas. Se guardó la respuesta dentro de sí «que el alma que hemos recibido en préstamo la devolvamos mejor que nos fue dada...».

—Y en la arquitectura, ¿qué podemos aprender de los estoicos?

—Que es propio de la construcción de una obra padecer los infortunios. Porque ser siempre feliz y recorrer la vida sin recibir mordiscos es ignorar la naturaleza de la vida. «Te tengo por desgraciado, puesto que nunca lo fuiste», dice en otra ocasión Séneca. La dignidad y la posible grandeza de un arquitecto radican justamente en que puede determinarse a sí mismo y mantenerse firme en su ruta sin dejarse vencer: la dignidad del hombre es resistir la mala fortuna. Y no existe ninguna gran obra arquitectónica que no haya padecido los reveses de la fortuna. Véncelos siempre y emergerá tu obra digna, desafiando a los hombres y a la suerte.

*Ars longa, vita brevis***(El arte es largo, la vida es breve)**

—Hablemos de los acueductos. Esas construcciones tan grandiosas que incluso pueden verse a más de 40 millas de distancia, como en Roma. ¿Lo que acabo de decir es correcto?

—¡40 millas! No sé, son muchas millas. —Contestó Lucio—. Pero digo que sí, que desde muy lejos se alzan majestuosos, recortando el paisaje.

—Te equivocas, solo puedes ver una pequeña parte de ellos, la parte de un todo mucho mayor. Se trata de un sistema de suministro de agua potable a Roma que tiene unas 250 millas de extensión. Un sistema perfecto que desafía y vence montañas, ríos, y que está construido de una forma tan estable que estoy seguro de que se mantendrá en pie hasta más allá de nuestra muerte, y de la muerte de nuestros hijos, y de la muerte de los nietos de nuestros hijos. Cuando el mundo evolucione de forma que ni tan siquiera podemos imaginarnos, los acueductos seguirán alzados e invictos.

—¿Un mundo sin las salvajadas del circo, sin sus muertes ni su sangre, sin los horrores de la guerra, sin los jóvenes aurigas, que mueren prematuramente conduciendo las cuadrigas en las carreras solo para dar espectáculo? ¿Será así el mundo algún día?

—No lo sé, Lucio, creo en soluciones individuales, pero me cuesta confiar en soluciones colectivas. No sé si en el futuro aprenderemos a ser más cuidadores que agresores, más sanadores que asesinos, o si seremos los mismos bajo otras formas. Pero no me distraigas de mi lección sobre los acueductos. Sigamos. Sea como sea, el acueducto tiene dos partes fijas que nunca varían: todos empiezan y terminan en un depósito. El depósito del nacimiento garantiza el suministro del agua, que corre en abundancia junto con los sedimentos que son arrastrados hasta el último depósito. A partir de este se distribuye el agua por las cañerías para hacerla llegar a toda la ciudad. El agua corre por un canalón recubierto de hormigón impermeable, y su flujo se regula por cálices de bronce que funcionan como válvula.

—¿Cuándo visitaremos el mecanismo completo de un acueducto?

—Primero imagínate todo el proceso. Piensa en cómo lo harías tú, en cómo conseguirías que llegasen a Roma 900 millones de litros de agua diarios. Cuando lo hayas hecho, visitaremos las entrañas de un acueducto y te mostraré materiales como la tufa, ideales para construir murallas, porque es una arcilla muy especial que al contacto con el aire se endurece como el granito.

*Omnia praeclara rara***(Todo lo que es excelente es raro)**

—Nuestra arquitectura, Lucio, debe mucho a las construcciones etruscas. Nuestras primeras obras fueron sólidos aparejos de enormes bloques de piedra, labrados o en bruto, y sentados en seco. Todos ellos se construyeron bajo la dirección y quién sabe si las manos de artesanos etruscos.

—¿No aprendimos de los griegos?

—Sí, pero más tarde pasamos de una tutela a otra, de la etrusca a la griega. De ambos debemos un tipo de construcción basado en grandes bloques aparejados en seco. No es malo saber que nuestros antepasados van más allá de Rómulo y Remo. Nos influenciaron los etruscos y los griegos, y lo hicieron porque compartimos la misma manera de ver la realidad. Estas tres arquitecturas manifiestan en cada piedra la superación de un reto, en cada piedra hay una dificultad vencida. Cuando Roma alcanza su grandeza no olvida la tradición de la que parte: las columnas de granito, los machones monolíticos, los arranques de las bóvedas, los grandes sillares de roca labrada de los anfiteatros. A pesar de la diferencia de estilo, seguimos andando bajo una misma historia. Otros pasarán por nuestro camino, a Roma también le llegará un día que ya no estará en todo lo que vemos, que simplemente será la historia donde habrá de pisar aquello que aún está por llegar.

—Habrá un día que para hacer una gran obra se tenga que pasar por la historia etrusca, griega y romana...

—Sí, pero no olvides una cosa: a pesar de tanta tradición, de tanto camino andado y que se debe volver a andar cada vez que queramos hacer un nuevo paso, a pesar de tantos ejemplos, tanta escuela, tantos modelos. Una obra excelente sigue siendo rara. No lo olvides cuando te llegue el momento de poder hacer una de ellas.

6

*Summum crede nefas animam praeferre pudori,
et propter vitam, vivendi perdere causas*

**(Considera como una infamia suprema preferir
la existencia al honor, y para salvar la vida, perder
las razones de vivir)**

—De una obra hay quien solo se fija en las proporciones, en las formas, en los ornamentos. No te quedes en la superficie de los monumentos, lo importante es su esqueleto. Su estructura. Lo importante es la construcción, todo aquello que la haga ingeniosa y potente. Esto es lo que hará que un monumento viaje intacto por el tiempo, su estructura. La ornamentación se desgasta, desaparece y se erosiona. No es nada. Domina la técnica de la estructura y olvídate de la decoración. Solo se merece nuestro desdén e indiferencia.

—Pero todos los edificios tienen decoración.

—Fíjate que hay algunos cuya estructura es su forma, que es la esencia misma de su esqueleto, que son lo que ves y no necesitan nada más porque son tan funcionales, tan perfectos, tan poco engañosos...

—¿Cuáles, maestro?

—Los acueductos, Lucio. Y esto mismo que te digo en relación a la arquitectura, recuérdalo de ti mismo. Todo lo ornamental desaparece, tu atuendo, tu piel más tensa o arrugada, tu pelo más oscuro o más pálido. Que se desgaste tu ornamentación pero que jamás se quiebre tu estructura. Un edificio sin placas de mármol esculpidas, sin mosaicos, sin pinturas... sigue en pie. Sin su esqueleto, se hunde.

—¿Cuándo sabré si se trata de la estructura o de la ornamentación?

—Sabrás que es la estructura cuando pierdas las razones para vivir.

*Nemo in sese tentan descendere***(Nadie intenta bajar al fondo de sí mismo)**

—Hay un principio fundamental en la arquitectura: un exigente sentido del cálculo y de la economía.

»Por muchos recursos que haya, por grandes fortunas que tengamos, por más que nuestros medios y posibilidades sean inmensos: siempre debes conciliar la pasión por las grandes empresas con la economía. Escoge siempre procedimientos de fácil ejecución, simplifica al máximo, utiliza el mínimo de mano de obra. Tienes que saber unir la majestuosidad y la duración que sea acorde al imperio con el ahorro y los procedimientos sencillos. La práctica, Lucio, la práctica: ¿cómo hacer lo mismo de una forma más sencilla y económica? Contestando esta pregunta hallarás la clave de tu oficio.

»Olvídate de los maestros, Plinio se dedicaba a especulaciones filosóficas; Frontino considera la construcción más desde la perspectiva de un administrador que la de un arquitecto.

»Céntrate siempre en el procedimiento. Cómo ser más efectivo, cómo gastar menos energía y medios, cómo conseguirlo con menos. Conviértete siempre en tu propio maestro.

—¿Y en la vida?

—Lo mismo, el objetivo y el procedimiento. Llegar y conseguir con los mínimos pasos. Si puedes hacerlo con 2 no lo hagas con 4. Siempre busca el más por menos. No todos se atreven a llegar al fondo de sí mismos, pero los que solo bucean dentro de sí, demasiado frecuentemente no salen del agua turbia del propio yo. Más que preguntarte quién eres, procura contestar a «¿qué es lo que soy capaz de hacer?».

***Ultimum malorum est e vivorum numero exire,
antequam moriatis***

**(El peor mal es salir del mundo de los vivos
antes de morir)**

—No es posible una vida feliz sin amor, así pues la felicidad dependerá de la calidad de nuestros afectos. Pero nos podemos hacer dependientes de las personas a quienes amamos, de sus caricias, palabras, presencia, y esta dependencia puede llevarnos al infierno del sufrimiento.

—Y entonces ¿qué podemos hacer? —preguntó Lucio.

—Entender que amar siempre es correr un riesgo. Aunque diría que para llegar a la felicidad y el amor antes que hacer un viaje hacia el otro es necesario viajar primero hacia la tierra más lejana de nuestro interior.

—No sé... maestro. No me preocupa el amor, quiero estar solo.

—Perfecto, porque tienes el *daimon* que significa carácter o personalidad interna que te permite decidir hacia dónde quieres encauzar tu vida. No tienes por qué tener una existencia convencional. Lo más importante para vivir es el *jara* y el *eufrosine*.

—¿El *jara*? ¿El *eufrosine*?

—Lo importante es tu predisposición, tu actitud vital. ¿Cómo crees que tendría que ser esta actitud vital?

—De curiosidad.

—Pero con curiosidad y tristeza no será una buena vida. Todo lo que descubrirías serviría para alimentar la tristeza...

—Entonces lo más importante es una actitud alegre.

—¿Alegre y estúpida?

—No, alegre y sabia.

—Exacto. El *jara* designa la buena disposición del espíritu para gozar y el *eufrosine* un temperamento alegre y sereno. Esta es la base, a partir de aquí estudia. Sin *jara* ni *eufrosine* solo serás un erudito.

—Sí, Demócrito dijo: «Muchos son los eruditos que no tienen inteligencia.» Demócrito se parecía a ti, maestro, porque él también viajó mucho.

—Eso dicen, que estudió astronomía con los caldeos, geometría con los egipcios, teología con magos. Que viajó hasta Etiopía, el mar Rojo, y, como yo, también la India.

—Aunque no entiendo por qué se quemó los ojos... —preguntó extrañado el discípulo.

—Sí, dicen que perdió de manera voluntaria la vista, exponiendo sus ojos al sol reflejado en un escudo plateado ya que no quería que «la vista del cuerpo le impidiera la del alma».

—No puedo entenderlo.

—Yo tampoco, Lucio. Observa, alguien que considera que el gozo debe ser moderado, que lo más placentero es un exceso, se convierte en el reverso del placer. ¿Te parece moderado el hecho de quemarse la vista?

—No.

—Debes tener cuidado de los fanatismos, no solo de los religiosos. Los hombres más sabios, los filósofos más reconocidos, pueden hacer actos tan extraños y extremos como estos. La razón, pensando sin fronteras, puede crear afirmaciones tan demenciales como «los ojos del cuerpo cierran los ojos del alma». No lo olvides, lo que desafíe el sentido común es falso aunque parezca un algoritmo impecable. Creo que tenemos la suerte de vivir en una época en que podemos ser a la vez felices y razonables.

*Vita brevis, ars longa...***(La vida es breve y el arte largo)**

—¿Qué es un hombre sabio, Lucio?

—Tú, maestro.

—Muchas gracias, pero me refería a todo aquello que configura a un hombre sabio. ¿Cuáles dirías que son las características de un hombre sabio?

—La instrucción.

—Sí, cultivar intereses y el deseo de aprender.

—¿Qué más?

—La bondad...

—No está en la lista, pero debería. La libertad, el sabio, tiene como principal precepto vivir en libertad, no estar sujeto a nada más que a su propio juicio.

—¿Qué más?

—Permanecer soltero.

—¡Exacto! Los sabios tienen una verdadera manía a las mujeres y a formar una familia. La cual cosa quiere decir que son muy poco sabios... Hablaremos de las mujeres mañana.

—Pero tú no has formado una familia.

—Pero he amado, y no he tenido miedo a atarme y a la vez he valorado mi libertad sin tener miedo a estar solo. Pero sigamos. También dan una gran importancia a la amistad y rechazan las riquezas y se apartan de ciertos placeres. Aquellos placeres cuya consumación puedan acarrear más dolor que placer, como el abuso del vino.

—Y, en cuanto a la amistad... No sé si se refiere a alguien concreto o a la humanidad entera.

—Sea amistad de alguien conocido o querido o a todos los hombres, siempre tiene relación con desear lo mejor a los demás, quererles bien. ¿En que ámbitos crees que se puede desarrollar el ser humano?

—Tanto en la vida pública como en la vida solitaria... —contestó Lucio.

—Más o menos, Aristóteles habla de la vida voluptuosa, política y teórica. Para Aristóteles la mejor es la última porque la felicidad tiene que ver con la sabiduría. Pero todas las vidas, creo, pueden ser buenas, excepto las que son un atributo a los placeres y al propio egoísmo. La única cosa que sé es que una buena vida necesita un mínimo de bienes externos: no pasar frío, tener comida, bebida, una casa... sin ello, en la extrema pobreza, no es posible ni la felicidad ni cumplir ningún destino de ser

hombres.

—¿Y qué lugar ocupa el término medio en la sabiduría?

—Un lugar preeminente. Para decidir el bien es necesario buscar el término medio entre dos extremos. La valentía es el término medio entre la cobardía y la temeridad, y, la generosidad, entre la tacañería y la prodigalidad. El hombre sabio sabrá siempre escoger entre un punto equidistante entre los extremos.

—Escoger, saber... parece que la felicidad es más una actividad que un estado o una posesión. Que la felicidad es más un experimento que una teoría, y que para sumergirse en una vida dichosa hay que desnudarse de teorías y tirarse al agua.

—Sí, la bondad es más una actividad que un conocimiento. A diferencia de lo que considera Sócrates, conocer el bien no es hacerlo. Hace falta una actuación práctica, una acción repetida en el tiempo, una adquisición de hábitos. Y esto es todo, Lucio.

—Creo que hay más...

—¿A qué te refieres?

—Me has hablado de los grandes atributos para ser un hombre sabio y feliz, pero no solo de grandes características existenciales vive el hombre. También estamos hechos de los pequeños gozos poco valorados que tanto llenan una vida: una conversación, un paseo, una buena obra de teatro, un vaso de vino y cuidar del jardín, como hizo en su día Epicuro.

—Me doy cuenta —añadió Lucio— de que la felicidad es más un experimento que una teoría, y que para sumergirse en una vida dichosa hay que desnudarse de teorías y tirarse al agua.

*Casta ad virum matrona parendo imperat***(Una mujer virtuosa gobierna al marido obedeciéndolo)**

—Hablemos de las mujeres, Lucio.

—¿Qué puedo decirte de ellas? Solo las veo haciendo labores en las casas o como prostitutas...

—Para saber dónde están es una buena idea saber de dónde vienen. Las mujeres en Atenas, al igual que los esclavos, no tenían ninguna clase de derecho político o jurídico. En cambio tuvieron un papel destacado en la sociedad minoica. Antes te he comentado que tenemos *daimon*, un cierto control sobre nuestro futuro...

—Sí.

—Esto también quiere decir que podemos ver la cultura como un río de diferentes afluentes, ya que somos el resultado de la suma de todos ellos. Así pues, piensa, si quieres, en tu trato a las mujeres, ser hijo de la sociedad helénica o de la sociedad minoica. No estoy de acuerdo en muchas cosas de nuestra sociedad. Como te dije hace unos días, los sabios consideran un impedimento para la sabiduría el tener esposa, como si ellas no pudieran formar parte de un proyecto personal de sabiduría. Como si no tuvieran derecho a pensar o instruirse. Es más, no son precisamente ellos, sus necesidades y cuidados lo que les impide alcanzar la felicidad que se vincula con una vida contemplativa y tranquila.

—También creo, maestro, que deberían poder participar en el teatro.

—Exacto, en las representaciones no pueden actuar las mujeres. Pero lo peor es que no pueden participar en la educación. Un joven aprenderá letras, música y práctica deportiva. Ellas nada, o cosas tan terribles como que obedeciendo gobernarán al marido...

—Pero alguna, maestro, o muchas, quién sabe, sabrán el secreto arte de Aristóteles. —Lucio, sonrió en silencio.

—¿Y cuál es este arte?

—Algo que nadie había hecho antes, algo que Aristóteles se inventó durante su estancia en la academia platónica: leer por su cuenta. Antes que él, nadie había leído directamente un libro, los estudiantes eran oyentes, escuchaban a alguien leer para ellos.

—Sí, porque leer un texto era muy difícil. Y Aristóteles se creó una rica y nutrida biblioteca.

—Por ello, Aristóteles fue conocido como «el lector». Estoy seguro de que muchas mujeres son lectoras y eruditas sin ser alumnas de nadie.

*Etiam fera animalia, si clausa teneas,
virtutis obliviscuntur*

(Incluso las fieras, encerradas, se olvidan de su valor)

—Hablemos de la valentía, Lucio. ¿Qué crees que es?

—No tener miedo a luchar, a demostrar tu valor en el campo de batalla o en una emboscada.

—Sí, este es un tipo de valentía. Me recuerda a tus duros entrenamientos físicos y en dar lo mejor de ti mismo en el momento definitivo. ¿Y crees que hay algún tipo de valentía más en un combate?

—La valentía de matar.

—Bueno, matar es fácil, a matar uno se acostumbra. Siempre es más difícil la primera muerte que la última. Si te es fácil matar, es que ya has matado una parte de ti mismo. Mata si, y solo si, no hay otra forma de vivir...

—Lo recordaré, maestro.

—Sigue pensando en la valentía...

—No se me ocurre.

—Pues, la valentía de morir. De hacerlo sin estrépito, llegado el momento, como un encuentro ineludible, dejarse llevar por lo que marca en aquel momento el destino. No es fácil morir con los ojos abiertos y el ánimo dispuesto.

—¿Cómo puedo aprender a hacerlo?

—No puedes, se muere como se vive, si está dentro de ti aparecerá en el momento adecuado, si es solo un conocimiento superpuesto, simplemente morirás asustado y en una huida imposible. ¿Y en qué más se te ocurre ser valiente?

—A la hora de pensar...

—Sí, como dijo Aristóteles y Cicerón, debemos acercar el alma al pensamiento, la sabiduría intrépida es lo más valioso y la palabra es la sombra de la acción. O debería serlo.

—No sé qué es la sabiduría intrépida.

—La justicia es la valentía en el juicio, no una disertación sobre la justicia. Acompañar con valor los actos que marcan la justicia.

—La importancia del gozo está en la osadía de vivir y de pensar...

—Sí, exacto. Vale más vivir poco y altamente, que largamente en un largo vivir que no sea otra cosa que un largo morir.

12

Sapientia, quae sola libertas est

(La sabiduría es la única libertad)

—Hablemos de Roma y sus peligros porque incluso lo más perfecto está lleno de peligros. Por ejemplo, el vino. Forma parte de nuestra cultura, de nuestros primeros escritos. Dime, qué quieres del vino y qué no quieres del vino.

—Me gusta su sabor, la conversación que surge de él...

—*In vino veritas...*

—¿Y qué no te gusta?

—El desenfreno, las orgías, el vino en espectáculos lamentables, el vino extasiático de las sectas.

—¿Y las aguas, sus baños?

—Me gusta la arquitectura de sus baños, la actividad social que de ellos emana, me gusta que por poco dinero la gente pueda estar horas charlando y bañándose, que sea una gran actividad social.

—¿Y hay algo que no te guste?

—Que muchas termas son centros de fornicación y que el gong que anuncia su apertura deje resonando la voz de los filósofos en la escuela, vacía, y los libros ignorados.

—Los banquetes.

—Me gusta que sean todo un ritual social. Me gustan los sabores agridulces como las setas con miel, los dátiles y el pescado con membrillo.

—Recuerda, comer bien, digerir bien, cualquier alimento envenenado o en exceso puede conducirte a la muerte. El vino, todos los placeres, todo, en extremo, te aniquila.

*Omnia mutantur, nihil interit***(Todo cambia, nada se aniquila)**

—Hemos llegado al final de tu etapa de formación, Lucio.

—No creo que la formación se acabe nunca...

—Ahora necesitas nuevos maestros, nuevas vivencias, salir de Tarquinia y tus molestos y reiterativos paseos por Roma. Tal vez deberías salir de tu guarida, exponerte al mundo, jugártela, arriesgarte y vivir, y regresar a tu casa cuando te sientas lleno de experiencia, de haberte dedicado a vivir. Eres demasiado joven para encerrarte. El retiro es la consecuencia de haber conocido el mundo, no de temerlo.

—No sé de qué me estás hablando...

—Te estoy hablando de lo que necesitas ahora para seguir evolucionando y creciendo. Porque de esto se trata. No se trata de tener una vida segura o confortable, sino de crecer como ser humano. Y conmigo a tu lado y en Tarquinia, no te permites evolucionar, te reduces a tu perímetro de seguridad, te aíslas y te proteges de la vida.

—Pero y si decido que es esta la vida que me gusta. Estar en mi casa, estudiar, estar con la gente que quiero...

—Deberás decidirlo después de ver mundo, de mezclarte con las gentes, de ensuciarte con las vivencias, de tener tratos con todos... con el poder, con los políticos, con la arquitectura, con otros hombres buenos, con mujeres... solo si sales allí fuera te encontrarás contigo mismo. Si no sales, igual jamás conocerás a alguien que ni te lo imaginas y será importante en tu vida.

—No quiero que te vayas. Ya he perdido demasiada gente en mi vida, no tengo familia si no estoy contigo.

—Yo soy un impedimento para tu proceso de crecimiento. Conmigo no te esforzarás, solo la soledad te impulsará a salir del mundo...

—¿Y si te vas y no vuelvo a verte?

—Siempre volverás a verme. Me encontrarás en la frase de un libro, en un valor que compartimos, en parte de tu mirada cuando interpretas algo. Si te he enseñado bien, formaré parte de ti para siempre. Pero ahora, no pienses en ello, me voy a Segovia, por algunos años, pero regresaré. Mi idea no es alejarme de ti para siempre. Me voy, simplemente, porque mi función contigo ha terminado. Si nos volvemos a encontrar ya no será como maestro y alumno, sino como amigos, y para hacer este cambio debemos darnos tiempo. Lo que podía enseñarte, ya lo has aprendido. Lo que podía darte, ya lo has recibido. Lo que podíamos vivir, ya lo hemos compartido. Ocupémonos por un tiempo de otras tareas.

Nota aclaratoria

Este libro tiene una indudable base histórica. Todo lo que se dice respecto al acueducto de Segovia ha sido contrastado con los datos proporcionados por la escasa bibliografía que existe sobre su construcción. Nos ha llegado poca información acerca del trazado romano de esta obra de ingeniería hidráulica, exceptuando lo relativo a las arquerías y a las fuentes. Algunos especialistas consideran que el actual acueducto proviene de la época de Felipe V, en que se hallaba en estado ruinoso. Este hecho supondría que las marcas existentes en sus sillares —que son las que aparecen en la novela— no pertenecen a la época romana, sino que son posteriores. Otros, de gran relieve, atribuyen a la época romana algunas de sus marcas.

Las referencias históricas que se dan en la obra son reales, aunque no se ajusten estrictamente a la verdad. Es decir, si se trata de describir los tipos de prostitutas o de explicar cómo se calentaba el agua en las termas, la información que se da es cierta. Tratándose de un texto literario, los personajes son ficticios. No consta la existencia de un arquitecto con el nombre de Lucio ni de una mujer albina llamada Amal. No se sabe con exactitud quiénes fueron los artífices que llevaron a cabo el acueducto. Tampoco existió Tito, el duunviro, ni el nombre del gobernador en la época en que se realizó la obra era Fabio. Aun así, la mayoría de los aspectos sobre la sociedad romana son ciertos como, por ejemplo, la manera con que se castigaba el parricidio. También me he documentado sobre informaciones concretas como pueden ser los días que se tardaba en hacer la travesía de Ostia a Tarraco.

Nada ni nadie pueden probar que se creara durante el imperio una casa de acogida, seguramente en aquella época la sensibilidad hacia la prostitución no era como en la nuestra. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que los romanos eran parecidos a nosotros. Por otra parte, personas buenas, sensibles y protectoras ha habido y habrá siempre a lo largo de la historia. Si en una sociedad esclavista el escritor Petronio se compadeció y quiso proteger a los esclavos, ¿por qué otros romanos no podrían hacer lo mismo recogiendo a los neonatos abandonados?

Es posible que, en aquella época, no todos los oprimidos fueran conscientes de su situación o quizá sí que lo fueron, pero no tenemos suficientes pruebas de ello hasta que no lo confirmen historiadores posteriores.

No obstante, puede ser que, a pesar del estudio y del esfuerzo realizado, aparezcan en el texto errores e imprecisiones, incluso después de su revisión.

Pero este no es un libro de historia, sino que narra una historia en su contexto. Mi propósito era tejer un argumento que planteara cómo un personaje encuentra su propio lugar en el mundo, y lo difícil que es hallar soluciones colectivas. Quería tratar sobre el amor, los principios y los valores; en definitiva, sobre la vida, a través de una historia situada en un punto determinado de la geografía y de la cronología.

He intentado construir una novela correctamente ambientada, que pueda gustar a quien la lea y también a mí, aunque soy consciente de que algún aspecto pueda no satisfacer plenamente a los especialistas.

Así pues, el contenido de estas páginas podría ser cierto, aunque solo en parte sea verídico y comprobable en los textos históricos.

Bibliografía

ALFÖLDY, Géza. *La inscripción del acueducto de Segovia*. Asociación de Amigos del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, 2010.

CONTRERAS LÓPEZ DE AYALA, Dominica. *Misterio del acueducto de Segovia, el problema de la datación*. Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, 2009.

CORRALES Y SÁNCHEZ, Enrique. *El acueducto de Segovia*. Kessinger Legacy Reprints. Madrid, 1889.

RAMÍREZ GALLARDO, Aurelio. *Supervivencia de una obra hidráulica. El acueducto de Segovia*. Valencia, 1975.

GÓMEZ DE SOMORROSTRO, Andrés. *El acueducto y otras antigüedades de Segovia*. Imprenta de D. Miguel de Burgos. Madrid, 1820.

ZAMORA CANELLADA. *El acueducto de Segovia*. Gráficas Ceyde. Segovia, 1995.



MONTSE BARDERI, realizó diversos y variados trabajos hasta conseguir un puesto en el ayuntamiento, lo que le permitió tiempo para licenciarse en Filosofía por la Universidad de Barcelona, realizar una diplomatura en Periodismo y un master en Estudios de Género.

Notas

* Los héroes más antiguos nos son desconocidos porque, al contrario que Agamenón, sus gestas no fueron cantados por Homero, el primer poeta. Es la escritura la que los hace inmortales. <<